



**Tipo de documento: Tesis de Doctorado**

**Título del documento: "Guerreras", luchadoras y futboleras : navegando las relaciones del poder en el fútbol de mujeres de alto rendimiento en Argentina (1991-2019) : un estudio (auto)etnográfico**

**Autores (en el caso de tesis y directores):**

**Gabriela Nicole Garton**

**Verónica Moreira, dir.**

**Pablo Alabarces, co-dir.**

**Datos de edición (fecha, editorial, lugar,**

**fecha de defensa para el caso de tesis): 2022**

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.  
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.

Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: [https://creativecommons.org/choose/?lang=es\\_AR](https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR)



Gabriela Nicole Garton

**“GUERRERAS”, LUCHADORAS Y FUTBOLERAS:**

Navegando las relaciones del poder en el fútbol de mujeres de alto rendimiento en Argentina (1991-2019). Un estudio (auto)etnográfico.

(1)

Tesis para optar por el título de Doctora en Ciencias Sociales

Facultad de Ciencias Sociales  
Universidad de Buenos Aires

Directora: Dra. Verónica Moreira  
Co-director: Pablo Alabarces

Buenos Aires  
2021

## RESUMEN

En la historia del fútbol argentino la práctica de este deporte por mujeres ha pasado casi desapercibida. Esta invisibilidad, sin embargo, no es tanto evidencia de una ausencia absoluta de mujeres futbolistas sino más bien de su exclusión sistemática de la tradición futbolera del país. El fútbol en sí no se ha construido como deporte nacional, sino el fútbol practicado por varones. Entonces, esta práctica deportiva además conlleva una condición de género: es un espacio casi exclusivamente de varones en el cual se construyen, y se refuerzan, identidades masculinas hegemónicas. No obstante, desde 2015 se puede observar un punto de inversión en el cual se comienza a desafiar esta hegemonía masculina, el fútbol de mujeres está experimentando aumentos inéditos en los niveles de participación y atención mediática en un momento contemporánea al auge de movimientos feministas como “Ni una menos” pero también de acción colectiva de las jugadoras tanto de la selección como de los clubes del torneo de la AFA. En 2019, se anunció la profesionalización histórica del torneo femenino de la AFA. Pero aún antes de 2019, en el amateurismo, existían jugadoras que lograban vivir –o, mejor dicho, sobrevivir– de la práctica de este deporte a través de medios más allá de un contrato profesional. Frente a los avances de las futbolistas, se puede observar un cambio en las negociaciones de poder entre las jugadoras y las instituciones como la AFA y los clubes.

Esta tesis comenzó con una preocupación sobre *porqué* las jugadoras argentinas no han podido lograr los mismos niveles de protagonismo que sus contrapartes masculinas. Sin embargo, desde el comienzo de esta investigación en 2015, el fútbol de mujeres ha cambiado mucho –aunque sigue en una posición subalterna respecto a la versión masculina–, y mi pregunta inicial también ha llevado a otro interrogante central: ¿cómo se desarrollan y se transforman las relaciones de poder entre las instituciones deportivas y las jugadoras? La investigación es una (auto)etnografía que toma como objeto de estudio al equipo femenino del Club Deportivo UAI Urquiza que compete en la primera división del torneo de AFA y también a la selección argentina. El trabajo de campo con el plantel femenino de UAI Urquiza se realizó durante más de 4 años comenzando cuando comencé a jugar en el club en octubre 2015 hasta fines del 2019 mientras que la investigación auto-etnográfica de la selección se llevó a cabo desde febrero del 2017 hasta julio del 2019, período durante el cual también formé parte del seleccionado en el proceso de la clasificación al Mundial Femenino de Francia 2019.

## ABSTRACT

Throughout the history of Argentine football, the practice of this sport by women has gone almost entirely unnoticed. This invisibility, nevertheless, is not necessarily evidence of its complete inexistence, but rather of its systematic exclusion from the country's footballing tradition. Football in and of itself has not been constructed as the national sport, rather football practiced by men. Thus, this sport also implies a condition of gender: it is a space almost exclusively for men in which hegemonic masculine identities are constructed and reinforced. However, since 2015 a point of inflexion can be observed; this masculine hegemony has begun to be questioned, and women's football is experiencing never-before-seen increases in participation levels and media attention while the country is also witnessing a boom in feminist movements like "Ni una menos" as well as collective action among players, of both the national team as well as Argentina's domestic league. In 2019, AFA's women's league became "professional". Before 2019, even though the league was considered amateur, there were players who were able to live –in reality, to survive– through their football practice through means beyond a professional contract. Faced with the advances of female footballers, a shift can be observed in the power negotiations between players and institutions such as AFA and football clubs.

This thesis began with an interest about *why* Argentine women's football players have not been able to achieve the same levels of prominence as their male counterparts. However, since the beginning of this investigation in 2015, women's football has changed massively – although it continues to exist in a subaltern position compared to the male version–, and my initial question has evolved to include another central query: how do power relations between sporting institutions and players develop and change? My research was carried out as an (auto-)ethnography on the women's team of Club Deportivo UAI Urquiza, which competes in AFA's first division, as well as Argentina's women's national team. Field work with UAI Urquiza was carried out between October 2015, when I began to play at the club, and December 2019, and the auto-ethnography of the national team was realized between February 2017 and July 2019, while I was part of the squad during the process of qualification and during the 2019 Women's World Cup in France.

## **DEDICATORIA**

Para mi marido, el que me apoya y me acompaña por todo el mundo en busca de mis sueños,  
tanto futbolísticos como académicos.

&

Para nuestro hijo, Elías, te amamos.

## **AGRADECIMIENTOS**

Debo reconocer que esta investigación ha sido posible gracias al financiamiento de la Beca Doctoral otorgada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y a la Beca de Investigación João Havelange otorgada por el Centro Internacional de Estudios del Deporte (CIES), la Universidad de Neuchâtel y la Fédération Internationale de Football Association (FIFA). Gracias también al Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires (IIGG-UBA) por brindarme un lugar de trabajo y de colaboración con otros investigadores.

Quiero agradecer a UAI Urquiza, tanto la institución como el equipo, por abrirme las puertas y aceptarme como una “Guerrera” más, gracias por los recuerdos de triunfos y derrotas, de tantas alegrías y algunas tristezas. Gracias sobre todo a mis compañeras que facilitaron esta investigación con su gran entusiasmo para participar de entrevistas y volverse el objeto (sujeto) principal del estudio. También quiero agradecer a mis compañeras de selección por soportar mis preguntas y curiosidad, por demostrar la fuerza de lo colectivo y por su valentía al arriesgar sus carreras para poder levantar la voz y luchar por un mejor fútbol argentino.

La realización de esta tesis hubiese sido imposible sin el apoyo, las críticas y las sugerencias de mis directores, Verónica Moreira y Pablo Alabarces. Puedo decir que a través de este proceso no sólo pude trabajar bajo la tutela de dos mentores brillantes, sino también gané dos amigos de toda la vida.

Agradezco profundamente al cuerpo de profesores de la Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural del IDAES-UNSAM, por su aliento intelectual y también su interés personal en mi futuro académico. Particularmente, a Laura Masson y Santiago Canevaro por incitarme a ir más allá de los dualismos prevalentes en los estudios feministas y considerar otras líneas de investigación, a María Graciela Rodríguez por abrirme las puertas de la maestría y del estudio de las culturas populares.

Gracias también a los docentes del Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA, por su comprensión en torno a mis compromisos futbolísticos en algunos momentos, pero también por compartir su conocimiento y abrirme la cabeza a nuevas formas de pensar. En particular quiero agradecer a Paula Varela por su excelente seminario sobre género y trabajo, cuyo enfoque en

la teoría de la reproducción social me sirvió no sólo en esta investigación, sino también en mi propio camino como madre y futbolista.

Gracias a los miembros del Seminario Permanente de Estudios Sociales del Deporte por sus comentarios, sostén y amistad a lo largo de este proceso, un reconocimiento especial a mi amiga querida María Nemesia Hijós, por las tardes innumerables de lectura, discusión y mate, gracias por estar siempre. También agradezco el acompañamiento y las cervezas compartidas con Julia Hang, Alejo Levoratti, José Garriga Zucal, Rodrigo Daskal y Martín Álvarez Litke (y a Mariana Ibarra que alentaba siempre a la distancia).

También tengo que reconocer a David Wood, Silvana Goellner y nuevamente a Verónica Moreira por incluirme en la Red de Investigación sobre Fútbol y Mujeres en América Latina y así poder colaborar con personas increíbles y apasionadas por este deporte. Gracias a Brenda Elsey por su apoyo académico, humildad, sentido de humor y también aguante futbolístico como hinchita y defensora de las jugadoras de fútbol a nivel mundial, pero sobre todo de las argentinas.

Quisiera agradecer además al grupo de Estudios Sociales del Deporte del Instituto para la Salud y el Deporte de Victoria University en Melbourne, Australia, particularmente a Carla Nascimento Luguetti, Fiona McLachlan, Brent McDonald y Ramon Spaij por incorporarme a su equipo, por hacerme crecer como investigadora y también como docente y, sobre todo, por su amistad. Me hicieron sentir como en casa a miles de kilómetros de mi familia en plena pandemia y durante *lockdowns* que parecían interminables.

Para cerrar, quisiera agradecer a mi familia. A mi marido, Cristian, por su aliento constante y amor incondicional. A mis padres y mi hermana por su apoyo incansable tanto durante mi carrera académica y futbolística. A mis abuelos por hacerme argentina. Y finalmente a Elías, quien me acompañó durante los últimos nueve meses desde adentro de la panza y quien dentro de poco me convertirá en madre.

*“El fútbol será feminista, disidente y profesional.”*  
-Macarena Sánchez Jeanney, 2019

# ÍNDICE

<b>LISTA DE SIGLAS Y ABREVIACIONES</b>	<b>10</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>11</b>
A. Mi lugar en el campo (de juego)	13
B. Fútbol y género	16
C. Apuntes metodológicos	22
D. Estructura del trabajo	25
<b>CAPÍTULO 1  EL FÚTBOL DE MUJERES EN ARGENTINA: los inicios, el (sub)desarrollo y la última etapa del amateurismo</b>	<b>28</b>
1.1 Una exclusión histórica	28
1.2 El camino hacia la institucionalización	35
1.3 Abriendo el club de caballeros: el “Torneo Femenino” de la AFA	44
1.4 Los últimos años del torneo amateur: organización, estructura y autoridades	50
<b>CAPÍTULO 2   CLUB DEPORTIVO UAI URQUIZA: un caso excepcional del fútbol argentino</b>	<b>58</b>
2.1 De club ferroviario a universidad	58
2.2 Deportistas “educados”: ¿un modelo innovador?	63
2.3 Una breve historia del fútbol femenino en la UAI	69
2.4 “Equipo chico, la puta que lo parió”: Ganando terreno en la AFA	77
<b>CAPÍTULO 3   UN “MARRONISMO” MODERNO: embarrando las líneas del amateurismo</b>	<b>87</b>
3.1 El amateurismo como “esencia pura” del deporte	87
3.2 Los “deptos”: vivienda y convivencia entre compañeras	95
3.3 “Laburar” para jugar: consiguiendo trabajo	101
3.4 La educación: mirando más allá del fútbol	107
3.5 Precariedades “laborales”	112
<b>CAPÍTULO 4   “PROFESIONALES” SIN SUELDO: las experiencias de las jugadoras</b>	<b>121</b>
4.1 Las jugadoras y sus “raíces”: trayectorias futbolísticas	121
4.2 Entrenamiento y competencia: el sacrificio y la identidad de la futbolista	131
4.3 Faltar con excusa “legítima”: la variabilidad del compromiso	141
4.4 Aceptar y conformarse: la reciprocidad desigual entre dirigentes y jugadoras	147
4.5 Guerreras campeonas, pero sin cancha	150
<b>CAPÍTULO 5   “TOPO GIGIO”, CONSCIENTIZACIÓN Y LA (SEMI-)PROFESIONALIZACIÓN: La lucha colectiva de las jugadoras y la manutención del orden</b>	<b>156</b>
5.1 Auto-etnografía, reflexividad y posicionalidad	156
5.2 Volverme nativa: la “falsa yanqui”	162
5.3 La profesionalización – una respuesta institucional	168
5.4 ¿Futbolistas profesionales o beneficiarias?	174
5.5 Los mismos sueños, pero con nuevos caminos y nuevos derechos	180
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>189</b>
<b>ANEXOS</b>	<b>196</b>
Anexo A: Carta abierta de la selección argentina femenina	196
ANEXO FOTOGRÁFICO	197

Las Instalaciones del Club: Rancho Taxco y Villa Lynch	197
Partidos de visitante y la Copa Libertadores	200
La Selección Argentina entre 2018 y 2019	202
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>205</b>

## **LISTA DE SIGLAS Y ABREVIACIONES**

**AFA-** Asociación del Fútbol Argentino

**FAA/Agremiados-** Futbolistas Argentinos Agremiados

**CMN-** Colegio Militar de la Nación

**Conmebol-** Confederación Sudamericana de Fútbol

**EE.UU.-** Estados Unidos de América

**FFAA-** Fuerzas Armadas

**FIFA-** Fédération Internationale de Football Association

**FIFPRO-** Asociación Internacional de Jugadores de Fútbol

**IDAES-UNSAM-** Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín

**JJ.OO.-** Juegos Olímpicos

**Libertadores-** Copa Conmebol Libertadores

**Panamericanos-** Juegos Panamericanos

**Profe-** Preparador físico

**UAI-** Club Deportivo UAI Urquiza o Universidad Abierta Interamericana

**UEFA-** Unión Européenne de Football Association

## INTRODUCCIÓN

Con un empate sin goles ante el club brasilero Ferroviaria, las Guerreras (apodotorgado a la primera división femenina del Club Deportivo UAI Urquiza<sup>1</sup> de Villa Lynch en Gran Buenos Aires) lograron clasificar a las semifinales de la Copa Libertadores Femenina 2015 organizada en Medellín, Colombia. Era la primera vez que el club participaba en la Copa y solo la segunda vez desde la inauguración del torneo en 2009 que un equipo argentino había pasado la fase de grupos. El hecho de que sus primeros tres partidos no fueron transmitidos por televisión y tampoco por internet, y que sus familiares, amigos e hinchas en Argentina apenas pudieron seguir los momentos clave de los encuentros a través de publicaciones breves y esporádicas en las redes sociales no pudo suprimir el entusiasmo de las Guerreras. Pero los festejos post-partido fueron disminuyendo cuando los dirigentes y las jugadoras se dieron cuenta de que los organizadores del torneo no habían arreglado el transporte adecuado para la vuelta del equipo al hotel donde se hospedaba al equipo, un viaje de casi una hora, ya que el partido se jugó en el Estadio Municipal de Girardota, un pueblo ubicado en las sierras selváticas que rodean la ciudad de Medellín. Después de más de una hora sentadas en la sombra de los pocos árboles que rodeaban la playa de estacionamiento al lado del estadio, apenas protegidas del sol de la calurosa tarde colombiana, luego de docenas de llamadas entre los dirigentes y el cuerpo técnico de la UAI y los organizadores locales junto a los representantes de la Confederación de Fútbol Sudamericano (Conmebol) responsables por la realización del campeonato, llegó un colectivo oficial del torneo con dos policías en motocicleta de escolta.

Una situación parecida en la versión masculina de esta copa tan prestigiosa sería un evento insólito, llamaría la atención de los medios deportivos latinoamericanos que se burlarían y criticarían la pobre organización por parte de la ciudad y la Conmebol. En 2015, cada club que participó del torneo masculino recibió 450 mil dólares por partido de local en la fase de grupos, un monto que aumentaría cada vez que el equipo avanzaba hacia la final, por la cual el campeón recibiría 2.3 millones de dólares, un total de \$5.1 millones a lo largo del torneo. En cambio, el campeón femenino en 2015, Ferroviaria, recibió 20 mil dólares por su triunfo mientras que los equipos que solo jugaron los tres partidos de la fase de grupos sin pasar de ronda volvieron a sus países de origen sin ningún premio por su participación. Abro con esta anécdota, aunque sea en escala continental, para intentar ofrecer un pequeño retrato de la grieta

---

<sup>1</sup> En adelante, la UAI o UAI Urquiza.

inmensa que divide el fútbol femenino, amateur o semi-profesional, de su equivalente masculino, híper-profesionalizado, en Sudamérica –aunque también se puedan observar disparidades semejantes en el resto del mundo.

La meta principal de este trabajo no es comparar el fútbol de mujeres en Sudamérica con el de los hombres. Pero destacar la posición subordinada que mantiene el fútbol de mujeres en relación al lugar hegemónico que ocupa su versión masculina en la cultura argentina ofrece un punto de partida para mi investigación y al mismo tiempo brinda un contexto más amplio para el análisis. Aunque esta pregunta sobre la desigualdad no se puede responder con una sola investigación, a través de esta indagación espero contribuir a los cimientos y las estrategias para futuros proyectos de investigación sobre el fútbol de mujeres y el deporte en general en Argentina y el resto de Latinoamérica, donde las mujeres se enfrentan diariamente con obstáculos y actitudes culturales similares que obstruyen su participación como deportistas, entrenadoras, dirigentes y/o espectadoras.

Como menciono en el párrafo anterior, este trabajo no sólo intenta destacar las diferencias entre el estado actual del fútbol de mujeres y el de hombres en Argentina, sino también estudiar *porqué* las jugadoras no han podido lograr los mismos niveles de protagonismo que sus contrapartes masculinas. Más específicamente, a través de una etnografía del equipo de mujeres de UAI Urquiza y de la selección argentina femenina, quiero explorar varias prácticas y formas de agencia encarnadas por las jugadoras como respuesta no solo a estos obstáculos, sino también a las fronteras borrosas entre un amateurismo oficial y un profesionalismo primitivo propio de su disciplina. Una de las discusiones centrales de esta investigación gira en torno al concepto de amateurismo y cómo este término no describe de forma adecuada el estatus de las jugadoras de la AFA. Aunque la comparación no sea el objetivo principal de este análisis, referencias a la práctica de este deporte jugado por hombres aparecen constantemente en el campo, tanto en los relatos y comentarios de las jugadoras como de los entrenadores y dirigentes.

Debido al carácter etnográfico de mi investigación, algunas de mis preocupaciones iniciales cambiaron y evolucionaron a lo largo del proceso de indagación. En el campo me surgieron varias preguntas que en muchos casos se relacionaban con la incertidumbre generada por el estatus amateur del fútbol femenino en Argentina hasta 2019 cuando se instauró la semi-profesionalización. Dado que su práctica era (y para muchas sigue siendo) amateur y aún entre las futbolistas profesionales los sueldos son mínimos en el país, ¿Qué motivaciones existen para las jugadoras? ¿Qué actitudes y propuestas han ayudado u obstruido el desarrollo del fútbol femenino a nivel de los clubes? ¿Cuáles son los obstáculos percibidos en el crecimiento del

fútbol de mujeres para las jugadoras, los cuerpos técnicos y médicos, los dirigentes y los periodistas? ¿Cómo responden las jugadoras a las políticas sobre el fútbol femenino y la gestión de los recursos para ello por parte de los clubes y la asociación? ¿Qué tipo de estrategias particulares utilizan los clubes para atraer y mantener a las mejores jugadoras? ¿Qué papel juega el dinero en el fútbol de mujeres, tanto desde la perspectiva de las instituciones como de las jugadoras? ¿Cómo se discuten los temas del amateurismo/profesionalismo entre los actores involucrados (i.e. jugadoras, entrenadores, dirigentes, etc.)? ¿Qué tipos de representaciones aparecen en las descripciones de las jugadoras de su práctica? ¿Cómo organizan las jugadoras las otras responsabilidades de la vida además del fútbol y cómo influyen éstas en su compromiso al club? ¿Cómo evolucionan o cambian las expectativas y las actitudes de las jugadoras a lo largo de sus carreras?

También formulé algunas hipótesis que luego se fueron transformando con el transcurso de mi investigación. El fútbol de mujeres en Argentina es amateur cuando le conviene a la institución. Es según la situación; por ejemplo, cuando un club demanda algo de sus jugadoras, ellas son tratadas como profesionales, pero cuando la situación se invierte, el club enfatiza el carácter amateur de la disciplina –aún con la llegada de la profesionalización–. Mientras que el fútbol de varones se considera como una inversión, el fútbol de mujeres se percibe como una fuente constante de gastos. Un argumento principal contra la profesionalización de la versión femenina de este deporte es la idea sobre la falta de potencial para generar ganancias económicas. En la etapa amateur del fútbol de mujeres, existían jugadoras que lograban vivir –o, mejor dicho, sobrevivir– de la práctica de este deporte a través de medios más allá de un contrato profesional. Para la mayoría de las jugadoras de la AFA, sobre todo para aquellas que han sido seleccionadas para representar al país en torneos internacionales, el fútbol es el factor determinante de sus vidas. Previo a la profesionalización, las jugadoras de los clubes más competitivos ya se representaban como profesionales “sin sueldo”, en términos del tiempo y el esfuerzo dedicado al entrenamiento y a los partidos, su actitud competitiva y su comportamiento fuera de la cancha.

### **A. Mi lugar en el campo (de juego)**

Para algunos, el estudio los lleva a su objeto de investigación. En mi caso, mi objeto de estudio me llevó a los estudios sociales. Juego al fútbol desde que tengo memoria –aunque siempre que me preguntan, digo que comencé a los ocho años–. Cuando quise arrancar, mis padres me llevaron al club más cerca de casa, donde me inscribí en la liga para jugar con un

equipo de niñas de mi edad. Estos comienzos pueden resultar sencillos, pero para una mujer argentina, parecen irreales. A los ojos de una mujer futbolista argentina, yo vengo de un lugar de privilegio en varios sentidos, de un país donde el fútbol no es deporte de varones sino el deporte más popular entre las mujeres jóvenes, cuya selección femenina ha ganado cuatro de las ocho Copas Mundiales de Fútbol –oficialmente reconocidas por la Fédération Internationale de Football Association (FIFA)– que se han disputado desde 1991. De hecho, me acuerdo que, con nueve años, mientras miraba la final del Copa Mundial Femenina de 1999 en la cual la selección estadounidense ganó de manera dramática en penales ante China con más de 90 mil personas en el estadio, decidí que mi sueño era ser jugadora profesional de fútbol como mis ídolas de esa selección histórica. En busca de ese objetivo, a los diez años me probé con un equipo competitivo de un club local, pero no quedé. El año siguiente, después de otro año de fútbol recreativo, volví a intentar con el mismo club y me tomaron como arquera del equipo de la categoría un año más grande que la que me correspondía.

Seguí jugando al fútbol a lo largo de mi infancia y adolescencia, compitiendo en alto rendimiento en clubes y en mi colegio, donde también entrenaba con el equipo masculino. Es imposible recordar mi adolescencia sin pensar en los viajes innumerables motivados por el fútbol –y la inversión significativa que implicaban éstos para mis padres, tanto de tiempo como de dinero, para que yo pudiera jugar el deporte que me apasionaba en los mejores clubes y en los torneos más competitivos–. El verano anterior a mi egreso de la secundaria fui reclutada para jugar a nivel universitario en la University of South Florida, donde completaría los dos años iniciales de mi carrera de grado antes de cambiar a Rice University, donde pude recibir gracias a una beca deportiva que cubrió los costos que implica estudiar en una universidad privada estadounidense. Hasta ese momento, mi carrera futbolística se podría considerar como “típica” para una jugadora joven de alto rendimiento en EE.UU.: comenzar jugando en un equipo recreativo, para luego progresar a un club competitivo y, finalmente, si se encuentra entre las más dotadas de su edad en términos futbolísticos, lograr conseguir una beca deportiva para estudiar en una universidad –solo un porcentaje mínimo sigue su carrera a nivel profesional o semiprofesional después de recibirse<sup>2</sup>–.

---

<sup>2</sup> De esta fracción pequeña, la mayoría se ve obligada a llevar sus talentos a otros países ya que las oportunidades para jugar a nivel profesional o semi-profesional después de la universidad son escasas e inciertas en EE. UU. En 2000, a partir del éxito del Mundial femenino de 1999 organizado en el país, se creó la Women’s United Soccer Association (WUSA) que fracasó después de tres temporadas. Luego del Mundial de 2007 en China, se fundó otro campeonato profesional: Women’s Professional Soccer (WPS) que no llegó a completar tres temporadas por problemas financieros. Finalmente, en 2012, siguiendo la ola de entusiasmo iniciada por el Mundial de Alemania en 2011, se fundó la liga profesional estadounidense actual, la National Women’s Soccer League (NWSL), con 10 equipos que cuentan además con una gran cantidad de jugadoras extranjeras (de todos los continentes) que representan a sus países en sus respectivas selecciones.

Esta investigación fue posible porque decidí intentar entrar en esa última categoría mencionada arriba: las jugadoras cuyas carreras continúan después de la universidad. Antes de egresar en 2012 de Rice, en 2011 tuve la oportunidad de entrenar a prueba con la Selección Femenina Mayor de Argentina, aunque todavía mi naturalización como ciudadana argentina (por sangre como hija de una argentina) se estaba procesando. Me invitó Carlos Borrello, quien fue el DT de la selección en dos momentos (1998-2012 y 2017-2021), el mismo que luego me dirigió en Club Deportivo UAI Urquiza (2015-2017). La selección mayor se encontraba en plena preparación para los Juegos Panamericanos, su única competencia en el horizonte, luego de haber quedado afuera de la clasificación al Mundial de 2011 por un puesto en el Sudamericano de 2010. Cuando llegué al predio de la Asociación de Fútbol Argentino (AFA) para el entrenamiento, las condiciones en que jugaban mis compañeras me dejaron atónita. Me llamó la atención el estado de los botines que tenían: viejos, rotos, algunos cosidos. Mis compañeras de selección me contaban que, en ese momento, Boca Juniors era el único club que proveía botines de fútbol a sus jugadoras (y hasta la actualidad sigue siendo el único). Después del entrenamiento, las seleccionadas tenían que devolver toda la ropa –que les quedaba demasiado grande ya que era la que ya no usaban los varones– menos un par de medias, algún short y alguna que otra remera que se atrevían a no entregar. Decían que el torneo local de AFA se hacía interminable, que las fechas se suspendían por cualquier motivo, que los clubes no les brindaban casi apoyo.

Este panorama me sorprendió por dos grandes motivos. Primero, por mi experiencia como jugadora en EE.UU., donde las universidades cuentan con instalaciones deportivas profesionales –gimnasios equipados, canchas cuidadas, piletas de agua caliente y fría, un estilo de consultorio de kinesiología–. En EE.UU., los deportes universitarios, sobre todo el basquetbol y el fútbol americano, forman una industria valuada en más de mil millones de dólares en ingresos anuales a través de los derechos televisivos, la venta de entradas y de indumentaria, donaciones a las universidades, entre otras cosas (McCormick & McCormick, 2008). Sin embargo, las deportistas mujeres no tuvieron siempre la posibilidad de participar en las competencias universitarias. Gracias a la legislación del Título IX de la Ley de Enmiendas de Educación de 1972, el cual prohibía la discriminación sexual en las instituciones educativas que recibían financiamiento del estado federal, las universidades se vieron obligadas a ofrecer las mismas oportunidades deportivas y educativas a las mujeres –aunque todavía no hay paridad total entre los deportes masculinos y femeninos en cuanto a becas, instalaciones y recursos económicos (Brake, 2010)–. Las competencias se organizaban con un año de anticipación y se jugaba todas las semanas, viajando semana de por medio para jugar de visitante. Si las

condiciones eran así en la selección, lo que se supone debe ser lo mejor, el nivel más alto, ¿cómo debían ser la situación en los clubes? Segundo, por la idea que yo tenía de Argentina, como un país sumamente futbolero, cuya pasión por el fútbol es conocida internacionalmente, el lugar de nacimiento de innumerables talentos que compiten en las mejores ligas del mundo, el país de Messi, de Maradona. ¿Y las mujeres? ¿Dónde estaban? ¿Por qué existía tanta desigualdad? ¿Por qué el fútbol femenino se encontraba tan relegado, tan marginado en comparación con el masculino? En 2013, a los meses de haberme recibido de la universidad, me mudé desde EE.UU. a Buenos Aires para jugar en River Plate, pero también para seguir indagando estas cuestiones.

Después de más de siete años jugando para dos de los equipos más competitivos y exitosos de la liga femenina de AFA y también formando parte de la selección argentina desde 2015, muchas de esas primeras impresiones han cambiado y/o complejizado. Este punto de vista único me ha brindado acceso a los lugares más íntimos del fútbol de mujeres en Argentina. Sin embargo, esta intimidad también me presentó dificultades en el momento de distanciarme para buscar una perspectiva más objetiva y sobre todo para reconocer ciertas prácticas o lógicas que ya se me habían vuelto naturales. En cuanto sigo investigando, el fútbol femenino en la Argentina se parece cada vez más a una maraña de problemáticas sociales, políticas y económicas; de expresiones y desigualdades de género y sexualidad; de ambigüedades laborales, afectivas y profesionales, para nombrar algunos nudos. Antes de intentar desenredar alguna de estas tramas, hace falta contextualizar mi objeto de estudio.

## **B. Fútbol y género**

Para poder analizar la participación de las mujeres en el fútbol argentino es clave entender este deporte como un espacio históricamente dominado por varones. El fútbol es el deporte más popular de Argentina, pero las mujeres han estado casi completamente ausentes en el imaginario social del país. En los estudios sociales del deporte en Argentina, el concepto de género, sobre todo en términos de masculinidades, ha sido una pieza fundamental de análisis, comenzando con los trabajos tempranos del antropólogo argentino Eduardo Archetti (1999) sobre la construcción de las narrativas masculinas y nacionalistas en el fútbol, polo y tango. Según Archetti (1994), la “retórica nacionalista” del fútbol juega un papel clave en el establecimiento del poder cultural masculino. En otras palabras, el fútbol es un espacio donde la identidad nacional y la masculinidad se construyen y se refuerzan. Pero este fenómeno no se limita a Argentina, más bien las narrativas nacionales masculinas del fútbol son una tendencia

continental, y la exclusión de las mujeres se puede ver de forma evidente a lo largo del siglo pasado en normas culturales y hasta en la legislación que directamente restringía la participación femenina en el fútbol, como era el caso en Brasil (Rial, 2013).

En la misma línea, el sociólogo Pablo Alabarces (2008) también elabora la idea de una narrativa nacional masculina en el fútbol, cuyo desarrollo a lo largo del siglo XX hasta hoy se debe tanto a los relatos de los medios masivos privados como al Estado, con el ejemplo principal del Mundial del '78<sup>3</sup>. Alabarces (2014) destaca que en comparación con el alcance de sus contrapartes masculinas, en los relatos nacionalistas deportivos se observa una ausencia casi total de las mujeres no solo en el fútbol sino también en los deportes en general. Irónicamente, el equipo argentino más exitoso de las últimas décadas no ha sido la selección de fútbol masculino ni tampoco la selección de rugby, conocida como Los Pumas, sino la selección femenina de hockey sobre césped, Las Leonas.<sup>4</sup> A pesar de sus logros deportivos, Las Leonas no han sido incorporadas en una narrativa nacional en la cual “nosotros” (argentinos) somos todos Leonas como sí se ha visto en campañas publicitarias patrióticas protagonizadas por Los Pumas o la selección masculina de fútbol en las épocas de competencias internacionales. Para Alabarces (2014), el obstáculo principal a la elaboración de una narrativa patriótica “femenina” surge de la noción de que los valores que representan a Argentina son características esencialmente masculinas: la virilidad, el machismo, la bravura, la perseverancia frente al dolor y la resistencia a la derrota, entre otras. Otras investigaciones también han analizado la

---

<sup>3</sup> La organización del Mundial del '78, dos años después del golpe de Estado que dio lugar al “Proceso de Reorganización Social” –la última dictadura militar en Argentina– que duró hasta 1983, jugó un papel fundamental en la construcción de una nueva “imagen argentina frente al mundo”. Esta nueva imagen involucraba una Argentina “unida”, “progresista” y “normal”, y a la vez representaba un intento flagrante de repudiar las denuncias sobre las violaciones de los derechos humanos y encubrir los secuestros y fusilamientos masivos llevados a cabo por el régimen militar. Como respuesta a la “campaña antiargentina”, el nombre otorgado por el régimen a estas denuncias de terrorismo de Estado, y como continuación de la manipulación y la construcción de una imagen argentina legal y normal del Mundial del '78, en 1979 el gobierno compró cientos de miles de calcomanías autoadhesivas con el eslogan “Los argentinos somos derechos y humanos” para ser distribuidas entre sus ciudadanos y “paseadas” en los autos de la gente. Para más sobre el contexto sociopolítico del Mundial del '78, véase: Alabarces, P. (2008).

<sup>4</sup> Según Santiago Uliana (2013), el apelativo “Leonas” parece hacer eco a la denominación de “Los Pumas”, siendo su extensión femenina con un sobrenombre que pudiera identificarlas del mismo modo popular y mediáticamente. Pero las mismas jugadoras que decidieron autobautizarse así aseguran que la elección residió solamente en las características de *garra* y coraje del animal. La conexión entre estas selecciones es interesante por el contexto social del rugby y el hockey. Históricamente, el hockey ha sido practicado por mujeres pertenecientes a sectores sociales medios altos y altos. Para quienes pertenecen a estos sectores, este deporte representa un espacio de socialización altamente eficaz para la producción de valores identitarios ligados a la clase social en conexión a representaciones de género (Uliana, 2013). En los clubes tradicionales de hockey (como Club Atlético San Isidro y Club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires), donde también hay un fuerte desarrollo del rugby masculino, han conservado una conexión fuerte con las élites, sirviendo de espacios privilegiados de sociabilidad. Esta sociabilidad no se mantiene únicamente entre las jugadoras de hockey, mejor dicho, entre compañeras de los mismos equipos, sino que también existe un estilo de complementariedad con el rugby, el deporte por excelencia de los varones pertenecientes a las clases medias y altas.

construcción de la masculinidad en el fútbol, pero con un enfoque en la violencia, la sociabilidad y la moralidad entre hinchas (Garriga Zucal, 2015; Moreira, 2001).

Un proceso de exclusión de las mujeres en los deportes también se observa en los estudios sociales del deporte en Argentina. Hasta los últimos años, la producción académica sobre el papel de las mujeres en el ámbito deportivo ha sido limitada. En el caso del fútbol, vale la pena mencionar los trabajos de cuatro autoras y autores argentinos, Adolfinia Janson, Juan Branz, María Graciela Rodríguez y Mariana Conde, que toman en cuenta a las mujeres en el fútbol como jugadoras e hinchas. El libro de Janson, *Se acabó este juego que te hacía feliz* (2008), representa la primera indagación sobre las prácticas futbolísticas de las mujeres como jugadoras. Janson ofrece un resumen breve de la historia reciente del deporte a nivel mundial y la liga de la AFA desde sus comienzos en 1991 junto con una serie de entrevistas con jugadoras y entrenadores del momento. Sin embargo, el trabajo de Janson carece de profundidad y análisis y las mismas preguntas y conclusiones revelan una falta de proximidad y comprensión del campo de estudio. Por ejemplo, en un momento Janson concluye que se debe aplicar ciertos cambios al reglamento del juego femenino para diferenciarlo de la versión masculina como acortar el tiempo de juego, proteger los pechos de las jugadoras y evitar el contacto físico entre adversarios (2008: p. 206). La autora no desafía los estereotipos existentes sobre la superioridad masculina en prácticas deportivas, sino que los apoya y los refuerza, justificando una versión femenina subordinada y subalterna. De esta manera, no defiende las peticiones por la igualdad de las jugadoras entrevistadas.

En cambio, el trabajo de Branz (2008), basado en sus experiencias propias como entrenador de un equipo de mujeres que practicaba en un parque público en La Plata, la capital de la provincia de Buenos Aires, cuestiona la matriz existente de las jerarquías de género en el fútbol. Su perspectiva es abiertamente política y alienta una desnaturalización de “las formas legítimas y restrictivas de jugar, producir y decidir en el fútbol” (2008: p. 55). Más allá de proponer la igualdad de género, Branz plantea un cuestionamiento profundo del deporte en sí y de la idea que el deporte es esencialmente estable y libre de conflictos. Una parte substancial de lo que mantiene la posición hegemónica del fútbol masculino es justamente esta concepción del fútbol como naturalmente “estable” y de hombres. Pero, a través de un proceso de desnaturalización y un cuestionamiento de estas ideas, es posible comenzar a considerar y desarrollar nuevas formas legítimas de la práctica del deporte, y así dejar la puerta abierta para las mujeres.

Mientras que Janson y Branz se enfocan en la participación de las mujeres como jugadoras, Rodríguez y Conde (2002) examinan su papel como espectadoras. En un análisis de

representaciones y prácticas, las autoras observan que, a pesar de la presencia de las mujeres en los estadios, a ellas se les niega la “experiencia futbolística”: solo los varones pueden vivir la “pasión verdadera”. A través de la observación y una serie de entrevistas con hinchas varones y mujeres, Rodríguez y Conde concluyen que este acceso exclusivamente masculino a la pasión nace de la posesión de un saber que resulta de prácticas futbolísticas –el haber jugado alguna vez–, asumido como natural para los hombres, pero no para las mujeres. Según esta lógica, parece que un aumento en la visibilidad y la aceptación del fútbol femenino representarían una amenaza directa a este concepto de la exclusividad masculina. Entonces, los medios masivos también ocupan un papel significativo en el mantenimiento de la posición privilegiada del fútbol masculino, aunque hasta ahora no existan estudios exhaustivos sobre las representaciones de los (y las) deportistas en Argentina.

En otros países occidentales, se ha observado que los medios deportivos defienden el concepto de la excelencia deportiva masculina. En un estudio llevado a cabo a lo largo de 25 años sobre las representaciones de deportistas en programas televisivos de noticias y de deportes en EE. UU., Cheryl Cooky, Michael Messner y Michela Musto (2015) encontraron que menos del tres por ciento del tiempo de la transmisión se dedicaba a los deportes de mujeres mientras que el otro 97 por ciento se reservaba para los de varones. No solo percibieron diferencias en la cantidad de la cobertura sino también en la calidad, en la manera de presentar la información deportiva y de representar a las mujeres deportistas. Por ejemplo, mientras que los comentaristas desplegaban un entusiasmo evidente cuando comunicaban las noticias sobre los deportistas, en los segmentos sobre los deportes de mujeres su forma de hablar era más escueta y tediosa. Los investigadores notaron una tendencia de reemplazar la representación sexualizada de las mujeres con otra técnica de marco conocida como la “ambivalencia”.

La “ambivalencia” es una técnica de marco que utiliza mensajes contradictorios en la representación de las mujeres que trivializa o minimaliza sus habilidades o logros deportivos (Cranmer, Brann & Bowmann 2014). Se puede emplear con ciertos métodos visuales –por ejemplo, una toma de primer plano de una parte del cuerpo fuertemente asociada con la femineidad como los pechos o los ojos maquillados–, o con el uso de palabras y la discusión de temas no deportivos asociados a lo femenino –como el rol complementario de la deportista como madre, novia, esposa y/o hija–. Teniendo en cuenta el progreso hacia la igualdad de género en términos de los derechos sociales y la apertura de carreras tradicionalmente limitadas a los varones, la cobertura deportiva tan obviamente sesgada indica lo que Cooky, Messner y Musto identifican como el “desnivel del cambio social” (2015: p. 279). Para decirlo de otra manera, el desafío de las mujeres a la hegemonía masculina en los deportes sigue limitado por

ideologías de género persistentes, desigualdades estructurales y la segregación de sexo en gran parte reforzadas por los medios masivos. En Argentina, la gran mayoría de cobertura mediática deportiva se dedica al fútbol masculino, un fenómeno que desde la década del 1990 solo se ha profundizado después de la elaboración de los primeros contratos lucrativos de los derechos televisivos (Gil, 2000 y 2003; Hijós, 2013). Estos contratos mejoraron de manera exponencial los ingresos de los clubes y de la federación, abriendo el camino para la realidad tan comercializada y globalizada que el fútbol experimenta hoy.

Es precisamente la posición cultural y económicamente privilegiada del fútbol en Argentina que más obstruye la entrada de las mujeres a este deporte. Según Mariana Conde (2008),

El hecho de que el fútbol forme parte de la cultura popular o las culturas populares confirma la idea de que la hegemonía no solo habita en el corazón de los dominantes, sino también en el corazón de los dominados, porque replica en ambos una forma particular del poder: el poder del género. (p. 69)

Es decir, la construcción del fútbol como deporte masculino atraviesa tanto las clases dominantes como las dominadas, y paralelamente refuerza el sistema patriarcal, reservando los valores y las pasiones que se manifiestan en las prácticas y los discursos del fútbol para los varones. Estos procesos de prácticas y discursos producen, disputan y transforman la masculinidad, y por ende la femineidad como su complemento. De manera que se incrustan en la sociedad como las características que componen a la masculinidad hegemónica. Aquí adopto la definición presentada por Mimi Schippers (2007), basada en la de R. W. Connell (1995), de la masculinidad hegemónica como el conjunto de “las cualidades definidas como de macho que establecen y legitiman una relación jerárquica y complementaria con la femineidad y así garantizan la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (p. 94)<sup>5</sup>. Por lo tanto, la femineidad hegemónica cumple la misma función que su complemento masculino, pero con las características “de una señorita”, las que son opuestas y complementarias a la masculinidad hegemónica. Estas cualidades, masculinas y femeninas, sin embargo, pueden ser encarnadas tanto por los varones como por las mujeres, pero con distintos resultados.

En el caso del fútbol argentino, las cualidades de la lucha corporal, el “aguante”<sup>6</sup>, la picardía, el coraje, la brillantez y creatividad del jugador como individuo, son construidas como características de la masculinidad hegemónica. La encarnación por mujeres de dichas

---

<sup>5</sup> Traducción propia desde el inglés original.

<sup>6</sup> José Garriga Zucal (2006/2007) define al “aguante” de los integrantes de las hinchadas del fútbol argentino como “la afirmación simbólica y práctica de la hombría [...] la característica primordial de la masculinidad” que se gana a través de la violencia y la lucha corporal en contra algunos rivales (pp. 4-5).

cualidades, en cambio, se vuelve estigmatizada y hasta puede ser sancionada –social y profesionalmente<sup>7</sup>– ya que, como afirma Schippers (2007), “constituyen un rechazo a la complementariedad a la masculinidad hegemónica en una relación de subordinación y así resultan amenazantes al dominio masculino<sup>8</sup>” (p. 95). Para las jugadoras de fútbol en Argentina, a pesar del auge reciente de la participación de mujeres,<sup>9</sup> sigue existiendo el estigma de la “marimacho”: la mujer-hombre que manifiesta coraje, tiene “aguante” y un cuerpo fuerte y preparado para el roce corporal del deporte, pero su sexualidad resulta cuestionada (Janson, 2008). Estas cualidades hegemónicas de la masculinidad en el fútbol, y de la sociedad argentina en general, cuando se manifiestan en mujeres que practican este deporte se convierten en femineidades subalternas o lo que Schippers (2007) llama “femineidades parias” (*pariah femininities*). Es decir, las características de la masculinidad hegemónica manifestadas en una mujer se convierten en una marca maestra que a la vez la contaminan y la hacen socialmente no deseable, volviendo menos amenazante su posible desafío al dominio masculino.

Entonces, las deportistas se encuentran en una situación “sin salida”, o en las palabras de Sylvia Burrow (2016), un “double bind”, que refiere a las limitaciones inevitables de la formación deportiva de las mujeres y la lucha por el deporte mantenidas por una jerarquía de género profundamente arraigada. En cambio, la femineidad tradicional resulta complementaria pero incompatible con los valores e ideales de la masculinidad hegemónica sostenidos por el deporte. Por lo tanto, la encarnación de lo femenino en las actuaciones deportivas de las mujeres lleva a la trivialización de sus habilidades y prácticas, pero al mismo tiempo cuando ellas encarnan los valores masculinos, se encuentran sujetas a sesgos y prejuicios de género. Sin embargo, dentro de estos límites, las deportistas negocian para poder participar y triunfar en sus disciplinas, un desafío aún más complicado en los deportes tradicionalmente de varones. Esta investigación espera reconocer y analizar este espacio de agencia en las jugadoras de fútbol.

---

<sup>7</sup> Por ejemplo, en las fuerzas armadas, las mujeres que encarnan “demasiado bien” cualidades masculinas pueden ser acusadas de ser homosexuales, una acusación que en las fuerzas estadounidenses hasta 2010 podía resultar en su despido acorde a la política oficial de “Don’t Ask, Don’t Tell” (“No preguntes, no cuentes”). Esta regla, que tuvo efecto entre 1993 (antes solamente personas heterosexuales podían servir en las FFAA) y 2010, prohibía la entrada de personas abiertamente homosexuales a las fuerzas armadas y a la vez prohibía cualquier tipo de investigación sobre la orientación sexual de los militares. Véase: Furia, S. (2010).

<sup>8</sup> Traducción propia.

<sup>9</sup> En los últimos años se está dando más visibilidad al fútbol de mujeres en los medios masivos. Esta atención varía desde columnas y editoriales que se sorprenden por el “boom” del fútbol femenino hasta una telenovela, *Mis Amigos de Siempre*, en la cual uno de los protagonistas es un jugador profesional de fútbol que comienza a entrenar un equipo de mujeres y se enamora de una de las jugadoras. Es importante notar que el enfoque cae sobre el fútbol como espacio social y recreativo aceptable para las mujeres donde no hace falta perder la “femineidad” mientras que el campeonato de la AFA queda en las sombras.

### C. Apuntes metodológicos

Llegué a Argentina en 2013, con una lista interminable de preguntas sobre las desigualdades, desafíos y maltratos que yo observaba dentro del fútbol femenino en Argentina. En un principio, comencé un posgrado en letras con la intención de estudiar la literatura futbolística debido a mi formación en estudios hispánicos en EE. UU., pero rápidamente caí en la cuenta que para poder responder a estas preguntas, necesitaba otras herramientas de investigación. Por las vueltas de la vida, coincidencias o no, conocí a Pablo Alabarces, uno de los fundadores de los estudios sociales del deporte en Argentina, quien me alentó a hacer un posgrado en ciencias sociales y escribir una tesis sobre las mujeres en el fútbol. Un tiempo después, con su apoyo, logré ganar una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET) para seguir mis estudios de posgrado. Un proyecto que comenzó como un análisis del lugar de las mujeres en la literatura futbolística – por mis antecedentes en letras y estudios culturales–, se convirtió en una etnografía del club donde jugaba, gracias, en gran parte, a los consejos de mi directora de tesis, la antropóloga Verónica Moreira<sup>10</sup>.

Este cambio se debió también a mi lugar como jugadora y a la entrada que yo tenía al campo. Siendo parte de un plantel, tenía acceso directo a los espacios más íntimos de éste, podía observar y participar de los entrenamientos, los partidos, los viajes, las juntadas, las reuniones. Tenía la posibilidad de vivir “en carne propia” las interacciones, los sentidos, los significados negociados e intercambiados en el campo. En este caso, la imagen de un “juego que se aprende jugando” –utilizada por Guber (2001) – para describir la técnica etnográfica de la observación participante no podría ser más acertada. Participando como jugadora podría comenzar a entender no solo las frustraciones, las desilusiones, las alegrías y los festejos propios del fútbol femenino de alto rendimiento en Argentina, sino también las lógicas, los valores, las moralidades y las relaciones que ordenan ese espacio social. Después de esa reunión con Alabarces y el dictamen del CONICET sobre la beca doctoral, cuando decidí cambiar el proyecto de investigación a fines de 2015, ya había pasado de River Plate al Club UAI Urquiza. Llevaba tres años viviendo en Argentina jugando en la liga local y un año con la selección argentina, viajando y compitiendo en los Juegos Panamericanos de Toronto ese mismo año.

---

<sup>10</sup> Su contribución significativa al campo de los estudios sociales del fútbol comenzó con su trabajo etnográfico con hinchadas (2001; 2005) y, más recientemente, fue parte de una apertura del campo hacia otros deportes con sus propias investigaciones, pero también con su apoyo a jóvenes investigadores explorando una variedad de espacios deportivos.

La metodología empleada en este trabajo es la etnografía –aunque hay un giro hacia la auto-etnografía en el último capítulo–, pero en la recolección de datos se complementó también con el uso de entrevistas en profundidad a jugadoras y dirigentes y el análisis de archivos y textos relevantes al objeto de estudio. Llevé a cabo el trabajo de campo en dos etapas. La primera, en que se basa mi tesis de maestría y la primera parte de esta tesis, la realicé en UAI Urquiza entre fines de 2015 hasta mediados de 2018. Luego, para la segunda parte de esta tesis, regresé al campo, volviendo al plantel ya semi-profesional de UAI Urquiza entre agosto y diciembre de 2019 y mi investigación también se extendió al incluir mis experiencias en la Selección Argentina entre febrero de 2018 y julio de 2019. Como parte del equipo de la UAI y de la selección<sup>11</sup>, pude acceder a los lugares más íntimos de un contexto de equipo futbolístico. Aunque mis compañeras, entrenadores y dirigentes estuvieran enterados de mi investigación, sobre todo me veían como una jugadora más con las mismas responsabilidades de entrenamiento y rendimiento en la cancha. Sin embargo, durante la primera etapa del trabajo de campo me consideraba como “casi” nativa por un par de motivos: una diferencia profunda en mi formación futbolística y mi carrera académica. El hecho de que me haya criado en los Estados Unidos y que me haya formado como jugadora en ese país, con todos los recursos y las oportunidades que eso implica, me separaba de forma permanente de mis compañeras que se habían enfrentado con un panorama mucho más oscuro. Además, mi lugar como investigadora y socióloga generaba una distancia entre mi experiencia y la de mis compañeras al mismo tiempo que complejizaba mi mirada –era la única del equipo completando un posgrado–. Por lo tanto, mi posición en el campo era más bien híbrida: era una *insider* por mi lugar de futbolista y al mismo tiempo una *outsider* por mi crianza en los Estados Unidos y mi lugar de investigadora (Merriam, 1998; Pang, 2019). No obstante, mi lugar en el campo se iría transformando a lo largo de la investigación, lo cual me llevaría a utilizar el método de la auto-etnografía en la última etapa<sup>12</sup>.

Antes de llegar a la UAI, jugué tres años en Club Atlético River Plate. Mi paso por River me sirvió para contextualizar mis observaciones y experiencias en la UAI y además establecer una base para la comparación. A lo largo de la investigación, realicé nueve entrevistas en profundidad con compañeras de la UAI, con un enfoque del curso de vida (Blanco, 2011) recorriendo su trayectoria –tanto futbolística como académica y familiar–, desde sus inicios en el fútbol hasta su llegada a la UAI y su situación actual en el club, y prestando atención a las transiciones y los “turning point”, momentos de ruptura o de cambio significativos (Miranda,

---

<sup>11</sup> Ver imágenes más jugando para UAI Urquiza en el Anexo Fotográfico.

<sup>12</sup> Reflexiono más sobre este proceso en el capítulo cinco de esta tesis.

2016). Junto con estas entrevistas, participé de innumerables conversaciones con compañeras, entrenadores y dirigentes que me ayudaron a reconocer los significados de una variedad de prácticas, discursos y representaciones del fútbol femenino. Para analizar estas conversaciones, junto al enfoque del curso de vida, también utilicé la técnica del análisis del discurso. En este trabajo, todos los nombres de las jugadoras son ficticios para mantener el anonimato, pero utilicé los nombres verdaderos de los actores que se pueden considerar como figuras públicas como los dirigentes y el cuerpo técnico del club, con algunas excepciones que están señaladas. El reconocimiento de sentidos sociales se ha nutrido de mi propia participación, como locutora y auditora, en charlas grupales donde mi lugar como investigadora quedó casi totalmente olvidado por los demás con relación a mi lugar como jugadora del club en una situación “puramente” futbolística. Logré grabar y luego analizar algunas de estas discusiones, pero muchas veces mi papel de jugadora limitaba mi acceso al grabador y al cuaderno durante los entrenamientos y partidos, de manera que fui obligada a depender de mi memoria.

Otro recurso clave de mi investigación es uno que solo recientemente se está teorizando como metodología en las ciencias sociales pero que en las últimas décadas se ha vuelto central a la comunicación entre personas: los mensajes de texto en los teléfonos celulares (Vela Delfa, 2016). Particularmente, la aplicación WhatsApp, una plataforma de las redes sociales que permite a sus usuarios mandar mensajes instantáneos a otros usuarios a través del internet desde su celular, ocupa un rol central en la comunicación entre el equipo. Existen tres grupos de conversación de WhatsApp con varios niveles de formalidad.<sup>13</sup> Estos grupos –y las conversaciones privadas a través de mensajes– facilitan la comunicación cotidiana entre compañeras pero a la vez son altamente complejos en cuanto a las normas que determinan quiénes pueden participar y qué temas son válidos para la discusión. Además, la falta de expresividad facial y de tono, junto con la cuestión de la temporalidad de la respuesta, pueden llevar a malentendidos y hasta conflictos entre compañeras, entre otras complicaciones. Sin embargo, estos foros grupales y las conversaciones directas representan espacios íntimos que dan la impresión de la confidencialidad y la complicidad, sobre todo en los grupos reservados para las jugadoras, y permiten discusiones de un carácter más privado e informal. En estos

---

<sup>13</sup> Primero, “LAS GUERRERAS DEL FURGON” es el grupo más formal y que utiliza exclusivamente para comunicar noticias o avisos sobre asuntos del equipo como los preparativos para los partidos o el horario y lugar de entrenamiento. Es el único grupo de los tres que incluye a miembros del cuerpo técnico. Segundo, “Las cholas de bronce” (en referencia a la medalla de bronce obtenida en la Copa Libertadores Femenina en 2015) originalmente era el grupo “de la joda” en el cual los miembros del equipo discutían un rango amplio de temas y donde mandaban chistes y “memes” graciosos, pero en 2017 este grupo se convirtió en el grupo semi-formal para mandar información o noticias sobre la familia, el estudio, las emergencias, los entrenamientos, los partidos, etc. Tercero, el último, más nuevo y menos serio de los tres no tiene un nombre permanente sino que se cambia según los eventos del día y tampoco tiene una función oficial ya que todos los temas son válidos en este foro.

contextos es más probable que los sujetos se relajen y así revelan ciertos códigos, lógicas y creencias que típicamente se esconden –por ejemplo, las quejas sobre los dirigentes o las políticas institucionales o críticas y chistes sobre jugadoras de otros clubes–. La información de estas conversaciones sirve como insumo para elaborar nuevas preguntas y cuestionamientos en la investigación.

#### **D. Estructura del trabajo**

La tesis se organiza en cinco capítulos. El primero es una contextualización más amplia del fútbol de mujeres en Argentina, empezando con un repaso sociohistórico. Luego, me enfoco en los años previos y los hechos que llevaron a la institucionalización de una práctica que antes era puramente informal y recreativa a nivel global. Después la mirada vuelve a Argentina con una discusión de la entrada de las mujeres a la AFA, un “club de caballeros”. Finalmente, presento una descripción de la organización y estructura actual del torneo femenino de la AFA, destacando los cambios recientes desde la dirigencia hasta el reglamento.

El segundo capítulo es una indagación sobre la institución del Club UAI Urquiza. Comienzo con una descripción general del club, su fundación y su estructura. Después, analizo la ideología del club como institución educativa privada debido a su lazo con la Universidad Abierta Interamericana y su red de colegios primarios y secundarios, que lo diferencian de cualquier otro club afiliado a la AFA. Posteriormente, considero los primeros años del fútbol de mujeres dentro de la UAI desde su incorporación al club en 2008 hasta su primer título en 2011, un período en el cual la disciplina evolucionó. Cierro el capítulo con un análisis del interés particular del club en el fútbol de mujeres y el involucramiento del club en la Comisión de Fútbol Femenino de la AFA después de la reestructuración de la asociación.

El tercer capítulo discute el ideal del amateurismo en sí y particularmente en el fútbol de mujeres, considerando las varias maneras en que éste se ve al mismo tiempo desafiado y reforzado por las instituciones. Presento el concepto del “marronismo”: un espacio donde las fronteras entre el profesionalismo y el amateurismo se borran, que tiene sus raíces en la era pre-profesional del fútbol masculino en Argentina a principios del siglo XX. A partir de este término indago las varias estrategias empleadas por el club para atraer y retener a las jugadoras. Examinó detalladamente cada “beneficio” otorgado a las jugadoras del club: el viático mensual, el almuerzo, la vivienda, el trabajo y las becas. El análisis conduce a una reflexión sobre la inestabilidad de estos beneficios como consecuencia del estado amateur de la disciplina y la falta de contratos. Algunas preguntas que intento abordar en este capítulo son: ¿Cómo decide

el club quién recibe y quién no recibe un beneficio? ¿Hay algún beneficio determinante para las jugadoras?

El cuarto capítulo se enfoca en las experiencias futbolísticas de las jugadoras. Abro con una indagación sobre las trayectorias de las jugadoras –cómo y dónde comenzaron a jugar, a qué edad, y cómo llegaron al club. Sigo con una descripción de sus experiencias cotidianas en el club a través de la categoría de “sacrificio” con un enfoque en los entrenamientos y las correspondientes exigencias físicas y cómo a través de éstas se construye una identidad de futbolista. La falta de contratos y exigencias formales de horarios genera lo que denomino “la variabilidad del compromiso” entre las jugadoras que depende de las diferentes responsabilidades de la vida y de los “dones” que reciben o no del club. Finalmente, destaco los conflictos institucionales y económicos que surgen en el fútbol de mujeres utilizando el caso de la lucha constante por un espacio fijo en el club utilizando el ejemplo de las dificultades experimentadas por el equipo femenino al momento de conseguir una cancha para entrenar.

Finalmente, el quinto capítulo sirve de puente entre el amateurismo marrón de los capítulos anteriores y la (semi-)profesionalización de la primera división del torneo femenino de la AFA en 2019. Comienza con una reflexión auto-etnográfica sobre mis experiencias en la selección argentina y el proceso de “volverme nativa”. Indago los procesos que precedieron el anuncio de la profesionalización, particularmente la movilización de las jugadoras de la selección argentina y su mayor reconocimiento, enfocándome en la Copa América. A través del concepto de conscientización, analizo el gesto del “Topo Gigio” que hicimos las jugadoras en la fotografía previa al partido con Colombia durante la segunda fase de la Copa América para manifestar nuestro deseo de “ser escuchadas”. Luego, analizo la profesionalización como una política pública con varios fines a través de un análisis del discurso de Tapia durante el anuncio del nuevo torneo femenino profesional. Propongo que al mismo tiempo que los primeros contratos profesionales parecen indicar un avance en el fútbol femenino, también sirven el propósito de mantener el orden y reforzar la hegemonía de la AFA y otros actores en posiciones de poder en relación con el movimiento de las futbolistas. Para cerrar propongo pensar la nueva etapa profesional del fútbol femenino considerando las rupturas y las continuidades con la etapa amateur, pero principalmente en relación al deporte como trabajo y como una nueva trayectoria de vida viable para las mujeres. La instauración de contratos profesionales, si bien no resuelve todas las problemáticas presentadas durante el marronismo, otorga nuevos derechos a las jugadoras y un mayor nivel de protección legal reconociéndolas como trabajadoras.



# CAPÍTULO 1| EL FÚTBOL DE MUJERES EN ARGENTINA: los inicios, el (sub)desarrollo y la última etapa del amateurismo

## 1.1 Una exclusión histórica

En la historia del fútbol argentino –de la cual solo veremos una pequeña parte– la práctica de este deporte por mujeres ha pasado casi desapercibida. Esta invisibilidad, sin embargo, no es tanto evidencia de una ausencia absoluta de mujeres futbolistas sino más bien de su exclusión sistemática de la tradición futbolera del país. El fútbol en sí no se ha construido como deporte nacional, sino el fútbol practicado por varones. Entonces, esta práctica deportiva además conlleva una condición de género: es un espacio casi exclusivamente de varones en el cual se construyen y se refuerzan identidades masculinas hegemónicas (Archetti, 1994). Esta condición masculina también se aplica a la construcción de narrativas, relatos e identidades nacionales a través del fútbol, que sirve de herramienta en la invención de la “nación” (Alabarces, 2008). No obstante, aunque hoy se puede observar un punto de inversión, el fútbol de mujeres está experimentando aumentos inéditos en los niveles de participación y atención mediática, la naturalización del fútbol como espacio de varones y deporte nacional de Argentina está entre los obstáculos que han complicado y restringido el acceso de las mujeres a este deporte.

Desde su llegada de Gran Bretaña a mediados del siglo XIX hasta hoy, el fútbol ha sido instituido como el deporte nacional de Argentina. Los inmigrantes británicos que llevaron el fútbol a Argentina también llegaron a ocupar un lugar de influencia en términos económicos, políticos, culturales y deportivos<sup>14</sup> (Frydenberg, 2011). Su influencia fue más notable entre las clases dominantes cuyos miembros no solo adoptaron el idioma inglés, sino también fundaron clubes atléticos y sociales basados en aquellos de la comunidad británica, con los mismos niveles de exclusividad típicos de los modelos originales: los clubes eran únicamente para aquellos hombres que podían pagar las altas cuotas de socio y que se encontraban en los círculos sociales de algún miembro dispuesto a patrocinar al candidato. Sin embargo, es precisamente la política británica de divulgación y de civilización mencionada arriba, a través de las instituciones educacionales de la comunidad inglesa, lo que permite que la tradición futbolística se inaugure, se desarrolle y se popularice primero en Buenos Aires y luego en el resto del país.

---

<sup>14</sup> En su libro *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización* (2011), el historiador argentino Julio Frydenberg describe cómo el fútbol se convirtió en uno de los espacios masculinos más importantes de Argentina a principios del siglo XX. Una gran parte de los datos históricos de esta parte se debe a su trabajo.

El *football* se instala en la Argentina con la llegada del escocés Alejandro Watson Hutton a la Capital Federal en 1882. Watson Hutton introdujo el modelo británico de incorporar el deporte al programa escolar rioplatense de la escuela Saint Andrew's en Buenos Aires. Según la visión educativa británica, el deporte y la competencia eran herramientas clave para enseñar la disciplina e incorporar las características del *sportsman* como los criterios morales del *fairplay*<sup>15</sup>.

La introducción del *football* a las escuelas británicas eventualmente dio origen a varios clubes deportivos ingleses, abriendo el camino hacia la formación de equipos y la creación de una liga oficial para organizar torneos y establecer las normas y reglas del juego, entre otras cosas. Junto a los fundadores de la liga, entre los cuales se encontraba Watson Hutton, la prensa rioplatense tuvo un papel clave en la difusión del fútbol. Además de publicar los horarios y los resultados de los partidos, los medios elogiaban los principios y valores asociados con el deporte que debieran ser masificados con la práctica mientras criticaban la exclusividad y elitismo de los clubes. Por ejemplo, la revista deportiva *El Gráfico*<sup>16</sup> se encontraba entre las más leídas por la clase media y entre las más influyentes de su género, desarrollando las primeras teorías sobre los orígenes del fútbol argentino y eventualmente sobre el estilo nacional de juego (Archetti, 1999). Sin embargo, la dominación inglesa del fútbol comenzó a disolverse con la subsiguiente “argentinización” de la liga, un proceso iniciado en los primeros años del siglo XX con la formación de la segunda y tercera divisiones. El nacimiento de estas divisiones facilitó la incorporación masiva a la liga de nuevos equipos afuera de los círculos sociales tradicionales de la colonia inglesa y la elite criolla.

Aún antes de la formación de las nuevas divisiones, la práctica del fútbol ya había comenzado a extenderse hacia otros sectores de la población. Para Frydenberg (2011), esta popularización de principios del siglo XX fue posible gracias a la difusión mediática del espectáculo futbolístico, como la cobertura de los partidos entre Alumni Athletic Club<sup>17</sup> y

---

<sup>15</sup> Las ideas del *fair play* y del *sportsman* surgen de las filosofías imperialistas sobre el deporte en relación a su capacidad de difundir principios y valores británicos al resto del mundo. Estos conceptos minimizaban la importancia de la victoria y promovían la noción que el deporte servía principalmente para desarrollar las virtudes cristianas de la verdad, la pureza, el coraje, la sencillez, la resistencia y la reverencia entre los jóvenes (Mangan, 1998). En los primeros años de la Argentine Association Football League, el club Alumni, afiliado con los alumnos de Buenos Aires English High School, era la máxima representación de estos valores (Frydenberg, 2011).

<sup>16</sup>*El Gráfico* se fundó en mayo de 1919 en Buenos Aires como una revista “para hombres” con artículos sobre política, noticias, deportes, personajes famosos y actividades recreativas y al aire libre. Después de 1921, la revista se dedicará exclusivamente al deporte, pero periódicamente incluía fotografías e imágenes de bailarinas “supuestamente” extranjeras. Para un análisis mucho más extensivo y completo sobre las construcciones ideológicas de esta revista, véase: Archetti, E. (1999).

<sup>17</sup> Alumni Athletic Club fue un club formado y organizado por Alejandro Watson Hutton en 1898 con los alumnos del Buenos Aires English High School para competir en la primera división de la Argentine Association Football League (liga de la Asociación del Fútbol Argentino). Entre el año de su fundación y 1911, Alumni fue el equipo

equipos extranjeros, y su aparición en los periódicos. Simultáneamente al crecimiento de este “protoespectáculo” deportivo, una franja importante de los que participaban como espectadores, también estaba compuesta por jóvenes aficionados, la mayoría proveniente de los sectores populares, que jugaban en equipos y clubes nucleados en “ligas independientes” no asociadas a la liga oficial. En 1907, este ámbito denominado el “fútbol aficionado” por los diarios más importantes de la época alcanzó a tener más de 300 equipos en una docena de “ligas independientes” solamente en Buenos Aires y sus alrededores. Gran parte de estos equipos eran lo que Frydenberg llama “equipo-clubes”, en los cuales sus once, doce o trece jugadores eran a la vez los socios y directivos de la institución, como en los casos del Club Vélez Sarsfield y Boca Juniors, por ejemplo.

Mientras el fútbol se popularizaba, el país se encontraba en un momento crucial de transición y transformación de la población debido a la inmigración masiva ultramarina: en Capital Federal, entre 1895 y 1914, la población urbana creció de 660.000 habitantes a 1,5 millones y la mitad de la población total de la ciudad estaba compuesta de inmigrantes, mayormente de las regiones rurales de Italia y España (Cibotti, 2000: p. 372). Además, no era una inmigración pareja, sino que había una alta tasa de varones –entre 1881 y 1914, las mujeres solo representaban un tercio de los inmigrantes– y de trabajadores “golondrinas”, hombres que todos los años iban a trabajar temporalmente y volvían a sus países de origen. Entonces, para muchos jóvenes –inmigrantes, hijos de inmigrantes o criollos–, asociarse al club del barrio, como jugador o simpatizante, un compromiso tanto corporal como emocional, representaba sobre todo una oportunidad para hacer una conexión entre su lugar de residencia, trabajo o estudio y el barrio donde se ubicaba el club. De manera que ser socio de un club les ofrecía un sentido de pertenencia, no solo al club sino también a una creciente comunidad masculina unida por una pasión por el fútbol.

Durante la mayor parte del siglo XX, el fútbol fue utilizado en la construcción de identidades nacionales y masculinidades hegemónicas. Este proceso se dio gracias a una colaboración entre varios actores, entre ellos, y no con papeles secundarios, los medios masivos y el Estado. El primer grupo, al mismo tiempo que construía narrativas nacionales basadas en las hazañas de los jugadores y equipos masculinos argentinos –la invención del “estilo criollo”, la idealización del “potrero” y la glorificación del “pibe”<sup>18</sup>–, satirizaba, criticaba o mayormente

---

más ganador del torneo con diez campeonatos junto con varias copas nacionales e internacionales hasta su disolución en 1913 (Frydenberg, 2011).

<sup>18</sup> Según el imaginario futbolística argentino, un “pibe” es un chico que se forma como jugador en “el potrero”, espacios vacíos de la ciudad, todavía sin pavimentar, convertidos por los jóvenes del barrio en canchas improvisadas de fútbol (Archetti, 1995: p. 433). Por naturaleza, el “potrero” se opone a las canchas oficiales de

ignoraba la práctica del fútbol por las mujeres, aunque de vez en cuando publicaba algunos textos o imágenes favorables (Else y Nadel, 2019). Por ejemplo, un poema de Bernardo Canal Feijóo, “Fútbol de mujeres<sup>19</sup>” de 1924 condena la participación femenina a través de una descripción de un partido jugado entre dos equipos de mujeres en el cual la acción de juego se asocia con el lesbianismo y la sexualidad descontrolada: “los choques trataban a los jugadores en un abrazo lésbico inaceptable”. En cuanto al segundo grupo, el Estado, fue clave la educación en las escuelas públicas, que, según Beatriz Sarlo (1998), servían de un estilo de “máquina cultural” o constructor de ciudadanía. El Estado utilizaba la escuela, con más o menos eficacia, en la formación de un discurso pedagógico nacional con el fin de construir una identidad nacional e incorporar la abrumante cantidad de inmigrantes a la sociedad civil (Carballo, 2010).

La inmigración masiva de este período fue producto de un consenso político en la Argentina a lo largo del siglo XIX de que la inmigración ultramarina era “un instrumento esencial en la creación de una sociedad y una comunidad política moderna” (Halperin Donghi, 1987: 191). A pesar de esta convergencia sobre el objetivo final de la inmigración, los distintos sectores políticos variaban en sus motivos: por ejemplo, algunos destacaban la necesidad de mano de obra ya que las fronteras agrícolas se expandían más rápido que la población local, otros deseaban un “blanqueamiento” de la sociedad que traería los valores y virtudes de las culturas “blancas” del norte de Europa, y algunos, como Domingo Faustino Sarmiento, consideraban a la inmigración como un instrumento para acelerar el proceso de la modernización necesaria (*ibid.*: p. 201). La Argentina se encontraba en un momento crucial de transición y transformación de la población debido a la inmigración masiva. Entonces, el Estado argentino se encontraba ante el desafío de, a la vez, asimilar los nuevos habitantes y de formar una identidad nacional, o, mejor dicho, construir una ciudadanía en un país de inmigrantes. Como respuesta a esta cuestión, las élites argentinas formaron el modelo del “crisol de razas” que proponía que el Estado condujera el proceso de asimilación de los nuevos habitantes, aniquilando sus identidades culturales originales y haciéndose un “crisol de razas que forjará un tipo humano único y más perfecto: el hombre del futuro” (Cibotti, 2000: p. 374).

Una de las corrientes que promovía este concepto del crisol de razas era el positivismo. Según Oscar Terán (1987), a fines del siglo XIX y principios del siglo XX en Argentina el positivismo era “la matriz mental dominante” y, a través de esta perspectiva, las élites

---

los colegios británicos donde los maestros organizaban y controlaban los partidos, enseñando las reglas y las formas de juego a sus alumnos obedientes.

<sup>19</sup> Le agradezco al Dr. David Wood por hacerme conocer este poema, se puede encontrar en su forma completa en: <http://descontexto.blogspot.com.ar/2016/04/penultimo-poema-del-futbol-de-bernardo.html>

intentaban tratar los males de la modernización para que ésta se pudiera llevar a cabo con eficiencia y, al mismo tiempo, reflexionaban sobre el “problema de la invención de una nación” (*ibíd.*: p. 12) y la “jerarquía de razas” (Lvovich & Bohoslavsky, 2009). Los pensadores que adherían a esta ideología promovían la extensión de la cientificidad hacia las disciplinas sociales y políticas. Terán (1987) hace mención a la afirmación de José Nicolás Matienzo: “la ciencia política tiene que ser positivista y experimental, como las demás biológicas” (p. 36). De esta manera, se aplicaba una terminología médica a la sociedad tratándola como un cuerpo cuyos problemas –pobreza, pereza, anarquismo, alcoholismo– eran enfermedades o infecciones. Pensadores de derecha, como el abogado Carlos Octavio Bunge, asociaban la causa de estas “enfermedades” con las características raciales de españoles, negros e indígenas –consideradas etnicidades degeneradas– (Lvovich y Bohoslavsky, 2009). Irónicamente, los liberales argentinos utilizaban este tipo de discurso sobre la “infección social” para justificar la intervención racista, xenófoba y violenta del Estado en la libertad individual a través de instituciones dedicadas a regular y formar ciudadanos: prisiones, hospitales, escuelas y cuarteles militares, entre otros (*ibíd.*).

Nos vamos a enfocar en una de estas instituciones en particular, la escuela, donde la educación física (EF) era una herramienta central en la formación de los cuerpos de los ciudadanos. El uso del deporte y la actividad física en la formación ciudadana no es un concepto que se limita a Argentina. Norbert Elias y Eric Dunning (1986) desarrollan el concepto del deporte como proceso social que en Inglaterra ha acompañado el proceso civilizador a través del cual las élites se comenzaron a auto-regular en el siglo XVIII. Para Elias y Dunning (1986), la complementariedad del deporte con la tendencia hacia la auto-pacificación de las clases dominantes fue clave en la expansión del deporte en la sociedad inglesa, y luego en su expansión al resto del mundo. Como ya vimos, en Argentina, a mediados del siglo XIX la influencia de la comunidad británica era importante, sobre todo entre las clases dominantes, importando su idioma, clubes sociales y sus deportes como parte de un proyecto civilizador en gran parte llevado a cabo a través de la práctica deportiva en las escuelas y los clubes, intentando inculcar sus valores de *fair play* y del *sportsman* en los jóvenes de los todos los sectores (Frydenberg, 2011). Al mismo tiempo que el fútbol se popularizaba a través de los clubes y las escuelas, en la EF argentina, la filosofía dominante era la higienista –que se relacionaba fuertemente con el positivismo de la época–, y se basaba en los sistemas nacionales de Suecia y Francia. Esta línea de pensamiento fue encabezada por Enrique Romero Brest, quien fundó el Instituto Nacional de Educación Física en 1906 con el fin de dar legitimidad científica a esta actividad en el sistema educativo.

En las primeras décadas del siglo XX, las teorías higienistas de la EF se veían reflejadas en las representaciones negativas de la participación femenina en el fútbol. Por lo tanto, no resulta sorprendente que las representaciones de la participación femenina en el fútbol fueran tan negativas. Durante esa época, en occidente existía una fuerte campaña para “proteger” el cuerpo de las mujeres y su potencial reproductivo a través de la limitación de su actividad física y su acceso a los deportes (Hargreaves, 1994). Este pensamiento se fundaba sobre un estereotipo médico de la mujer “delicada”<sup>20</sup>. Sin embargo, esta manera de pensar no era la única, tenía oponentes influyentes como Brest, uno de los pensadores más distinguidos del campo de la EF en Argentina a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Romero Brest apoyaba el concepto de la EF para las niñas, pero su apoyo no cuestionaba necesariamente la validez del ideal femenino o de la condición femenina “natural” (Scharagrodsky, 2004a & 2009). Su filosofía afirmaba la separación de los alumnos por sexo en las clases de EF debido a “diferencias biológicas” –entre las cuales varias actualmente se considerarían más bien diferencias de género construidas culturalmente– y a la vez alentaba a que las niñas participaran en disciplinas más “femeninas” que respetaban los ideales asociados con la femineidad como la gimnasia artística y la danza, por ejemplo (Scharagrodsky, 2004a). Para Brest, era fundamental que las niñas participaran en ejercicios que supuestamente desarrollaban las partes más “importantes” del cuerpo femenino –la pelvis y la pared abdominal en preparación para la maternidad, la “reproducción de niños y niñas sanos/as y el mantenimiento de la raza”, la “función primordial” de las mujeres adultas<sup>21</sup> (Scraton, 1995: p. 14 en Scharagrodsky, 2004a). El pensamiento de Brest no se encontraba lejos de la filosofía de la EF alemana. Gertrud Pfister (1990) destaca cómo médicos alemanes a principios del siglo XX, preocupados por las aflicciones más

---

<sup>20</sup> La socióloga inglesa, Jennifer Hargreaves (1994), en su libro *Sporting Females: Critical issues in the history and sociology of women's sports* describe detalladamente cómo los ideales culturales, justificados por argumentos biológicos –al mismo tiempo profundamente influenciados por las creencias culturales sobre los roles de género y la sexualidad–, restringieron la entrada de las mujeres al deporte en Inglaterra a fines del siglo XIX y principios del XX. Aunque se refutaron los argumentos médicos en contra de la participación femenina en la actividad física, se estableció una diferencia marcada entre qué actividades eran aptas únicamente para varones, como cualquier tipo de deporte competitivo con o sin contacto físico, y las que eran para mujeres, generalmente prácticas como la calistenia leve y la gimnasia rítmica o artística que se consideraban como actividades que reforzaban características “femeninas”.

<sup>21</sup> La ideología sobre la protección del cuerpo femenino en torno a su capacidad reproductiva se relaciona fuertemente con el movimiento de la eugenesia, el mantenimiento de una “raza pura”. En Brasil, este tipo de pensamiento llevó a una prohibición oficial del fútbol de mujeres. A diferencia de Argentina, hay evidencia de que las mujeres comenzaron a jugar al fútbol al mismo tiempo que los hombres en las primeras décadas del siglo XX hasta 1941 cuando se promulgó una ley que prohibía los equipos de mujeres. Esta ley se justificaba oficialmente como un modo de proteger la salud femenina, un argumento influido en gran parte por las teorías de la eugenesia que predicaba la importancia de proteger a los cuerpos de las mujeres por su capacidad de poder concebir y dar luz a hijos blancos y sanos. Cuando la ley finalmente se revocó en 1979, gracias a la creciente influencia del movimiento feminista dentro del país, las mujeres ya se habían quedado tan por detrás de los hombres en términos futbolísticos que también se quedaron fuera de una de las prácticas culturales más importantes de Brasil. En referencia al fútbol de mujeres en Brasil, véase: Rial, C. (2013).

prevalentes entre las mujeres jóvenes –debilidad muscular, escoliosis, tuberculosis, anemia– que amenazaban su capacidad reproductiva, recomendaban la EF no como diversión, sino como una medida preventiva contra las enfermedades.

Por un lado, ésta era la preocupación de los pensadores más liberales –el progreso, la perfección corporal y la mejoría de la raza–, mientras por el otro, los conservadores, a través de las asociaciones civiles, sobre todo las religiosas, se enfocaban en la formación de seres morales sobre todo en relación con la sexualidad y el alcohol a través del deporte y el ejercicio (Frydenberg, 2001; Elsey y Nadel, 2019). Sin embargo, desde ambos campos, en cuanto el fútbol más se consolidaba como deporte nacional y masculino, más fuertemente se consideraba un espacio no apto para mujeres ya que podría “desfigurarlas” –haciéndolas más “machonas”– y hasta pervertirlas –influyendo su sexualidad y abriéndolas al lesbianismo– (Elsey y Nadel 2019). Mientras que el fútbol y otros deportes competitivos se asociaban con el desarrollo de valores masculinos como la agresión, el honor, el coraje y el espíritu competitivo, las actividades físicas “aptas” para niñas y mujeres se enfocaban en inculcar valores morales asociados con la femineidad como la modestia, el decoro, la elegancia y la gracia. Por lo tanto, se puede decir que la EF, y el deporte, a principios del siglo XX eran dos mecanismos claves en la “generización” de los jóvenes.

El deporte, el ejercicio y los juegos en particular, como destaca Scharagrodsky (2004b), “fueron las prácticas que [...] contribuyeron con el modelado de un tipo particular de orden corporal de género” (p. 63), no sólo en la época de Brest sino a lo largo del siglo XX. Este orden en gran parte se logró por una “división de prácticas lúdicas” (Scharagrodsky, 2004b: p. 74-75) según la cual, las actividades adecuadas para las niñas no eran adecuadas para los varones, y viceversa. De esta manera, se lograron construir las cualidades asociadas con cada género, “el recato, el pudor y la gracia” para la femineidad y “la fuerza, la valentía y el coraje” para la masculinidad. La niña o mujer que se alejaba de los ideales femeninos era estigmatizada como “machona” mientras que el niño o varón que no se acercaba a las cualidades masculinas también llevaba el estigma de “marica” o “afeminado”. Aunque sea posible que las mujeres hayan comenzado a jugar al fútbol junto a los varones poco después de la llegada del deporte a Argentina, estos modos de pensar, sumados a las opiniones culturales más amplias encarnadas por el poema y el artículo mencionados arriba, obstruían el acceso de las mujeres al fútbol y especialmente reducía sus oportunidades para participar en ligas organizadas. Sin embargo, el primer registro periodístico de un partido entre mujeres aparece en 1913 sobre dos equipos del club Fémina en Rosario, Santa Fe (Ossola, 2020). Luego en 1923, hubo varias notas

periodísticas, algunas acompañadas por imágenes, sobre un partido en 1923 jugado en la cancha de Boca Juniors entre las Argentinas y las Cosmopolitas (Elsley & Nadel, 2019).

Ya en la década de 1950 aparece la evidencia de mujeres jugando al fútbol no solo en la forma de escasas notas periodísticas de la época, sino también en la forma de relatos recientes de las jugadoras que formaron parte de la primera Selección Femenina de Argentina. Este primer seleccionado se organizó en 1971 independientemente de la AFA como respuesta a una invitación para participar de un torneo mundial femenino “no oficial” en México –el primer Mundial Femenino de la Fédération International de Football Association (FIFA) se hizo recién veinte años después en 1991–. En una entrevista por radio en 2017, Betty García, una de las jugadoras seleccionadas, recuerda que el equipo no contaba con director técnico, médico o ningún otro tipo de personal administrativo durante la competencia, y los organizadores mexicanos del torneo tuvieron que proveer botines para las jugadoras argentinas que solamente tenían zapatillas deportivas comunes<sup>22</sup>.

A pesar de las malas condiciones, la Selección Argentina logró terminar en cuarta posición mientras que Dinamarca derrotó al país anfitrión delante de un público de 110 mil personas en el Estadio Azteca en la Ciudad de México (Pujol, 2019). Después de este primer mundial, se formó una liga no-oficial en Buenos Aires, en la cual competían varios clubes, incluyendo el de García, Racing Club. Todos los partidos del torneo se jugaban en la cancha del Club Atlético Excursionistas del barrio porteño de Belgrano. Aun así, García recuerda cómo las jugadoras tuvieron que luchar contra una sociedad machista que sostenía fuertemente la división sexual del trabajo (Hartmann, 1976) según la cual se esperaba que las mujeres trabajaran en el ámbito doméstico –con las tareas de la casa– mientras que los hombres debían trabajar en el ámbito público para ganar un sueldo y así “mantener a la familia”. Entonces, mientras el fútbol de varones crecía continuamente en términos de popularidad e influencia, tanto cultural como económicamente, volviéndose cada vez más profesional, el fútbol de mujeres se mantenía altamente marginal y en su modalidad recreativa.

## **1.2 El camino hacia la institucionalización**

Después de casi un siglo de un fútbol femenino completamente no reconocido institucionalmente, en 1991 se crea el Torneo Femenino de la AFA. La fundación de este torneo representó el inicio de esta rama de manera oficial en Argentina, pero no fue una iniciativa

---

<sup>22</sup> García fue entrevistada por Ariana Sotil y la entrevista se puede escuchar entera aquí: <https://ar.ivoox.com/es/17985746>.

aislada, sino que nació de un movimiento global capitalizado por la FIFA. Según investigaciones sobre la historia del fútbol de mujeres en otros países –Carmen Rial (2013) y Silvana Goellner (2005) sobre Brasil; Jean Williams (2007) sobre los Estados Unidos, Inglaterra y Australia, entre otros; y Brenda Elsey (2011) sobre Chile– aparece un patrón. En un principio, la participación femenina es aceptada y crece al lado de la de los varones con la llegada y popularización del fútbol en las primeras décadas del siglo pasado. Luego, la práctica femenina se estanca de manera abrupta alrededor de los años 1940 en algunos países debido a la legislación y en otros por creencias culturales. Este estancamiento se debe en gran parte a una corriente en contra de la participación de las mujeres en deportes considerados “para hombres” por razones de “salud” en cuanto al rol reproductivo femenino, entre otros motivos. El movimiento para controlar el cuerpo de las mujeres, a la vez, se relaciona con una reacción social contra la presencia de ellas en prácticas centrales de la construcción de la masculinidad hegemónica. En las sociedades occidentales a mediados del siglo XX, como indica Susan Cahn (2015), “la presencia de mujeres deportistas poderosas golpeaba a las raíces de la dominación masculina [...] —la superioridad física aparentemente natural de los hombres”<sup>23</sup> (pp. 207-208). Sin embargo, a fines de la década de 1970 y principios de los años 1980, junto con el avance del feminismo, el fútbol de mujeres también reaparece con una aceptación creciente y un mayor desarrollo.

Por lo tanto, a nivel mundial, la práctica del fútbol por mujeres pasa casi desapercibida, o mejor dicho ignorada, hasta la década del '70. Con la organización de varias competencias internacionales “no oficiales”, como el Mundialito de México en 1971 y la Coppa Europa per Nazioni en 1969 en Italia (el primer torneo europeo de naciones para mujeres), la disciplina comienza a llamar la atención de algunos medios de comunicación y también a convocar cifras importantes de espectadores para los partidos. Finalmente, en 1970, la máxima autoridad de este deporte, la FIFA, no puede negar más la presencia y el crecimiento de esta práctica “no autorizada”, “no regulada” y todavía sin explotar –tanto en términos de popularidad como económicamente–. Entonces la federación manda una carta circular, N° 142, a sus asociaciones afiliadas solicitando información sobre el estado del fútbol femenino en cada país (Williams, 2007). A partir de este comunicado, la Unión de Federaciones de Fútbol Europeas (UEFA) convoca el primer comité sobre el tema en 1971 durante el Congreso de la UEFA en Monte Carlo. Luego en 1973 organiza el primer congreso sobre el fútbol femenino, pero las asociaciones no pueden llegar a un acuerdo para organizar alguna competencia internacional

---

<sup>23</sup> Traducción propia desde el inglés original.

sancionada por la UEFA y la FIFA. Recién en 1983 el presidente de la FIFA del momento, João Havelange, por primera vez habla abiertamente en los medios sobre la posibilidad de un Mundial Femenino que, en teoría, se organizaría para 1985. Mientras tanto, se les implora a las asociaciones nacionales de fútbol abstenerse de cualquier competencia internacional no sancionada por la FIFA y/o la UEFA. Estas organizaciones tampoco logran llegar a un acuerdo para crear algún torneo oficial para selecciones o clubes femeninos.

Sin embargo, la FIFA tardará varios años más para concretar la organización de la “primera” Copa Mundial de Fútbol Femenino en China en 1991<sup>24</sup>. Los motivos de esta demora eran múltiples. En gran parte, la “creación” de un mundial femenino se atrasó por la indecisión de las organizaciones deportivas más poderosas del mundo. Según las observaciones de Jean Williams (2007), entre los registros escritos de las reuniones formales y las que eran “sin minutas”, “las restricciones impuestas por el bien del juego o el lugar de las mujeres en (y afuera de) el fútbol se utilizaban para prevenir torneos bien financiados que buscaban aprobación”<sup>25</sup> (p. 21). Para decirlo de otra manera, las razones principales detrás de esta actitud indecisa e incierta hacia el fútbol de mujeres estaban relacionadas sobre todo a mantener el control no solo de la disciplina en sí, sino también el control de cualquier posibilidad de producir ingresos a través de competencias femeninas. Una estrategia empleada por la FIFA con el fin de vigilar el fútbol de mujeres globalmente era a través de la oficialización de la práctica al nivel de las federaciones de cada país. Aunque la FIFA no decretó la incorporación obligatoria de la versión femenina del deporte –a través de la formación de una selección y un torneo oficial–, la federación luego acompañaría su recomendación con un estipendio anual de apoyo económico para el desarrollo de la disciplina en cada país asociado.

Según el relato oficial, irónicamente, la FIFA y las asociaciones aparecen como las figuras revolucionarias responsables por el nacimiento y el desarrollo del fútbol de mujeres por todo el mundo. Esta historia se ha mantenido hasta los últimos años como la única versión y la verídica. En la conferencia de prensa de apertura del Mundial Femenino de Alemania en 2011, el suizo Joseph “Sepp” Blatter, ex-presidente de la FIFA (1998-2015) y sucesor de Havelange, repitió una “profecía” suya que ya se había convertido en lema desde la primera vez que la pronunció en 1995: “El futuro del fútbol es femenino” (citado en Dure, 2011). Aunque la

---

<sup>24</sup> Recién en 1995, este campeonato llevará el nombre “Copa Mundial”, ya que la FIFA en un principio dudó en aplicar su “marca registrada” a un torneo de mujeres. Por lo tanto, el “primer mundial” de mujeres se llamó el “FIFA Campeonato Mundial para el Fútbol Femenino para la Copa de M&M’s” (“FIFA World Championship for Women’s Football for the M&M’s Cup”) ya que el auspiciante principal era la marca de caramelos Mars, Inc. Además, los partidos duraban solo 80 minutos en vez de 90 como los hombres. Esta diferencia en tiempo de juego se atribuía a dudas sobre la “capacidad física” de las mujeres para poder aguantar 90 minutos de competencia.

<sup>25</sup> Traducción propia desde el inglés original.

conferencia se dio en alemán, cuando Blatter pronunció la frase lo hizo en inglés: “The future of football is feminine”. Quiero destacar dos aspectos de esta frase: primero, la elección de idioma y segundo, la decisión de utilizar el término “feminine” en referencia al fútbol de mujeres. El uso del inglés fue un recurso discursivo para asegurar una mayor comprensión por parte del público y para enfatizar esa frase en particular, mientras que la elección de “feminine” es una cuestión de significado. En inglés, “feminine” se refiere a las cualidades generalmente relacionadas al género –“lo femenino” como complemento de “lo masculino”– mientras que “female” es el término que se refiere al sexo. No es una elección inocua ya que no es ni la primera ni la única instancia en que Blatter utilizó esta frase. Si Blatter pretendía comunicar que el futuro del fútbol iba a ser “de las mujeres”, una mejor elección hubiese sido “female”. Sin embargo, el término “feminine”, aunque se pueda inferir que Blatter también se refiere a una mayor participación de mujeres, conlleva un conjunto de sentidos en relación a las femineidades hegemónicas que se asocian con la belleza, la fragilidad, la elegancia, la pasividad; cualidades históricamente consideradas incompatibles con los deportes de contacto físico como el fútbol.

En la misma conferencia de prensa, Blatter luego revelaría una pista sobre su posición acerca de lo femenino en el fútbol de mujeres. Como respuesta a una pregunta que hacía referencia a una propuesta previa del presidente que las mujeres debían utilizar uniformes con pantalones más cortos y camisetas más apretadas para que la disciplina sea más “marketable” (comercializable), Blatter dijo:

Esta es una pregunta que ya tiene 20 años. Dejen que las mujeres jueguen el juego. Y dejen que lo jueguen en la manera más atractiva cuando usan sus atributos personales y genéticos (como bailando). No es tan importante cómo se visten. (citado en Dure, 2011)

El mismo Blatter se refiere al deseo de ver un juego femenino “atractivo” a través de “los atributos personales y genéticos” de las jugadoras. Aquí directamente liga el género con el sexo insinuando que las mujeres deben enfatizar su femineidad para que sea un espectáculo estéticamente placentero. El mismo lema utilizado por la federación alemana de fútbol (DFB) para promover el Mundial del 2011 en su país –“The beautiful side of 20ELEVEN” (“El lado bello de 20ONCE”)- insinuaba el mismo concepto: “Sean profesionales, pero por favor no pierdan su femineidad” (Degele, 2012). Este tipo de pensamiento también se aplica en los ámbitos laborales que tradicionalmente eran exclusivamente de varones, espacios donde ahora las mujeres se encuentran en un juego constante entre la encarnación de lo masculino y lo femenino para poder sobrevivir, avanzar y triunfar (Schippers, 2007; Furia, 2010; Burrow, 2016).

En la misma cita de arriba, Blatter habla de un período de “20 años”, una referencia clara al “nacimiento” del fútbol femenino en 1991 según el relato oficial y una omisión intencional de la etapa previa al reconocimiento de esta práctica por las autoridades mundiales del fútbol. Este proceso de supresión del pasado excluye las experiencias de las mujeres que participaban de forma no oficial en este deporte y que además intentaron y lucharon para formar asociaciones y torneos independientes paralelos al mundo del fútbol institucional. Se trata de un silencio deliberado sobre la época previa a la oficialización de la disciplina y un enfoque en el futuro, uno en el cual las mujeres tendrán, supuestamente, las mismas oportunidades para jugar al fútbol que sus contrapartes masculinas. Williams (2007) atribuye este proceso de elipsis histórica a un intento de “arreglar”, o más bien “controlar el daño”, del “problema de imagen” del fútbol femenino. Irónicamente, muchas de las mismas organizaciones deportivas, como la FIFA, la UEFA y asociaciones nacionales como la Confederación Brasileña de Fútbol (CBF) entre otras, que ahora contratan publicistas para “deshacer” la imagen problemática, mostrando cuerpos femeninos hegemónicos, fueron los principales responsables de auspiciar campañas promoviendo el fútbol como deporte de “machos” y fomentando mitos sobre la inferioridad de las capacidades de los cuerpos de las mujeres en comparación con los cuerpos de los varones.

En países donde el fútbol ha sido construido como un espacio de varones, como en Argentina, tanto en la cancha como en la tribuna, existía, y en algunos lugares sigue existiendo, un estigma de que el fútbol femenino es un mundo de “lesbianas machonas” o, en inglés, “*butch lesbians*”. Jayne Cauldwell (2002 & 2003) complejiza los significados detrás de este estereotipo histórico de *butch* en el contexto del fútbol femenino en Gran Bretaña. Según Cauldwell (2003), en el contexto deportivo el cuerpo de la *butch lesbian* es aborrecido y considerado como una patología (p. 382). En parte esto se debe a una supuesta incongruencia entre un deporte históricamente de varones –héteros, masculinos– y un orden obligatorio de sexo, género y sexualidad, por ejemplo, mujer-femenina-heterosexual o mujer-masculina-lesbiana, en este último, ser “masculina” se iguala a ser lesbiana (Cauldwell, 2002). Por lo tanto, cuando Blatter manifiesta la idea de un juego femenino atractivo, también aborda de manera indirecta esta imagen que la FIFA considera “problemática” sobre todo para poder mercantilizar a la disciplina.

Como este estigma representa un obstáculo a la hora de “vender” el fútbol femenino para las organizaciones y asociaciones futbolísticas, se utilizaban ciertas estrategias para combatir o suprimir esta percepción. Por ejemplo, en los “primeros” mundiales femeninos de la FIFA, de 1991 hasta 2003, el logo oficial del evento siempre incluía la silueta de una jugadora con pelo largo atado en una colita. En los deportes de mujeres, la colita de pelo representa más

que una forma de sacarse el cabello de la cara. En los '70' y '80 la colita encarnaba la reconciliación de lo femenino con lo deportivo –antes considerados incongruentes porque el deporte se relacionaba con lo masculino hegemónico –, pero en los últimos años se ha convertido en una “estrategia de distanciamiento” para crear un espacio entre las deportistas heterosexuales y las homosexuales, frecuentemente asociadas con la “machona” estereotípica con pelo corto (Schultz, 2014).

Desde la FIFA, actualmente se promueve una política de desarrollo del fútbol femenino a través de programas y pautas que giran en torno de un concepto mercantilista de la disciplina en el cual no encaja la imagen de un deporte de “lesbianas” o “machonas”. Entre las prioridades declaradas para el fútbol de mujeres desde 2015 hasta 2018, denominadas “FIFA’s 10”, la cuarta es “mejorar el marketing y la promoción del fútbol femenino, construir una marca propia del fútbol femenino”. Para decirlo de otra manera, las organizaciones más influyentes y poderosas del deporte consideran que la mercantilización de la disciplina través de la generación de una “marca propia” compatible con la femineidad hegemónica –como el uso de la colita de pelo–, junto a la identificación de un mercado todavía no explotado, es clave para su desarrollo (Garton & Hijós, 2017).

Las preocupaciones mercantiles de la FIFA no surgen del vacío. A partir de los '80 y '90, se comienzan a modificar las justificaciones de la exclusión de las mujeres del fútbol al mismo tiempo que el fútbol masculino también pasa por una mercantilización masiva y se vuelve una de las industrias más grandes del mundo. Las preocupaciones morales o eugenésicas por la femineidad y el control del cuerpo de la mujer de principios del siglo XX, luego de los años '70 se ven transformadas en ideas neoliberales como por ejemplo la economía del mercado –“el fútbol femenino es un gasto”– y la meritocracia –“cuando ganan algo pueden pedir algo”–. Si entendemos al neoliberalismo como lo concibe Étienne Balibar (2020) –como una “restauración imaginada” del liberalismo clásico en que existe un mandato absoluto del intercambio libre y de la propiedad privada (p. 286)–, podemos pensar esta mercantilización como una “neoliberalización” del fútbol según la propuesta de Sam Dubal (2010) en su análisis de los clubes Corinthians de Brasil y Manchester United de Inglaterra. Para Duval (2010) la neoliberalización del fútbol ocurre luego de la década de 1970 en paralelo con el auge del neoliberalismo en el pensamiento político a nivel internacional como respuesta a las recesiones y las crisis. A partir de ese momento, con su culminación en Argentina en la década de 1990, América Latina ha sido un “sitio de experimentación” para reformas neoliberales de instituciones financieras, corporaciones y hasta Estados extranjeros (Gago, 2017). En la neoliberalización del fútbol, una serie de ideales que toman al mercado como eje central entran

en el escenario y ponen una lógica de buscar ganancias económicas en primer plano, resultando en la conversión de este deporte en un negocio rentable –para algunos<sup>26</sup>– (*ibid*). A diferencia de los clubes europeos, pero también hasta de otros países latinoamericanos, que han tomado el camino de la privatización, los clubes argentinos se mantienen como asociaciones civiles sin fines de lucro.

A pesar de que hasta ahora han evitado su conversión en sociedades anónimas, la lógica de mercado se ha vuelto parte del sentido común en el manejo de los clubes –lo cual veremos con atención más adelante–. Littler (2017 en Gill & Orgad, 2018) destaca este traspaso describiendo cómo las conceptualizaciones del neoliberalismo han dejado de ser principalmente una racionalidad política y económica para volverse parte del sentido común, insertándose en todos los rincones de la vida cotidiana –incluso el deporte–. Durante mi trabajo de campo en UAI Urquiza, pero también antes de comenzar la investigación en River Plate y luego con la selección, el concepto de la no rentabilidad del fútbol femenino, o el fútbol femenino como gasto, aparecía constantemente no solo en discursos de dirigentes o en los medios de comunicación, sino también en conversaciones con entrenadores y jugadoras sobre el desarrollo del deporte. La mayoría aceptaba como “lógico” o “natural” que mientras el fútbol femenino “no genere nada”, no haya inversión por parte de patrocinadores, de los clubes o de la AFA. Esta idea se manifestaba durante momentos de negociaciones o discusiones entre jugadoras y autoridades de las instituciones deportivas tanto de los clubes como de la AFA sobre mejoras en las condiciones para las deportistas o para la disciplina en general.

Luego de pasar de River Plate a UAI Urquiza como jugadora, en una conversación con un dirigente de mi ex-club, le conté sobre las pésimas condiciones de la disciplina en su institución –falta de lugar para entrenar, indumentaria vieja y del talle equivocado, pagos atrasados de viáticos mínimos, la rescisión de cobertura médica para tratarse y recuperarse de lesiones generadas en el club–, me miró, se encojó los hombros y me respondió:

*¿Y qué querés? Para el club, el fútbol femenino es solo un gasto inmenso. No trae plata. No genera nada. Las jugadoras no pagan por jugar y encima hay que pagar para sostener a la disciplina en forma de viáticos, costos de transporte, para organizar los partidos de local, son miles de pesos por mes que no vuelven nunca al club.*

Para este dirigente, y otros, bastaba con decir que económicamente la actividad no se justificaba y por lo tanto no merecía más financiación ni apoyo por parte de la institución –a

---

<sup>26</sup> En Argentina, hay una diferencia importante de ingresos económicos entre los clubes más grandes y los demás. Esto se ve claramente, por ejemplo, en relación a los contratos por la venta de los derechos televisivos de la Superliga Argentina en 2018. El valor total de los contratos era de \$1.104 millones en el primer semestre de 2018 de los cuales River Plate y Boca Juniors recibían \$60 millones cada uno; Racing Club, Independiente, San Lorenzo, y Vélez recibían \$48 millones; y los otros 22 clubes de la categoría recibían \$36 millones (Lema, 2018).

pesar de que en Argentina los clubes no son sociedades anónimas que buscan lucrar del deporte sino asociaciones civiles, en teoría sin fines de lucro, que fueron fundadas con fines sociales (Daskal y Moreira, 2017)–.

Irónicamente, este argumento no se utiliza en el fútbol masculino en el cual, fuera de los cinco o seis clubes más grandes, la disciplina desde la primera hasta las categorías infantiles generalmente ocasiona pérdidas o deudas inmensas que hasta pueden impedir que se cumpla con los pagos de los sueldos no solo de los empleados del club, sino también de los mismos jugadores del plantel profesional<sup>27</sup>. A principios del 2017, los campeonatos de la AFA se suspendieron por el paro de jugadores organizado por la falta de pago de los sueldos de los futbolistas de las categorías del ascenso. Ese mismo año, los clubes afiliados a la AFA le debían a la asociación en total casi 1000 millones de pesos, entre los 30 clubes más endeudados se encontraba a Boca Juniors, Independiente de Avellaneda, Racing Club y San Lorenzo. Uno de los únicos clubes que se encontraba fuera de la lista de deudores era River Plate por los ingresos por ganar la Copa Libertadores en 2015; previo a esa Copa, el club llegó a deber \$83 millones a la AFA<sup>28</sup>. Según los datos de 2013, de los 6.5 millones de dólares anuales que aportaba el fútbol a la economía argentina, solo el 3% quedó en el poder de las entidades de fútbol –AFA y los clubes– y del valor bruto de producción del fútbol argentino (\$41.823 millones en 2013) solo el 21% les correspondió a los clubes de fútbol amateur y profesional mientras que lo demás les quedó a los sectores económicos que otorgaban servicios y/o bienes directamente asociados con el fútbol (Coremberg, 2015 citado en Lema, 2017). Además, como vimos antes, los ingresos no se dividen de forma igual entre los clubes, sino que unos pocos se quedan con la mayor parte. Entonces, el uso del mercado como justificación de la marginalización del fútbol femenino – que no ocurre en el fútbol masculino, ni siquiera en los clubes más chicos– se basa más en el sentido común que en estadísticas reales.

Es cierto en el fútbol masculino se manejan montos millonarios por los derechos televisivos y los patrocinadores, pero esta economía también se construye. Ann Travers (2008) destaca cómo el “nexo deportivo”, o el espacio deportivo, reproduce y refuerza la marginalización cultural y económica de las mujeres. Según Travers (*ibíd.*), los medios tienen una relación simbiótica con el deporte de alto rendimiento (masculino) que al mismo tiempo consagra el deporte masculino y marginaliza a su contraparte femenina con niveles

---

<sup>27</sup>Véase: <https://www.infobae.com/deportes-2/2017/03/02/reunion-capitanes-agremiados-futbol-argentino-empieza-torneo/>.

<sup>28</sup>Véase: <https://www.lanacion.com.ar/deportes/futbol/cada-vez-mas-plata-y-cada-vez-mas-pobres-las-deudas-de-la-afa-club-por-club-nid1897042>.

desmesuradamente desiguales de cobertura y de inversión –a través de la distribución de ingresos por patrocinadores y la compra/venta de derechos televisivos–. Se genera un estilo de círculo económico cerrado a las mujeres entre el deporte masculino de élite, los medios que no solo visibilizan la práctica de este último, sino que también le brindan valor comercial y cultural por la misma visibilidad, y los patrocinadores o inversores. Entonces, en gran parte el sistema o, para seguir utilizando el mismo término, el nexo deportivo está construido para los varones –de los deportes hegemónicos, sobre todo– mientras que las mujeres no están contempladas o, en el mejor de los casos, ocupan un lugar marginal.

Sin embargo, en Argentina esta desigualdad sistemática no se reconoce cuando las jugadoras luchan por más, pareciera que la responsabilidad cae sobre ellas por hacer crecer la disciplina y no sobre las instituciones. Incluso cuando “generan algo”, el mismo club no se lo reconoce. Por ejemplo, en 2015, el equipo femenino de UAI Urquiza logró obtener el tercer puesto en la Copa Libertadores organizada por la Conmebol. Por la actuación del equipo, el club recibió un premio de 10 mil dólares, pero las jugadoras no recibieron nada más que un juego de camisetas. Cuando las líderes del equipo se reunieron con el vicepresidente del club para negociar un premio económico dividiendo una parte del dinero entre el plantel completo, él rechazó sus demandas explicando que el dinero le pertenecía únicamente a la institución para cubrir los gastos del año en el fútbol femenino. Además, insinuó que las jugadoras éramos “desagradecidas” e “inconscientes” considerando todo lo que la institución hacía por nosotras y los gastos que ese apoyo implicaba. La negociación por parte de las jugadoras cayó y las líderes decidieron aceptar lo que decía el dirigente porque para muchas su trabajo y vivienda dependía de su lugar como jugadora<sup>29</sup>. En este sentido, pareciera que las jugadoras, aún cuando “producen” ingresos, están tan endeudadas con la institución que tampoco merecen recibir un premio económico por sus esfuerzos. Hay que notar que este episodio ocurrió antes de la profesionalización del torneo femenino en 2019, pero esta postura de agradecimiento o de dependencia en la institución se sigue manteniendo, por ejemplo, en las disputas por mejores condiciones o en las negociaciones de contrato.

---

<sup>29</sup> Volveré sobre esta relación de dependencia en los capítulos 3 y 4.

### 1.3 Abriendo el club de caballeros: el “Torneo Femenino” de la AFA

Entonces, como vimos, en 1991 el presidente de la AFA, Julio Humberto Grondona, decide seguir el camino indicado por Havelange, su “maestro”<sup>30</sup>, desde la FIFA y poner en marcha un proyecto para oficializar el fútbol de mujeres. Este proyecto comienza con la fundación del Torneo Femenino de la AFA el mismo año que se organiza de forma exitosa, pero casi silenciosa, el primer mundial femenino reconocido por la FIFA. Los ocho clubes que participaron del campeonato fueron: Boca Juniors, Deportivo Español, Deportivo Laferrere, Excursionistas, Independiente, River Plate, Sacachispas y Yupanqui –de los cuales solo Boca, Excursionistas, River e Independiente siguen compitiendo–. Estos equipos, sin embargo, no surgieron del vacío, muchos ya estaban formados y participaban en campeonatos, algunos informales y otros organizados por la Asociación Argentina de Fútbol Femenino (AAFF). El grupo “Pioneras del Fútbol Femenino”<sup>31</sup>, fundado y liderado por la ex-arquera Lucila Sandoval –que participó en el torneo de la AFA desde los 90’ hasta 2015, desplegando sus habilidades en varios clubes incluyendo San Lorenzo e Independiente– atribuye la creación de la AAFF a Nils Altuna. Según “las Pioneras”, la liga “creada” por la AFA ya estaba “armada” gracias a Altuna y contaba con auspiciantes comerciales como fuente de financiación para cubrir los gastos relacionados con la organización de partidos y campeonatos.

Esta etapa, sin embargo, de la historia pre-AFA del fútbol de mujeres está claramente marcada por un amateurismo sin pretensiones de profesionalizar la práctica, sea por la imposibilidad, la falta de apoyo institucional o el deseo de no perder la naturaleza lúdica y el goce de los partidos informales. La frase utilizada como título del libro de Adolfinia Janson (2008), “Se acabó ese juego que te hacía feliz” justamente hace referencia a esa época del “amateurismo del placer” en que los partidos no tenían tantas reglas, existía una cierta forma de sentido de pertenencia a través de los encuentros en las canchas de barrio y las reuniones amistosas post-juego eran comunes. Para Janson, la creación de la liga de la AFA y la

---

<sup>30</sup> Julio Grondona admiraba abiertamente al dirigente brasilero, en una ocasión declaró: “Havelange es un fuera de serie. Un revolucionario total. No tengo problemas en confesar que fue mi maestro” (*Clarín*, 16 de noviembre de 2016). Hay que remarcar que esta admiración de Havelange nace sobre todo por sus ideas “revolucionarias” en cuanto a la transformación del fútbol en un producto, mejor dicho la mercantilización del fútbol.

<sup>31</sup>El grupo se creó primero en 2016 en la red social “Facebook” y luego generó reuniones personales y la organización de eventos para las “Pioneras” tanto como para jugadoras actuales. La fundación reciente de Las Pioneras ha resultado en reconocimientos por parte de la AFA y de clubes como Racing de Avellaneda para las jugadoras que formaron la primera selección femenina que compitió en México 1971. A la vez ha servido para reunir las jugadoras que compitieron desde los años 70 hasta fines de la década de los 90, pero también para brindar un punto de referencia para las jugadoras contemporáneas y construir una historia de un fútbol femenino argentino.

institucionalización de la práctica representaba el fin del concepto de “jugar por jugar” o jugar tan solo para divertirse.

Pero, sería más preciso decir que la fundación de la liga de la AFA marca una distinción: la creación de un torneo reconocido, regulado, institucionalizado y competitivo. La AFA no obligó a las jugadoras a participar del nuevo torneo y las que deseaban seguir jugando de forma recreativa podían seguir haciéndolo en sus barrios y en campeonatos no oficiales. De la misma manera, el torneo de la AFA les ofrecía a las que deseaban más que un juego totalmente amateur la posibilidad de aspirar a un nivel más competitivo, a tener la oportunidad de representar a su país en competencias internacionales, a contar con (aunque sea poco) apoyo institucional, a entrenar y a formarse como jugadoras de primera. Si bien es cierto que después de la formación de la liga oficial femenina, la disciplina seguía siendo precaria y recibía poca atención mediática e institucional, el hecho de tener un espacio en la AFA brindaba a las futbolistas un *lugar* (aunque fuese mínimo) desde el cual luchar y ganar más derechos.

La mayoría de las jugadoras que formarán los equipos afiliados a la nueva liga ya practicaban este deporte en estos equipos amateurs, de barrio y/o de ligas independientes. La apertura de la AFA a las mujeres, por poco que fuera, marcó un hecho insólito en la historia de la institución. Desde sus comienzos en las primeras décadas del siglo XX cuando todavía mantenía su denominación anglosajona –Argentine Association Football League–, el fútbol oficial se había mantenido como un espacio totalmente exclusivo de hombres. El ingreso del fútbol de mujeres a la AFA, entonces, no solo constituye el comienzo del “fútbol femenino” oficial, sino también una ruptura con la hegemonía masculina en este espacio previamente contado, gestionado y jugado únicamente por varones.

La naturalización de las identidades y jerarquías de género no solo estructuran a la sociedad a nivel macro sino también influyen en los ámbitos laborales y también de las organizaciones, sobre todo en los espacios y trabajos tradicionalmente reservados para un sexo en particular. Sin embargo, es menos común que los hombres deseen entrar a las carreras tradicionalmente femeninas como la enfermería o la enseñanza debido al menor estatus y prestigio asociados con el trabajo caracterizado como “femenino”. En los espacios previamente vedados a las mujeres, lo masculino permea la institución de manera tan profunda que se pueden considerar como “instituciones generizadas” (“gendered institutions”), un término que también se puede aplicar a instituciones asociadas a lo femenino. Una de las primeras académicas feministas que intentó teorizar este concepto, Joan Acker (1992), plantea que las instituciones pueden ser intrínseca o esencialmente generizadas en cuanto se definen, se conceptualizan y se

estructuran en términos de una distinción entre la masculinidad y la femineidad<sup>32</sup>. Pero al asumir que la “generización” es intrínseca a las instituciones, esta teoría deja poco lugar para que los actores involucrados puedan tener agencia o margen para resistir. Niega casi por completo la posibilidad del cambio social.

A pesar de las limitaciones de la teoría de Acker, sus ideas han abierto el camino hacia una teorización y discusión más profunda en otras investigaciones, sobre todo aquellas sobre ciertas carreras consideradas generizadas en cuanto son dominadas por varones o mujeres y otras organizaciones cuya estructura e ideología son concebidas explícitamente según valores masculinos o femeninos. La teoría revisada de las instituciones generizadas de la socióloga Dana Britton (2000) toma en cuenta estas perspectivas variadas y plantea una versión más integrada que problematiza el supuesto que las instituciones generizadas (según la masculinidad o femineidad hegemónica) son siempre opresivas, y propone que las futuras investigaciones sobre el tema indaguen “si y en qué maneras las carreras dominadas por un sexo o el otro (como lo son la mayoría) son feminizadas o masculinizadas en vez de simplemente asumir que es así” (p. 430). Sin embargo, para esta tesis, la faceta más útil del abordaje propuesto por Britton es la concepción de un análisis *desde abajo* de las instituciones o las carreras que se construyen culturalmente como masculinas o femeninas. De esta manera, se puede enfocar en las acciones de los actores individuales, reconociendo al mismo tiempo el contexto generizado de la organización, y así abrir la posibilidad para el cambio social, sobre todo teniendo en cuenta la fluidez y la multiplicidad del género, que es todo menos estable.

En las profesiones más tradicionalmente masculinas, para sobrevivir y tener éxito, las mujeres utilizan una variedad de tácticas, tanto de resistencia como de conformidad a la masculinidad hegemónica. Sin embargo, es justamente este juego entre conformarse y resistirse a la estructura hegemónica de género lo que no solo permite la supervivencia y el éxito de las mujeres en las instituciones masculinizadas, sino también lleva a un desafío de las jerarquías de género y las ideologías de colegas o superiores simultáneamente. En los estudios sociales sobre la incorporación y la participación de las mujeres en las fuerzas armadas (FFAA) han sido fructíferas las miradas desde la teoría de las instituciones generizadas. Como el fútbol, las FFAA también sirven como componente clave en la construcción y la preservación de la

---

<sup>32</sup>Acker (1992) luego propone una serie de cuatro procesos de género para analizar dentro de las instituciones: (1) “las decisiones y los procedimientos manifiestos que controlan, segregan, excluyen y construyen las jerarquías basadas en género”; (2) “la construcción de imágenes, símbolos e ideologías que justifican, explican y legitiman a las instituciones”; (3) “los procesos de interacciones” en los cuales los individuos “hacen género” en los operativos cotidianos de la organización; y (4) la construcción individual de “personas” consideradas “con el género apropiado para el marco institucional”(p. 568).

masculinidad hegemónica argentina –hasta en algunos países el servicio militar obligatorio para varones jóvenes sirve como un requisito para la ciudadanía y un rito de iniciación a la hombría<sup>33</sup> (Canessa, 2008; Masson, 2017). La institución militar ha sido imaginada históricamente para varones –la intervención de las mujeres se limitaba a enfermería y a roles complementarios como de esposa, madre, hija–; y las representaciones que vinculan el comportamiento violento masculino con la biología han servido para naturalizar la participación casi exclusiva de los varones en la guerra, complicando así la integración de las mujeres a las FFAA, sobre todo en los roles tradicionalmente ocupados por ellos (Carreiras, 2006; Peterson, 2010). Se utilizaban, y se siguen utilizando, argumentos parecidos a aquellos empleados en las discusiones sobre la “superioridad biológica” de los varones sobre las mujeres, generalmente asociadas con la femineidad y la debilidad en cuanto a su tamaño, fuerza, velocidad y hasta agresividad, para justificar la exclusión.

Considerando las condiciones adversas que enfrentan las mujeres en las FFAA, sus posibilidades de sobrevivir y ser exitosas dependen de su capacidad para “hacer género”. En un estudio etnográfico sobre cadetes del Cuerpo de Oficiales de Reserva (ROTC) de los Estados Unidos, Stacie Furia (2010) observó que la clave de la supervivencia de las cadetes era “navegar” entre la femineidad y la masculinidad hegemónica exigidas por la carrera militar utilizando tácticas de género –a veces de forma consciente y otras inconscientemente– según el contexto de cada situación vivida. De la misma manera, me interesa observar cómo las mujeres “navegan las aguas” del fútbol en Argentina y qué tácticas emplean para poder triunfar, sobre todo en un ámbito tan masculino. En este trabajo sobre todo me enfoco en las jugadoras, pero también haría falta considerar los otros actores en el ámbito como las dirigentes, árbitras, entrenadoras e hinchas.

Otro punto que nos ofrecen los estudios sobre la incorporación de las mujeres a las FFAA se relaciona con la posibilidad del cambio institucional, aunque sea de forma gradual, pensando en clave de la agencia de los actores. Por ejemplo, durante su investigación sobre el Colegio Militar de la Nación (CMN) donde se forman los oficiales del Ejército Argentino, el antropólogo Máximo Badaró (2014) observó cómo la introducción de las mujeres al CMN desde 1991 ha afectado en gran parte cómo los militares perciben su carrera. A nivel político y profesional, la integración de las mujeres a las FFAA obligó a las autoridades a reconsiderar las

---

<sup>33</sup> En Bolivia, por ejemplo, la conscripción representa una oportunidad para los hombres jóvenes, sobre todo para aquellos que provienen de sectores marginados por su herencia indígena. Para más sobre este tema, véase: Canessa, A. (2008). En otros países, incluso en Argentina, la conscripción era obligatoria hasta 1994, y formaba parte de una educación supuestamente “neutral” de sus ciudadanos y representaba un tipo de “rito de iniciación” para los jóvenes de la nación. Véase: Segato, R. (2007).

políticas relacionadas con el equilibrio entre los deberes institucionales y la vida familiar, como las licencias por maternidad y los derechos individuales que antes estaban subordinados a las obligaciones militares. Las observaciones de Badaró son alentadoras para las mujeres en el fútbol, sobre todo en cuanto que destaca que la influencia no es unidireccional –desde arriba–, sino que puede ser considerada como un tipo de diálogo, una negociación, entre los actores y la institución.

En el caso de las mujeres en la AFA, casi no se han visto cambios notables hasta 2017 cuando, finalmente, más de un siglo desde su fundación, se nombró a una mujer para el Comité Ejecutivo: vocal María Sylvia Jiménez.<sup>34</sup> En gran parte, esto forma parte de un primer paso hacia el cumplimiento con la exigencia global de la FIFA sobre la inclusión de las mujeres en los escalones más altos de las asociaciones. Según el programa de la FIFA Conference for Equality and Inclusion (Conferencia para la Igualdad y la Inclusión) organizado en 2017, Gianni Infantino, el presidente actual de FIFA, declaró que la federación se ha dedicado a “aceptar la igualdad y la inclusión como dos de nuestros principios de desarrollo” (p. 2). Además, aseguró que se puede observar esta filosofía manifiesta en las acciones de la FIFA en una serie de cambios reglamentarios que “ubica al avance de las mujeres como una meta explícita y que asegura un mínimo de seis mujeres en el cuerpo estratégico de la organización, el Consejo de la FIFA” (Fédération Internationale de Football Association, 2017: p. 2). Si bien algunas mujeres ya participan hace años en la Comisión de Fútbol Femenino como delegadas de sus respectivos clubes, es la primera vez que hay una mujer en un puesto ejecutivo de la asociación. Sin embargo, la AFA sigue muy por debajo de la marca de una participación femenina del 20% exigido por la FIFA. El panorama en los clubes tampoco varía del modelo establecido por la AFA, hasta en algunos casos es peor en cuanto a que hay clubes que no cuentan con ninguna mujer entre los cargos ejecutivos.

En el fútbol femenino, los avances tampoco han sido muy drásticos desde su incorporación. A pesar del reconocimiento por parte de la AFA, el fútbol femenino se mantuvo en las sombras con casi ningún tipo de cobertura mediática, únicamente la gente que se acercaba al ámbito se enteraba de los resultados y las estadísticas, y con un apoyo institucional casi nulo desde la asociación y los clubes. Hubo algunos intentos de transmitir los partidos por televisión en los '90 y luego por internet en las primeras décadas del siglo XXI<sup>35</sup>, pero nunca con la

---

<sup>34</sup> Jiménez asumió como presidenta del Club San Lorenzo de Alem de Catamarca el 29 de junio de 2016, y menos de un año después recibió la noticia de su elección como vocal del Comité.

<sup>35</sup> En los años 90, el canal deportivo Torneos y Competencias (TyC Sports) era dueño único de los derechos televisivos de todos los partidos del torneo femenino, los cuales adquiría por un monto menor a mil pesos argentinos, aproximadamente mil dólares en ese momento (Janson, 2008). Transmitían generalmente un solo

inversión necesaria para una producción seria ni para poder sostener el proyecto a largo plazo. En las pocas ocasiones que se hicieron notas sobre el fútbol femenino, las jugadoras eran en gran parte sujetas a técnicas de “ambivalencia” (Cranmer, Brann y Bowman, 2014; Garton & Hijós, 2018), técnicas a través de las cuales se minimizan sus cualidades y habilidades deportivas y se destacan su lugar de mujer. En el contexto argentino este proceso se llevaba a cabo no tanto a través de la objetivación de las jugadoras, como sí se ha visto en las representaciones de hinchas mujeres (Rodríguez y Conde, 2002), sino a través del humor, el enfoque en la novedad de que una mujer juegue al fútbol, o lo que opina su pareja –por supuesto varón– sobre su condición de jugadora<sup>36</sup>. De la misma manera, las futbolistas se destacaban por su ausencia en las publicidades de las marcas deportivas en Argentina, hasta 2015 cuando por primera vez se incluyeron imágenes de mujeres jugando al fútbol en el spot “Crecé bajo presión” de Nike (Garton, 2017).

Después de 25 años, en 2016, el torneo se dividió en dos divisiones (Primera A y B)<sup>37</sup> para intentar fomentar la competencia y facilitar el ingreso de nuevos clubes a la segunda división. La composición del torneo históricamente ha sido altamente variable y ha sido un hecho común que por lo menos un equipo por año tenga que abandonar el campeonato por una falta de apoyo económico o una incapacidad para poder cumplir con los reglamentos de la AFA. Sólo siete equipos de los 32 que compitieron en 2017 pertenecían a clubes con sus equipos de varones en la primera división, que generalmente cuentan con más recursos e ingresos comparados con los demás clubes que son del ascenso o de barrio. Sin embargo, tanto los clubes más pequeños como algunos de más grandes proveen solo lo mínimo posible para sus equipos integrados por mujeres, como una cancha para los partidos y a veces ni siquiera un espacio para entrenar.

En muchos casos, las demás responsabilidades quedaban (y en algunos clubs todavía quedan) sobre los hombros de las jugadoras y el cuerpo técnico, incluyendo los costos y la organización del transporte, la indumentaria y los materiales de trabajo.<sup>38</sup> La asociación no cubría los gastos que implicaban los partidos según las exigencias del reglamento—la provisión

---

partido por fin de semana. TyC dejó de comprar los derechos, y el torneo femenino se quedó sin ningún tipo de cobertura televisiva y poca atención de otros tipos de medios como revistas o diarios.

<sup>36</sup> <https://www.tiempoar.com.ar/nota/tenemos-que-jugar-en-el-mismo-equipo-porque-si-no-termina-todo-mal>.

<sup>37</sup> No fue la primera vez en que el torneo femenino se dividió en más de una categoría. En 1997, el campeonato tenía dos divisiones, A y B, con 24 equipos en total y al otro año la cantidad de clubes había aumentado a 35 en 5 grupos. Sin embargo, ya en los 2000 el número promedio de equipos variaba entre 10 y 20. Este modelo original de imponer varias divisiones falló sobre todo por una falta de apoyo económico e institucional en los equipos que pertenecían a clubes más precarios. Cada año se bajaban más equipos que los que se sumaban al torneo.

<sup>38</sup> Las jugadoras de Sociedad Hebraica, por ejemplo, debían pagar la cuota mensual de socio para poder participar en el torneo femenino de la AFA, aunque el club sólo les otorgaba sus instalaciones para partidos oficiales de local.

de árbitros, una ambulancia, un policía, etc.—, sino que los clubes, y a veces las jugadoras, los debían pagar. Hasta 2015, cuando se implementó el partido de entresemana para recuperar los partidos suspendidos por el clima, falta de ambulancia o policía, interrupciones por partidos internacionales, entre otras cosas, los campeonatos de apertura o clausura<sup>39</sup> (de una sola rueda) podrían durar un año entero (o más) por las suspensiones que pasaban los partidos para el siguiente fin de semana. Además, si un partido se suspendía, todos los partidos se suspendían para mantener a todos los equipos participantes en la misma fecha.

#### **1.4 Los últimos años del torneo amateur: organización, estructura y autoridades**

Luego del fin de la administración de Julio Grondona que mantuvo el poder desde 1979 hasta su muerte en julio 2014, el fútbol argentino se encuentra en un momento de transición después de varios años de incertidumbre y peleas internas. El 29 de marzo 2017 la Asamblea de la AFA eligió un nuevo presidente, Claudio “Chiqui” Tapia. Tapia, expresidente del Club Barracas Central de Capital Federal, ya contaba con un largo recorrido en la AFA<sup>40</sup> y con relaciones cercanas a los dirigentes más poderosos de la asociación, por ejemplo, es cuñado de Hugo Moyano, presidente del Club Independiente de Avellaneda y Secretario General de la Confederación General del Trabajo de la República Argentina (CGT). Junto con este cambio gerencial vino además una reestructuración de la asociación y el nacimiento de la Superliga<sup>41</sup> que implicó una separación entre los clubes de la primera división que tienen autonomía para negociar sus propios acuerdos comerciales y los clubes de las divisiones del ascenso que se encuentran todavía bajo el manejo de la AFA. También con el nombramiento de Tapia hubo un recambio de las autoridades y los líderes de los varios comités y comisiones de la asociación. La Comisión de Fútbol Femenino tampoco se encontró inmune a la reestructuración.

El torneo de mujeres en AFA se ubica bajo la autoridad de la Comisión de Fútbol Femenino, compuesta por tres directivos –presidente, vicepresidente y secretario– y los respectivos delegados de los clubes participantes. Según el Estatuto, la Comisión de Fútbol

---

<sup>39</sup> Antes de 2015, el torneo se dividía en dos ruedas, Apertura y Clausura, y se jugaba con la intención de terminar ambas partes durante el transcurso del año. En cada rueda todos los equipos jugaban una sola vez con cada equipo y entre las dos ruedas se jugaba un partido de local y uno de visitante contra cada equipo. El club que clasificaba a la Copa Libertadores tenía que o ganar ambos torneos o ser campeón de uno y ganar un partido de desempate con el campeón del otro torneo. A partir de 2015 se instituyó el formato del torneo largo que incluye ida y vuelta.

<sup>40</sup> Desde 2001 hasta asumir como presidente de la AFA, Tapia fue presidente del Club Sporting Barracas y también fue integrante del Comité Ejecutivo de la AFA por la categoría C del ascenso. Luego fue nombrado Secretario de Torneos de la AFA hasta 2015 cuando asumió el cargo de Vicepresidente segundo para finalmente convertirse en candidato a la presidencia.

<sup>41</sup> La Superliga se disolvió el 19 de mayo de 2020 y fue reemplazada por la Liga Profesional de Fútbol que nuevamente es organizada por la AFA aunque de forma separada de las otras divisiones del país.

Femenino es responsable por la organización de las competencias y de los “asuntos generales relacionados” a la disciplina, por ejemplo, el manejo de las selecciones femeninas, incluyendo a las juveniles y la mayor. También hay que remarcar que el fútbol de mujeres aparece junto a los campeonatos de fútbol infantil, futsal y fútbol playa que se consideran como versiones “menores” del deporte cuyos jugadores generalmente no son profesionales. De las autoridades de la Comisión de Fútbol Femenino, un solo delegado titular representa la disciplina en la Asamblea, “la reunión a la que se convoca regularmente a través de sus delegados a todos los miembros conforme a la representación establecida en el presente estatuto de la AFA y constituye la autoridad legislativa y suprema de la AFA” (Asociación del Fútbol Argentino, 2017). La Asamblea en total se integra por 46 delegados de los varios torneos y de los “Grupos de Interés” de la AFA.<sup>42</sup> En el “viejo” Estatuto, 75 delegados titulares formaban la Asamblea, pero no había ningún representante del fútbol femenino. Ahora el fútbol femenino se clasifica como “Grupo de Interés” y cuenta con representación asegurada en el proceso de legislación, gracias en gran parte a las modificaciones del Estatuto “propuestas” por FIFA a principios de 2017 (Viola, 2017). Sin embargo, el fútbol femenino no cuenta con representación ejecutiva. Éste es el caso también para el fútbol juvenil e infantil, futsal y fútbol playa.

Desde 1995, durante 21 años, el fútbol femenino se encontraba bajo el mando del mismo presidente, Salvador Stumbo, quien actúa actualmente como vicepresidente del Club Gimnasia y Esgrima de Jujuy y previamente estuvo entre la dirigencia del Club Atlético Atlanta del barrio Villa Crespo en la ciudad de Buenos Aires. Finalmente, en abril 2017 se designaron las nuevas autoridades de la Comisión de Fútbol Femenino: Presidente Ricardo Pinela (vicepresidente del Club Deportivo UAI Urquiza); Vicepresidente Jorge Barrios (vicepresidente del Club Estudiantes de Buenos Aires); y Secretaria Bárbara “Barbie” Blanco (dirigente del Club Racing de Avellaneda e hija del presidente del mismo club, Víctor Blanco). De los tres, Pinela es el único con experiencia previa en el fútbol de mujeres gracias a su papel como delegado de UAI Urquiza en la Comisión de Fútbol Femenino mientras Stumbo la presidía. Sin embargo, la inclusión de Barrios, que a la vez es Vocal Suplente en el Comité Ejecutivo de la AFA, brinda un acceso directo a las autoridades máximas de la asociación para llevar peticiones o propuestas sobre los torneos, los presupuestos, las selecciones, los temas de organización, etc. Blanco no

---

<sup>42</sup> Según el Artículo 23.1 del Estatuto de la AFA aprobado por la Asamblea General Extraordinaria el 24 de febrero del 2017, la cantidad de delegados titulares en la Asamblea se distribuye así: 22 de los clubes de la Primera División; 6 de los clubes de la Primera B Nacional; 5 de los clubes de la Primera B Metropolitana; 2 de los clubes de la Primera C; 1 de los clubes de la Primera D; 2 de los clubes del Torneo Federal A, 5 de las Jurisdicciones Deportivas de Ligas, 1 del Fútbol Femenino; 1 del Futsal y Fútbol Playa; y 1 de los ex Árbitros, ex Entrenadores y ex Jugadores.

tenía experiencia previa con la disciplina, pero Racing se reincorporó al torneo femenino<sup>43</sup> después de más de una década sin participar y el club ha organizado iniciativas como un amistoso histórico entre los equipos de mujeres de Racing e Independiente. El encuentro se disputó en el estadio de Racing, el Cilindro, previa a la versión masculina del clásico de Avellaneda, y podría representar un interés floreciente por el fútbol de mujeres en ese club. Además, como hija del presidente de Racing, Blanco tiene un nivel de poder e influencia significativo entre los dirigentes más poderosos no solo de su club sino también de la AFA que se relacionan con su padre, el Secretario General de la asociación.

En cuanto al torneo local de la AFA, la comisión instituyó varios ajustes fundamentales en el formato y la organización del campeonato.<sup>44</sup> Estas modificaciones fueron propuestas e impulsadas por Pinela y delegados de otros clubes del torneo femenino. En realidad, hubo dos modificaciones clave implementadas en los dos años previos al cambio de gestión en la Comisión de Fútbol Femenino. El primer cambio importante fue la fusión de los torneos de Apertura y Clausura en un solo campeonato en 2015 –un hecho que ocurrió de manera

---

<sup>43</sup>El equipo de mujeres de fútbol once de Racing entró a la Primera “B” en 2017 y ascendió a la “A” en 2018.

<sup>44</sup> Sin embargo, hay ciertos aspectos fundamentales del reglamento que siguen sin modificarse, como las reglas de juego, los requisitos mínimos para el club local los días de partido y la cláusula para las instituciones invitadas. Primero, todos los partidos del torneo cumplen con las Reglas de Juego de la FIFA en cuanto a la duración –90 minutos en dos períodos de 45 minutos con un descanso de 15 minutos entre los dos tiempos– y la cantidad de sustituciones durante el partido (tres). El cumplimiento con esta norma de nivel global es clave sobre todo como preparación para los equipos o las jugadoras que luego participan de competencias internacionales. En cambio, en las ligas del interior, la duración de los partidos es reducida (de 60-70 minutos en total) y generalmente hay sustituciones ilimitadas, por lo tanto, se requiere un período de climatización física para las jugadoras que son citadas a la selección o que deciden competir en el torneo de AFA o internacionalmente para que su cuerpo se acostumbre a una exigencia mayor.

Segundo, sigue vigente la obligatoriedad de la presencia de un médico matriculado y una ambulancia con unidad coronaria durante todo el certamen. También, debe haber un policía uniformado a cargo de la seguridad de las jugadoras y los árbitros durante todo el encuentro. Además, la cancha debe ser un “Área Protegida”, cercada y separada de la tribuna para impedir la entrada de personas no habilitadas al campo de juego, y debe contar con un vestuario con instalaciones sanitarias para cada equipo y uno para los árbitros y por lo menos un baño separado para los espectadores. Lo que no queda estipulado en el reglamento son las condiciones de estas instalaciones –sin hablar del estado del campo de juego–. Hasta en los vestuarios de los clubes más grandes, como los vestuarios contiguos a la cancha auxiliar de River en la Monumental, es común encontrarse con los techos negros de infestaciones de moho sin tratar, con inodoros o duchas que no funcionan, con un vestuario con un espacio demasiado reducido para la cantidad de jugadoras. Esto es tanto un tema de desigualdad de género –aunque en muchos casos la cancha asignada a las mujeres es muy inferior al campo reservado para los certámenes de las divisiones masculinas del club– como también una cuestión de la dejadez de los clubes en relación a la falta de inversión en su infraestructura y en las instalaciones para las divisiones inferiores que generalmente son las que se prestan para los equipos femeninos.

Finalmente, quiero destacar la inclusión de instituciones no miembros de la AFA, instituciones “invitadas” según el reglamento. El fútbol femenino, junto con las divisiones juveniles e infantiles, el futsal y el fútbol playa –las categorías amateurs del deporte gobernado por la AFA–, tienen la posibilidad de “invitar a clubes que no revistan la calidad de miembros a participar en carácter de ‘clubes invitados’” (Asociación del Fútbol Argentino, 2017: p. 7). Sin embargo, la aceptación es condicional y debe ser renovada para cada temporada. Por ejemplo, el equipo de la Universidad de Buenos Aires (UBA) fue el primero en entrar al torneo femenino gracias a esta estipulación implementada en 2011, pero con la profesionalización en 2019, se vio obligado a unirse con el Club Defensores de Belgrano para poder seguir compitiendo en el torneo de la AFA. En 2018, entre las dos divisiones participaban siete clubes invitados.

simultáneo en el torneo de varones de la Primera, con la diferencia que para ellos se jugaba una sola rueda por la cantidad de equipos que participaban (30)–. Esta reforma fue parte de un intento de asimilar el calendario del fútbol argentino al del fútbol global o, mejor dicho, del fútbol europeo, para poder acomodar la organización de los partidos según las fechas de encuentros y torneos internacionales. Previo a este cambio, los jugadores seleccionados que competían en el torneo local podían perder partidos con su club por una citación para algún amistoso o competencia con la Selección Argentina.

A diferencia del torneo masculino, lo que generó la unificación de los campeonatos femeninos fue más un intento de completar un campeonato –de ida y vuelta entre todos– por año. Por motivos de suspensiones de partidos, de incertidumbres de la fecha de arranque del torneo de la “vuelta”, casi siempre un torneo se extendía hasta mediados del otro año. Por ejemplo, en 2013 recién a fines de abril 2013 se definió el campeón del Torneo de Apertura de 2012, y así, el Torneo Inicial 2013 se concluyó en mayo 2014. Este atraso además influía en la definición del equipo clasificado a la Copa Libertadores, generalmente organizada para uno de los últimos meses del año –octubre, noviembre o diciembre según el país anfitrión–. Oficialmente para clasificar a la Libertadores, habría que ganar un torneo y ganar un partido de desempate con el campeón del otro torneo, o si no, salir campeón de ambos torneos. Pero, a veces sucedía que el segundo campeonato no terminaba a tiempo y el equipo que clasificaba a la Copa era campeón solo del torneo de “ida”, limitando las chances de los demás equipos para clasificar y generando sentimientos de animosidad, injusticia y frustración para los equipos que disputaban el título de la “vuelta”.

El segundo cambio fundamental llegó con la división del torneo en dos categorías, la A con doce equipos y la B con nueve, en 2016. La generación de la Primera B cumplía una variedad de funciones para el torneo femenino. Primero, intentaba reducir la grieta entre los primeros y los últimos equipos de cada división, emparejando la competencia para eliminar en lo posible los partidos ganados por goleada –más de tres o cuatro goles–. Segundo, por la naturaleza desigual del campeonato femenino, las jugadoras que militaban en los equipos que no se encontraban entre los mejores cuatro de la tabla (River, Boca, San Lorenzo y UAI Urquiza) solían sentirse frustradas y sin motivación tanto por el hecho que no poder salir mejor que quinto como también por los partidos perdidos de manera humillante. De la misma manera, la reducción de la cantidad de equipos por división también implicaba más frecuencia de los encuentros entre los mejores equipos, generando así más competitividad que en gran parte servía como preparación para el equipo que clasificaba a la Copa Libertadores por el alto nivel futbolístico de esa competencia. Hoy, casi todos los equipos participantes del torneo femenino

tienen una meta: para los equipos de la A, salir campeón o sino mantenerse en esa división, evitando la zona de descenso, y para los clubes de la B, aspirar a salir campeón y/o quedar en la zona de ascenso. Finalmente, al dividir el torneo, se abrió la posibilidad de integrar más equipos que comienzan su campaña en la B para pelear el ascenso.

Las modificaciones al torneo femenino llevadas a cabo en 2017 por la nueva gestión continuaban con esta línea de mejoras al torneo en términos de competitividad y nivel futbolístico, la incorporación de nuevos clubes y jugadoras, la visibilidad de la disciplina en la sociedad argentina y el crecimiento de la práctica. Junto con las modificaciones concretas, sin embargo, se pudo observar además un giro simbólico desde el liderazgo de la AFA. El 16 de agosto, por primera vez en la historia del torneo oficial de fútbol femenino, la comisión organizó un evento para inaugurar la temporada 2017-2018, la cuadragésima versión del torneo, en el Estadio Héctor Etchart de Club Ferrocarril Oeste en el barrio de Caballito en Buenos Aires. Además de contar con la presencia de todos los equipos de la Primera A y B, con sus respectivos cuerpos técnicos, delegados, dirigentes y jugadoras, estuvieron presentes Claudio Tapia y miembros del Comité Ejecutivo de la AFA. Durante la presentación Tapia declaró que deseaba “ser el presidente de la igualdad de género para el fútbol argentino”. A pesar del gesto simbólico y la presencia de dirigentes de los rangos más altos de la AFA, todavía es temprano para poder analizar si la nueva gestión de la asociación cumplirá con su palabra y apostará al desarrollo del fútbol de mujeres. El contexto más amplio, sin embargo, de una AFA en la transición post-Grondona, a punto de ser intervenida por la justicia argentina y posiblemente sancionada por la FIFA, en el medio de una reforma del fútbol profesional y la conversión de la Primera en la Superliga, entre otras cosas, puede indicar que la organización de este evento junto con una política manifiesta de “igualdad de género” cumplían más una función de apaciguar y complacer a las autoridades de la FIFA.

De la mano de estas manifestaciones sobre todo simbólicas de apoyo institucional se concretaron unos cambios profundos en el nuevo reglamento del torneo femenino aprobado el 17 de agosto del 2017. El primero fue la creación de “playoffs”<sup>45</sup> para definir el campeón de la A y los equipos que ascienden de la B. Como la división del torneo, la creación de los “playoffs” también cumple con el propósito de aumentar la competitividad y aumentar la intriga del torneo. En años anteriores, por la gran diferencia de nivel entre los mejores equipos y los demás,<sup>46</sup> era

---

<sup>45</sup> Los “playoffs” son un formato de campeonato que se organiza con eliminación simple que se define en formato de cuartos, semis y finales para definir el ganador. La fase final de la Copa Mundial tiene este mismo tipo de formato.

<sup>46</sup> Es común entre las jugadoras de los mejores cuatro equipos (River, Boca, San Lorenzo y UAI Urquiza) decir que los únicos partidos de verdad para ellas son los que se juegan entre los mejores cuatro clubes del torneo, los

casi imposible salir campeón después de haber perdido y/o empatado más de uno o dos partidos. A lo largo de la historia del torneo femenino se nota muy poca diversidad de equipos campeones: hasta 2008, Boca Juniors y River Plate eran los únicos clubes que habían logrado consagrarse campeón con 16 y 8 títulos, respectivamente. Después de 2008, dos equipos más entraron en la pelea por la cima, UAI Urquiza y San Lorenzo, pero la brecha entre los clubes de la cima y el resto sigue casi sin reducirse.

Sin embargo, con la creación de la Copa de Oro (juegan los clubes que terminan entre los seis primeros de la tabla) y la de Plata (los que terminan entre el séptimo y el décimo segundo puesto) para la A, los clubes contaron con una segunda oportunidad para ganar el torneo, clasificar a la Copa Libertadores y/o mejorar su posición final en la tabla. Además, los equipos tenían motivación para terminar en las mejores posiciones durante el torneo ya que los equipos que se ubicaban primero y segundo clasificaban automáticamente a las semifinales de la Copa de Oro. De la misma manera, para la Copa de Plata, los equipos ubicados en el séptimo y octavo puesto clasificaban directamente a las semifinales mientras que los demás tenían que jugar la “Fase Preliminar”. En la B, los mejores dos equipos del torneo lograban el ascenso directo a la A mientras que los siguientes ocho equipos mejor ubicados en la tabla (tercero a décimo) tenían que jugar los “playoffs” para lograr el tercer ascenso.

Los otros cambios centrales al reglamento del fútbol femenino fueron con respecto a la lista de buena fe y la inscripción de jugadoras. La lista de buena fe es un documento presentado en la AFA por cada club donde se detallan los datos de todas sus jugadoras: nombre completo, número de documento nacional de identidad (DNI), fecha de nacimiento y firma. Para poder incluir a una jugadora en la lista, los clubes deben cumplir con ciertas pautas impuestas por la AFA. Primero, la jugadora debe tener más de 14 años –si la jugadora cumplirá los 14 ese mismo año, podrá ser incluida pero no podrá participar de ningún encuentro oficial hasta después de la fecha de su cumpleaños–. Segundo, el club debe contar con su “pase libre” o si no un “pase a préstamo” de su club anterior. Tercero, la jugadora debe ficharse con el equipo, firmando la lista de buena fe. El sistema de pases es uno que se organizó en los primeros años del fútbol argentino cuando todavía era amateur, y funcionaba como una manera de controlar los movimientos de los jugadores entre los clubes que sino, podrían cambiar de club en cualquier momento sin que el club pudiera retenerlos (Frydenberg, 2011).

En el fútbol femenino amateur, no existía (ni existe) un mercado de pases en cuanto a que los clubes no pagan para obtener el pase de una jugadora, pero cuando una jugadora se

---

demás son para llenar el fixture. Es muy extraño que estos equipos empaten o pierdan con equipos de la quinta hasta la última posición en la tabla, sino más bien esos partidos son victorias casi seguras.

quiere ir de un equipo y la dirigencia no está de acuerdo, solían surgir situaciones de conflicto. A veces cedía el club y dejaba que la jugadora se vaya “libre”, y otras veces, si la jugadora era codiciada por otros equipos, los dirigentes de su club anterior aprovechaban para armar un tipo de intercambio de pases para traer una jugadora del otro club para reemplazar la saliente. Si el club no llegaba a un acuerdo con otro para traer a una jugadora, no la cedía y no le daba el pase a préstamo, la jugadora no podía participar durante dos años en el torneo de la AFA al menos que se quedara en el mismo equipo. Recién después de dos años sin jugar, y si el club sigue aun sin otorgarle el pase, la jugadora automáticamente quedaba “libre” y se podía fichar en el club que ella deseaba.

A partir de 2017, la nueva gestión del fútbol femenino estuvo implementando una estrategia para combatir el abuso de los clubes en cuanto a la retención de jugadoras de esta manera —o sea negarle el pase libre a una jugadora sin importar que juegue o no— solo para evitar que se vaya a otro equipo. A partir del campeonato 2017-2018, el límite de jugadoras fichadas en la primera de cada club se redujo de 40 a 30. Además, la comisión comenzó a obligar a que los clubes ficharan mínimamente a dos jugadoras sub-17 (con 17 años o menos en el momento del fichaje)<sup>47</sup> y a tres jugadoras sub-20 (con 20 años o menos en el momento del fichaje) como parte de la lista de 30 para fomentar la formación de jugadoras más jóvenes.

La última variación particular a la temporada 2017-2018 no surgió del reglamento sino por una iniciativa de uno de los medios de comunicación centrales del fútbol femenino: *El Femenino*. Fundado en 2016 por Romina Sacher y Nicolás Valado del departamento de prensa de UAI Urquiza, *El Femenino* comenzó como un programa de radio dedicado a la cobertura del fútbol de mujeres en la AFA y en algunas ligas del interior que se transmitía dos veces por semana y a lo largo de 2018 también tuvo un programa de televisión en vivo los viernes a la noche en el canal de noticias *Crónica*. Además, difunde información sobre la disciplina a través de las redes sociales —Facebook, Twitter, Instagram— y su página web. Entre los medios dedicados al fútbol femenino en 2018<sup>48</sup>, *El Femenino* contaba con la mayor cantidad de seguidores. Sin embargo, uno de sus logros más importantes fue un convenio con *Crónica* desde agosto 2017 para transmitir un partido —que se graba de antemano—del torneo femenino por fin de semana por la televisión los domingos a la tarde. Aunque las representaciones del fútbol

---

<sup>47</sup> Solamente el equipo de la Universidad de Buenos Aires (UBA) se encuentra exento de esta regla por ser universidad, pero deben reemplazar las dos jugadoras sub-17 con la misma cantidad de jugadoras sub-20.

<sup>48</sup> Hay dos páginas web dedicados al fútbol femenino que históricamente han mantenido el mayor seguimiento: *Sólo Fútbol Femenino* y *Diario La Futbolista*, pero ninguno de los dos ha logrado conseguir una difusión más allá de jugadoras, entrenadores, ex jugadoras y sus amigos y familiares. Hoy hay cada vez más medios dedicados exclusivamente al fútbol femenino —como *FutFemProf*— y al deporte femenino en general —como *Somos Mujer Sport* y *Pibas con Pelotas*—.

femenino en los medios masivos no sean un enfoque principal de este trabajo, es importante notar la escasez histórica y actual de cobertura de la disciplina en los medios deportivos hegemónicos. La transmisión de *Crónica* representó la primera vez que se transmite por televisión un partido femenino de la AFA desde hace casi dos décadas. En los últimos años, se transmitían entre uno y dos partidos por fecha a través de la página web del canal deportivo *Torneos y Competencias (TyC Sports)*. Aunque la calidad de la filmación y de los comentaristas deja mucho lugar para mejorar, más el hecho de que muchos partidos se transmiten de manera diferida, la propuesta de *Crónica* y *El Femenino* fue un paso positivo hacia la meta de una mayor difusión de la actividad que luego daría lugar a que el medio *TNT Sports* consiguiera los derechos de transmisión al torneo femenino a partir de 2019.

Entre los equipos que compiten en el Torneo Femenino de la AFA, las máximas autoridades de la disciplina en el país y los medios que se dedican a su cobertura, un club se destaca: UAI Urquiza. De los cuatro campeonatos femeninos jugados desde 2015 hasta 2018, el club de Villa Lynch salió campeón tres veces de la primera división mientras su equipo masculino compitió y sigue compitiendo en la tercera división del fútbol argentino luego de décadas en la última división y varias temporadas al borde de la desafiliación. Su vicepresidente sirvió como Presidente de la Comisión de Fútbol Femenino en la AFA entre 2017 y 2019. Gracias al trabajo de varios periodistas del departamento de prensa de ese club, el programa *El Femenino* ha logrado un seguimiento importante a nivel nacional y aun es una autoridad en la difusión de información sobre las ligas femeninas más competitivas del país. También, los integrantes de *El Femenino* ganaron un espacio de alta visibilidad con la transmisión semanal no solo de un partido femenino sino también de su propio programa televisivo en *Crónica*. Sin embargo, considerando que esta disciplina históricamente fue marginada y casi ignorada con relación a su contraparte masculino, el interés de UAI Urquiza en el fútbol femenino resulta sorprendente. Nos lleva a preguntar por estos intereses que parecen ir en contracorriente y cómo llegó este club a ocupar el lugar dónde se encuentra actualmente.

## **CAPÍTULO 2 | CLUB DEPORTIVO UAI URQUIZA: un caso excepcional del fútbol argentino**

### **2.1 De club ferroviario a universidad**

Actualmente conocido como Club Deportivo UAI Urquiza, el club se fundó el 21 de mayo de 1950 como Club Atlético, Social y Cultural Ferrocarril General Urquiza. Un grupo de trabajadores ferroviarios de Ferrocarril General Urquiza, liderado por Carmelo Santoro, el primer y único presidente del club hasta su “re-fundación” en 2009, propuso la idea de fundar un club para los empleados de la empresa. Poco después de la fundación del club, Santoro y los primeros socios lograron convencer a las autoridades ferroviarias para que les cedieran un terreno contiguo a la estación de tren de Villa Lynch, apenas cruzando la Avenida General Paz que separa a la Provincia de Buenos Aires de la Ciudad, para construir el estadio del club –El Monumental de Villa Lynch (Romero, 2014). En comparación con los demás clubes de Gran Buenos Aires, Ferrocarril Urquiza es relativamente joven ya que la mayoría de los clubes deportivos en la ciudad y sus alrededores se establecieron en las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, considerando el contexto político del momento de la creación de Urquiza, su fundación no resulta tan incongruente.

La línea de tren hoy conocida como Ferrocarril Urquiza se construyó como parte del proyecto de nacionalización de las empresas ferroviarias en Argentina llevado a cabo el 1 de marzo de 1948 bajo el mando del Presidente Juan Domingo Perón. Aunque la historia de los ferrocarriles no es particularmente relevante a esta investigación, vale la pena para poder analizar el contexto sociopolítico de la fundación del club. Lo deportivo representaba un aspecto central del proyecto político de Perón, y su administración promovía activamente la participación deportiva de varios sectores de la población, incluyendo varones, mujeres y niños (Rein, 2015). Aunque Perón participó en una gran variedad de actividades y competencias deportivas en su juventud y luego como agregado militar, su interés en los deportes se debía sobre todo al potencial político que ofrecían. Por ejemplo, entre las políticas implementadas por su administración para mejorar las condiciones y los sueldos de los trabajadores, también se encontraba la oportunidad de participar en actividades recreativas para fomentar valores como la solidaridad, la unidad, el coraje, la tenacidad y la fuerza para vencer obstáculos. Entonces, solo dos años después de que se nacionalizaran los ferrocarriles, se fundó el Club Deportivo Ferrocarril Urquiza en un momento histórico en el cual el Estado brindó apoyo inédito al deporte con niveles de inversión y promoción que nunca más se igualaron en Argentina.

Aún con la ayuda del gobierno nacional, los orígenes del club son humildes y sus logros históricos escasos. Lo que comenzó como un club para empleados ferroviarios, como jugadores, dirigentes e hinchas, en gran parte nunca se extendió más allá de su base original. Hasta que el club finalmente logró afiliarse a la AFA en 1970, el equipo de primera competía en torneos no oficiales. Una vez afiliado, Urquiza militó en la Primera de Aficionados, la Primera D a partir de 1974, la cuarta (actualmente, la quinta) y última división de los torneos de la AFA<sup>49</sup>. El club se mantuvo en esa categoría durante 39 años sin lograr ascender –aunque en algunas campañas se acercó a la zona de ascenso–. Durante ese período el club se desafilió en un par de ocasiones por su mal desempeño en el campeonato y por la falta de categorías inferiores, dejándolo afuera del torneo oficial durante varias temporadas. En 2009, el club ya se encontraba en una situación de desesperación<sup>50</sup>, estaba último en la tabla de posiciones de la Primera D, nuevamente a un paso de perder la afiliación, con problemas económicos profundos y sin apoyo del barrio.

Frente a este futuro incierto, a través de un acuerdo sin precedente en la historia de la AFA, Ferrocarril Urquiza se fusionó con el Club Deportivo UAI que pertenecía a una institución educativa privada, la Universidad Abierta Interamericana (UAI). El acuerdo representaba una solución al dilema financiero de Urquiza y a la vez cumplía un viejo deseo del club universitario: la afiliación a la AFA. A las 10 disciplinas federadas de la UAI, se sumaron fútbol masculino, femenino y juvenil que ya existían –aunque de forma precaria para algunas categorías– en Urquiza. Después de la fusión, el “nuevo” club adoptó su nombre actual, Club Deportivo UAI Urquiza, y combinó los escudos anteriores de los dos clubes para crear el nuevo, agregando el bordó tradicional de la UAI al celeste y blanco que habían representado al club ferroviario<sup>51</sup>.

Por su parte, el Club Deportivo UAI tenía una trayectoria muy distinta a la de Ferrocarril Urquiza. Fundado en 2002, la UAI contaba con varias disciplinas deportivas y sus equipos compitieron en las ligas universitarias hasta 2004 cuando la dirigencia del club tomó la decisión de federar a sus deportistas. Los primeros deportes federados fueron el vóley, handball, básquet y hockey sobre césped. Pero, cuando los dirigentes quisieron federar el fútbol se encontraron con barreras infranqueables. La participación en las ligas metropolitanas era un área de competencia vedada para la universidad, un ámbito exclusivo para clubes afiliados a la máxima

---

<sup>49</sup> Actualmente hay cinco torneos superiores masculinos organizados por la AFA: la Primera División (ahora conocida como la Superliga), la Primera B Nacional, la Primera B Metropolitana, la Primera C y la Primera D. También están los Torneos Federales A, B y C donde se disputa la chance de lograr un ascenso a la B Nacional.

<sup>50</sup> Según cuenta la página oficial del club: [www.uaiurquiza.com](http://www.uaiurquiza.com).

<sup>51</sup> Ver imágenes de las instalaciones del club en Anexo Fotográfico.

autoridad del fútbol argentino, la AFA. Por lo tanto, la UAI entró en negociaciones con las autoridades máximas de la AFA para intentar asociarse (Charró, 2016).

Al principio, la asociación propuso que el club se integre a través de las ligas del interior del país ya que la UAI contaba con sedes en Rosario, Santa Fe y San Nicolás, pero debido a los obstáculos del reglamento para el ingreso a tales ligas y también a que la estructura y el desarrollo deportivo del club se concentraba en Gran Buenos Aires, los dirigentes de la UAI desecharon la idea. Luego en 2007, la AFA confirmó que por una decisión del comité ejecutivo era imposible que la UAI se sume a la zona metropolitana, salvo que la dirigencia quisiera “gerenciar” algún club previamente afiliado. Los directivos también rechazaron esta propuesta, querían “ser” el club ya que gerenciar implicaba ubicar a su propio proyecto en un plano secundario a los deseos del club gerenciado. Sin embargo, fue gracias a esta idea de “gerencia” que la UAI consideró la posibilidad de una fusión y comenzó a investigar y evaluar clubes como candidatos para una fusión.

La búsqueda de un candidato adecuado no fue una tarea sencilla, debido a que el club tenía que estar dispuesto a abandonar sus propios proyectos para adoptar los de otra institución. También había que tener en cuenta que la mayoría de clubes de la zona metropolitana de Buenos Aires contaban con su propia historia de no menos de 20 años y sus propios lazos con el barrio donde se ubicaba. Además, la iniciativa de una fusión no tenía precedente y, el proceso implicaba una serie de trámites legales y burocráticos no solo complejos sino también costosos. Por estos motivos, las circunstancias adversas que enfrentaba el Club Ferrocarril Urquiza generaron una actitud abierta hacia la propuesta de la UAI que representaba un salvavidas para un club al borde de la quiebra. Pero, para ambas instituciones, el término “fusión” era más una formalidad porque, más que una unión, era una absorción. Para la UAI, el club Ferrocarril Urquiza simbolizaba la oportunidad de entrar a la asociación deportiva más poderosa del país, y con este fin, los dirigentes del club universitario estaban preparados para financiar y ocuparse de las deudas y falencias de un club en camino al olvido.

La asociación de estos dos clubes no solo brindó apoyo financiero y organizacional a Ferrocarril Urquiza sino también le proporcionó mejoras imprescindibles en las instalaciones, como por ejemplo la posibilidad de utilizar el predio deportivo de la UAI, Rancho Taxco, ubicado en la localidad de Tristán Suárez, donde se entrenarán las categorías inferiores, la reserva y la primera de varones. Previo al acuerdo, el estadio de Villa Lynch era la única cancha con que contaba el club, y mantenerla en buen estado se volvía una tarea casi imposible debido al uso continuo del campo de juego para los entrenamientos y partidos de la primera y la reserva masculina. Además, gracias a la fusión y a los recursos económicos y políticos de la UAI, el

club comenzó a contar con el Mercotel<sup>52</sup> de Ezeiza, cerca del predio Rancho Taxco, para hacer la concentración previa a los partidos. La posibilidad de concentrar era un lujo poco común, o más bien insólito, entre los equipos de la Primera D, un torneo con una tradición semi-profesional que se encuentra en la frontera entre el amateurismo y el profesionalismo. En esa división, aunque los jugadores estén contratados por sus clubes, es común que ellos tengan que buscar otros ingresos a través de trabajos *part-time* para poder suplementar el sueldo mínimo que cobran por el fútbol.

Las mejoras marcadas en las condiciones de las instalaciones y en el apoyo económico y administrativo del club se acompañaron por mejoras drásticas en los resultados deportivos del equipo. En la temporada inaugural del Club Deportivo UAI Urquiza, 2009/2010, el equipo salió campeón del torneo y logró la promoción a la Primera C por la primera vez en la historia de la institución. Unos años después de su primer ascenso, el club nuevamente reformado ganó su segundo título en la temporada 2012/2013 y ascendió a la Primera B Metropolitana, donde sigue militando el equipo masculino hasta ahora. Los dirigentes del club han declarado abiertamente a varios medios deportivos que la meta de la institución a largo plazo es llegar a la Primera A con sus promesas de contratos televisivos lucrativos y más influencia en la AFA, entre otras cosas. UAI Urquiza comparte esta visión con la gran mayoría de clubes argentinos como motivo central para la inversión en el fútbol masculino.

Aunque Club UAI Urquiza se conforma como una asociación civil como el resto de los clubes argentinos, como ya vimos, tiene una estructura particular y fuentes únicas de financiación. Por ejemplo, todos los socios del club no votan en las elecciones de las autoridades, únicamente los “socios fundadores” formados por un grupo reducido de dirigentes. Mientras que existen algunos otros clubes que también cuentan con instituciones educativas como River Plate y Estudiantes de La Plata, el caso de UAI Urquiza varía además en cuanto que primero fue una institución educativa y luego un club deportivo. Pensando sobre todo en la fundación del Club Deportivo UAI, podemos observar una diferencia evidente con los clubes nacidos a principios del siglo XX. Desde un principio los conceptos del ascenso social y la formación del individuo junto con ambiciones de competir en los torneos más prestigiosos y lucrativos del país se encontraban en los pensamientos de las autoridades de la universidad.

---

<sup>52</sup> El Mercotel, “El hotel de los mercantiles”, pertenece al Sindicato de Empleados de Comercio (SEC). La UAI no es el único club argentino que utiliza las instalaciones del Mercotel, varios planteles de las divisiones del ascenso concentran y/o hacen la pretemporada en el hotel. Además de incluir la posibilidad de pensión completa, en el predio del hotel también hay canchas de fútbol de tamaño reglamentario para realizar entrenamientos y una piscina para llevar a cabo trabajos regenerativos. En 2017, el plantel de primera de la UAI hizo una semana de pretemporada en el Mercotel en preparación para el torneo 2017/2018.

Pero, los fundadores de los primeros clubes de fútbol no podrían haber imaginado que sus proyectos se desarrollarían para estar entre las instituciones más influyentes del país. Lejos del profesionalismo de la actualidad, los primeros clubes se crearon como equipos compuestos por jóvenes que cumplían el papel de jugador, socio y dirigente al mismo tiempo –Julio Frydenberg (2011) clasifica a estas organizaciones primitivas como clubes-equipos–. Estos clubes-equipos se veían obligados a juntar recursos para poder participar en las ligas oficiales y también buscar un espacio propio. Una vez que estos jugadores-socios-dirigentes lograban establecerse en una zona de la ciudad de Buenos Aires, se fomentaba un sentido de pertenencia para los hinchas, ligado tanto al club como al barrio. En el caso de la UAI, y ahora de UAI Urquiza, no existen ni raíces ni lazos con el barrio y actualmente el club se encuentra en un dilema que obstruye su crecimiento: una escasez de socios y una falta de apoyo barrial.

A pesar de su lugar marginal en el imaginario futbolero argentino, la estabilidad económica única de UAI Urquiza resulta atractiva para jugadores de las divisiones del ascenso. Por razones de falta de fondos, junto con errores en la gestión y el manejo de las finanzas, los jugadores que militan en clubes del ascenso están acostumbrados a la inseguridad, incluyendo el pago irregular de su sueldo. En una entrevista con Romina Sacher, jefa de prensa de la UAI Urquiza, ella me contó que varios jugadores le expresaron su conformidad con el club sobre *todo porque “saben que van a cobrar todos los meses”*, una estabilidad que no habían vivido en otros clubes donde podrían pasar varios meses sin sueldo.

Por ejemplo, cuando a principios de 2017 todos los campeonatos de la AFA se suspendieron por el paro de los futbolistas de las divisiones de ascenso, UAI Urquiza era el único club fuera de la Primera A que seguía pagando a sus jugadores, que por lo tanto no adhirieron al paro, sino que seguían entrenando en preparación para el comienzo del campeonato (*Infobae*, 2017, 2 marzo). Esta estabilidad viene de una estructuración propia del club en cuanto a su afiliación a una institución educativa privada que cuenta con un flujo de capital constante, gracias a los ingresos de las cuotas y matrículas de los alumnos y de las otras empresas que se gerencian bajo el escudo de la UAI. Mientras que otros clubes dependen principalmente de los ingresos generados por las cuotas de socio, los derechos televisivos, la venta de indumentaria y entradas, Club UAI Urquiza además cuenta con el respaldo de una universidad privada. Sin embargo, esta dependencia no es ideal para el club que desea lograr autonomía y dejar de operar en déficit –una meta que se complica por la escasez de socios e hinchas–.

## 2.2 Deportistas “educados”: ¿un modelo innovador?

Club Deportivo UAI Urquiza es único por su lugar como la primera y única universidad afiliada directamente con la AFA. En otros países de Latinoamérica existen algunos casos de universidades-clubes asociadas a su federación de fútbol. En México, por ejemplo, uno de los equipos más exitosos del fútbol masculino es Pumas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Pero en Argentina, esta característica en particular de la UAI resultó novedosa para varios medios –sobre todo después de que el club logró dos ascensos en tan solo cuatro años, luego de casi cuatro décadas sin un título–. Después de su ascenso a la Primera C, *El Gráfico* publicó un artículo en julio 2010 sobre el auge del club y la incorporación de una institución educativa a la AFA, destacando la “visión complementaria que supone que el deporte y la educación favorecen el ascenso social”. En otra entrevista con *Télam*, el actual presidente del club y rector de la UAI, Rodolfo De Vincenzi, reafirmó y enfatizó la posición de la institución sobre los deportes y la educación:

Más allá de todos estos resultados deportivos (en 2009 el club jugaba en Primera D y ahora lo hace en la B Metropolitana), lo más importante y lo que más nos enorgullece es que con 500 deportistas se logró federar en 10 disciplinas deportivas y más de 450 estudian. Para nosotros lo más importante es integrar educación con deporte. (Koirá, 2014)

De Vincenzi reforzó este concepto con un ejemplo: el kinesiólogo actual de la primera es un ex-jugador del club que completó sus estudios en la UAI.

Aunque la UAI es la única universidad asociada con la AFA, no es la única institución que ofrece la oportunidad de participar en competencia deportiva a sus alumnos. Sin embargo, en las demás universidades, como la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la Universidad Católica de Argentina (UCA), que ofrecen la oportunidad de hacer deporte y competir con otras universidades para sus alumnos, estas actividades tienen un fin más bien recreativo y social, y los equipos no están asociados a las federaciones nacionales –con algunas excepciones como en el caso de la primera femenina de la UBA que compitió en el torneo de la AFA hasta la semi-profesionalización cuando se vio obligado a unirse al Club Defensores de Belgrano para seguir en el campeonato oficial–. Sin embargo, lo que separa a UAI Urquiza de los demás, es que todos los deportes son disciplinas federadas, los equipos del club no compiten en las ligas universitarias y no todos los deportistas estudian en las instituciones educativas pertenecientes a la UAI.

Las raíces de la universidad también son importantes para entender el interés de la institución en el deporte de alto rendimiento. La UAI se fundó como universidad privada en

1995 como parte de Vaneduc<sup>53</sup>, una red de instituciones educativas, con un proyecto, según su página web<sup>54</sup>, “ideal y único” dentro de las universidades argentinas que utiliza pasantías laborales para conectar “al alumno con la realidad de su futuro y lo ayudan a consolidarse vocacionalmente. Esto permite a los alumnos tener un aprendizaje no meramente enciclopedista, sino que permite aunar la praxis a éste”. La formación de la UAI se dio en un contexto de políticas públicas de fines de los '80 y durante los '90 que promovieron la competencia entre las instituciones de educación superior, generando la mayor cantidad de creaciones de instituciones universitarias privadas en el país (Nosiglia & Zaba, 2006). Estas políticas formaban parte de un giro neoliberal en el sistema de educación superior que incentivaba a que las universidades respondieran a las fuerzas del mercado educativo global (Coraggio & Vispo, 2001, en Nosiglia & Zaba, 2006).

Nació la idea de formar un club deportivo en la UAI en 2002 a partir del deseo de integrar el deporte y la educación. Para De Vincenzi, la formación del club fue un paso lógico de acuerdo con los valores centrales de la universidad: “la educación del cuerpo y de la mente requieren de espacios institucionales que son compatibles en los clubes como espacio de ascenso social a través del deporte y las universidades como espacio de ascenso social a través de la educación” (*Télam*, 2014, 22 nov.). El concepto de combinar el entrenamiento corporal y mental tiene sus raíces en la filosofía anglosajona que enfatizaba la importancia del deporte para la transmisión de ciertos valores complementarios a aquellos enseñados en el aula (Watson, Weir, & Friend, 2005; Frydenberg, 2011). Esta ideología en gran parte fue responsable por la importación del fútbol a Argentina con otras prácticas deportivas británicas, incluyendo rugby, tenis y hockey sobre césped. Pero, como destaca Sebastián Fuentes (2020), para una institución privada como la UAI, el deporte universitario dentro del marco de las políticas de extensión universitaria a la vez abre otras posibilidades, por ejemplo, de formar vínculos entre la universidad y empresas a través del patrocinio de los equipos deportivos. El deporte universitario además ofrece la posibilidad de aumentar la matrícula, utilizando el deporte como una fuente de exposición o de visibilidad no solo para atraer alumnos, sino

---

<sup>53</sup> Vaneduc es una red de instituciones privadas fundada en 1942 por el Dr. Edgardo Néstor De Vincenzi, padre del rector actual de la UAI, Rodolfo De Vincenzi. El sistema educativo se basa en valores y principios laicos y se presenta como una alternativa a la educación privada religiosa y a la escuela pública. Esta red se compone por siete colegios, que incluyen tanto la educación primaria como la secundaria; dos universidades, la UAI y la Escuela Argentina de Negocios, una universidad que ofrece cursos presenciales y también a distancia a través del internet cuya decana es Lucía De Vincenzi, la hermana de Rodolfo; una obra social con su propio hospital (UAI Salud); y Rancho Taxco, un predio deportivo utilizado por las instituciones de Vaneduc junto con varios equipos del club.

<sup>54</sup> <https://uai.edu.ar/>

también para desarrollar una “marca” que ayuda a instalar la institución en el marco del mercado global de la educación y en diversos públicos (*ibíd.*).

Este modelo híbrido también es común, y casi icónico, del sistema educativo-deportivo de los Estados Unidos donde abundan las oportunidades de hacer deporte para los estudiantes en los colegios y universidades. Estas posibilidades no se limitan a las instituciones privadas, sino que hasta pueden ser mayores en las instituciones públicas. Al mismo tiempo, es importante destacar que, aunque existan ciertas similitudes entre el modelo de la UAI y el de las universidades estadounidenses, se diferencian sobre todo en cuanto que para ser deportista de la UAI no hace falta estudiar en la universidad. Por ejemplo, entre los futbolistas del club, tanto en el equipo masculino como el femenino, hay algunos que estudian en instituciones no relacionadas a la UAI y otros que no estudian o ya se recibieron. En cambio, en los Estados Unidos los deportistas que compiten en las ligas universitarias representan directamente a su universidad. Éstos se clasifican como “student-athletes” (“estudiantes-deportistas”) de la institución y deben cumplir con ciertas exigencias académicas impuestas por la universidad y también por la National Collegiate Athletics Association (NCAA) y otras asociaciones que regulan el deporte universitario a nivel nacional –como cursar una cierta cantidad de materias por cuatrimestre y mantener un promedio mínimo– para poder competir. Además, sólo tienen una cantidad limitada de años para poder competir según la división. Mientras que en la UAI varios deportistas son profesionales bajo contrato y reciben un sueldo por su participación deportiva, en los Estados Unidos, existen innumerables regulaciones elaboradas e impuestas por las asociaciones que prohíben y controlan cualquier tipo de recompensa o sueldo para los deportistas universitarios en relación a su práctica deportiva<sup>55</sup>.

Otro concepto clave de la ideología de la institución es el “ascenso social” a través del deporte y la educación. En declaraciones de dirigentes y también en las páginas web oficiales del club y de las varias instituciones educativas correspondientes a Vaneduc esta idea aparece reiteradamente. Al presentar el “ascenso social” como una meta, la institución presume una conexión entre la educación y la posibilidad de mejorar el nivel socioeconómico de sus alumnos<sup>56</sup>, lo cual también indica la interpelación de esta institución a estudiantes de sectores

---

<sup>55</sup> Estas exigencias de amateurismo y prohibiciones de cualquier tipo de profesionalismo (en cuanto a recibir un beneficio económico por hacer deporte), hoy se encuentran altamente cuestionadas. Si bien la NCAA defiende sus reglamentos como beneficiosos al deportista-estudiante, la organización es objeto de muchas críticas por el gran negocio que hace a través de los deportes universitarios con contratos millonarios de la televisión y de patrocinadores. Sin embargo, los protagonistas del negocio, los deportistas que ponen sus cuerpos, no reciben ninguna recompensa económica sino que son castigados si la NCAA se entera que hubo un pago o regalo al deportista por sus esfuerzos (Forgrave, 2017; Miller, 2016).

<sup>56</sup> Esta manera de pensar se asemeja a una conceptualización tradicional que considera a Argentina como “un país de clase media” donde existían oportunidades de ascenso social para aquellos que se esfuerzan en su trabajo y que

medios o medios bajos que se preocupan por su inserción laboral (Fuentes, 2020). Entre los principios centrales del Sistema Pedagógico Vaneduc (SPV), publicados en la página oficial (<http://www.vaneduc.edu.ar>), hay un enfoque en el futuro, en la preparación de los alumnos para enfrentar los desafíos de la vida a través de la transmisión de “un espíritu emprendedor, una actitud innovadora, crítica y creativa”. La meta final es formar personas “de bien para ser un buen profesional”<sup>57</sup>. Una versión similar de este credo se aplica a los deportistas del Club Deportivo UAI Urquiza a quienes el club espera preparar para la vida post-deportiva. Según la página oficial del club, la “piedra fundamental” de su modelo integrador es el concepto del “deportista educado”:

Por medio de convenios con la Universidad Abierta Interamericana, todos los deportistas federados del club tienen la posibilidad de estudiar en esta Alta Casa de Estudios, o en cualquier otra que los deportistas deseen. La finalidad es darles la oportunidad de formar su mente en pos del desarrollo personal y profesional cuando su carrera deportiva concluya.

Aunque UAI Urquiza no es el único club que se preocupa por el bienestar de sus deportistas una vez concluida su carrera<sup>58</sup>, sería difícil encontrar otro club que incluya esta meta dentro de sus objetivos fundamentales. Efectivamente, los deportistas de la primera división de cada disciplina tienen la oportunidad de estudiar en la UAI con una beca completa; los deportistas de otras categorías pueden llegar a recibir becas parciales para estudiar en la UAI o en uno de los colegios pertenecientes a la red Vaneduc. En diciembre 2015, de los 233 deportistas en los planteles de primera en el club, 107 estaban estudiando una carrera universitaria y 17 ya se habían graduado (Charró, 2016: p. 38).

---

tienen ganas de progresar (Visacovsky, 2012). Aunque no es una discusión central de este trabajo, vale la pena destacar que la transmisión de los valores centrales de la voluntad y esfuerzo individual presentados como parte de la misión educativa de la UAI tiene rasgos en una concepción del sacrificio como camino al éxito particular a los sectores medios (Hang 2016). Sin embargo, esta forma de ver el sacrificio no se limita a los ámbitos de la educación o del trabajo sino que también constituye una parte esencial del imaginario deportivo. Volveremos más adelante sobre el sacrificio en los relatos de las jugadoras del club UAI Urquiza.

<sup>57</sup> Aquí, el término “bien” se basa en los valores centrales de la institución: amor, creatividad, solidaridad, esfuerzo, responsabilidad, compromiso, respeto y excelencia. Vale destacar que la UAI se fundó en 1995, en plena época de la privatización llevada a cabo por el Presidente Carlos Menem durante la década de los '90 con la ideología neoliberal. La educación también pasó por un proceso de privatización importante a través de nueva legislación que promovía la fundación mientras facilitaba el mantenimiento de institutos educativos privados existentes. Véase Feldfeber y Gluz (2011) y Vior y Rodríguez (2012). Por lo tanto, no es sorprendente que una meta principal de la universidad sea la producción de alumnos graduados rentables para el mercado de trabajo, “buenos profesionales”.

<sup>58</sup> En “De aprendices a profesionales. Un análisis comparativo de la formación de futbolistas en Europa y América Latina” (2016), un proyecto financiado por una beca de investigación João Havelange, Diego Murzi y Federico Czesli observaron que en ambos clubes estudiados (Olympique Marseille de Francia y Estudiantes de La Plata) dirigentes y entrenadores expresaron su preocupación por el éxito académico de sus jugadores juveniles. Sin embargo, no queda claro si este interés se mantiene para los jugadores que logran profesionalizarse, llegando a la primera división, o si se observa únicamente en las divisiones inferiores ya que la gran mayoría de los jóvenes no llegarán a tener la oportunidad de “vivir del fútbol” y tendrán que buscar otras fuentes de ingresos.

El interés del club, explicitado en sus objetivos y valores oficiales, en la educación de sus deportistas –sobre todo de los futbolistas varones– es poco común. En varias entrevistas con los medios, dirigentes del club, como Rodolfo De Vincenzi y Ricardo Pinela, secretario de la UAI y vicepresidente del club respectivamente, citan con orgullo que varios jugadores del primer equipo están inscriptos en carreras terciarias y universitarias mientras que otros reciben apoyo para poder terminar la secundaria. Sin embargo, las actitudes de la dirigencia hacia la educación de los futbolistas en particular se basan en una noción más amplia sobre la realidad social de los jugadores. Existe en la sociedad argentina una concepción del jugador típico como un joven iletrado que tiende más a la deserción escolar. Pero en realidad, no hay tanta divergencia con el resto de la población. El porcentaje de jugadores que desertan el colegio (27%) no se diferencia tanto de la tasa de deserción de jóvenes en general en el país (25%), y estas tasas varían de forma significativa según la región de donde proviene el jugador y dependen en gran parte del nivel escolar alcanzado por sus padres (Herbella, 2017).

Los estereotipos sobre el perfil socioeconómico y educativo de los jugadores, una imagen que se ha construido a lo largo del siglo pasado, persisten en el imaginario del fútbol argentino. Esta construcción surge de los relatos periodísticos de revistas deportivas como *El Gráfico* que identificaría al “potrero”, que para los autores era un “baldío”, con un espacio de tierra irregular en la ciudad que todavía no ha sido pavimentado (Archetti, 1995). Esto es significativo en cuanto a que sirve como un espacio libre donde los jugadores argentinos “nacen”, sin los controles autoritarios de maestros o entrenadores que imponen reglas. Según Archetti, como “el potrero se opone sistemáticamente al pizarrón y a la escuela” (1995: p. 437), los jugadores son representados como “pibes”, jóvenes libres de la disciplina y de la autoridad, que se desligan de sus responsabilidades como la escuela para poder participar de los “duelos” futbolísticos de los baldíos.

Hoy en día, los medios siguen difundiendo una concepción parecida del jugador generalmente imaginado como proveniente de las clases populares, que desde una edad temprana comienza a recibir un sueldo por su práctica futbolística y que debe sacrificar su educación para lograr llegar a la primera. Esta imagen es más realista para los jugadores pertenecientes a los clubes de la primera división, pero sobre todo en cuanto a sus posibilidades para cursar una carrera terciaria o universitaria. Herbella (2017) observa que casi el 50% de jugadores de la Nacional B siguieron sus estudios después de terminar la secundaria mientras que lo hicieron solo el 20% de futbolistas de la Primera A. Un motivo posible por esta diferencia puede ser la grieta económica entre las divisiones, los jugadores juveniles de la A representan

una inversión importante para el club en cuanto a su potencial para llegar a la primera y ser vendido a otro club, doméstico o internacional, y su educación se relega a un segundo plano.

Tanto el vicepresidente, Pinela, como el presidente, De Vincenzi, hacen referencia a esta imagen de futbolista iletrado. En una nota sobre la UAI Urquiza en una nota en *La Nación* (Morini, 2013), Pinela cuenta que, le sorprende el entusiasmo de los jugadores para continuar y/o terminar sus estudios –indicando una suposición que desde un principio a los jugadores no les interesa su propia educación–. En la misma nota, De Vincenzi, se refiere directamente a la fantasía estilo “cuento de hadas” de los jóvenes futbolistas construida por los medios:

¿Cuál es la película de los chicos? Juegan bien a la pelota en la primaria y entran en un club. Por lo general, salen de hogares muy humildes. A los 14 años, tal vez ya están jugando con un sueldo; a los 16 o 17 ya cobran más que sus padres [...] Viven el electrocardiograma de los medios de comunicación, que los elevan o los tiran abajo. Y un adolescente no está preparado para esa vida. Tampoco para ser un sostén de familia y para todo lo que implica estar en un contexto diferente. Y el pibe dice: “Yo quiero las zapatillas, quiero el reloj, quiero el auto y hasta departamento”. ¿Y después? Si no fue Messi se acabó. Y si no hizo otra cosa más que patear una pelota y el físico ya no le permite una alternativa se frustra cuando ve que ya no sabe qué hacer para continuar con su vida laboral. Ahí comienzan los problemas. Bueno, nosotros queremos darle una herramienta más para su futuro. (Morini, 2013)

En este párrafo, a través de una ilustración hipotética basada en la concepción general de jóvenes futbolistas detallada previamente, De Vincenzi condena, de forma indirecta, a los demás clubes que supuestamente no preparan a sus jugadores para la vida post-futbolística, tanto los que no llegan a ser profesionales como los que sí. Al mismo tiempo, el presidente del club trivializa la agencia de los jugadores, su capacidad para poder asociar al fútbol con un futuro incierto y su deseo de prepararse para carreras alternativas, nociones que al parecer contradicen la observación de Pinela sobre el interés “sorprendente” en las oportunidades para avanzar en sus estudios. La generalización que hace De Vincenzi necesita de una actualización y una contextualización. En realidad, otras investigaciones observan que jugadores juveniles están muy conscientes de las incertidumbres y los obstáculos que implican una carrera de futbolista y muchos de ellos tienen planes alternativos (Murzi & Csezli, 2016; Bertrand, 2012)<sup>59</sup>.

En el caso de las futbolistas mujeres, y otros deportistas amateurs, sin embargo, no existe la idea de prepararse para una carrera “alternativa”, sino el concepto de directamente prepararse para una carrera. Aunque las probabilidades de llegar a la primera son muy bajas

---

<sup>59</sup> Durante su trabajo de campo con la séptima categoría, jóvenes de quince y dieciséis años, de las inferiores del Club Estudiantes de La Plata, Murzi y Czesli (2016) observaron que seis de siete jugadores entrevistados pensaban terminar sus estudios y reconocían que la gran mayoría de jugadores juveniles no llegará a firmar un contrato profesional y tendrá que buscar carreras alternativas.

para los jóvenes futbolistas, para practicantes de deportes amateurs en Argentina ni siquiera existe la posibilidad de profesionalizarse<sup>60</sup>. El carácter efímero de su práctica permanece constantemente en la cabeza del deportista amateur –tema que analizo en más profundidad en el siguiente capítulo–, junto con la necesidad de estudiar o trabajar para sostenerse no solo luego de terminar la carrera deportiva, sino también durante, especialmente para muchos que no cuentan con el apoyo económico de su familia, por opción o necesidad. Aún para estos deportistas, UAI Urquiza ofrece la oportunidad singular de estudiar en una institución educativa que reconoce las dificultades y conflictos de horarios que pueden llegar a surgir debido a entrenamientos, partidos, viajes, reuniones en equipo, y además les brinda soluciones y hace excepciones que en otras universidades sería impensado.

Aunque esté fuera del alcance de esta investigación juzgar la “calidad” o efectividad de la educación ofrecida por la UAI a sus deportistas –si el término “deportistas educados” es un apelativo adecuado, o no–, examinando las políticas del club, queda evidente que persiste un deseo entre la dirigencia de brindarles acceso a una educación secundaria, terciaria y/o universitaria. Además, al ofrecer becas y otros medios de apoyo, UAI Urquiza, aunque sea en teoría, intenta llevar a cabo su meta de cumplir con un papel clave en el ascenso social. Los beneficiarios de esta política no son únicamente los atletas, sin embargo –la educación de sus jugadores también favorece al club–. Según Cristian Aldirico, DT de la primera división de fútbol masculino en dos ocasiones (2012-2013 y 2017-2018), los jugadores que estudian se desarrollan mejor futbolísticamente porque comprenden mejor las situaciones de juego por desarrollar el intelecto en el ámbito escolar (Morini, 2013). Aldirico afirmó que el ambiente del vestuario mejora cuando los jugadores se pueden concentrar en otras cosas que no sean el fútbol y que la oportunidad única de recibir una beca de estudio sirve de atractivo para atraer y mantener deportistas de todas las disciplinas. Además, la misma institución puede retener a los deportistas recibidos en sus varias carreras contratándolos como administradores de una de sus emprendimientos; médicos en el hospital de la UAI; profesores en la universidad; maestros en los colegios; o kinesiólogos, nutricionistas o preparadores físicos en el club, entre otras cosas.

### **2.3 Una breve historia del fútbol femenino en la UAI**

Entre las jugadoras de la UAI, existe una expresión: “Nunca te olvides de dónde viniste”. Esta frase se refiere menos a los orígenes individuales de las jugadoras y más a las

---

<sup>60</sup> Por lo menos así era para las futbolistas hasta la (semi-)profesionalización del torneo femenino en 2019, pero analizaré esta nueva etapa en el Capítulo 5.

raíces de la disciplina en el club. También es una referencia directa a uno de los valores centrales del equipo: la humildad. En el fútbol argentino en general, la humildad se considera como una característica positiva pero no esencial. Para muchos jugadores de las divisiones juveniles que aspiran a una carrera profesional, la humildad es la capacidad de trabajar fuerte todos los días y poder “dejar todo en la cancha” durante los entrenamientos y los partidos sin “creérsela demasiado” (Murzi & Czesli, 2016: p. 67), o volverse exageradamente arrogante en cuanto a sus habilidades futbolísticas. En cambio, para las Guerreras, el sentido es algo diferente en cuanto que se aplica no solo al individuo sino al equipo en conjunto, más específicamente a la actitud general, real o imaginada, del equipo y su reputación que viene cargada de una tradición de orígenes humildes.

Como ya vimos, UAI Urquiza es uno de los pocos clubes que han ganado el torneo femenino. Los otros tres equipos campeones –Boca Juniors, River Plate y San Lorenzo– se encuentran entre los clubes más importantes y populares no solo del país, sino de toda Latinoamérica, gracias a su tradición exitosa en el fútbol masculino. A pesar de su anonimato relativo en el mundo futbolístico, desde que ganó su primer título en 2012, UAI Urquiza se estableció entre “los cuatro” del campeonato femenino de la AFA. Esta hazaña, sin embargo, representa la culminación de un proceso cuyos inicios son de los más humildes. Un año antes de la fusión de la UAI con Ferrocarril Urquiza, Maximiliano Flores,<sup>61</sup> un DT de fútbol, propuso la incorporación de un equipo femenino al club ferroviario para competir en el torneo de la AFA. Después de pasar varios años trabajando con equipos varoniles, sobre todo en las divisiones del ascenso, Flores inició su trayectoria como entrenador de mujeres en 1997, pasando por clubes como Barracas Central, River Plate, Huracán y Excursionistas antes de llegar a Ferrocarril Urquiza en 2008. Flores recurrió a su experiencia con el campeonato femenino para formar un equipo compuesto de jugadoras reclutadas de otros clubes que conocía de antemano como su entrenador o rival. Las demás se sumaron a través de invitaciones de conocidas que ya formaban parte del equipo o por las pruebas abiertas que se anunciaban en la página oficial del club y en las cuentas del club en las redes sociales, como Facebook.

Si bien la dirigencia de Ferrocarril Urquiza aceptó la propuesta de Flores, 2008 fue un año muy difícil para el club, por lo tanto, el equipo femenino recibió poco y nada en términos de apoyo institucional. El club se encontraba en una grave situación económica. La ropa provista a las mujeres había sido usada por el plantel masculino en temporadas anteriores –según una ex-jugadora, la ropa les quedaba “enorme”–, y el club solo les prestaba la cancha

---

<sup>61</sup> El nombre ha sido cambiado para mantener el anonimato del sujeto.

para los partidos oficiales de local. En lo demás, el equipo se manejaba “por su cuenta”. En los primeros años, las jugadoras entrenaban entre cinco y seis días por semana en Parque Sarmiento, un parque público en el barrio porteño de Saavedra. Cuando no estaba disponible la cancha del parque, las jugadoras entrenaban en una plaza cercana o hasta en la avenida que sirve como acceso principal al parque. Rafaela, que a los 18 años se sumó al equipo en su torneo inaugural, recuerda haber entrenado durante la pretemporada al costado de la altamente transitada Autopista General Paz que bordea toda la Capital Federal. Allí las jugadoras hacían “cuestas”, o carreras en subida de una colina, para mejorar su fuerza, velocidad y resistencia. Este tipo de entrenamiento físico les resultaba normal a las jugadoras debido a la falta de disponibilidad de canchas y/o de materiales de entrenamiento, entonces se veían limitadas a correr o hacer ejercicios de fuerza con pocas oportunidades de hacer trabajos específicamente futbolísticos con la pelota.

Después de la fusión con la universidad, la situación cambió no solo para los hombres, sino también para las mujeres de Ferrocarril Urquiza. Al poder usar el predio de la universidad, Rancho Taxco, ya no hacía falta que el equipo masculino entrene únicamente en el estadio de Villa Lynch. En este tiempo, el club también aprovechó para remodelar el campo de juego que estaba en condiciones pésimas debido al uso constante del césped para los entrenamientos del equipo varonil<sup>62</sup>. Pero aún después de la remodelación, las mujeres solo podían utilizar la cancha principal para entrenar de vez en cuando. Luego, cuando el club compró nuevos materiales para los varones –pelotas, conos, pesas, equipo de entrenamiento de agilidad–, las mujeres se quedaron con los materiales viejos. En una entrevista en 2017, un año después de dejar el club, Rafaela me describió las cosas que el equipo había “heredado”:

*Bueno, habíamos agarrado el material que era de lo que era la primera de Ferrocarril Urquiza, y lo teníamos en el auto de una compañera que venía a entrenar todos los días y nunca faltaba –digamos pesas, y un par de materiales–. Algunas vallas que no eran las mejores porque eran hechas de varillas de fierro, varillas soldadas, entonces en cuanto errabas, te rompías la pierna. Y varillas, y había unas vallas que eran grandes, y esas eran varillas gruesas de fierro, con las cuales se lastimaron varias de las que eran mis compañeras. Por suerte, yo, no.*

Según lo que me contaba Rafaela, las condiciones para las jugadoras en los primeros años eran particularmente precarias: escasos materiales para entrenar; ningún espacio permanente para practicar; ropa de “segunda mano” de talle demasiado grande que tenía que ser lavada y

---

<sup>62</sup> Rafaela me contó también de la condición pésima de la cancha antes de la remodelación: “*la peor parte de todo lo que es [ahora] Villa Lynch, es mejor de lo que era la cancha. Remodelaron todo, habían sacado hasta una rueda de camión de adentro de lo que es la cancha porque levantaron todo lo que es la tierra, hicieron varias capas para plantar el césped. Me acuerdo que nos contaban [los cancheros] que habían sacado una rueda de camión, de camioneta, no sé qué*”.

manejada por las mismas jugadoras; casi nunca contaban con transporte provisto por el club; y nada de apoyo económico. Esta situación no resulta ajena a jugadoras actuales de varios equipos del torneo de la AFA que en sus clubes tampoco cuentan con apoyo más allá del escudo que usan en sus camisetas de juego. Hasta algunos equipos ni cuentan con un cuerpo técnico que dirige regularmente los entrenamientos.

Con la fusión, el cambio más notable a favor del equipo femenino era la oportunidad de recibir una beca para estudiar en una universidad privada. Al principio, entre los dirigentes de la UAI, sin embargo, existían varias dudas sobre esta disciplina que vino incluida en el paquete de Urquiza en la fusión. No estaban convencidos de que valía la pena mantener un deporte que solamente representaba un gasto para la institución –los costos de la ambulancia, la policía y los árbitros para los partidos; cualquier tipo de comida pre- o post-competencia; transporte; etc.– que a primera vista no generaba ningún tipo de ganancia. Las jugadoras no pagaban, y actualmente tampoco pagan, la cuota mensual de socio. A diferencia de los otros deportes amateurs del club, que sí cuentan con divisiones inferiores que aportan a los cofres de la institución a través de una cuota mínima –ningún deportista de primera en la UAI paga para jugar en el club–. Por un lado, la falta de una cuota social abre la posibilidad para que mujeres jóvenes de una gran variedad de situaciones socioeconómicas puedan jugar. Por otro lado, el club tiene que cubrir las expensas generadas por la disciplina utilizando recursos de otras fuentes, tanto del club o de las instituciones educativas pertenecientes a Vaneduc<sup>63</sup>.

Uno de los que más dudaba, conocido de manera cariñosa como el Gringo<sup>64</sup>, no tenía ningún cargo oficial en el club, pero trabajó como representante de varios jugadores de las inferiores masculinas en UAI Urquiza y otros clubes, y también sirvió de asesor de negocios de Ricardo Pinela desde antes de la fusión. En una charla, mientras tomábamos un café –él me invitó– y me pasaba los 2000 pesos (en ese momento 130 dólares) de la dirigencia para cubrir el costo de mi pasaje en un colectivo de larga distancia<sup>65</sup>, me contó sobre sus consejos a Ricardo

---

<sup>63</sup> En varios clubes del Torneo Femenino de la AFA, sobre todo en aquellos que cuentan con menos recursos económicos, las mismas jugadoras deben conseguir el capital para cubrir los gastos ocasionados por su práctica en el club utilizando sus propios bienes u organizando algún tipo de evento para la recaudación de fondos, como la venta de comida o de rifas.

<sup>64</sup> El Gringo falleció en 2019, el mismo día que la selección argentina jugó su último partido del Mundial Femenino en Francia frente a Escocia. Mis compañeras del seleccionado que estaban o habían pasado por la UAI sintieron una tristeza inmensa al enterarse de la noticia durante el desayuno en el hotel al otro día. Algunas hasta expresaron que se sentían responsables porque pensaban que la emoción del partido le podría haber agravado su tendencia hacia la hipertensión, generando un ataque cerebral o un infarto.

<sup>65</sup> A principios de 2017, mi marido y yo nos mudamos a la provincia de San Luis por motivos de trabajo, pero en marzo, abril y diciembre, el cuerpo técnico y el Gringo me llamaron para “prestar mis servicios” de arquera. En marzo y abril fue por una lesión de la arquera titular, y en diciembre porque la arquera suplente estaba citada a la selección sub-20 en preparación para la Copa América Sub-20 en enero 2018. El club me cubrió los costos del

cuando el vicepresidente le había preguntado “qué hacer con el fútbol femenino” apenas fusionaron los clubes. El Gringo, sin dar ninguna vuelta, le respondió: “que vayan a lavar los platos”<sup>66</sup>. Esta frase está muy cargada de sentidos conocidos para las futbolistas en Argentina. De mis compañeras entrevistadas, la mayoría se acuerda de escuchar esas palabras alguna vez de un familiar, amigo o compañero de colegio como una reacción negativa a su participación en el fútbol. La expresión se utiliza para denigrar a las personas, generalmente a las mujeres, a través de la insinuación que son incapaces de hacer algo más allá de las tareas domésticas. Se refiere a la división sexual del trabajo en occidente y la dicotomía clásica entre la valorizada esfera pública, asociada con lo masculino, la política y el trabajo, y el despreciado ámbito privado/doméstico, asociado con lo femenino, el cuidado de la casa y de la familia (Hartmann, 1976; Lamphere, 1993). En el caso del fútbol femenino, existe un estilo de contradicción entre el estigma de “marimacho” –la idea que las mujeres que juegan a la pelota son masculinas– y el supuesto que las mujeres pertenecen a la cocina y que se deben dedicar exclusivamente a las tareas domésticas. Para el Gringo, su perspectiva se basaba en una falta de conocimiento de la práctica, reconocida por él mismo, y en ese momento a él le parecía un desperdicio de los recursos del club.

Evidenciado por la existencia actual del equipo femenino en UAI Urquiza, Pinela no escuchó el consejo y hasta dejó al Gringo a cargo de “las chicas” cuando tuvo que tomar licencia por motivos personales. A pesar de sus protestas, Pinela logró convencerlo que vaya por lo menos a ver un entrenamiento del equipo. El Gringo se acuerda del primer día que fue a ver la práctica, estaba lloviendo, y le llamaba la atención que ninguna jugadora se quejaba y todas seguían entrenando. Al principio, estaba seguro de que su presencia había afectado la actitud de las jugadoras, pero después de varias semanas observando el equipo comenzó a admirar el sacrificio, compromiso y el esfuerzo de las jugadoras a pesar de que no cobraban un sueldo. Aquí vemos la noción del sacrificio representada como un sacrificio físico; las jugadoras que entrenan aún en un clima adverso, junto con el compromiso de esforzarse sin recompensa económica todas las semanas en los entrenamientos y los partidos. El sacrificio es una categoría que ha sido trabajada por varios autores: en un gimnasio de boxeo por Loïc

---

viaje. Hay que destacar que los tres partidos fueron contra los rivales más importantes del torneo: Boca, River y Boca de nuevo.

<sup>66</sup> Capaz el uso más conocido y controvertido de esta frase fue por el ministro Domingo Cavallo en 1994 que mandó a la socióloga y demógrafa Susana Torrado “a lavar los platos” después de que Torrado había criticado sus políticas económicas y sociales. El insulto se tomó de manera general en referencia a los investigadores científicos del país y generó una manifestación masiva afuera de la oficina de Cavallo en el Ministerio de Economía. Aunque este insulto se aplique más seguido a las mujeres, cuando se dirige hacia un hombre, la denigración es doble ya que a la vez feminiza despectivamente a su objeto y desprestigia sus capacidades.

Wacquant (2004) en el “Southside” de Chicago, en el levantamiento de pesas en un gimnasio porteño por Alejandro Rodríguez (2013) y en un equipo de natación *master* de La Plata por Julia Hang (2016). En sus respectivos trabajos, Wacquant (2004) y Rodríguez (2013) destacan la idea del “sacrificio total” de los actores, que incluye el esfuerzo físico durante el entrenamiento y la competencia, pero también la abstinencia de ciertas comidas y actividades, como el sexo antes de las peleas en el caso de los boxeadores, como un componente central de la identidad y del éxito en ambas prácticas. Si bien Hang (2016) también habla del esfuerzo físico, agrega otra dimensión: el sacrificio económico implicado por la práctica deportiva en cuanto a los gastos generados por las competencias y la cuota social del club, pero también la abstención de otros consumos y el trabajo para ahorrar y poder cubrir dichos gastos. En el fútbol femenino vemos ambas dimensiones, pero volveremos sobre estas más adelante.

Después de acercarse a la práctica de las jugadoras, tanto el Gringo como Pinela concluyeron que ellas se motivaban tan solo por su amor por el fútbol en sí, por una pasión por jugar, una motivación “pura” en términos morales ya que no había ningún tipo de incentivo económico. Como nota al margen, este concepto del deporte “puro” frente a su versión “corrupta” –la “corrupción” en el sentido ideal de ubicar el “amor al dinero” como “la raíz de todos los males”– se encontraba en el corazón del conflicto sobre la profesionalización del fútbol en Argentina a principios del siglo XX<sup>67</sup>. De la misma manera, dirigentes como Pinela y el Gringo utilizaban términos similares para resaltar el amateurismo del fútbol femenino como una protección contra la amenaza de la corrupción y la avaricia que caracterizan actualmente a la versión masculina en todos los niveles, las categorías juveniles, la primera, los dirigentes de los clubes y de la AFA, ejecutivos televisivos y hasta políticos.

A pesar de la falta de apoyo institucional y las circunstancias adversas enfrentadas por el equipo en sus primeros años, las jugadoras se esforzaban para ir a los entrenamientos. Eran menos de diez jugadoras las que iban siempre a entrenar, pero los números de asistencia variaban según el día y los compromisos de trabajo y estudio de cada una. Había varias jugadoras que vivían en Ramallo, un pueblo en la provincia de Buenos Aires a dos horas de Capital Federal. Ellas entrenaban juntas durante la semana en Ramallo y los fines de semana

---

<sup>67</sup> En la última década, el rugby masculino en Argentina viene pasando por una etapa de conflicto sobre la posible profesionalización del deporte. La propuesta de profesionalizar al rugby surge en gran parte de exigencias de las autoridades internacionales de la disciplina junto con su espectacularización a través de la transmisión de los partidos de la selección de rugby y la liga local (Fuentes, 2012 & 2018). Mientras que los mismos jugadores, sobre todo los seleccionados, demandaban remuneración económica, los clubes insistían en la imposibilidad de “la convivencia del espíritu amateur con el profesionalismo” (Raiño, 14 octubre 2010). El debate se cerró de manera incierta con la profesionalización de los seleccionados que seguirían jugando por sus clubes locales pero contratados y pagados por la Unión Argentina de Rugby (*La Nación*, 2009, 14 febrero). Volveré sobre este debate en el próximo capítulo.

viajaban a Capital para jugar los partidos con el club. Las otras jugadoras que vivían en Gran Buenos Aires viajaban desde media hora y algunas hasta dos horas para entrenar, y las que tenían que viajar más lejos a veces se quedaban a dormir en la casa de sus compañeras que vivían más cerca de la cancha.

Con el paso del tiempo, la cantidad de jugadoras que podían ir a entrenar comenzó a crecer y la asistencia a los entrenamientos se convirtió en prioridad grupal. Ya no eran solamente seis o siete jugadoras entrenando, sino casi 20. Tatiana, que se sumó a UAI Urquiza en 2009 con 18 años, y Rafaela se acuerdan del nivel de compromiso de sus compañeras que hacían “sacrificios importantes” –trabajar menos horas, viajar largas distancias, dejar el estudio, faltar a eventos sociales con familia y/o amigos– para poder dedicar su tiempo a las prácticas y los partidos. Sin embargo, esos “sacrificios” no dieron resultados de manera inmediata. En 2008, el primer año de competencia para el equipo (todavía Ferrocarril Urquiza), el plantel terminó anteúltimo, y en 2009 no le fue mucho mejor. En esas primeras temporadas, el club se encontraba del otro lado de las goleadas contra los mejores equipos. Rafaela y Tatiana se acuerdan de la lucha que implicaba ganar un partido aún con los equipos más débiles y lo que sentían al perder 0-9 y 0-7 contra clubes como Boca y River mientras que actualmente UAI Urquiza gana por esas mismas diferencias de goles contra los clubes de la segunda mitad de la tabla. A partir de 2010, sin embargo, el equipo comenzó su ascenso por la tabla, y ya en 2011 competía por el tercer puesto.

Hay relatos divergentes sobre los motivos detrás del aumento del interés en la disciplina por parte de la institución. El club comenzó a ofrecer la vivienda para jugadoras del interior del país junto con oportunidades de trabajo dentro de Vaneduc, sobre todo puestos de limpieza con sueldos mínimos. Además, el equipo empezó a recibir indumentaria “femenina” en los talles correctos y entrenaba cada vez más en la cancha de Villa Lynch con el uso ocasional de Rancho Taxco. El otro cambio se notó en la calidad de la alimentación post-competencia que el club les proporcionaba a las jugadoras. En un principio, después de los partidos, el club les daba galletas dulces para comer y gaseosas azucaradas para tomar. Luego, esa colación se convirtió en una comida más completa con varias opciones: un sándwich de jamón y queso, yogur, fruta y/o una barra de cereales. Las jugadoras entrevistadas estaban todas de acuerdo, en entrevistas separadas, que el cambio más evidente en la actitud de la institución hacia la disciplina ocurrió entre 2011 y 2012. Para algunas, como Rafaela, este giro se dio gracias a los logros del equipo y la posibilidad de generar mayor reconocimiento para el club a través de un desafío directo al dominio histórico del campeonato de River y Boca:

*El esfuerzo que se hacía en el club, en el femenino de la UAI era inmenso. Nada que ver a lo último. En ese sentido lo puedo comparar y obviamente jugabas con más libertad que en el último tiempo cuando ya teníamos el micro que sabías que llegaba a tal hora, las comidas a tal hora, que en la semana ya tenías planificado todo el entrenamiento, el lugar. Muchos cambios. Que tenías la ropa preparada. Y cambios innumerables en cuanto a lo futbolístico, y sí, la calidad de jugadoras. Acá te hacen un cambio de frente<sup>68</sup> como si nada y antes quizá había una o dos que la podían tirar. Hay mucho, en ese sentido, hay muchas diferencias, ahora están muchísimo mejor. Está buenísimo que las jugadoras solo tengan que preocuparse por jugar. [...] Ha mejorado muchísimo, pero también el esfuerzo que se hizo al principio, que se fue haciendo con el tiempo, en todos estos años que [los dirigentes] lo valoren, y también obviamente los resultados. Como todo porque hubieses estado, el día de hoy, anteúltimo y seguía anteúltimo, no se iba a poder conseguir nada.*

Luego de la fusión del club, UAI Urquiza organizó un departamento de fútbol femenino y abrió puestos de trabajo para jugadoras en Clean Baires, hoy CBA, una empresa de limpieza que pertenece a la red Vaneduc. Después del despido de Flores, llegó un nuevo cuerpo técnico que a su vez incorporó nuevas jugadoras de otras provincias como Entre Ríos y Santa Fe que contaban con la posibilidad de vivir en un departamento en Buenos Aires con otras compañeras del equipo. También se sumó la opción del almuerzo para las jugadoras en el comedor de la universidad. La inversión del club se convirtió rápidamente en resultados cuando la UAI salió campeón por primera vez en 2012, aunque luego perderá frente a Boca en una final para la clasificación a la Copa Libertadores. En cuanto “Las Guerreras” comenzaron a establecerse como una figura permanente entre los mejores equipos del torneo femenino, el club no solo aumentó su apoyo para la disciplina –en forma de viáticos mensuales, otro departamento para hasta 5 jugadoras, más acceso a las canchas de Rancho Taxco y mejores oportunidades de trabajo dentro de la UAI y su red educativa–, sino también empezaron a llegar figuras de otros equipos. Jugadoras con experiencia en la Selección dejaban atrás a los clubes más grandes como Boca, River y San Lorenzo para elegir a UAI Urquiza. De esta manera, los dirigentes y el cuerpo técnico lograron captar talentos del interior eludiendo la persuasión de otros clubes importantes gracias a lo que ofrecía la institución tanto dentro como fuera de la cancha. En el mundo del fútbol femenino, Club UAI Urquiza –a grandes rasgos desconocido fuera del ámbito del ascenso en el área metropolitana de Buenos Aires– a nivel nacional se ha convertido en un tipo de meca, un objetivo soñado por jugadoras del interior que aspiran a jugar en el torneo de AFA, a la par de Boca y River<sup>69</sup>.

---

<sup>68</sup> Un “cambio de frente” es un tipo de pase largo (más de 20 o 30 metros) que va de un costado de la cancha al otro, de derecha a izquierda, por ejemplo, y que requiere una fuerza y técnica de alto nivel. En Argentina, la capacidad de tirar un cambio de frente sirve como distinción entre las mejores jugadoras y las demás, pero en otros países donde la disciplina está más desarrollada, es un aspecto más del juego que se trabaja desde una edad temprana.

<sup>69</sup> Queda ver si luego de la (semi-)profesionalización, el ingreso de otros clubes de la primera división masculina al torneo femenino, como Racing y Vélez y el auge de inversión de estas instituciones grandes la UAI podrá seguir entre los equipos más fuertes del campeonato.

## 2.4 “Equipo chico, la puta que lo parió”: Ganando terreno en la AFA

Suena el silbato de la árbitra principal indicando el fin del encuentro, nos levantamos las jugadoras que estábamos de suplentes en el banco y corremos hacia nuestras compañeras en el campo de juego con gritos de alegría, “¡Vamos UAI!”, “¡Eso es!”, “¡Bien, chicas!” El triunfo de local con River, 3-1, a principios de diciembre 2017, representaba tres puntos clave para mantenernos cerca del equipo puntero del momento, Boca. Nos abrazamos y nos felicitamos entre nosotras antes de saludar a las pocas jugadoras del equipo rival que quedan esperando para saludar post-partido mientras la mayoría ya camina hacia al vestuario. Después del último saludo, nos juntamos en el medio de la cancha con las otras jugadoras del club que vieron el partido desde la tribuna, primero para saludar a la hinchada, compuesta mayormente por amigos y familiares, y luego comenzamos a saltar y cantar. Entre las canciones se escucha: “*¡Equipo chico, la puta que lo parió! ¡Equipo chico, la puta que lo parió!*”

El siguiente fin de semana, cuando la árbitra indica el fin del partido de la UAI con Boca<sup>70</sup>, cuyo resultado de 2-1 lleva a Las Guerreras al primer puesto junto al equipo boquense, una escena parecida al festejo del partido de River se vuelve a dar. Sin embargo, esta vez, hay un malentendido. Frustradas e indignadas por el resultado, las jugadoras de Boca, junto con algunos de su delegación, interpretan la canción como un insulto, y esa misma tarde varias páginas relacionadas al club junto con algunos fanáticos publicaron denuncias sobre los cánticos en las redes sociales. Paloma Aschieri<sup>71</sup> de la página Gladiadoras Xeneizes en su cuenta de Twitter denunció: “Equipo chico le cantaron a @BocaFutFemenino. A las más campeonas del fútbol femenino argentino. Por favor. Las pelotudeces que hay que escuchar”. Según el uso “típico” de ese tema por las hinchadas del fútbol masculino, la interpretación de Aschieri no es tan equivocada, pero una periodista de Boca, Brenda Steinberg, respondió al mismo “tweet” aclarando que “no se lo cantaron a las chicas de Boca, se lo cantaron a ellas mismas en tono de broma”. Aunque Steinberg se acerca más al sentido irónico de la canción, en realidad, el significado va más allá de una broma.

---

<sup>70</sup> Ver imágenes de partidos contra Boca Juniors en Anexo Fotográfico.

<sup>71</sup> En la biografía de su cuenta de Twitter, Aschieri se autodescribe como “Bostera, como Román. Editora de gladiadorasxeneizes.com! Fundamentalista de @Bocafutfemenino”. La página de Gladiadoras Xeneizes hace referencia al apodo que tienen las jugadoras del fútbol en Boca junto con el adjetivo Xeneize (genoese) que hace referencia a la tradición italiana del barrio de la Boca. Según la descripción sobre “Nosotros”, el sitio es “un portal que brinda toda la información del Fútbol Femenino del Club Atlético Boca Juniors” que incluye datos de los partidos, entrevistas, vídeos, fotos y noticias sobre “las chicas Xeneizes”.

Los cantos de cancha, generalmente cantados por las hinchadas del fútbol masculino, son más que solo una canción musical. Según Javier Bundio (2013), los cantos de cancha se componen de una letra de autoría anónima superpuesta con una “base melódica de origen diverso (jingles políticos, canciones de la industria cultural, melodías tradicionales, marchas políticas)”, y “se emiten colectivamente en el contexto de un partido de fútbol” con una función doble: alentar al equipo y expresar una ideología (p. 64). Este tema, “Equipo chico”, cantado en un contexto de un partido masculino se dirige como insulto desde la hinchada de un club hacia la hinchada rival, en el sentido que “nosotros” somos un equipo grande mientras que los “otros” son un equipo “chico” –con relación a la cantidad de campeonatos ganados, número de hinchas, con reconocimiento internacional, y hasta se podría inferir una referencia en cuanto al tamaño del miembro genital masculino–. Sin embargo, cuando mis compañeras de UAI Urquiza lo cantaron, lo hicieron con otros sentidos.

Como bien indica Steinberg, la canción es irónica porque las jugadoras se autodenominan “equipo chico” pero en este caso no con el sentido despectivo sino más bien con orgullo y satisfacción. No obstante, las jugadoras no cantaron únicamente para ellas mismas, sino que también dirigían el tema hacia el equipo contrario: “nosotras” somos un equipo chico, no somos un club con una larga tradición futbolística, con una hinchada masiva, con fondos millonarios y un estadio gigantesco, pero de igual manera te ganamos a “vos” como “equipo grande”. La segunda mitad de la letra, “la puta que te parió”, también tiene dos destinatarios: el otro club y ellas mismas; una difamación vulgar y común en la sociedad argentina, que también se puede interpretar como insulto dirigido hacia el rival, pero que en este contexto sirve además como un mecanismo que enfatiza la primera parte. Las jugadoras expresan un sentido de pertenencia al club, el orgullo que ellas sienten de estar en una posición subalterna, en el sentido de la tradición futbolística argentina, y aun así desafiar a los equipos más clásicos y poderosos del país. En estas siete palabras se articula una parte importante de la ideología del club, que abarca más que el fútbol femenino: el desafío a la jerarquía hegemónica y a las potencias históricas del deporte argentino.

Entre las jugadoras, y los demás deportistas, socios y dirigentes del club, hay una conciencia permanente del lugar subalterno de la UAI Urquiza en el mundo deportivo argentino. Aunque el club haya logrado varios campeonatos en el fútbol femenino, vóley masculino y fútbol masculino, entre otras disciplinas, en su corta vida sigue siendo un club chico y mayormente desconocido. En una entrevista, Romina Sacher, jefa de prensa del club, cuenta las dificultades para difundir información sobre el club en los medios, particularmente sobre el fútbol femenino, “una disciplina que no le importaba a nadie”, en los medios más importantes:

*Está bien, UAI Urquiza era campeón del torneo de AFA. “¿Hay un torneo femenino en AFA?” Esa era la respuesta. “¿Qué es UAI Urquiza?” Está bien, te conocen en Olé o Crónica porque cubren el ascenso, pero ¿en Clarín, La Nación? [...] Ya pasaron 8-9 años de la fusión y hay gente que todavía habla de gerenciamiento, como que el club está gerenciado por la UAI [...] y yo se lo explico, y se olvida.*

Las limitaciones del club van más allá de lo simbólico y se relacionan sobre todo con la insuficiencia en términos de infraestructura, autonomía económica, socios, espacios propios y sobre todo de pertenencia a un lugar. En cuanto a la infraestructura, UAI Urquiza tiene una deuda impagable a Vaneduc porque su único espacio propio es la cancha de Villa Lynch. Los demás espacios, incluyendo el predio Rancho Taxco donde entrenan casi todas las categorías de fútbol –las inferiores junto con la primera masculina y femenina–, hockey femenino y rugby masculino, son prestados por las varias empresas manejadas por Vaneduc. También la problemática central de la infraestructura se relaciona con la falta de una identidad del club debido a un tema espacial, las instalaciones utilizadas se encuentran separadas por distancias extensas. Tan solo hay que considerar que para moverse entre la universidad y cualquiera de los espacios principales del club hay más o menos una hora de viaje, y más de una hora para moverse entre los espacios deportivos distribuidos por el conurbano bonaerense. El gimnasio de vóley se encuentra en Ituzaingó en zona oeste, Rancho Taxco en Tristán Suárez en zona sur y Villa Lynch en el partido de San Martín de zona norte.

La distribución alejada de los espacios del club y la falta de una sede social además impide la construcción de una identidad barrial con un sentido de pertenencia. Considerando la historia de los clubes deportivos en Argentina, en un principio el lazo generado entre el club y el barrio era central para su crecimiento y sostenimiento. Actualmente, esa conexión con el barrio –sobre todo para los clubes de ascenso– sigue siendo esencial para mantener el número de socios y así sostener las actividades. Para Sacher, una identidad es lo principal para que un club persista, y para lograr construir una identidad se necesita una sede social “*donde tenés a cinco viejos jugando a las bochas, o dos nenes pateando una pelota. Es la base de todo.*” Ella define a un club como “*un espacio donde te cruzás con otros deportes, donde hay una sede social, donde te podés tomar un café [...] No es una cancha, una cancha es otra cosa.*” Pero su visión no es la única que existe, sino que la dirigencia parece tener otra en la cual el fútbol se vuelve prioridad.

La función de un club no tiene una definición permanente, ni tampoco estable, sino que las visiones sobre el funcionamiento de una institución deportiva son subjetivas a las políticas de cada club según el contexto, y se pueden transformar, evolucionar, desviar. En un momento determinado, cada club privilegia ciertas actividades deportivas –en muchos casos, el mayor

privilegio se otorga al fútbol masculino— y, a partir de ahí, ordena la distribución de recursos entre las varias disciplinas de la institución (Daskal y Moreira, 2017: pp. 24-25). En el caso de la UAI, después de la fusión se observa un cambio de paradigma, pasa de ser un club universitario más bien amateur a un club asociado a la AFA que privilegia el fútbol profesional por encima de las demás actividades. Lo interesante, sin embargo, es que este privilegio también se extenderá luego al fútbol femenino, que se ve reflejado en la cobertura que le dedica el departamento de prensa del club en la página web y las cuentas oficiales del club en las redes sociales.

El auge en el apoyo brindado por la institución al fútbol femenino también se acompañó por un cambio en la lógica de la cobertura mediática dentro del club. En un principio, apenas después de la fusión, el departamento de prensa se componía por dos empleados, Romina Sacher y el jefe de ese momento; menos el fútbol masculino de la primera división, un solo pasante cubría los demás deportes. Generalmente, éste era un estudiante de periodismo de la universidad y cobraba por nota o recibía una beca de estudio. Pero, después de que Las Guerreras salieron campeonas por primera vez en 2012, los siguientes años el departamento de prensa comenzó a mandar un equipo de periodistas para filmar los partidos más importantes y luego publicar los resúmenes en internet, sobre todo en YouTube y Facebook. Sacher explica,

*Lo que pasó con el femenino es que nosotros empezamos a ver que el volumen de trabajo y el volumen de visitas y likes<sup>72</sup> eran mucho más alto de lo que esperábamos. Y dijimos, bueno, tenemos que hacer algo distinto, y empezamos a apuntarle a un trabajo similar al que hacíamos con los varones. Funcionaba porque cuando nosotros hacíamos un resumen, la cantidad de visitas a veces, en los videos, superaba a los varones. Ellos estaban en la C, pero el equipo de las chicas estaba en pleno auge.*

De la misma manera, el departamento de prensa de la UAI se da cuenta de que mientras que el fútbol masculino es un espacio saturado en los medios, al cual ya se dedican exclusivamente diarios, transmisiones televisivas, programas de radio, blogs, páginas de internet innumerables, el fútbol femenino, en cambio, todavía era un terreno sin conquistar. Para Romina Sacher y Nicolás Valado, otro colega del departamento de prensa, el fútbol femenino presentaba una oportunidad para explotar un área del fútbol casi inexistente en los medios de comunicación. A fines de 2015, Sacher y Valado decidieron crear *El Femenino*, en un principio un programa de radio dedicado al fútbol jugado por mujeres en Argentina, pero también se ha extendido a una variedad de plataformas digitales incluyendo Facebook e Instagram y la página de internet que actualmente registra más de 14 mil visitas mensuales.

---

<sup>72</sup> Los términos “visita” y “like” (“Me gusta”) se refieren a la recepción del contenido publicado en internet por diferentes usuarios y seguidores de las cuentas del club.

Con una lógica parecida a la del departamento de prensa, en el fútbol femenino la dirigencia del club también reconoció la posibilidad de aumentar la visibilidad del club y de explotar un área de la AFA previamente relegada a un segundo o tercer plano. Considerando que uno de los obstáculos principales al crecimiento del fútbol femenino es la escasa cobertura que recibe en los medios, podría resultar incoherente pensar que el equipo de mujeres de la UAI podría otorgar una mayor visibilidad al club. Sin embargo, es justamente la larga tradición y hegemonía del fútbol masculino, sobre todo de los equipos más grandes de la primera división, que crea una barrera insuperable para los clubes del ascenso. UAI Urquiza se encuentra detrás de esta barrera debido a su corta historia y seguimiento limitado. Cuando la primera masculina juega de local es raro que haya más de mil personas en la tribuna, y la “hinchada”<sup>73</sup> solo se compone de 70 hinchas que componen la “barra” del club reciben entradas gratis de la institución.

Aunque varios medios se dediquen a la cobertura de las divisiones de ascenso, éstos generalmente son de una circulación limitada. Pero cuando las mujeres juegan contra los equipos de Boca, River o San Lorenzo, clubes con un seguimiento a nivel continental y hasta mundial, existe la posibilidad que se publique una nota sobre el partido en un diario importante o en alguna página, oficial o aficionada, del otro club que puede contar con millones de seguidores. Además, las veces que Las Guerreras salieron campeonas del torneo o participaron de la Copa Libertadores, los diarios con mayor circulación en el país, incluyendo *La Nación*, *Clarín* y *Página 12*, publicaron notas sobre la actuación del equipo en el torneo. Esta atención le sirve no solo al club sino también a la universidad cuya inversión en la disciplina rinde ganancias en la forma de un espacio de publicidad “gratis” para la institución. El departamento de prensa estima que en 2017, gracias a las notas e informes sobre los varios deportes en el club, la universidad ahorró más de 2 millones de pesos en publicidad.

Por otro lado, la dirigencia de UAI Urquiza, particularmente su vicepresidente Ricardo Pinela, el principal responsable del fútbol femenino en el club, reconoció un terreno no explotado dentro de la AFA. El 4 de noviembre de 2016 se organizó el congreso “#WomenIntoSports: 1º Congreso Latinoamericano Liderazgo de la Mujer en el Deporte y Desarrollo Fútbol Femenino”<sup>74</sup> en la UAI, que también auspició el evento. Pinela participó

---

<sup>73</sup> La “hinchada”, también conocida como la “barra”, es un sector particular de simpatizantes cuyas acciones violentas cobran notoriedad en el fútbol local. Para más sobre las hinchadas, véase: Garriga Zucal (2007) y Moreira (2005).

<sup>74</sup> El congreso se llevó a cabo en el auditorio principal de la escuela Esteban Echeverría ubicada al lado de la sede principal de la UAI y frente a las oficinas administrativas de la universidad. El congreso fue encabezado por Carolina García, una autodenominada “ejecutiva de marketing en el fútbol femenino”. Junto con los paneles sobre las dificultades, los desafíos y el desarrollo del fútbol y de los deportes en general practicados por mujeres, también

como el único hombre del “Panel Internacional: Desarrollo de Fútbol Femenino en Latinoamérica” junto a autoridades de la Conmebol y de la federación chilena, uruguaya y ecuatoriana de fútbol, todas mujeres. El vicepresidente del club destacó la falta de proyección a futuro en el fútbol femenino:

*Los temas importantes que pasan en el fútbol [femenino] argentino en este momento son: el horario y el lugar donde se buscan las pelotas para el partido; si va a estar la ambulancia o no va a estar la ambulancia; el horario en que se hace la reunión de la disciplina del fútbol femenino, si es a las 19 o a las 18:30 horas; esos son los temas fundamentales que están tratando en el fútbol argentino. Y nadie está mirando a futuro. [...] Fundamentalmente, hay que ponerse a pensar cómo unificar el fútbol femenino de acá a diez años, que lo importante sea el futuro y los objetivos que se quieran alcanzar, y no que lo importante sea si se juega o no el fin de semana. [...] Más allá del dinero, más allá de lo que pueda aportar FIFA o AFA, hay que organizar bien.*

Cuando se organizó el congreso, Pinela estaba comenzando a posicionarse como candidato para reemplazar al presidente de la comisión de fútbol femenino, Salvador Stumbo, que había ocupado ese puesto durante casi toda la historia de la disciplina en la AFA. Dentro del club ya corrían rumores que Pinela tenía el puesto asegurado y que solo había que esperar a que se nombrara el próximo presidente de la AFA. El aspecto persuasivo del discurso está presente, en mayor o menor grado, en cualquier enunciado, y según Oswald Ducrot (1984), “el enunciador alimenta a la intención abierta de llevar a su destinatario a sacar cierto tipo de conclusiones” (p. 142). En el discurso de Pinela, el propósito central es la argumentación –convencer a los destinatarios de lo que hay que hacer para que crezca el fútbol femenino, y al mismo tiempo el locutor se quiere presentar como el mejor candidato para llevar este proceso a cabo, aunque no de manera explícita. Aquí, Pinela se distancia de los demás (“*nadie está mirando a futuro*”) y se establece como una voz de autoridad que sabe lo que es necesario para que avance la práctica del fútbol por mujeres. Construye esta autoridad a través de términos como “hay que” y “lo importante es” que eliminan la primera persona, tomando un tono que parece más bien “objetivo”. Sin embargo, más adelante en su discurso, aparece el “yo” cuando Pinela describe el progreso y los logros del equipo femenino en UAI Urquiza como “prueba” de su conocimiento del ámbito:

*Cuando nos fusionamos, empezamos a ver cómo era esto del fútbol femenino y cómo funcionaba. Y la verdad es que era un equipo que no funcionaba bien. El plantel entrenaba en un parque y jugaba los fines de semana. Entramos a ver cómo era el fútbol femenino por dentro y nos dimos cuenta que estábamos muchos escalones por debajo de los otros equipos. Y empezamos a trabajar y planificar para ver qué hacíamos con esto. Y comenzamos a trabajar fundamentalmente apoyando al cuerpo técnico y dando todo el material y los recursos para que las jugadoras puedan desarrollar su trabajo. [...] Se trata de esto, de*

---

varios paneles se enfocaron sobre todo en la “marketabilidad” o el potencial de comercialización del “deporte femenino”. En estos últimos, se destacaban las estrategias empleadas por algunos medios, varias empresas y ex-deportistas que actualmente tienen sus propias marcas para apoyar y “vender” el deporte practicado por mujeres.

*proyectar adónde queremos llegar y trabajar para que cada acción que se tome tenga que ver con el objetivo planteado. Y hemos alcanzado una meta que es estar entre los primeros equipos en la competencia, pero me parece que no tiene que quedar acá. Hay que ayudar a que el fútbol femenino en Argentina crezca.*

A lo largo de este segmento, Pinela emplea la primera persona pero sobre todo en plural. Pero, ¿a quién incluye este “nosotros”? Describe el proceso de la fusión, sus observaciones del estado del fútbol femenino en el club, cómo era el plantel, qué se hizo para mejorar la disciplina, todo desde la perspectiva de la dirigencia. En una sola frase incluye a las jugadoras, “*estábamos muy por debajo de los otros equipos*”, pero en los demás usos, el “nosotros” se refiere a Pinela y las autoridades del club. Más allá de la intención argumentativa de esta elección de “nosotros”, se puede también observar una creencia central de Pinela: las instituciones son las responsables para el éxito o el fracaso en el fútbol femenino. Los clubes tienen que brindar todos los recursos necesarios “*para que las jugadoras puedan desarrollar su trabajo*”, y así las metas se cumplen.

Sin embargo, en este fragmento aparecen tres grupos de actores principales: las instituciones, el cuerpo técnico y las jugadoras. Aquí vemos manifestada una discusión fundamental sobre quién lleva la carga del avance del fútbol femenino –y así con otros deportes y otros temas sociales: las jugadoras o los clubes (mejor dicho, la dirigencia de los clubes). Según el discurso de Pinela, el peso cae sobre todo en las instituciones y su dirigencia, pero sin la respuesta y sin la actuación de las jugadoras hubiera sido difícil, sino imposible, lograr las metas establecidas. A diferencia de la visión de Pinela que limita la agencia de las mujeres que practican el deporte, quiero proponer que ellas juegan un papel de igual, o de mayor importancia que las instituciones. Es cierto que las instituciones albergan la práctica, pero también es necesario que haya jugadoras motivadas para llenar los equipos, participando y promoviendo al fútbol. Este reconocimiento de la agencia de las jugadoras, sin embargo, no niega que al mismo tiempo ellas están condicionadas por su contexto económico, social, político, etc., o que ellas, como mujeres, se encuentran en una posición subordinada dentro del contexto futbolístico argentino, sino que brinda la posibilidad de pensar la relación dinámica y posiblemente transformadora que existe entre sus prácticas y las estructuras que conforman su contexto (Ortner, 2006).

En abril 2017, con la elección de Claudio Tapia como presidente de la AFA, Ricardo Pinela concretó su objetivo de asumir como presidente de la comisión de fútbol femenino, así también concretando un lugar de poder para el club que antes no había tenido representación ejecutiva en una comisión de la asociación. El nombramiento de Pinela se debe en parte a su desempeño como dirigente de fútbol femenino y los logros del club en la disciplina y en parte

a su relación previa con Tapia. Como presidente del Club Barracas Central que también milita en la Primera B Metropolitana junto a UAI Urquiza, las dirigencias de ambos clubes ya tenían una relación previa. Este lazo se aprovechó para lograr que Tapia asistiera a la primera reunión de la comisión de fútbol femenino bajo el nuevo liderazgo –también marcó la primera vez en muchos años que el presidente de la asociación estuviera presente en la mesa del fútbol femenino–. Pinela describe cómo se dio la presencia de Tapia, en una entrevista con El Femenino Radio:

[El diálogo con Tapia] fue muy sencillo, simplemente [le dije que] sería bueno que estuviese en la reunión y automáticamente dijo “Sí, voy a estar”. [...] No tuvo ningún inconveniente en estar con nosotros, la verdad que fue un placer tenerlo ahí. Por lo menos yo de que formo parte del fútbol femenino de la asociación, nunca habíamos tenido la oportunidad de tener un dirigente de tan alto rango, y éste es del mayor rango que existe en la casa. [...] La verdad que fue un placer que haya estado. La palabra que nos dio de aliento, y el compromiso no solamente por lo que dijo sino por su presencia significa como para que el fútbol argentino tenga la posibilidad de proyectarse. (Sacher, 2017)

Con este discurso, Pinela nos comunica un par de puntos clave: primero, que el fútbol femenino ahora cuenta con más apoyo desde los niveles más altos del organismo y, segundo, que la disciplina entra en los proyectos más amplios de la nueva gestión para el fútbol argentino en general. No es tanto una cuestión de tomar este comunicado como información verídica o fraudulenta sino de indagar sobre auto-representación de Pinela, o sea el proceso de “la construcción de una imagen de sí” (Amossy, 2010). El mecanismo discursivo que más se destaca en esta cita es el uso de la polifonía, o la manifestación de otras voces en el discurso. Al incluir la voz de Tapia en varias instancias –“automáticamente dijo ‘sí, voy a estar’” y “no tuvo ningún inconveniente en estar con nosotros”–, Pinela se presenta como alguien que se comunica de manera personal con la autoridad máxima de la AFA y así abre la posibilidad que sus auditores puedan inferir que es “colega” o hasta “amigo” de Tapia. Puede o no ser la verdad, pero lo que logra Pinela es establecer que él, junto con la nueva comisión, tiene el sostén del presidente de la asociación. Sin embargo, hay que destacar también que la presencia de Tapia en la reunión y este pequeño discurso forman parte de una imagen más amplia de una “nueva” AFA de la igualdad de género.

El primer año de la administración de Pinela no pasó sin dificultades. El vicepresidente de la UAI asumió en un momento clave para el fútbol femenino, no solo en Argentina, sino también en el continente. Gracias a una nueva ley de la Conmebol, a partir de 2019 los clubes de los países miembros de la confederación que deseen competir en torneos internacionales deben tener la disciplina de fútbol femenino, mínimamente con dos categorías: reserva y primera. Esta nueva obligación ha motivado la incorporación de varios clubes de la primera

división masculina, incluyendo Racing de Avellaneda, Lanús y Defensa y Justicia. La comisión calcula que antes de 2019 se sumarán los demás clubes de Gran Buenos Aires que participan en la primera división masculina, entre los cuales Vélez Sársfield, Banfield, Gimnasia y Esgrima La Plata, Argentinos Juniors y Tigre se están preparando para incorporarse en el próximo torneo. La comisión entonces se encargará de asegurar que las nuevas incorporaciones cumplen con las condiciones del estatuto y del reglamento. También hará falta una reacomodación del torneo para distribuir los clubes de forma igualitaria entre la Primera A y B. Hasta fines de 2017, menos la baja no deseada de Sociedad Hebraica de la A, el torneo local se llevó a cabo sin ningún inconveniente, pero lo mismo no se puede decir en cuanto a la reformación de las selecciones femeninas.

A mediados de 2017 se nombró el nuevo cuerpo técnico de las selecciones argentinas femeninas, el mismo cuerpo técnico para las tres selecciones, sub-17, sub-20 y mayor, compuesto por Carlos Borrello como director técnico, Analía Hirnbruchner como ayudante de campo y Osvaldo Conte como preparador físico. Sin embargo, previo al nombramiento de los entrenadores, Pinela se encontraba contra una pared importante: la falta de presupuesto para la disciplina en la AFA. Desde julio 2015, después de los Juegos Panamericanos, la última competencia en que participó la selección mayor, la categoría mayor estuvo parada y a partir de enero 2016, cuando las selecciones juveniles se quedaron afuera de la Copa América de cada división (sub-17 y sub-20), la actividad se paró por completo. Desde ese momento, la asociación dejó de destinar una parte del presupuesto a la disciplina y por lo tanto, cuando era momento para comenzar las preparaciones para el Sudamericano Sub-20 (enero 2018) y Sub-17 (marzo 2018) y la Copa América de la selección mayor (abril 2018), la asociación se encontraba casi sin fondos para los costos implicados por los sueldos del cuerpo técnico, el uso del predio, la provisión de ropa de entrenamiento y competencia, el colectivo para trasladar a las jugadoras de la sede de la AFA en Capital Federal hasta el predio en Ezeiza, etc. Esta falta de fondos también impidió el pago de los viáticos correspondientes a las jugadoras por entrenamiento y luego de varias de semanas de entrenar sin cobrar y de entrenar en condiciones menos que ideales, la selección mayor decidió realizar un paro en forma de protesta en septiembre 2017.

Aunque desde la AFA, no hubo una respuesta oficial, la carta abierta<sup>75</sup> escrita por las jugadoras de la selección mayor al “Presidente de la comisión de fútbol femenino”, Ricardo Pinela, se viralizó y la noticia del paro apareció en los diarios más leídos del país y algunos medios extranjeros. Las jugadoras sobre todo demandaban igualdad de condiciones, en cuanto

---

<sup>75</sup> Ver carta completa en Anexo A.

a las condiciones en que entrenan y juegan las selecciones masculinas. En particular, las demandas centrales eran: el pago del viático que les correspondía, un aumento del monto del viático que seguía igual que el que cobraban hace dos años, el uso de las canchas de césped y no de sintético y un vestuario adecuado para la cantidad de jugadoras.

Antes de publicar la carta, algunas jugadoras se habían reunido con Pinela para intentar llegar a un acuerdo, pero consideraron que la oferta del presidente no era suficiente. Hasta principios de 2018, el conflicto no se había resuelto, pero el episodio representó el primer paro de jugadoras en la historia de la selección de fútbol femenino en Argentina. En las décadas anteriores, las jugadoras soportaban las malas condiciones sobre todo por el miedo a que la asociación directamente diera de baja la actividad o que echara a las jugadoras rebeldes para luego traer otras más conformes. A pesar de la tensa relación entre Pinela y las seleccionadas, la decisión de parar indicó un cambio en la mentalidad de las jugadoras y una esperanza de que sus reclamos podrían ser escuchados por la nueva dirigencia. Con un año repleto de competencias internacionales, una de las cuales fue organizada en Argentina (el Sudamericano Sub-17), las nuevas autoridades de la AFA tienen la oportunidad de marcar un nuevo camino para el fútbol femenino en el país.

Entre las jugadoras que participaron del paro, había varias de UAI Urquiza que se exponían ante riesgos aun mayores a sus compañeras de otros clubes. Se encontraban en un conflicto directo no solo con el presidente de la comisión de fútbol femenino, sino también con el vice-presidente de su club, el dirigente que organiza y maneja la disciplina en la institución. Las Guerreras reconocían que ponían en peligro tanto su lugar en la selección como su sustento diario ya que, como veremos, muchas dependían, y dependen, del club para (sobre)vivir, a pesar de no ser profesionales. Ellas arriesgaban su casa, trabajo, carrera universitaria y/o su lugar de practicar fútbol todas las semanas. Si bien el club les brindaba esos beneficios, no existían contratos profesionales en el fútbol femenino que aseguraran un sueldo, una vivienda y/u otros beneficios a las jugadoras durante un tiempo determinado. Entonces, el futuro y el lugar de las Guerreras en su club quedaba a merced de la dirigencia. Aunque Pinela no castigó a ninguna jugadora de UAI Urquiza, quitándole la casa, la beca de estudio, el trabajo y/o el viático por participar en el paro, quedó en evidencia la dependencia de las jugadoras en su club y la importancia de este mismo en sus vidas. Este tipo de situación ambigua surge del ámbito incierto del amateurismo turbio, o el “marronismo”, que se vivía en el fútbol de mujeres en Argentina antes del profesionalismo –aunque en muchos clubes todavía se vive–.

## **CAPÍTULO 3 | UN “MARRONISMO” MODERNO: embarrando las líneas del amateurismo**

### **3.1 El amateurismo como “esencia pura” del deporte**

El concepto hoy conocido como “amateurismo” es relativamente joven y encuentra sus raíces institucionales en la sociedad victoriana del siglo XIX. Según una de las primeras definiciones, el término *amateur* se refiere a una persona que emprende una actividad como pasatiempo, por la pasión, y no como profesión; la raíz de la palabra en sí es el amor (Haley, 1976). El amateurismo, entonces, se relaciona con el ideal de la “pureza” en cuanto a la ausencia de avaricia, la participación en una actividad por amor, sin motivos económicos. En el mundo de las artes se consideraba que el amateurismo enriquecía la creatividad. Cuando la producción de música, literatura u obras se convertía en el sustento económico de un artista, el potencial artístico se limitaba por la demanda del mercado. En el caso del deporte, el estatus amateur representaba –y en algunos lugares sigue representando– la forma más “pura” de la práctica deportiva ya que se lo imaginaba como “libre” de la influencia y el poder corruptivo de lo económico. Si bien el ethos amateur está bien desarrollado como un conjunto de creencias y valores, resulta demasiado flexible y subjetivo como para establecer una ley amateur aplicable al deporte en una escala más amplia (Llewellyn & Gleaves, 2014). Además, con el crecimiento del deporte, el desarrollo de las competencias de alto rendimiento y eventualmente la profesionalización, mantener una definición fija del amateurismo resulta cada vez más difícil para las organizaciones nacionales e internacionales que gobiernan la práctica deportiva.

No hace falta mirar más allá de una de las competencias deportivas más importantes del mundo, los Juegos Olímpicos (JJ. OO.). Durante más de 80 años, desde la primera Olimpiada Moderna en Atenas en 1896 hasta 1981, la competencia solo permitía la participación de deportistas con estatus amateur con la justificación que los ideales del *fair play* y el *sportsmanship* solamente se pueden desplegar cuando los deportes se juegan por placer y no por beneficio económico (Real, 1996). Se imaginaba al amateur como un deportista que “competía por los placeres intrínsecos a la competencia, no porque los deportes le ofrecían la base material de su existencia” (Guttmann, 2002). Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX, los JJ. OO. se fueron convirtiendo en un mega-evento, el valor de los derechos televisivos aumentó de manera exponencial y los Juegos pasaron por una especie de mercantilización. Este proceso de mercantilización de los JJ. OO. llevó a un cuestionamiento de la justificación de la regla del amateurismo, que era poco más que una excusa ideológica de una organización

deportiva elitista para excluir a las clases trabajadoras de la competencia –volveré sobre este concepto de exclusión más adelante–. Entonces, en 1981, el “código del amateurismo puro” se disolvió y se comenzó a permitir que compitieran deportistas profesionales, una decisión que además aumentó el estatus célebre de los Juegos y llevó la competencia al “mundo lucrativo de los sueldos y auspicios profesionales” (Real, 1996).

Actualmente, en EE. UU. existe un debate iniciado hace unas décadas sobre el requisito amateur de los deportes universitarios que se aplica a los atletas-estudiantes a pesar de que sus actuaciones en competencias deportivas, sobre todo en el basquetbol y el fútbol americano, forman una industria valuada en más de mil millones de dólares en ingresos anuales a través de los derechos televisivos, la venta de entradas y de indumentaria, donaciones a las universidades, entre otras cosas. Mientras que las instituciones –las universidades, la Asociación Nacional de Deportes Universitarios (NCAA) y las varias divisiones o “conferences”–, junto con los dirigentes y entrenadores, se benefician de estos ingresos millonarios en forma de exenciones fiscales y sueldos de seis cifras o más, las estrellas del espectáculo, los deportistas, reciben solo un porcentaje mínimo (McCormick & McCormick, 2008; Pinegar-Abbey, 2010). Los atletas-estudiantes se someten a una larga lista de requisitos para cumplir con la regla amateur, horarios complicados entre los entrenamientos y las clases, exigencias físicas altísimas y la posibilidad de lesionarse, sin hablar del estrés emocional y mental generado al competir en alto rendimiento. Sin embargo, su única recompensa económica permitida es a través de una beca de estudio, que para algunos no llega a cubrir los costos de la matrícula, la cuota y la vivienda mientras que otros ni siquiera son becados por representar a la universidad en competencias nacionales.

En el caso del fútbol argentino, este deporte comenzó como una actividad completamente amateur jugada por hombres jóvenes en su tiempo libre en organizaciones y clubes deportivos, pero también en espacios públicos sin ningún tipo de regulación oficial. Sin embargo, en la década de 1920, mientras el deporte se popularizaba y se transformaba en un espectáculo lucrativo, el debate sobre el amateurismo-profesionalismo se intensificó. Una grieta se abrió entre los clubes recreativos de las ligas independientes y los de nivel competitivo de las ligas oficiales de la AFA originaria, los equipos de las ligas oficiales comenzaron a exigir que sus jugadores además dedicaran tiempo para entrenar en preparación para los partidos. A partir de este proceso de especialización, se formó un mercado de pases<sup>76</sup> de jugadores regido

---

<sup>76</sup> Aunque el estatus amateur de los jugadores impedía la posibilidad de los contratos profesionales, para prevenir que los jugadores cambiaran libremente de club se instauró el “pase permanente” para controlar las listas de buena fe. Cada jugador que se sumaba a un equipo, firmaba la lista de buena fe del club, y el club se convertía en dueño

por la oferta y demanda de los mejores deportistas, y así los clubes competían para seducir y mantener a los jugadores estrellas.

Al mismo tiempo, estos cambios en el fútbol generaron conflictos laborales para los jugadores, sobre todo para aquellos pertenecientes a las clases populares que no podían sacrificar horas de trabajo y una porción de su sueldo para dedicarse a entrenar y jugar al fútbol. Sin embargo, tomando en cuenta que el amateurismo encuentra sus raíces en el elitismo victoriano –solo las personas que contaban con los recursos y tiempo suficiente podían tener un *hobby* por su propio placer–, cuando el fútbol se masificó, la exclusión de las clases populares resultaba cada vez más difícil. Según Pablo Alabarces (2008), en Argentina la profesionalización “funcionó como la única forma posible de democratizar la práctica deportiva” (p. 55). Además, luego de la profesionalización, el fútbol comenzó a representar una nueva vía de ascenso social para las clases populares (Frydenberg, 2011; Alabarces, 2008). Hoy, en Argentina entre los jugadores jóvenes que aspiran a firmar un contrato profesional con un club, esta promesa de compensación por jugar constituye una parte significativa de su imaginario: representa la oportunidad de poder apoyar económicamente a su familia, retribuir el esfuerzo de sus padres, lograr una estabilidad financiera y/o cumplir las fantasías de una vida lujosa, con vehículos o casas de lujo (Czesli & Murzi, 2016 & 2018; Murzi, 2016). Este sueño económico tan parte del fútbol masculino, sin embargo, es justamente lo que algunos practicantes, dirigentes y fanáticos de otros deportes amateurs argentinos consideran como lo contrario del espíritu deportivo.

Aquí, los casos del rugby y el hockey sobre césped resultan emblemáticos en la discusión sobre el espíritu amateur, sus valores y también las implicancias sociales que conlleva. A diferencia del fútbol, popular y profesional (en su versión masculina), tanto el rugby masculino como el hockey femenino se han construido históricamente como prácticas amateurs y exclusivas (Aisenstein & Feiguin, 2012; Branz, 2013 & 2015; Fuentes, 2012 & 2018; Uliana, 2013). Luego de la apropiación criolla del fútbol y su subsecuente popularización a principios del siglo XX, los clubes ingleses y de élite se retiran de las ligas futbolísticas y apuestan al rugby y más adelante a su complemento femenino, el hockey, prácticas que durante décadas se convertirán en símbolos de la distinción de clase (Alabarces, 2009). En ambas prácticas, el amateurismo aparece como uno de los principios fundamentales, una condición de diferenciación al “fantasma del fútbol” (Fuentes, 2012: p. 40) –atravesado por el mercado y el

---

de sus derechos de pase. Para cambiar de club, el jugador tenía que pedir su “pase libre” de su club actual para luego entregarlo a la dirigencia de su nuevo club. Aquellos que no cumplían con este reglamento eran sujetos a sanciones que podían dejarlos afuera de la competencia durante una cierta cantidad de tiempo.

dinero en el cual las motivaciones de los jugadores están puestas en duda—. Según la mirada romántica y esencialista del concepto, al ser amateur, el deporte se convierte en “medio” de transmisión de valores, como la lealtad, el compañerismo, el compromiso y otros del *fair play*, y de formación de lazos de amistad, en vez de ser un “fin” materialista (Fuentes, 2018).

Sin embargo, en las últimas décadas, en el rugby ha surgido una discusión intensa sobre la profesionalización de la práctica, impulsada por sus organizaciones internacionales gobernantes, World Rugby y el International Rugby Board, y también apoyada por jugadores locales que actualmente tienen que jugar en el exterior para dedicarse exclusivamente a su deporte. En el hockey femenino, la profesionalización no está en disputa a pesar del éxito deportivo internacional del seleccionado nacional, Las Leonas. Pero, es cierto que este éxito generó un estilo de “fútbolización” o “popularización” de la disciplina, estimulando su apertura hacia otras clases sociales con la formación de equipos en nuevos clubes no pertenecientes al mundo hegemónico del hockey (Uliana, 2013: p. 130). En ambos casos, entre los dirigentes de los clubes más tradicionales, y hasta en las federaciones, la posibilidad de la profesionalización, la popularización y la mercantilización —a través del aumento en marcas patrocinadoras y en la televisación de partidos— representan una amenaza al amateurismo histórico e institucionalizado que ha funcionado además como un mecanismo de exclusión. Presento estos casos como punto de comparación con mi objeto de estudio, el fútbol de mujeres, que, si bien siempre fue amateur, no fue por decisión propia sino más bien por una relegación debido a su condición de género. A diferencia de los deportes discutidos arriba, el fútbol femenino, como su contraparte masculina, es una práctica transclasista y hasta más común entre las clases populares, aunque se está viendo una apertura hacia las clases medias y altas (Garton, 2017; Garton & Hijós, 2018). El fútbol de mujeres a nivel organizativo siempre estuvo debajo de la dirigencia del fútbol amateur —infantil y juvenil— en los clubes y en la AFA, y, por lo tanto, experimenta las incertidumbres que se generan en el espacio entre lo amateur y lo profesional donde se maneja con viáticos, representantes y otros beneficios en esta zona “marrón”.

En las primeras décadas del siglo XX, antes de que se profesionalizara el fútbol masculino, los clubes comenzaron a implementar estrategias de “profesionalismo ilegal” o “marronismo” para atraer a los jugadores más habilidosos de las clases trabajadoras con incentivos económicos, poniendo cada vez más en cuestión la regla amateur (Frydenberg, 2011). Las estrategias empleadas por los clubes variaban, no eran únicas en ese momento histórico ni tampoco en ese deporte. Si bien los jugadores más jóvenes generalmente contaban con el apoyo económico de sus familias, los más veteranos se encontraban obligados a buscar fuentes alternativas de ingresos para sobrevivir y al mismo tiempo seguir jugando. Algunos

dirigentes conseguían trabajos no relacionados al fútbol para sus jugadores, aunque la mayoría de los clubes ofrecía premios monetarios después de los partidos o “viáticos” para cubrir los costos de comida y transporte. Estos premios y viáticos pronto fueron aceptados como “un hecho natural y cotidiano del deporte amateur de elite”, y muchos clubes reconocieron que sin esta “ayuda” financiera, muchos jugadores no podrían competir (Frydenberg, 2011: pp. 188-190). Con la aceptación del pago de viáticos como dentro de la legalidad, la frontera entre el amateurismo y el profesionalismo se volvía cada vez más borrosa. Estas estrategias se encontraban entre las más usadas por los clubes, que según Frydenberg (*ibíd.*), luego encontraron otras fuentes de ingresos menos “morales” para sus jugadores.

En cuanto se exigía más a los jugadores, más tiempo para los entrenamientos, mejor rendimiento en los partidos, el viático mínimo y los premios variables ya no bastaban para cubrir sus costos de vida, que para muchos incluían además el sustento de su propia familia. Entonces, a través de contactos en comercios privados y también en oficinas públicas, de socios o hinchas simpatizantes de un club en particular, los dirigentes negociaban para conseguir puestos “bien pagos” pero “poco exigentes” para sus jugadores. Algunos clubes lograban conseguir puestos de trabajo en empresas privadas donde contrataban a jugadores, pero ellos solamente asistían los días de pago o recibían un trato preferencial en cuanto a sus horarios y/o tareas (*ibíd.*). Frydenberg asocia las prácticas éticamente cuestionables del “marronismo” con la “prostitución”, en cuanto que los jugadores prestaban sus talentos futbolísticos al mejor postor –el club que podía ofrecer el mejor paquete económico– y si no les resultaban atractivas las propuestas, muchos preferían no jugar.

El marronismo en el deporte hoy es un fenómeno global y se manifiesta de varias maneras. Por ejemplo, en EE. UU., los jugadores de fútbol americano y básquetbol en las ligas universitarias a veces reciben donaciones personales de ex-alumnos en forma de agradecimiento por su desempeño deportivo. Sin embargo, al aceptar este tipo de regalo el deportista arriesga ser sancionado por violar la regla del amateurismo y puede perder cualquier posibilidad de competir a nivel universitario. En otros casos, persiste el uso de viáticos, premios y otras estrategias para atraer y mantener deportistas en disciplinas oficialmente amateurs, como en el fútbol femenino en Argentina hasta la (semi-)profesionalización en 2019. Si bien la situación del fútbol de mujeres previo al (semi-)profesionalismo no era igual a la del fútbol masculino a principios del siglo XX –la disciplina todavía no se ha convertido en un espectáculo lucrativo–, se observaban (y se observan) ciertas tendencias y situaciones que nos remiten a esa época, especialmente entre los clubes más competitivos.

En UAI Urquiza, los dirigentes exaltaban abiertamente el espíritu “puro” del fútbol femenino todavía no “contaminado” por los vicios que plagan a la versión masculina. Ellos defendían al amateurismo como la única forma de conservar los valores originales y los motivos “puros” de la pasión y el amor por el deporte que veían manifestados en las jugadoras. Sin embargo, según mis observaciones en el campo, esta clasificación del amateurismo en el fútbol femenino argentino como “puro” se debe cuestionar. Junto con River Plate y Boca Juniors, UAI Urquiza está entre las instituciones que más bienes brindan a sus jugadoras, rozando esto con las prácticas del marronismo características de los primeros años del fútbol argentino. A través de la asignación de becas universitarias, viviendas, comidas, viáticos y trabajos *part-time* dentro de las empresas de Vaneduc, UAI Urquiza ha logrado atraer y mantener algunas de las jugadoras más habilidosas del país, de las cuales más de la mitad tiene experiencia en la selección, a nivel juvenil y/o mayor.

Mientras que en otros clubes, el viático es el principal beneficio ofrecido a las jugadoras, en UAI Urquiza el viático tiene una función más bien complementaria. Es uno de los pocos beneficios que depende del impacto potencial de una jugadora en términos de su rendimiento en la cancha pero también de su necesidad financiera. Por ejemplo, mientras que en 2017 la mayoría de las jugadoras de la selección que juegan en UAI Urquiza recibían alrededor de unos 1800 pesos mensuales (aproximadamente 100 dólares en ese momento), casi todas las Guerreras recibían un promedio de 500 pesos mensuales para cubrir los costos de transporte generados por los entrenamientos y los partidos. La mayoría de las que no recibían viático eran jugadoras que cobraban un sueldo aparte a través de un trabajo en la institución y/o contaban con una vivienda provista por el club. Las demás, sin embargo, cobrábamos por lo menos un monto mínimo para ayudar con los gastos generados por jugar en el club. En mi caso, si bien formo parte de la selección mayor, cuando llegamos a un acuerdo con “el Gringo” sobre mi viático antes de mi fichaje con UAI Urquiza, el club sabía que yo contaba con mi propia vivienda y otra fuente de ingresos a través de una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), entonces, me ofrecieron solo 400 pesos por mes, más como una muestra del compromiso del club hacia mí y para ayudar con los costos implicados por jugar allí. En el proceso de reclutamiento de jugadoras, sin embargo, el viático formaba una parte importante del paquete ofrecido a una deportista para convencerla; para las que no necesitaban vivienda, trabajo y/o beca de estudio, el viático servía como una señal de compromiso desde el club pero también como una manera de poder exigirle un mayor compromiso a la jugadora.

El tema de la ambigüedad que envuelve a los límites del amateurismo y el profesionalismo en el fútbol femenino es una problemática que va más allá de solo un deporte. En general, los deportes practicados por mujeres tienden a ser menospreciados, excluidos, trivializados y/o marginalizados en relación a sus contrapartes masculinas (Carty, 2005). A grandes rasgos esta diferenciación se justifica por una “diferencia sexual”, una suposición que percibe a las mujeres como físicamente inferiores a los hombres. A pesar de aumentos drásticos en la participación deportiva de las mujeres, los deportes femeninos se siguen considerando bajo las lógicas del negocio y del género que los califica como “no rentables” y “menos emocionantes” que los deportes masculinos, dos estigmas propagados y reforzados en gran parte por los medios (Allison, 2014 & 2015). En su investigación sobre la cobertura de los deportes de mujeres en la televisión estadounidense a lo largo de 25 años, Cheryl Cooky y Michael Messner (2015) concluyeron que, aunque en los últimos años hay menos tendencia que antes de presentar a las deportistas como objetos sexuales, se observa una diferencia marcada entre la presentación “emocionante, amplificada” de los deportes de hombres y la presentación “aburrida, escueta” de las noticias sobre los deportes de mujeres (pp. 262-263). La cantidad de tiempo dedicada al deporte femenino en relación al masculino también indica un sesgo importante ya que tan solo el dos por ciento del programa *SportsCenter* de ESPN en Estados Unidos, que se compone de una hora de resúmenes y comentario sobre las competencias recientes, se dedica a los deportes de mujeres. En Argentina, donde el fútbol masculino domina la cobertura de los medios deportivos, muy probablemente este porcentaje sea menor. Es muy raro que pasen un resumen de los partidos más importantes del torneo femenino de AFA, y si muestran alguna jugada suele ser alguna anomalía como un choque fuerte o una barrida violenta, por ejemplo.

En 2015, mientras yo jugaba todavía en River Plate, se volvió viral un “resumen” del clásico con Boca Juniors que terminó 0-0, digo “resumen” porque lo único que mostraba el video eran los golpes y las faltas entre los dos equipos. Recibió varios títulos como “el Clásico de las patadas” o “el festival de patadas” y llegó a varios programas deportivos de ESPN, TyC Sports, Olé y hasta salió en algunos noticieros. Si bien el partido terminó en un empate sin goles, y es cierto que fue un partido muy físico con muchos choques y amonestaciones, hubo momentos de buen juego y situaciones de gol que no fueron incluidos en el video. Al destacar estas acciones violentas de juego se podría pensar que estas representan un desafío a las normas de género, que las mujeres también pueden encarnar características de la masculinidad hegemónica, como la agresión y la fuerza, sin tener que dejar de lado su femineidad. En una campaña de marketing del Ultimate Fighting Championship (UFC) reciente sobre las

peleadoras que compiten en ese campeonato, se intentó recalcar que la masculinidad y la femineidad no son mutuamente excluyente, una peleadora puede ser agresiva y al mismo tiempo atractiva –aunque estas publicidades también recibieron críticas por objetivar y sexualizar a las deportistas para una mirada masculina– (McClearen, 2017). Sin embargo, este video del fútbol femenino ridiculiza a las jugadoras porque sus acciones se representan como un intento de imitar a la agresividad de los hombres, jugando con la suposición de la inferioridad física de las mujeres. Además, los periodistas, mientras pasaban las imágenes, acompañaban sus comentarios con risas. A pesar de que las jugadoras no se vieron sexualizadas ni hiperfeminizadas como en otras representaciones en Argentina (Garton, 2017; Garton & Hijós, 2018) y como ocurre también en el fútbol femenino de Brasil (Goellner, 2005), sus habilidades deportivas fueron trivializadas a través de la ironización de su práctica.

La visibilización de la práctica y la manera en que se lleva a cabo influye mucho en el desarrollo del deporte. Si bien el episodio del “Clásico de las patadas” generó mucha atención mediática, no era una cobertura favorable para los clubes involucrados<sup>77</sup>. En gran parte, la casi invisibilidad del fútbol jugado por mujeres hasta los últimos años ha sido un obstáculo al crecimiento de la disciplina en los clubes con relación a la inversión económica. Surge un estilo de paradigma según el cual la disciplina recibe menos cobertura televisiva y mediática que su equivalente masculino y, por lo tanto, menos patrocinios e ingresos económicos, pero esta relación también se podría dar al revés: al contar con menos patrocinios, el deporte recibe menos cobertura mediática y menos ingresos comerciales (FIFPRO, 2017). Entonces, para muchos clubes, el fútbol femenino, junto con otras disciplinas amateurs, representa un “gasto” o “desperdicio” tanto monetario como de recursos ya que la dirigencia no ve una oportunidad de recaudar ganancias o mínimamente cubrir los costos generados. A pesar de que, en teoría, los clubes en Argentina son asociaciones civiles sin fines de lucro, la dirigencia de las instituciones tiende a seguir una “lógica de negocio” según la cual se busca sobre todo la ganancia económica más que una “lógica de causa” donde rige la búsqueda del bien social como, por ejemplo, el empoderamiento de las mujeres a través del deporte (Allison, 2014 & 2015). Previo a la (semi-)profesionalización en 2019, en algunos equipos del torneo de AFA, como ya vimos, las jugadoras hasta pagaban una cuota para competir y el club ni proveía lo mínimo necesario para que ellas realizaran su práctica: una cancha para entrenar y jugar, indumentaria oficial de la

---

<sup>77</sup> La cuestión de “cuidar” la imagen del club es recurrente en el fútbol de mujeres, aunque muchas veces gira en torno al “problema” de la imagen de las jugadoras –relacionado con su posible “masculinización”, como vimos en el primer capítulo, o también su sexualidad que puede no corresponder al orden heteronormativo impuesto por los medios deportivos–.

institución, entrenadores capacitados y cobertura médica. Por lo tanto, los clubes que sólo cubrían estas expensas se destacaban entre los demás mientras que los que iban más allá y brindaban viático, vivienda, trabajo, beca, como UAI Urquiza, eran excepcionales. En este capítulo consideramos esta etapa pre-(semi-)profesional del fútbol femenino, analizando los diferentes “beneficios” ofrecidos a las jugadoras como estrategia de atraer y retener a las mejores futbolistas en un club.

### **3.2 Los “deptos”: vivienda y convivencia entre compañeras**

Para las jugadoras no oriundas de Gran Buenos Aires, que son de otras provincias del país, el tema de la vivienda puede llegar a ser un obstáculo importante y hasta un factor determinante en la decisión de unirse o no a un equipo que compite en el torneo de la AFA. Una primera opción es contactarse con parientes, cercanos o lejanos, que viven en Gran Buenos Aires. Generalmente los padres de las jugadoras menores de edad prefieren esta alternativa, así se aseguran de que sus hijas no vivan solas o con desconocidos y sin ningún tipo de referencia, sin hablar de lo económico. Pero, esta solución suele ser temporal ya que la presencia de otra persona en la casa implica no solo una carga financiera adicional para la familia anfitriona sino también otra responsabilidad en cuanto hay que asegurar el bienestar y la seguridad de una joven en un ambiente nuevo en la ciudad más grande del país. Además, para las jugadoras adultas, vivir con parientes puede representar una limitación de sus libertades y su independencia porque la jugadora tiene que depender de la generosidad y algunos recursos de sus familiares.

Aunque los padres de algunas pocas jugadoras que provienen del interior y que se mudan para competir en el torneo de la AFA cuentan con mayores recursos financieros para poder alquilar una vivienda en la ciudad, muchas vienen de familias con situaciones económicas complicadas y la opción de pagar una vivienda aparte resulta imposible. Igualmente, entre aquellas jugadoras que tienen la opción de que sus padres cubran sus costos de vida en Buenos Aires, algunas prefieren no depender de sus familias para no ser una carga financiera y también para lograr más independencia. Por lo tanto, un club que ofrece vivienda “gratis” a sus jugadoras se posiciona con una ventaja marcada entre los demás clubes en el momento de buscar nuevo talento para el equipo. Entre los equipos de la Primera A, solo UAI Urquiza, Boca y San Lorenzo proveen hospedaje para sus jugadoras, y de esos tres clubes, UAI Urquiza tiene la mayor cantidad de lugares en sus viviendas.

A fines de 2011, UAI Urquiza ya se había establecido como un fuerte buscador de talento en el interior del país. Los entrenadores viajaban a ver competencias y torneos interprovinciales para observar a los mejores equipos fuera del campeonato de la AFA y luego invitaban a las jugadoras con más potencial a Buenos Aires para probarse con el equipo. El caso de Mailen es uno de los primeros del club. Originalmente de Entre Ríos, en 2010 el DT Flores viajó a ver jugar a su equipo en un campeonato organizado en su pueblo. En ese momento, ella tenía 19 años, y Flores fue a su casa para hablar con la familia sobre la posibilidad de llevarla a Buenos Aires para jugar en UAI Urquiza. Ella se acuerda de la respuesta que su padre le dio a Flores:

*Él dijo, “y sí, la decisión la tiene ella”. Obviamente no me voy a ir sin la autorización de mi papá ni nada. Le dije que sí porque era para mí un sueño venirme a Buenos Aires a jugar y todo. Más allá de que esté mi familia todo allá. Y bueno, hablamos todos y me vine para acá.*

Sin embargo, el entrenador solo le pudo ofrecer una beca de estudio a Mailen y un viático mínimo, así que se mudó con su hermana y cuñado que vivían y trabajaban en Buenos Aires. Finalmente, a principios de 2012, el club comenzó a ofrecer vivienda para las jugadoras que la necesitan, y Mailen se pudo mudar a un departamento de dos habitaciones con tres compañeras en el barrio de Congreso en Capital Federal. Durante el transcurso del año, llegaron más jugadoras de otras provincias de las cuales se pudieron acomodar solo una o dos en el único departamento mientras que las demás tuvieron que buscar vivienda por medios propios.

Así era la situación de Malvina, oriunda de la provincia de Santa Fe. En el momento que llegó al club a principios de 2012, no había lugar en el departamento, pero tampoco tenía familia en Buenos Aires y se vio obligada a buscar su propia vivienda. Durante la primera mitad del año, vivió en una habitación en una pensión y por el resto del año en un pequeño departamento hasta que a fin de año sus padres le avisaron que no iban a poder seguir pagando su alquiler y ella tendría que volver a casa. Más o menos en esa misma época, el club había acordado con otras jugadoras de conseguir otro departamento en el barrio de San Telmo, a unas diez cuadras de la sede central de la UAI y con las mismas dimensiones que el departamento de Congreso. En ese momento, el club ya había “recomendado” que Flores deje su puesto como DT y Domingo Gómez<sup>78</sup> se encontraba a cargo del equipo. Al mismo tiempo, Gómez tomaba las decisiones sobre quienes podían o no ocupar los departamentos, una tarea ahora manejada directamente por la dirigencia del club.

El nuevo DT no le ofreció a Malvina la opción de mudarse a San Telmo, pero ella buscó otra manera de conseguir un espacio:

---

<sup>78</sup> El nombre ha sido cambiado para mantener el anonimato del sujeto.

*Cuando a fines de 2012 me fui a mi casa por las vacaciones, mi mamá me dijo que no podía seguir pagándome el alquiler y que me tenía que volver a vivir a Santa Fe. Entonces yo le dije que iba a hablar con Domingo para irme a vivir al depto. Volví para la pretemporada y me instalé directo en el departamento. Después le dije a Domingo que no podía pagar alquiler, que necesitaba vivir ahí. Yo sabía que Domingo me quería echar, y me instalé directo porque si le preguntaba me iba a decir que no.*

La decisión y la acción de Malvina de mudarse al departamento sin el permiso del entrenador es una manifestación de agencia en una situación asimétrica de poder. Pero, como destaca Sherry Ortner (2006), “el poder es un arma de doble filo, opera desde a través de la dominación, y desde abajo a través de la resistencia” (p. 139). Si bien Malvina entendía que Gómez tenía el poder para decidir quién podía vivir en los departamentos del club, también entendía que ella se podría resistir, o anticipar, a esa decisión al mudarse sin preguntar. La agencia también se relaciona con la intencionalidad detrás de las acciones, como también “actuar dentro de relaciones de desigualdad social, asimetría y fuerza” (*ibíd.*: p. 139). Su intención principal era quedarse en Buenos Aires para poder seguir jugando en UAI Urquiza, algo que logró, pero su decisión también influyó a nivel institución porque el manejo de las viviendas pasó a manos de la dirigencia que actualmente da prioridad a las jugadoras con necesidad por encima del desempeño futbolístico.

Irónicamente, después de cinco años, Malvina fue la jugadora que más tiempo vivió en el departamento de San Telmo, aunque muchas hayan pasado por ahí. A veces vivían (no oficialmente) hasta seis jugadoras entre las dos habitaciones y el living, como fue en 2015. Después de que Malvina se instaló, habló con Gómez sobre su necesidad de quedarse en el departamento, y me contó que el DT le dijo que “*bueno, que vaya a vivir ahí, pero que esa pretemporada<sup>79</sup> iba a ser mi última oportunidad para seguir en el club*”. Gómez no podía justificar ante la dirigencia su deseo de sacar a Malvina del equipo con un motivo claro, pero utilizó métodos más sutiles para que ella quisiera irse por su propia decisión. Ella se acuerda de cómo el DT la ignoraba en los entrenamientos, la dejaba afuera de la lista para los partidos y le decía que era “gorda”. A pesar de los intentos indirectos de Gómez de sacar a Malvina del equipo, ella se mantenía firme en su decisión de continuar en el club, aunque se acuerda de momentos en los cuales tenía ganas al mismo tiempo de irse y de quedarse —una sensación conocida por muchas Guerreras—. Cuando le pregunté cuál era su mayor motivación por quedarse, me respondió: “*No sé, creo que mucha motivación no tenía. Creo que me motivó haber encontrado mi lugar en el mundo en el equipo. En el grupo. Y no quería irme*”. Junto con

---

<sup>79</sup> La pretemporada es un período de entrenamiento intenso con un enfoque en el acondicionamiento físico de las jugadoras (generalmente son ejercicios sin pelota que desarrollan la fuerza y la resistencia aeróbica) en preparación para una competencia, en este caso era para el campeonato local.

los motivos futbolísticos –el deseo de progresar, mejorar, ganar un lugar entre las titulares, ganar partidos, salir campeonas–, una motivación fuerte para que las jugadoras soporten momentos difíciles y hasta tratos abusivos, como en el caso de Malvina, es la idea de “pertenecer al grupo”, sentirse parte del equipo y/o el club.

Si bien la dirigencia y el cuerpo técnico tienen la decisión oficial sobre las viviendas, la experiencia de Malvina es un ejemplo de la agencia de las jugadoras dentro de la estructura institucional más amplia. Su subordinación frente a la voluntad del DT llevó a un cambio en torno a cómo se gerencia los departamentos: al tiempo, la dirigencia de UAI Urquiza tomó toda la responsabilidad de la decisión final sobre quiénes reciben hospedaje del club y quiénes no, aunque el cuerpo técnico también puede aportar su opinión sobre las situaciones de vivienda de las jugadoras. Esta transferencia de poder en la toma de decisiones resultó a favor de las jugadoras. Desde la perspectiva de un DT, la vivienda o las comidas podrían ser un tipo de “plus” o motivación extra para las jugadoras cuyas actuaciones en la cancha merecen un premio. En cambio, si bien el desempeño futbolístico es una parte central en la decisión para fichar una jugadora, la asignación de vivienda se basa en las necesidades reales de las deportistas, y la prioridad se otorga a las que vienen del interior y/o tienen dificultades económicas. Pero, también es cierto que la vivienda se utilizaba como parte de la negociación para atraer ciertas jugadoras, frecuentemente jugadoras de la selección, junto a la oferta de un viático, un trabajo y/o una beca –sin importar la situación económica de la jugadora.

Tal era el caso de Beatriz: ex-delantera de Boca Juniors, con más de diez años de experiencia con la selección y un puesto entre las más goleadoras de la historia del campeonato de la AFA. Cuando llegó a Boca, en un principio vivía en la pensión para los jugadores de las categorías juveniles e inferiores en el mismo club, con lo cual los gastos y el tiempo implicado por el transporte para entrenamientos y partidos eran casi nulos. También, Beatriz y otras jugadoras elegidas tenían la posibilidad de comer en el comedor oficial del club utilizado por los equipos masculinos. Con el paso del tiempo, sin embargo, el club comenzó a quitar los beneficios otorgados a sus jugadoras, entre los primeros fue el tema de las comidas. Ya no se permitía que las mujeres coman junto a los varones en el comedor, sino que tenían que comer en el vestuario. Beatriz y otra ex-jugadora de Boca, Diana, se acuerdan que se sentían completamente marginadas, como que el club estaba intentando ocultarlas haciéndoles comer a escondidas. Luego, el club desalojó a las jugadoras de la residencia, trasladándolas a un departamento en la localidad de Santos Lugares, en zona oeste del conurbano de Buenos Aires.

Desde la nueva vivienda, las jugadoras tenían un viaje al club de una hora y media de ida y luego de vuelta en transporte público, para almorzar y entrenar tenían que salir del

departamento a las 11 de la mañana para luego llegar después de las 20 horas, imposibilitando cualquier oportunidad laboral y complicando sus posibilidades de estudiar. Al mismo tiempo, Beatriz había solicitado ayuda para conseguir un trabajo a través de los contactos innumerables de la institución, pero el club ignoró su pedido. A fines de 2013, Beatriz finalmente se cansó de las condiciones y decidió que si no encontraba un club que le brindaba más, se iba a retirar del fútbol antes de cumplir los 25 años y volver a su pueblo en Santa Fe. Cuando Diana cambió a UAI Urquiza a principios de 2014, después de consultarla Beatriz también entró en conversaciones con la dirigencia y el nuevo DT. Gómez dejó su puesto en enero 2014 para unirse a otro club. El club furgonero no dejó pasar la oportunidad de fichar a una figura como Beatriz y le ofreció el paquete completo: hospedaje, un trabajo administrativo part-time y uno de los viáticos más altos del equipo.

Esta sensación de pertenencia mencionada por Malvina y otras compañeras entrevistadas como Beatriz, junto a lo experimentado en la cancha se relaciona a los altos niveles de intimidad generada por la convivencia. En 2016, había 18 jugadoras entre los tres departamentos, o “*deptos*” para usar el término empleado por las jugadoras, provistos por el club. Vivían ocho en el departamento de Congreso que tiene tres habitaciones (conocido como “Depto 1” entre el equipo) y cinco en cada uno de los dos departamentos de tres ambientes y dos dormitorios en San Telmo (“Deptos 2 y 3”). La dirigencia se vio obligada a agregar el tercer departamento a principios de 2016, también en San Telmo a solo dos cuadras del Depto 2, por la llegada de ocho jugadoras nuevas del interior. Algunos días había aún más jugadoras en cada casa cuando le tocaba al equipo juntarse temprano para desayunar y jugar algún partido. Entre las Guerreras existe un entendimiento o un estilo de acuerdo tácito que los departamentos pertenecen al club y sus “inquilinas” tienen que estar dispuestas a recibir a otras compañeras que puedan llegar a necesitar hospedaje temporal, como las jugadoras que vienen de prueba o las Guerreras que viven en las afueras de Buenos Aires y necesitan quedarse la noche en Capital<sup>80</sup>.

Como en cualquier situación de convivencia, surgen conflictos sobre todo en relación a los deberes domésticos y el espacio personal –en este caso casi inexistente– de cada una. Por ejemplo, estar en una relación romántica puede ser un desafío justamente por esta falta de

---

<sup>80</sup> Yo lo viví de primera mano en abril 2017 cuando UAI Urquiza me llamó para viajar a Buenos Aires y jugar en reemplazo de la arquera lesionada. Mis compañeras que vivían en el primer departamento de San Telmo se ofrecieron para hospedarme. En ese momento, había cuatro jugadoras en la casa, incluyendo a Malvina, y me prestaron un colchón que tenían demás en una de las habitaciones. Cuando les agradecí por tenerme en su casa, me dijeron que no solamente era su deber hospedarme, sino que era un propósito central de los departamentos del equipo.

espacio personal y de privacidad ya que todas comparten sus habitaciones. Es más difícil aún si la jugadora quiere mantener su relación en secreto. En estas circunstancias, la solución se encuentra a través de la comunicación entre compañeras, pero a veces las diferencias son demasiadas profundas para superar y se arregla para que la jugadora disconforme con la situación cambie de departamento. Estos cambios generalmente se deciden entre las mismas compañeras, como fue el caso en 2016 cuando una jugadora se quiso mudar del Depto 1 al Depto 2, principalmente por conflictos con sus compañeras de departamento, pero también por comodidad en cuanto a la cercanía al trabajo y a la universidad. Antes de mudarse, esta jugadora conversó con las residentes del Depto 2 sobre la posibilidad de vivir con ellas y luego confirmó su decisión con la dirigencia del club para recibir la aprobación oficial.

Sin embargo, a pesar de estos conflictos reales y potenciales entre compañeras, la cercanía cotidiana genera un clima que engendra la formación de relaciones. Para las jugadoras del interior, este ambiente reproduce un tipo de estructura familiar que ayuda en la transición hacia la independencia. En 2017, las habitantes del Depto 1 y el 3 hacían un esfuerzo para siempre cenar juntas a la noche, una o dos compañeras cocinaban, pero toda la casa compartía la comida. Este tiempo además servía de espacio de reflexión sobre temas no solo del equipo sino también personales, las jugadoras más jóvenes podían acceder directamente a las más veteranas para compartir sus preocupaciones, dificultades y experiencias. Las jugadoras veteranas ocupan un lugar de guía, de hermana mayor o algunas hasta de madre con las más jóvenes para seguir la metáfora familiar, recurriendo a sus propias vivencias y pruebas para acompañar en la transición de las jugadoras nuevas, de las cuales muchas siempre vivieron con sus padres y vienen con una experiencia futbolística más relajada y casi recreativa. Kate Themen y Jenny van Hooff (2017) en su investigación sobre las amistades entre futbolistas mujeres en Inglaterra observaron algo parecido: los lazos entre las futbolistas se basan en las experiencias y las actividades compartidas, en este caso, en la cancha –y en la UAI, también en los “deptos”–. El hecho de participar en una actividad o un deporte considerado “masculino” desafía a los ideales tradicionales de la femineidad y esto se extiende también a las formas de relacionarse entre las futbolistas. Rompiendo con las nociones establecidas sobre las amistades femeninas que tradicionalmente se forman en base de lo emocional, las jugadoras establecen amistades “haciendo” alguna actividad y compartiendo experiencias vividas, formas de amistad más relacionadas con la masculinidad. Por ejemplo, ellas comparten el sufrimiento durante los entrenamientos exigentes, festejan triunfos, lamentan derrotas y viajan juntas al extranjero para las competencias internacionales y a veces a otras ciudades o provincias para jugar amistosos o prepararse para el torneo local.

Entre el equipo, se escuchan algunas frases como “*La UAI es una familia*” y “*Somos hermanas*”, sobre todo en charlas motivadoras como antes de un partido importante o después de una derrota difícil. Si bien hay evidencia de que las amistades entre personas del mismo sexo pueden llegar a ocupar o llevar a cabo ciertas tareas generalmente asociadas con familiares (Weeks, Donovan & Heaphy, 2001), estas amistades muy raramente llegan a reemplazar las relaciones familiares (Spencer & Pahl, 2006). Es común escuchar que las jugadoras hablen de extrañar a sus familias y sus casas, sobre todo las más nuevas, pero la mayoría está de acuerdo con que convivir con compañeras facilita el proceso y ayuda en acostumbrarse a estar lejos de casa. Sus amistades con otras compañeras pueden llegar a parecerse a una relación entre hermanas, que se pelean o comparten intimidades, o una madre que reta a su hija por haber faltado al colegio —esto ocurre sobre todo cuando las más jóvenes, algunas menores de edad, viven con las jugadoras más experimentadas que rodean los 30 años—. Además, el uso de la “familia” o de “hermanas” como imagen del equipo forma una parte central en la construcción de la auto-representación de las Guerreras. La idea de que la unidad del grupo debe ser una prioridad, aún por encima del entrenador o el mismo club, es una que se repitió con frecuencia en entrevistas con varias compañeras. Además, el concepto se refuerza con la situación única en torno a la vivienda en cuanto que las jugadoras comparten todos los días con sus compañeras en un nivel íntimo de convivencia.

### **3.3 “Laburar” para jugar: consiguiendo trabajo**

Si bien la provisión de vivienda para las jugadoras del interior alivia una porción importante de la carga financiera de vivir en Buenos Aires, existen otras necesidades básicas que superan los viáticos que recibe la mayoría como comida, transporte, internet, luz, agua e indumentaria y también los materiales necesarios para jugar como botines, zapatillas y ropa interior deportiva. Para las que no pueden contar con el apoyo económico de sus familias, trabajar no es una opción sino una necesidad absoluta<sup>81</sup>. Entonces, la capacidad única de UAI Urquiza para ofrecerles empleo a sus deportistas a través de Vaneduc y sus varios emprendimientos también es esencial en la búsqueda y la retención de jugadoras, sobre todo las que son mayores de edad. Sin embargo, a diferencia del tema de la vivienda, los trabajos no se asignan únicamente según una lógica de necesidad, sino que influyen varios factores como el nivel educativo, los años en el club y la habilidad futbolística. La experiencia laboral o

---

<sup>81</sup> La oferta de trabajos a las jugadoras del club sigue aún en la época (semi-)profesional para que las jugadoras puedan complementar su sueldo de futbolista con un trabajo part-time o para que las que no tienen contrato puedan tener la posibilidad de cobrar un sueldo encima del viático.

currículum vitae de la jugadora resulta casi irrelevante salvo en el caso de puestos educativos – en años anteriores, algunas Guerreras trabajaron de profesoras de educación física en las colonias de verano de Vaneduc mientras que otra enseñaba inglés en la universidad–. Por lo tanto, para muchas, conseguir empleo por el club representa no solamente la oportunidad de ganarse un sueldo sino también de ganar experiencia laboral y forjar su currículum para oportunidades de trabajo en el futuro. Existen dos categorías de trabajo para las jugadoras del club: administración y limpieza. Ambos tipos son part-time y los horarios de trabajo se organizan para evitar conflictos con el horario vespertino de entrenamiento y los partidos postergados que se disputan entre semana.

En 2017, había cinco Guerreras trabajando en CBA, una empresa previamente conocida como Clean Baires. CBA forma parte de Vaneduc que además maneja una empresa de seguridad privada, SeguBaires<sup>82</sup>. En años anteriores, Clean Baires mandaba a las jugadoras a limpiar en otras zonas de la ciudad como shoppings en Palermo, pero últimamente la empresa está limitando la asignación de tareas para las Guerreras a deberes menos exigentes en la sede central de la UAI y del colegio de al lado, Esteban Echeverría. Generalmente, para las jugadoras que buscan trabajo siempre hay un puesto disponible en limpieza, pero debido al esfuerzo físico implicado por las tareas, junto al sueldo mínimo, solamente las jugadoras que se ven obligadas por sus situaciones económicas eligen este tipo de empleo. Estas jugadoras trabajan cuatro horas por día a la mañana, de lunes a viernes, pero los horarios precisos de cada una varían según las tareas asignadas.

Para aquellas que deseen trabajar horas extras, se les adjudica hasta dos horas más por día. Una jugadora del interior, María, cuyos padres no podían apoyarla económicamente, mantuvo estas horas extras en 2016, trabajando de lunes a viernes de las 7:00 hasta las 13:00. Su sueldo era de 3850 pesos mensuales (aproximadamente 250 dólares en ese momento). Las tareas que le correspondían a María eran físicamente exigentes e incluían la limpieza del gimnasio del colegio Esteban Echeverría y otros espacios de la escuela que le obligaban a subir y bajar las escaleras varias veces por día. Aunque al principio María se conformaba con sus ingresos, en cuanto pasaba más tiempo trabajando, el carácter cansador de su empleo junto con el horario temprano comenzó a afectar sus niveles de energía y, por lo tanto, su rendimiento en los entrenamientos. A lo largo del campeonato, se quejaba de su sensación de cansancio permanente y me contaba que todos los días se quedaba dormida en el camino al entrenamiento sin importar si viajaba en el colectivo del club hasta Rancho o en transporte público a Villa

---

<sup>82</sup> SeguBaires se encarga de la seguridad de todas las instituciones relacionadas a Vaneduc incluyendo las oficinas administrativas, el sistema de atención médica, la universidad y los colegios.

Lynch. Apenas surgió otra oportunidad laboral –como *personal trainer* del vecino de una amiga–, María renunció a su puesto de limpieza y nunca más volvió a CBA, sino que siguió sumando más clientes para entrenar de forma personal. Pero para muchas, conseguir otro trabajo part-time con horarios flexibles que se pueden organizar según los entrenamientos y partidos resulta casi imposible y CBA sigue como su única opción de empleo. Esto es sobre todo el caso para las jugadoras que todavía no completaron sus estudios secundarios.

En cambio, los posibles puestos administrativos dentro de la red administrativa para las jugadoras son limitados y muy deseados entre el equipo, y hasta 2018 solo cinco Guerreras mantenían este tipo de empleo. Las jugadoras están distribuidas por varios sectores de la administración de Vaneduc como recursos humanos, recepción, ventas y tesorería. Si bien a algunas jugadoras se les ofrece directamente un trabajo como parte del paquete para lograr su traspaso al club –como fue el caso de Beatriz–, la gran mayoría tiene que esperar hasta que un puesto se abra. Trabajar representa la posibilidad de lograr independencia económica, un plus para algunas que cuentan con familias dispuestas y capaces de apoyarlas por un tiempo indeterminado mientras buscan cumplir sus sueños jugando al fútbol, pero para muchas, un trabajo es imprescindible. En 2017, las jugadoras que ocupaban los puestos administrativos trabajaban aproximadamente 6 horas al día, lunes a viernes, y ganaban un promedio de 9000 pesos (el equivalente de 600 dólares en ese momento) mensuales, pero sus tareas eran considerablemente menos arduas en comparación con el desgaste físico de las tareas de limpieza de sus compañeras empleadas por CBA. Aunque sus puestos no son totalmente sedentarios, las jugadoras en administración pasan la gran parte de su día laboral en un escritorio, salvo cuando les toca hacer algún mandado por la zona. Las jugadoras que trabajan en recursos humanos y en tesorería son las que salen más seguido de la oficina, sobre todo para ir al banco para ayudar con los cobros de los empleados de Vaneduc, porque son las que menos experiencia tienen en sus respectivos departamentos. Esto en realidad se relaciona con que el título real de sus puestos es “pasante”, aunque sea así sobre todo por motivos relacionados con los impuestos y los sueldos que les corresponden junto con el horario acortado. Como recepcionista en el colegio Esteban Echeverría, a Beatriz también le tocaba pasear un poco cuando llegaban tarde los alumnos y ella tenía que acompañarlos hasta el aula –un cargo del cual se quejaba de manera seguida en el grupo de WhatsApp menos serio del equipo–.

Sin embargo, los dos puestos más deseados son los que en 2017 estaban ocupados por Malvina y la capitana. A fines de 2014, Malvina se encontraba en una situación parecida a la que había experimentado en 2012, pero esta vez sus padres le notificaron que ya no la podían seguir manteniendo económicamente en Buenos Aires y tenía que volver a casa. Durante esas

vacaciones de verano, entre diciembre 2014 y enero 2015, Malvina les contó a sus padres que viajaba a Rosario para visitar a su hermana mayor. Pero, en realidad, la hermana mayor mintió por Malvina mientras ella continuaba hasta Capital Federal para reunirse con Ricardo Pinela, el vice presidente de UAI Urquiza, para discutir su situación y la posibilidad de conseguir un trabajo:

*Le dije que necesitaba trabajar, pero que quería algo administrativo. Ahí mismo hizo una llamada y PUM, tenía trabajo. Tuve que esperar dos semanas, ponele. Desde Buenos Aires la llamé a mi mamá diciendo que ya tenía trabajo y mi mamá estaba re contenta igual por mi iniciativa de solucionar eso.*

Pinela le ofreció, o le “consiguió”, un puesto de administradora de los uniformes para los empleados de CBA, o Clean Baires cuando comenzó a trabajar Malvina a principios de 2015. El lugar de Pinela como uno de los dos dueños de Clean Baires le facilitó la apertura inmediata de un puesto para Malvina. Si bien ella no utiliza el verbo “conseguir” para describir cómo obtuvo su trabajo, es un término que se escucha con frecuencia en referencia a los beneficios que ofrece UAI Urquiza a sus jugadoras. El club “*me consiguió casa*”, Ricardo “*me consiguió laburo*”, “*me van a conseguir una beca para estudiar en la UAI*”. En el ambiente del fútbol argentino, y también en la política, conseguir va más allá de solo obtener o lograr algo. Garriga Zucal (2005) define este verbo como un “sinónimo de relaciones, de contactos” que “da cuenta de las posibilidades de interacción con distintos actores en la zona, el que consigue está bien contactado” (p. 12). En el fútbol masculino, las hinchadas consiguen beneficios como entradas gratis, dinero para el transporte a los partidos, ropa deportiva del club a través de sus contactos y conocidos entre la dirigencia, el que más consigue, mejor contactado está. Cuando los hinchas consiguen algo, sin embargo, suelen recurrir al miedo, que ellos reconocen como el “apriete”, un pedido hecho con formas amenazantes que el otro no puede rechazar (Garriga Zucal, 2005: p. 18). En cambio, en el fútbol femenino, las jugadoras generalmente dependen de la voluntad de los dirigentes para que consigan las cosas a través sus contactos y relaciones adentro y afuera del club.

Si bien las jugadoras no tienen el poder directo de conseguir, una vez que la dirigencia les “*consigue laburo*”, en su lugar de trabajo las jugadoras reciben un trato casi preferencial en comparación con los demás empleados. En relación con sus colegas en CBA, Malvina reconoce que en la oficina la conocían como “*la chica que puso Ricardo*”. Este lugar de privilegio que ocupaba le brindaba ciertas libertades en cuanto a la puntualidad y el presentismo, pero al mismo tiempo limitaba su interacción social con sus colegas. En una entrevista me describió este “tratamiento especial”:

*Obviamente conmigo son más tolerantes por el hecho de que a veces nosotras entrenamos a la mañana o jugamos y, bueno, tengo que faltar. Igualmente, en todo sentido son más tolerantes. A veces faltó un día en el que no jugaba o no entrenaba y debería haber ido, y no me descuentan el día. La verdad que no sé si es que saben que a la tarde entreno y llego tarde a mi casa y, bueno, se compadecen de mí, o porque a mí ahí me puso Ricardo y, bueno, ellos creen que, no sé, por ser “la chica que puso Ricardo” tengo que tener otros beneficios. Pero bueno, la verdad es que son más tolerantes conmigo.*

Hasta cierto punto esta tolerancia, sin embargo, también se extiende a las otras jugadoras que trabajan en Vaneduc, tanto en puestos administrativos como de limpieza, pero la diferencia principal es que cada una tiene un jefe diferente, y por lo tanto suelen tener menos margen para faltar sin justificación en comparación con Malvina. Por ejemplo, una jugadora empleada por CBA faltó unos días de trabajo para ir a su casa en el interior cuando terminó el torneo en julio 2016, pero esos días se descontaron de su sueldo mensual. En los puestos administrativos, la consecuencia de faltar sin una excusa válida puede resultar en la pérdida de la bonificación por presentismo a fin de mes. Pero, a diferencia de otros lugares de trabajo, estas faltas generalmente no resultan en el despido de una jugadora. Además, la posibilidad de organizar los horarios laborales de las jugadoras para evitar conflictos con entrenamientos y partidos es única y casi imposible encontrar afuera de Vaneduc. Otras jugadoras tienen que elegir entre trabajar y jugar para poder continuar una cosa o la otra debido a conflictos irresolubles de horarios. Tomamos el caso de Camila, una ex-jugadora de Boca y de la selección, que había dejado de jugar con solamente 24 años para seguir una carrera en la Policía de la Ciudad de Buenos Aires. En 2017, a los 27 años ella intentó volver a jugar en UAI Urquiza, pero antes de que terminara el campeonato tuvo que dejar de nuevo por las exigencias de su trabajo, sobre todo por sus horarios.

El otro trabajo altamente deseado entre las Guerreras es el puesto de encargada de la tienda oficial de indumentaria del club ubicada en la planta baja de la sede central de la universidad. Cuando la tienda abrió por primera vez en 2012, la dirigencia del club le ofreció el puesto a Mailen, que ya estaba trabajando en recursos humanos donde además ayudaba con la documentación de las varias categorías de fútbol y también la mandaban a la sede central de la AFA en la zona de Tribunales para llevar y traer documentos. Aceptó su nuevo puesto con gusto y mantuvo el trabajo hasta fines de 2015 cuando decidió aprovechar una oferta para jugar profesionalmente en Brasil. Casi inmediatamente después de que el puesto quedó disponible, la capitana del equipo, Liliana, lo ocupó. Liliana había estado esperando la oportunidad para

conseguir un trabajo administrativo, aunque seguía en proceso de completar sus estudios secundarios<sup>83</sup>.

El trabajo en la tienda de indumentaria es esencialmente sedentario con períodos breves de mucha actividad cuando los padres de los deportistas más jóvenes del club –de todas las disciplinas– tienen que comprar los nuevos uniformes para la temporada generalmente a principios de año. Para las jugadoras que están completando la secundaria o siguiendo una carrera universitaria, sin embargo, este empleo además ofrece la oportunidad para estudiar durante el horario laboral ya que casi no implica tareas administrativas más allá de la venta de indumentaria. Cuando Mailen volvió al club a mediados de 2016, estaba desilusionada porque no iba a poder volver a su puesto en el local de ropa y desde entonces sigue esperando una nueva oportunidad de trabajo –aunque pudo trabajar como profesora de educación física en las colonias de verano de Vaneduc en 2017-2018– hasta que el puesto se volvió a abrir en agosto de 2018 cuando Liliana aceptó una oferta para jugar en la primera división española.

En mis conversaciones con las jugadoras que trabajan en puestos administrativos, ellas reconocen que su empleo es un motivo fuerte para quedarse en el club. Mientras que varias empleadas de CBA que dejaron UAI Urquiza para seguir jugando en otro club o para dedicarse exclusivamente a una carrera universitaria, como abogacía o enfermería, pudieron mantener su trabajo, lo mismo no es cierto para los trabajos administrativos. Estos últimos vienen con un acuerdo tácito que el empleo dura mientras la jugadora sigue en el club. Desde que UAI Urquiza comenzó a ofrecer este tipo de trabajo, solamente una jugadora/trabajadora dejó el club de forma permanente. Esta jugadora se volvió a su provincia y para trabajar como preparadora física de algunas categorías juveniles de un club de Córdoba mientras jugaba en el equipo femenino de esa misma institución. Las demás son conscientes de los beneficios únicos de sus trabajos: ganar un sueldo mientras siguen compitiendo al nivel más alto del fútbol femenino en Argentina<sup>84</sup>. En Buenos Aires, las oportunidades de trabajo part-time son escasas, sobre todo del tipo que acomodaría los horarios para que no interfiera el trabajo de la jugadora con la práctica de su deporte. Además, en un mercado competitivo de empleo como el de Buenos Aires, la falta general de experiencia laboral entre las jugadoras complica aún más las chances de obtener un trabajo afuera de la institución.

---

<sup>83</sup> Liliana y otras compañeras estaban inscriptas en Adultos 2000, un programa virtual nacional para adultos que desean terminar sus estudios secundarios. Ellas estudian de forma individual por internet y rinden los exámenes en una sede física.

<sup>84</sup> La (semi-)profesionalización implicó que jugadoras de otros clubes también pudieran comenzar a (sobre)vivir del fútbol, cobrando un sueldo por su práctica con un contrato. Esta nueva vía laboral se discute en mayor detalle en el capítulo cinco.

Algunas jugadoras hasta describieron su situación como si estuvieran “atadas” al trabajo –no en un sentido negativo, sino en cuanto que les motiva para entrenar y trabajar de la mejor manera para poder “devolver algo al club” por las oportunidades que les brinda. Según Marcel Mauss (1966), el receptor de un don, o en este caso la beneficiaria de un beneficio, al aceptar, se establece una relación y así una obligación de recompensación:

El don, entonces, es algo que debe ser dado, que debe ser recibido y que, al mismo tiempo, es peligroso aceptar. El don en sí constituye un lazo irrevocable [...] El receptor depende del humor del donante, de hecho, cada uno depende del otro. (p. 58; traducción propia)

Dar es demostrar la superioridad de uno, demostrar que uno es más y está más alto, que uno es *magister*. Aceptar sin devolver o recompensar más de lo recibido implica la subordinación, volverse cliente y subordinado, volverse *ministro*. (p. 72; traducción propia, cursiva original)

Aquí las jugadoras reconocen que al “recibir” el “don” de un puesto de trabajo que les ofrece la institución, como también sería ocupar un lugar en un departamento del club, se genera una relación de dependencia. Para intentar reducir esta grieta ente donante y receptor, las jugadoras hacen una devolución a través del esfuerzo y compromiso no solo en su trabajo, sino también –capaz aún más– en la cancha. Ellas reconocen que el motivo central de su contrato laboral no es su capacidad de ser secretaria o administradora sino su habilidad y rendimiento deportivo. Por lo tanto, su contradon es dar de su tiempo, su vida, su cuerpo para dejar a UAI Urquiza “*en lo más alto*”. Al mismo tiempo, las jugadoras, a dar de sí mismas, también exigen cada vez más de la institución, pero volveremos sobre esto más adelante.

Aunque las jugadoras que trabajaban en Vaneduc no ganaban su sueldo directamente por el fútbol, se puede deducir que su sustento económico estaba íntimamente relacionado con su papel de futbolista. Sin embargo, este sustento es más bien un medio transitorio para sobrevivir mientras juegan, una herramienta de “supervivencia”, ya que sus empleos no son necesariamente compatibles con sus metas profesionales a largo plazo. Si bien no todas las Guerreras piensan en su futuro, o mejor dicho, su vida después del fútbol, una parte importante del equipo aprovecha las becas de estudio y también los recursos para completar el secundario, en el caso de las que habían abandonado el colegio antes de finalizar.

### **3.4 La educación: mirando más allá del fútbol**

Como vimos en el capítulo anterior, el concepto del “deportista educado” es un pilar fundamental de la filosofía deportiva de UAI Urquiza, un concepto que el club activa y públicamente promociona a través de las becas universitarias otorgadas a sus deportistas. Sin embargo, a veces se encuentran discrepancias entre la ideología de una institución y la realidad vivida por sus miembros. En el caso del fútbol femenino en UAI Urquiza, esta divergencia es

menos notable ya que la mayoría de las Guerreras se encuentra estudiando –completando la secundaria, siguiendo una carrera universitaria o ya están recibidas, en la UAI o en alguna otra institución–. Entre las jugadoras que estudian en la UAI, muchas serán las primeras de su familia en terminar una carrera universitaria o terciaria, y algunas representan la primera generación de su familia en completar la secundaria. Aunque no de la misma manera que en el fútbol masculino, hay evidencia de que, para algunas jugadoras, el fútbol tiene el potencial de ser una vía de ascenso social, a pesar de no tener la posibilidad de firmar un contrato profesional millonario, abriéndoles la puerta a oportunidades a las cuales no hubiesen accedido sin el deporte –educación, trabajo, viajes al exterior–. Si bien la UAI no requiere que sus deportistas estudien, ya con brindarles la posibilidad de recibir una beca de estudio resulta un incentivo importante para comenzar una carrera en la universidad. No es inédito que una Guerrera llega a UAI Urquiza con la intención de jugar únicamente y luego termina estudiando también, pero sobre todo por la facilidad que tienen como deportista del club para entrar a la universidad.

En 2016, de las 25 jugadoras fichadas en la lista de buena fe, con algunas más que se sumaban para los entrenamientos, solamente seis no estudiaban. De esas seis, tres jugadoras eran nuevas y dos tenían horarios de trabajo que complicaban su ingreso a una carrera en la UAI. Aunque hay algunas jugadoras que logran manejar la tríada de trabajar, estudiar y jugar, esto requiere un excelente manejo del tiempo y también implica una importante reducción en las horas de descanso tan esenciales para el rendimiento deportivo. Como veremos, las que intentan manejar las tres actividades reconocen que les resulta imposible rendir al cien por cien en cualquiera de las tres, aunque para la mayoría el fútbol mantiene la prioridad por sobre todo.

En mayo de 2017, 12 jugadoras estaban siguiendo una carrera postsecundaria en la UAI. La carrera preferida entre el equipo es educación física, también hay jugadoras que estudian profesiones en el ámbito de la salud y otras que eligen el camino del periodismo o de la administración de empresas. Si bien para muchas los beneficios más importantes que reciben del club son la vivienda y el trabajo, para otras, la oportunidad de estudiar es central en el momento de tomar la decisión para ingresar y quedarse en UAI Urquiza. Para Anabella, que llegó a UAI Urquiza a los 20 años –su imagen cuelga de un afiche de un metro y medio en el estadio de Villa Lynch junto con otros “ídolos” de la historia furgonera– la posibilidad de recibir una beca universitaria fue el único motivo por su pase al club. En 2010, cuando el DT Flores se acercó para que ella se sumara a su equipo, Anabella jugaba en Independiente de Avellaneda y ya contaba con experiencia jugando en River y también con la selección mayor y juvenil (categorías sub-17 y sub-20). A pesar de que UAI Urquiza no le ofrecía más que Independiente en términos futbolísticos, en ese momento el equipo se encontraba en la segunda mitad de la

tabla y las condiciones de los entrenamientos eran “pésimas” e irregulares, la conexión entre el club y la universidad le presentó una oportunidad única:

*A Maximiliano Flores lo empecé a ver en partidos míos con Independiente y me llamó para hablar. Me propuso ir con los beneficios de la beca universitaria. [...] Yo trabajaba como promotora o personal trainer y empecé ahí a estudiar a nivel universitario. Previamente hice cursos de personal trainer y de instructora infantil de fútbol. Yo ya sabía que quería ser kinesióloga y estaba en la disyuntiva: quería estudiar y sabía que en la universidad pública los horarios son complicados y es un año más por el CBC<sup>85</sup>. Así que me vino al pelo la beca.*

La oportunidad para estudiar en la UAI representaba no solo la posibilidad de realizar sus sueños sino también seguir jugando a un alto nivel. Anabella luego fue elegida como capitana y llevó al equipo a ganar su primer campeonato en 2012. Sin embargo, en 2013 una serie de complicaciones de salud debido a múltiples operaciones de rodilla para reparar una ruptura del ligamento cruzado anterior le obligó a dejar de lado su carrera de futbolista. Pero su tiempo en UAI Urquiza no terminó, sino que asumió el puesto de kinesióloga del equipo femenino mientras terminaba sus estudios, todavía becada por el club. Después de recibirse en diciembre 2014, Anabella siguió como kinesióloga de las Guerreras, acompañando al equipo en sus dos viajes a la Copa Libertadores en 2015 y 2016, tratando lesiones y guiando jugadoras en sus recuperaciones para volver a la cancha. Además del club, Anabella también trabajaba en una clínica y tenía varios pacientes particulares que atendía a domicilio. Para el equipo, la influencia de Anabella iba más allá de la salud física, sus capacidades como jugadora y capitana eran bien conocidas entre las Guerreras y sus opiniones, relacionadas al fútbol o a la vida en general, eran respetadas y bien recibidas.

Hasta fines de 2017, solo Anabella y Leila, una arquera, se habían recibido de la UAI, Anabella como Licenciada en Kinesiología y Leila como Profesora de Educación Física. Pero desde entonces, varias más terminaron sus carreras como Kendra que cursó una tecnicatura universitaria en periodismo deportivo y Mónica que terminó su último año de medicina a fines de 2018 –por eso en el equipo es conocida como “Doc”–. Como el caso de Anabella, la decisión de Mónica de sumarse a UAI Urquiza fue en gran parte motivada por su deseo de estudiar medicina. Oriunda de Río Negro, ella me admitió que la oportunidad de jugar en UAI Urquiza le brindó la posibilidad de estudiar la carrera con que siempre soñó:

*Siempre me gustó la medicina, pero en mi pueblo no hay, solo hay enfermería. Por un tema económico de mis papás, nunca hubiese pensado salir de ahí solamente para estudiar. Cuando se me dio para venir a la UAI y me ofrecieron la beca, vi que tenían medicina y fue cuando me terminé de convencer que podía hacer las dos cosas.*

---

<sup>85</sup> El CBC es el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires que representa el primer ciclo de estudios universitarios y consiste de una cursada de seis materias antes de ingresar a la carrera elegida por el estudiante.

Para Mónica, la mayor de cinco hermanos, cuatro de los cuales seguían en su pueblo en ese momento, y con padres separados, UAI Urquiza representaba la posibilidad de cumplir sus objetivos profesionales y deportivos. Ella podía organizar sus horarios de cursada y de exámenes para evitar conflictos con los entrenamientos, partidos y viajes relacionados al fútbol. Además, como en su pueblo no hay una facultad de medicina, su familia no tenía los recursos para apoyarla económicamente mientras vivía y estudiaba en otra ciudad. De su familia, fue la primera en recibirse de una carrera universitaria. Su padre lleva más de 20 años como empleado en un lavadero de autos desde que entró a los 18 años sin haber completado la secundaria, y su madre es cocinera repostera, trabajando en hoteles y restaurantes hasta los últimos años cuando comenzó a tener su propio emprendimiento de repostería por pedidos desde su casa. Entre las Guerreras, “Doc” es conocida por su entrega tanto al fútbol como a su carrera y siempre se la veía con un libro o con fotocopias estudiando mientras viajábamos en el micro hasta Rancho – cuando no se dormía luego de haberse quedado despierta hasta tarde la noche anterior preparando algún examen–.

Si bien en Argentina los títulos de universidades privadas se ven con algo de desconfianza y no tienen el mismo nivel de prestigio que un título de una universidad pública –un estilo de título “comprado” y no logrado por mérito y trabajo–, la dificultad y hasta imposibilidad de personalizar los horarios de las clases en las universidades públicas hace casi incompatible el deporte de alto rendimiento y el fútbol competitivo. Existen casos de deportistas olímpicos argentinos que han completado sus carreras universitarias mientras competían, como Paula Pareto, medallista de oro en Judo y médica recibida de la UBA, pero generalmente son deportes más bien individuales con horarios de entrenamiento ajustables. Para las jugadoras de UAI Urquiza que eligen estudiar en otras instituciones, los conflictos de horarios son constantes y ellas se ven obligadas a priorizar una cosa o la otra, sacrificando el rendimiento o deportivo o académico. Aun así, estudiar en la UAI no necesariamente asegura que nunca surgirá algún conflicto de horario, sobre todo para las jugadoras que además trabajan en Vaneduc.

Por los horarios de entrenamiento, es común que las jugadoras lleguen tarde a sus clases, sobre todo las que cursan a la noche y van directo a la universidad del predio o de la cancha. Tanto Ayelén, una defensora de 27 años como Beatriz, 28 años, mantienen puestos administrativos con Vaneduc. Ambas me expresaron su frustración sobre llegar siempre tarde y no poder dedicar el tiempo necesario a la lectura y trabajo requeridos por las materias. Ellas me comentaron que tenían “*el retiro en mente*” sobre todo por la edad, pero también porque sienten que ya lograron casi todo lo que querían. Las jugadoras más veteranas sienten más presión para terminar sus estudios para seguir con su vida después del fútbol. Ayelén y Beatriz

estaban estudiando la carrera de Martillero Público que requiere mucha lectura y conocimiento del Código Civil. El programa generalmente lleva dos años, pero estas jugadoras tenían la meta de completarlo en tres, cursando menos materias por cuatrimestre para preparar mejor los exámenes. Encontrar tiempo para estudiar fuera de las clases, el trabajo y el fútbol –sin tomar en cuenta ningún tipo de compromiso social– es un desafío con que se enfrentan muchas Guerreras, pero en vez de renunciar algunas horas de sueño esenciales para la recuperación física en el deporte de alto rendimiento, varias prefieren sacrificar sus notas y desempeño académico.

A pesar de las dificultades intrínsecas de buscar un equilibrio entre el fútbol, el estudio y/o el trabajo, en el equipo se puede observar un ambiente que fomenta la inversión en el futuro. Entre las Guerreras, el término “vaga” se aplica con frecuencia a aquellas jugadoras que únicamente se dedican a jugar al fútbol, una expresión que nunca se asocia con los jugadores profesionales del fútbol masculino –que cobran un sueldo por su práctica y tienen más horas de entrenamiento y de partidos–. Por ejemplo, en el grupo menos serio de WhatsApp del equipo, existía un chiste constante que generalmente surgía temprano los días de semana cuando las jugadoras que trabajaban o estudiaban a esa hora se saludaban y se burlaban de las “vagas” que seguían dormidas. Pero, hay que destacar que esta expresión no se utilizaba tanto como un insulto sino como un recordatorio indirecto del futuro incierto asociado con la carrera de una jugadora de fútbol. Además, solían ser las más veteranas que dirigían el término hacia las más jóvenes como una manera indirecta de incentivarlas para que aprovecharan de las oportunidades de estudio, y también trabajo, que ofrece UAI Urquiza. Si bien es la institución que otorga las becas, en realidad, la motivación más fuerte para estudiar surge del mismo equipo a través de discusiones entre compañeras. La mayor presión para estudiar, sin embargo, se aplica a las jugadoras que abandonaron sus estudios secundarios.

En el equipo, en 2017 había cinco jugadoras que habían dejado la secundaria, algunas por el fútbol y otras porque sus familias no consideraban a la educación como una prioridad. Es común que jugadoras del interior, de edad escolar, llamadas a las selecciones juveniles o a la mayor, en algunos casos, abandonen la secundaria. Durante épocas de preparación para campeonatos internacionales, la selección entrena de martes a jueves y las jugadoras del interior tienen que viajar todas las semanas a Buenos Aires donde se quedan en un hotel provisto por la AFA. Durante estas semanas, las jugadoras se ven obligadas a faltar a sus clases –en muchos colegios no hacen acomodaciones para estas deportistas– y quedan libres en sus cursos por la cantidad de faltas durante el año. Aunque les quede la opción de rendir libre, el hospedaje proporcionado por la AFA no cuenta con una figura de autoridad a cargo de las jóvenes y

tampoco es un ambiente conducente al estudio, sino más bien las jugadoras aprovechan para socializar con otras compañeras, a dormir o a ver televisión en su tiempo libre. Algo parecido ocurre con las jugadoras más jóvenes que se mudan a Buenos Aires antes de egresar para seguir una carrera futbolística en los clubes grandes como Boca y River. Pocas retoman sus estudios más adelante. Sin embargo, en 2018 en UAI Urquiza, cuatro de las cinco estaban en proceso de terminar la secundaria. Vaneduc no maneja directamente a las instituciones donde estudian estas jugadoras, pero la administración del club les facilita el ingreso de las futbolistas, junto con algunos jugadores varoniles. La otra jugadora que todavía no había terminado sus estudios secundarios recibía presión constante de sus compañeras para completarlos, sobre todo porque le quedaba rendir una sola materia.

Como ya vimos, la meta del Club UAI Urquiza según su página oficial es brindar la oportunidad a sus deportistas de “formar su mente en pos del desarrollo personal y profesional cuando su carrera deportiva concluya”. Pero dado el carácter optativo del estudio en la UAI, los deportistas mismos son los que deben tomar la iniciativa. Si bien es cierto que algunas jugadoras solamente “viven el momento” y no miran más allá del partido del fin de semana, a grandes rasgos las Guerreras son conscientes de la naturaleza temporal de sus carreras futbolísticas. Las deportistas tienen un período de tiempo limitado para competir a un nivel de alto rendimiento que fluctúa según una variedad de factores como el tipo de deporte, la salud corporal, la familia y la economía personal, entre otros. En el fútbol femenino argentino, este período tendía a ser aún más corto que otras disciplinas debido al estatus amateur que obligaba a las jugadoras a buscar fuentes de ingresos alternativas, pero habría que ver si la llegada del profesionalismo también logra extender la carrera deportiva de las futbolistas.

### **3.5 Precariedades “laborales”**

¿Qué ocurre cuando la conexión entre club y jugadora se corta? ¿Qué pasa cuando el club deja libre a una jugadora o ella misma se quiere ir? En esos momentos, las ambigüedades del amateurismo tendían a jugar a favor de la institución, dejando a las jugadoras casi sin recursos para proteger sus propios intereses. De manera similar a la etapa pre-profesional del fútbol masculino, las jugadoras antes de la profesionalización en 2019 tampoco tenían contratos con sus clubes, sino que la AFA empleaba el sistema del “pase permanente”. En este sistema, los pases de las jugadoras pertenecían al club y, por lo tanto, la institución tenía el poder decisivo sobre el futuro de las deportistas. La dirigencia podía decidir otorgar el “pase libre” a una jugadora para que pudiera cambiar de club si el cuerpo técnico ya no la deseaba más, por

motivos futbolísticos o conflictos personales, por ejemplo. En cambio, si una jugadora considerada valiosa para el equipo decidía que quería cambiar de club, los dirigentes y/o el cuerpo técnico podía negarle el pase, una situación que era bastante común entre los clubes del torneo de la AFA, y UAI Urquiza no era una excepción.

Mi propio “pase” a UAI Urquiza fue un proceso complicado. Inicialmente, en 2015 se llevó a cabo en forma de un “préstamo” de un año de mi club anterior, River Plate. Finalmente, en julio 2016 se concretó mi pase y quedé como jugadora exclusivamente de UAI Urquiza. Sin embargo, lograr el cambio de club implicó convencer a la presidente de fútbol femenino en River y las demás autoridades de ese departamento con mucha persistencia y un esfuerzo importante no solamente de mi parte sino también de la dirigencia de UAI Urquiza. En la primera reunión con la presidente y la vicepresidente, yo expresé mi deseo de dejar el club sobre todo por “problemas personales”<sup>86</sup> con el director técnico. Ellas me dijeron que se sentían desilusionadas con mi decisión pero que no iban a impedir mi salida. Esa misma noche, recibí una llamada telefónica agresiva del entrenador que duró unos diez minutos. Durante esa “conversación” unilateral, con lenguaje abusivo, el entrenador me acusó de “*poco agradecida*”, “*agrandada*”, de ser “*como todas*” en ese ámbito. También me dijo que no hubiera tenido la oportunidad de jugar con la selección si no hubiera sido por él. Cuando me contacté con la presidente para indagar sobre las novedades de mi pase, me informó que la dirigencia y el cuerpo técnico todavía no habían llegado a una decisión: “*Después de todo lo que invertimos en vos, sos patrimonio del club y no te podemos dejar ir así nomás*”. Luego de un mes de idas y vueltas con River, hasta el día anterior de la fecha de la clausura del mercado de pases, casi negándome la posibilidad de participar en la Copa Libertadores 2015 con las Guerreras, tuve que recurrir a amenazas de contratar a un abogado, y el club finalmente me dejó ir a préstamo durante un año.

Esta estrategia de retener jugadoras e impedir su pase a otro club no era única a River. En 2017, después de casi dos años de lucha, UAI Urquiza cedió el pase de Alfonsina, una delantera, a Boca Juniors. A lo largo de ese tiempo, Alfonsina jugó un año en San Lorenzo a préstamo y también pasó una temporada en Chile para esperar el vencimiento automático de los derechos del pase por los dos años estipulados por el reglamento de la AFA<sup>87</sup>. El club

---

<sup>86</sup> Utilicé el término “personal” durante mi reunión con la presidente y vice-presidente de fútbol femenino en River en este caso para evitar tener que hacer referencia directa al uso de lenguaje abusivo y explícitamente sexual dirigido hacia mí y hacia el equipo en general.

<sup>87</sup> Si una jugadora no firmaba la lista de buena fe durante dos años consecutivos, ella se quedaba “libre” y podía pasar a cualquier club. Sin embargo, a lo largo de ese período, la jugadora no podía entrenar con otros equipos, dejándola con una desventaja importante en la búsqueda de su próximo club.

argumentaba que había invertido demasiado en la jugadora para simplemente dejarla libre, sin hacer referencia explícita a su deseo de retenerla por sus talentos futbolísticos excepcionales – con tan solo 18 años ya había jugado en varias competencias internacionales con la selección mayor y con las juveniles, demostrando mucha promesa y condiciones para el futuro—. Aún durante las semanas previas a su préstamo a San Lorenzo, UAI Urquiza impidió que ella practicara con su futuro club, amenazando con una penalización que les costaría puntos en la tabla del torneo por violar el reglamento sobre la participación de jugadoras fichadas en otros clubes en los entrenamientos. Para completar su pase a Boca, los clubes llegaron a un acuerdo por un intercambio de pases, cambiarían el pase de la joven delantera por una jugadora boquense que deseaba dejar el club para ir a UAI Urquiza. Este tipo de negociación era común entre los mejores equipos que no querían dar ventaja a sus rivales a través del pase libre de una jugadora habilidosa. Sin embargo, estos intercambios se podían complicar cuando existía una diferencia notable en términos de talento futbolístico de las jugadoras involucradas o cuando un club no tenía jugadoras interesadas en irse. En este último caso, la jugadora que deseaba dejar su club podía ser retenida contra su propia voluntad hasta que el club llegara a algún acuerdo, como a través de un préstamo, por ejemplo.

El procedimiento para irse del club para las que ya no deseaban continuar compitiendo en el torneo de la AFA o para las que no eran consideradas “esenciales” para el éxito del equipo era muy diferente a las situaciones descritas arriba. Generalmente, los clubes no se oponían a la salida de estas jugadoras y hasta facilitaban la entrega de su pase libre, sobre todo si era para ir a un club de la segunda mitad de la tabla o a otra liga. Sin embargo, la situación era muy diferente para las jugadoras que se iban por decisión no propia, como cuando el director técnico decidía “dejar libre” a una jugadora porque “no le sirve”. Desde mi llegada a UAI Urquiza en octubre 2015 hasta fines de 2017, 13 jugadoras se fueron del club, cuatro por su propia voluntad para jugar en el exterior (incluyendo España, Brasil, e Israel) y las demás por una decisión del entrenador. Según Borrello, estas nueve jugadoras no poseían las habilidades necesarias para seguir con el equipo, y a fines de 2015 y de 2016, cada una recibió un mensaje de texto o una llamada telefónica con la noticia que tenía el pase libre, es decir: ya no formaba parte de las Guerreras.

De estas nueve jugadoras, seis vivían en los departamentos del equipo, tres trabajaban en CBA y tres estudiaban en la UAI. Para las jugadoras que dependían del club para su vivienda, trabajo y/o estudios, su despido repentino generó una situación de desesperación, sobre todo para aquellas que no contaban con el apoyo económico de sus familias para seguir viviendo en Buenos Aires y jugando en el torneo de la AFA. Una jugadora, acá le decimos Dolores, que

vivía en el departamento de Congreso, trabajaba en CBA y estaba siguiendo una carrera de derecho en la UAI, me contó que cuando se enteró de la decisión de Borrello, al principio no se sintió dolida. Sus prioridades habían cambiado, quería terminar sus estudios y recibirse como abogada. Entre el trabajo, las clases y el fútbol, Dolores no podía lograr las notas que deseaba porque le resultaba imposible dedicar el tiempo necesario para leer, completar los trabajos prácticos y preparar exámenes. Sus sentimientos cambiaron, sin embargo, cuando la dirigencia le informó que no iba a seguir otorgándole la beca deportiva. Luego de quedar libre del equipo en diciembre 2015, Dolores se volvió a mudar con su madre que vivía en Zona Oeste del Conurbano Bonaerense a más de una hora de la UAI en transporte público. Debido al tiempo extendido de viaje y sus horarios exigentes, Dolores tuvo que dejar su trabajo con CBA para seguir estudiando. A mediados de 2016, nos encontramos por la calle cerca de la UAI. Me contó su situación y expresó su ansiedad en cuanto a las dificultades económicas generadas por la terminación de su beca, su madre apenas podía mantener la casa y ni hablar de pagar las cuotas costosas de una universidad privada. Como Dolores estaba en sus últimos años de la cursada, cambiar a otra universidad y correr el riesgo de verse obligada a repetir materias o años de cursada no era una opción.

La experiencia de Dolores no es única. En agosto 2016, Borrello le informó a Sara, una jugadora oriunda de Mendoza, que necesitaba conseguir otro club, aunque sea a préstamo, porque no la iba a tener en cuenta para un lugar en el equipo. En el momento que recibió la llamada, Sara se encontraba cursando su primer año de kinesiología en la UAI con una beca deportiva y viviendo en el departamento de Congreso. A diferencia de Dolores, Sara no tenía parientes en Buenos Aires, toda su familia estaba a más de 1000 kilómetros, tampoco podía financiar su propia vivienda y encima pagar la cuota de la universidad. Cuando Sara me contó lo que había pasado, sentí un nudo formarse en la garganta por la rabia que sentía, me parecía una injusticia. Sara y yo éramos compañeras de entrenamiento y amigas íntimas, ambas estábamos lejos de nuestras casas y las dos luchábamos para completar nuestros respectivos estudios, ella en kinesiología y yo en ciencias sociales. Pensaba en su esfuerzo para entrenar a veces doble turno y cursar a la noche, también había bajado casi diez kilos para acercarse al peso corporal recomendado por la nutricionista del club.

En este caso, a pesar de su despido del equipo, la dirigencia decidió permitir que Sara continuara viviendo en el departamento del club hasta que terminara el cuatrimestre en diciembre con beca completa. En un principio, Borrello había planificado traer a otra jugadora para ocupar el lugar de Sara en el departamento de Congreso, pero la arquera logró comunicar la gravedad de su situación al vicepresidente del club, Ricardo Pinela. Si la echaban del

departamento, no podría terminar el cuatrimestre y tendría que dejar la carrera, perdiendo las materias que había cursado durante el año. Sara deseaba poder seguir jugando en otro club del torneo de la AFA mientras estudiaba en la UAI, pero las dificultades económicas la obligaron a volver a su casa. Nuevamente en su provincia, ella trabaja en la despensa de su familia y volvió a comenzar la carrera en otra universidad, su nueva facultad no reconoció las materias que había cursado en la UAI.

De la misma manera, cuando el club les dio el pase libre a las otras jugadoras, ellas también tuvieron que reorganizar aspectos centrales de sus vidas que dependían de su lugar en el equipo femenino de UAI Urquiza. En el amateurismo, no existen recursos para las jugadoras cuando quedan libres, la dirigencia simplemente borra el nombre de la lista de buena fe y la jugadora tiene que resolver su futuro sin ningún tipo de apoyo institucional. Al ser profesional el fútbol masculino, un jugador de la primera división y la reserva, en cambio, cuenta con un contrato que tienen cláusulas específicas que el club debe respetar aun cuando un entrenador decide que ya no lo quiere más en su equipo<sup>88</sup>. En 2016, cuando UAI Urquiza contrató a un nuevo director técnico para la primera división masculina, observé cómo este artículo protegió a varios jugadores que habían sido avisados por el entrenador que no los iba a tener más en cuenta para la próxima temporada, es decir, no los quería en el club. Esos jugadores, sin embargo, mientras buscaban oportunidades en otros clubes, seguían cobrando un sueldo en UAI Urquiza mientras cumplían con las estipulaciones de sus contratos como asistir a los entrenamientos sin faltar, aunque trabajaran de manera diferenciada del equipo<sup>89</sup>.

En una conversación con el entrenador de arqueros del club –que trabaja con todas las categorías masculinas, aunque su prioridad es la primera–, hablamos sobre la situación de un arquero que se encontraba entre ese grupo de jugadores en busca de otro club. Cuando le

---

<sup>88</sup> Según el Artículo 17 del Convenio Colectivo de Trabajo Número 557/09 entre la AFA y Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA), “1. La entidad está obligada: 1.1. A pagar todas las prestaciones patrimoniales establecidas en el contrato y/o contratos –registrados o no– en las condiciones y términos determinados en ellos, aun cuando no utilizare o prescindiere de los servicios del futbolista” mientras el jugador cumpla “leal y fielmente” sus obligaciones. El convenio se puede leer en su versión completa en la página web oficial de FAA: <http://www.agremiados.com.ar/noticias/73/convenio-colectivo-de-trabajo.html>. Luego de la (semi-)profesionalización del fútbol femenino, aquellas jugadoras con contratos ya cuentan con estas mismas protecciones.

<sup>89</sup> Sin embargo, FIFPRO (2012), la unión global de futbolistas, clasifica el entrenamiento diferenciado o separado del equipo obligatorio como una forma de abuso de jugadores, generalmente empleado por clubes para meterle presión a un jugador por varios motivos: para que renueve su contrato con el club, para que termine su contrato con el club sin demandar por compensación y para que acepte una reducción de salario. En su investigación sobre futbolistas en Europa Oriental, FIFPRO encontró que un 15% de jugadores entrevistados habían sido obligados por su club a entrenar de forma diferenciada –este porcentaje era más alto para algunos países en particular como por ejemplo en Grecia donde 25% de los jugadores experimentaron este tipo de abuso–. Aunque esta discusión va más allá de esta tesis, es importante destacar que la existencia de contratos no necesariamente implica una ausencia de abusos por parte de los clubes.

pregunté si un jugador hipotéticamente se podría quedar entrenando y cobrando un sueldo en UAI Urquiza hasta la fecha de vencimiento de su contrato, me respondió que sí, pero que “*nadie lo hace porque no conviene estar parado tanto tiempo sin partidos, sin estar dentro del equipo. ¿Después cómo hace para seguir jugando en otro lado? ¿Quién lo va a querer?*” Si bien el jugador se encuentra en necesidad de buscar otro club, o, si decide dejar el fútbol, otra carrera, por lo menos mientras tanto, cuenta con un respaldo económico durante el tiempo que lleva encontrar su próximo trabajo. Por otro lado, en el amateurismo, las jugadoras del torneo de AFA no tenían ese tipo de protección cuando un entrenador les dejaba libre, sino que generalmente se quedaban sin ningún tipo de apoyo del club.

La falta de contratos en el fútbol femenino no se limita a Argentina, sino que es una característica de la disciplina a nivel global, según un estudio de FIFPRO World Players’ Union (2017) sobre las ligas más competitivas del mundo. En esta indagación sobre la situación de trabajo de las jugadoras de fútbol, se observó que, de todas las deportistas entrevistadas, sólo 53%<sup>90</sup> cuenta con un contrato por escrito en comparación con 92% de jugadores varones, y casi 50% no recibe un sueldo de sus clubes –y entre las que sí reciben un sueldo, 60% gana menos de 600 dólares por mes y 37% denuncia retrasos para cobrar– (FIFPRO, 2017). Si bien en Argentina las jugadoras no eran profesionales hasta 2019, previo a la profesionalización, en UAI Urquiza, muchas Guerreras dependían del club por su sustento diario. Sin embargo, la devaloración e inseguridad en el trabajo de las mujeres va más allá del fútbol, y se extiende a otros ámbitos laborales.

Estos procesos de subestimación y vulnerabilidad se pueden clasificar como “feminización”. La feminización se refiere al aumento de la femineidad en un ámbito, o la entrada de mujeres a ámbitos previamente reservados a los varones; la propagación de características consideradas en la sociedad como femeninas; y/o la devaloración de lo subordinado como asociado a lo femenino<sup>91</sup> (Fondas, 2001; Peterson, 2010). Las personas que trabajan en puestos que se consideran como “trabajo de mujer” suelen ser subvaloradas, invisibilizadas y hasta no recompensadas. En el caso del trabajo doméstico, tareas típicamente asociadas y realizadas por mujeres, a nivel global hay una tendencia hacia la informalidad del

---

<sup>90</sup> La investigación también destaca que de este 53% de jugadoras con contrato, la duración promedio del contrato era de 12 meses (FIFPRO, 2017). Por lo tanto, el sólo hecho de tener contrato tampoco brinda seguridad laboral para las jugadoras, sobre todo si es por una duración corta ya que también se observó una relación inversa entre la edad de la jugadora y el tiempo que dura del contrato. Las jugadoras más grandes tienen menos chances de firmar un contrato de más de un año lo cual también contribuye a una alta tasa de deportistas que dejan el fútbol antes de llegar a lo que se podría llamar la cima de su carrera.

<sup>91</sup> La feminización no sólo se aplica a las mujeres sino entre hombres que no cumplen con las normas de la masculinidad hegemónica, marginados por su raza, sexualidad, clase, y otras categorías subordinadas en la sociedad.

trabajo, una falta de regulación y de beneficios como aportes hacia la jubilación y la obra social (Gorban y Tizziani, 2018). Por lo tanto, las trabajadoras domésticas sufren una doble vulnerabilidad, primero por el trabajo y segundo porque la mayoría provienen de sectores subordinados con diferencias de educación, clase, nacionalidad y/o raza entre ellas y sus empleadores. Según V. Spike Peterson (2010) la devaluación a través de la feminización “normaliza –con el efecto de legitimizar– la marginalización, subordinación y explotación de las prácticas y personas feminizadas” (p. 19). En el fútbol de mujeres en UAI Urquiza, esta devaluación y vulnerabilidad se observaba en la negación de reconocer a su práctica como profesional, su ubicación en puestos de trabajo más subordinados –limpieza, recepción, vendedora de indumentaria–, la situación de vivienda compartida que nunca se vuelve propia y la ausencia de protección formal ante el despido del club.

Más allá de la incertidumbre laboral asociada con jugar al fútbol femenino, existe otra causa que contribuye a la precariedad de esta disciplina: conflictos con el cuerpo técnico u otras figuras de autoridad en el club. Estos pueden manifestarse en varias formas, pero quiero concentrarme en una de las más graves: el abuso y acoso sexual, tanto verbal como físico, de los deportistas. Si bien es una problemática más visible, o más esperada, en los deportes de mujeres –el entrenador que se aprovecha y abusa de una joven deportista–, también ocurre en los deportes masculinos, aunque esté más oculto.<sup>92</sup> En marzo 2018 la existencia de una red de prostitución que utilizaba a los jugadores de las divisiones inferiores de Club Independiente de Avellaneda, y muy probablemente de otros clubes de la Superliga, generó furor en los medios y en las redes sociales. Esta red involucraba como clientes a empresarios, políticos, árbitros y otras figuras de autoridad del fútbol. Pero el destape del escándalo reveló otra verdad, como destacan Branz, Czesli y Murzi (2018): “las condiciones de vulnerabilidad en que se encuentran numerosos jóvenes que transitan por los clubes de fútbol en Argentina”. Si bien las “condiciones de vulnerabilidad” que describen estos autores están relacionadas con el sueño

---

<sup>92</sup> A fines de 2016 en Inglaterra, hubo un destape de denuncias legales de más de cien jugadores, retirados y actuales, contra entrenadores y buscadores de talento durante su tiempo en las academias formativas de más de 30 clubes. En Argentina, más bien hay un silencio sobre el abuso de jugadores juveniles, sobre todo en los clubes asociados a la AFA donde los más poderosos se protegen entre ellos. Sin embargo, en un club de La Pampa en 2017, el entrenador de categorías infantiles Héctor Kruber fue denunciado por haber pedido que sus jugadores “durmieran juntos desnudos” y “practicar sexo oral” durante un viaje en equipo para un torneo provincial. Como la policía no pudo encontrar evidencia “suficiente” para llevar a cabo un juicio contra el entrenador, lo dejaron libre. Fue despedido luego de las denuncias, pero Kruber ya había pasado más de treinta años dirigiendo menores en ese club. El tema del abuso sexual de jugadores masculinos de las categorías infantiles y juveniles es uno que merece más consideración y atención desde el ámbito académico. Con mayor información y comprensión sobre el tema del abuso sexual de los varones a través de investigación académica puede reducir la estigmatización y así generar un clima menos amenazante y más conducente para que las víctimas puedan buscar apoyo (Abdullah-Khan, 2008).

del joven jugador de llegar a ser profesional, en el fútbol femenino de la AFA, las jugadoras también se encuentran vulnerables e indefensas ante situaciones de abuso y de injusticia.

Muchos jugadores argentinos, tanto varones como mujeres, que han sufrido violencia sexual verbal y/o física de una figura de autoridad en su club no denuncian a sus abusadores por razones de miedo –miedo de tener que irse del club, de tener que revivir la experiencia, de vergüenza–. En 2014, una ex-compañera de club, Martina, recibió un mensaje privado de WhatsApp de su director técnico con un contenido sexual. Junto a una fotografía de su cuerpo semi-desnudo, el entrenador le solicitó directamente fotografías desnudas. Ella le negó su propuesta, pero eligió no denunciarlo a la dirigencia del club. Tampoco habló con otra figura de autoridad en el equipo; el director técnico luego le aclaró que tuviera cuidado porque él tenía “*amigos poderosos*” dentro de la institución.

La posición de poder que ocupan los entrenadores es aún más notable cuando tienen jugadoras menores de edad a su cargo, oriundas de sectores marginados y/o de situaciones familiares violentas (Cense & Brackenridge, 2001). Varias jugadoras de otros clubes me contaron sobre sus experiencias con la violencia doméstica en sus propias familias, algunas que la habían experimentado en carne propia y otras que fueron testigos directos del abuso de su madre y/o su hermana por algún pariente masculino –padre, pareja, tío–. Frecuentemente, las jugadoras que son víctimas del abuso sexual de un entrenador u otra figura de autoridad en el club deciden no contar nada sobre el abuso por miedo de la posible retribución del abusador y hasta de la institución en sí. Cuando yo le aconsejé a Martina para que hablara con la dirigencia del fútbol femenino en el club, se negó. Me dijo que no serviría denunciarlo porque era su palabra contra la del técnico y la institución no la iba a apoyar sobre el entrenador. En vez de arriesgarse a ser humillada denunciando el comportamiento del entrenador a la dirigencia, ella prefirió terminar la temporada y dejar el club en silencio, dejando al técnico en su lugar como si no hubiera sucedido nada.

Aún si Martina hubiera elegido proseguir con una denuncia formal de abuso sexual, no había un procedimiento claro para seguir. Si bien el Consejo Nacional de Mujeres ya había creado el Observatorio de la Violencia contra las Mujeres, no existen recursos directos para deportistas dentro de los clubes o las federaciones en casos de abuso. La falta de protección para las jugadoras del fútbol femenino produce un ambiente precario no solo en cuanto a sus carreras deportivas sino también a su bienestar personal, dejándolas expuestas y esencialmente

sin defensa contra abuso verbal y/o físico de las mismas autoridades que en realidad las tendrían que cuidar<sup>93</sup>.

Las ambigüedades que se vivían (y se sigue viviendo) en el fútbol de mujeres nos llevan de nuevo al tema del “marronismo” y las complicaciones que éste conllevaba en cuanto a la borrosa frontera entre el profesionalismo y el amateurismo. La falta de claridad en cuanto al papel de la jugadora y su relación con la práctica y con la institución generaba un espacio “laboral” incierto y precario que donde ellas tienen pocos derechos y pocos mecanismos (si existen) para protegerse y cuidarse (debido en gran parte a la falta de contratos) frente a los intereses del club. A la vez este estado incierto ocasionaba más beneficios para la institución que frecuentemente manipulaba estas ambigüedades a su favor como, por ejemplo, dejando libre a una jugadora que según la mirada del director técnico no estaba rindiendo al nivel futbolístico necesario para seguir en el equipo, o por el otro lado no otorgando el pase libre a una jugadora que se quería ir del club. A pesar de estas dificultades, sin embargo, las jugadoras de UAI Urquiza intentaban comportarse como profesionales en muchos sentidos, con la meta de que las instituciones las comenzaran a ver como tal.

---

<sup>93</sup> En los últimos años, se comenzaron a formar áreas de género en los clubes (Hang, 2020) cuyas actividades también incluyen la creación de protocolos en torno al acoso y el abuso sexual que pueden ocurrir dentro de las instituciones deportivas. Sin embargo, el papel de cada área varía según el club y así también el alcance de sus iniciativas y los protocolos propuestos. Por lo tanto, todavía es difícil medir el impacto de estas áreas en las posibilidades de las (y los) deportistas de poder realizar denuncias por acoso o abuso en los clubes.

## **CAPÍTULO 4 | “PROFESIONALES” SIN SUELDO: las experiencias de las jugadoras**

*Es mi vida en este momento. Todo, todo, absolutamente todo pasa por el fútbol. El trabajo para poder mantenerme para poder seguir acá. Vivir en un departamento que me da el club. Estoy lejos de mi familia para poder jugar. Todo, absolutamente todo lo que hago, tiene como fin el fútbol.*  
**-Malvina. 26 años. Delantera.**

### **4.1 Las jugadoras y sus “raíces”: trayectorias futbolísticas**

Más allá de la distinción amateur/profesional que separa al fútbol femenino del masculino, la segunda diferencia más notable se observa en las trayectorias y la formación juvenil de las jugadoras. En Argentina existe uno de los sistemas formativos del fútbol masculino más prestigiosos a nivel global que produjo y produce algunos de los mejores jugadores de la historia. Los jóvenes que se destacan en el campeonato local generalmente terminan siendo vendidos por cifras millonarias y exportados sobre todo a clubes de ligas europeas, aunque en las últimas décadas con la globalización del fútbol también los llevan a equipos de las nuevas ligas del Medio Oriente y de Asia que atraen a las estrellas con sueldos descomunales (Poli, 2010). Una de las deudas más pronunciadas del fútbol femenino, en cambio, es justamente la falta de categorías infantiles y juveniles. En el caso de UAI Urquiza, y de la gran mayoría de los clubes del torneo oficial, hasta 2019 había solamente una categoría femenina: la primera. Si bien en 2019 la formación de un torneo de reserva para jugadoras con menos de 20 años fue un avance como parte de los proyectos de la nueva gestión del fútbol femenino en la AFA, actualmente no existen otras categorías formativas para las futbolistas más jóvenes. La situación en el interior del país no difiere mucho de la capital, algunas provincias, como Córdoba y San Luis, han logrado establecer torneos de reserva o de juveniles, pero cuentan con pocos recursos, estabilidad y apoyo institucional.

Si no existen equipos infantiles y juveniles para niñas, ¿cómo empiezan a jugar al fútbol las jugadoras argentinas? Para intentar responder a esta pregunta, entre otras sobre el camino y la llegada de las futbolistas a los niveles de alto rendimiento, las entrevistas con mis compañeras fueron claves. Con un enfoque del curso de vida (Elder, 1985 & 1991, citado en Blanco, 2011), les pregunté sobre sus raíces en el fútbol hasta su actualidad. Las entrevistas duraron entre una y dos horas, y en algunas instancias tuve que volver a hacer algunas preguntas otro día para aclarar o profundizar algunos eventos o recuerdos. Tomaron un formato más de conversación que de entrevista y en varias instancias, hubo mates compartidos a lo largo de la charla. En el

análisis intenté reconstruir sus trayectorias, que no eran casi nunca lineales y variaban entre las jugadoras, con una atención especial en los momentos de transición –como cuando comenzaron a jugar, a estudiar, a trabajar o cuando se mudaron de ciudad– y en los “turning point” (Miranda, 2016) –que para muchas tenía que ver con su salida del fútbol recreativo o informal y su entrada al fútbol oficial o de alto rendimiento–. Esta reconstrucción, sin embargo, tiene en cuenta que los relatos de las jugadoras en las entrevistas también son reconstrucciones, que lo que ellas me contaban, lo que ellas destacaban, ya era una forma de darle sentido a ciertos eventos en sus vidas y así, darles sentido a sus propios cursos de vida y también expresar sus identidades (Murphy, 2005).

Entre las Guerreras se pueden observar algunas similitudes en sus inicios. Casi todas comienzan jugando de manera informal “*en el barrio*” con familiares o amigos varones. Luego, por iniciativa propia o ajena, como de los padres, hermanos o conocidos, algunas logran inscribirse en un campeonato organizado como una escuelita de fútbol para niños donde muchas veces hay una única niña en su equipo y hasta en toda la liga. Cuando estas jugadoras llegan a los 13 o 14 años cuando los varones entran a la pubertad, ya se les quita la posibilidad de jugar en equipos masculinos en torneos oficiales por alguna norma explicitando la condición de sexo masculino como requisito de participación, o porque sus entrenadores consideran que a partir de cierta edad una jugadora ya no puede competir más con varones por cuestiones fisiológicas. Este es el momento en el que las trayectorias se desvían: las jóvenes dejan de jugar de forma organizada, encuentran un equipo de mujeres que compite en un torneo local o dejan de jugar del todo. La mayoría de las jugadoras que compiten en el torneo de la AFA, sobre todo las que vienen del interior, toman el segundo trayecto, pero es cierto que otras llegan al campeonato luego de jugar únicamente en torneos “*de barrio*” o “*relámpagos*”<sup>94</sup>.

La falta de categorías infantiles y de inferiores femeninas genera un aspecto de peculiaridad para las niñas que eligen jugar al fútbol. En el caso de las Guerreras, muchas se acuerdan de estar rodeadas por varones cuando empezaron a jugar. Por ejemplo, Liliana y Beatriz eran las únicas niñas no solamente en sus respectivos equipos sino en toda la liga. Ambas tuvieron la oportunidad de comenzar en clubes de barrio a una edad temprana con el

---

<sup>94</sup> Los torneos relámpagos son campeonatos recreativos de una duración de uno o dos días en los cuales compiten equipos que generalmente se forman en los días previos al torneo y que no suelen entrenar en preparación para la competencia. La mayoría tienen un costo de inscripción para las jugadoras que participan y a veces ofrecen premios económicos para los equipos ganadores. Compañeras mías se acuerdan de cómo esta motivación por salir campeón generaba un tipo de competencia en la cual “valía todo” y eran comunes los choques violentos y golpes fuertes entre las jugadoras para lograr la victoria. Hoy, con la expansión de este estilo de torneo a otros sectores socioeconómicos –hacia los más altos–, esta imagen de violencia se ha ido convirtiendo en una de diversión e interacción social para amigas buscando participar en una actividad deportiva, aunque los golpes y los choques se siguen dando.

apoyo de su familia. La pasión por la pelota que desarrolló Liliana nace de una necesidad de su hermano mayor cuando éste practicaba remates al arco en su tiempo libre:

*[Mi hermano mayor] siempre jugaba al fútbol y me utilizaba de arquera, me mandaba al arco y me empezó a gustar [...] Entonces, mis viejos veían que, no es que tenía condiciones, sino que veían que me gustaba el deporte. Entonces, me llevaron a un club dónde jugaba mi hermano y ahí arranqué. O sea, con tan sólo cuatro o cinco años y siempre jugando con varones porque donde yo vivo no había fútbol femenino.*

De manera parecida, Beatriz también tuvo su primer contacto con el fútbol con un familiar varón, en este caso con sus sobrinos que tenían la misma edad que ella. Antes de los partidos del club local de Cañada Rosquín, un pueblo en la provincia de Santa Fe, “*de chiquita entraba primero con mis sobrinos con los jugadores de primera como mascotas*”. Después de salir de la presentación antes del partido ella y sus sobrinos se quedaban jugando afuera de la cancha con la pelota. Comenzó a jugar de manera recreativa con amigos hasta que un día un técnico de una escuela de fútbol se acercó para invitarla a jugar:

*Un día estaba jugando con un compañerito del jardín afuera de una práctica, esperando a que mis sobrinos terminen de practicar. Como yo estaba pateando con el chico, el técnico que estaba ahí me vio y se acercó a preguntar a ver si yo quería jugar. Hablaron con mis papás y mi mamá le dijo que sí, que si yo estaba bien y quería jugar, no había problema. Así que empecé a los cinco años a jugar en cebollitas en el club de mi casa.*

Si bien ni Beatriz ni Liliana tuvieron dificultades en el momento de inscribirse en sus respectivas “*escuelitas*”, para Lucía, oriunda de Merlo en zona oeste de Gran Buenos Aires, conseguir un lugar para jugar de joven no fue sencillo. Como sus compañeras del interior, también comenzó jugando con familiares varones, en su caso su hermano mayor le armaba obstáculos para trabajar el manejo de la pelota en el jardín utilizando los adoquines sueltos que encontraba en la calle. Llevar la pelota esquivando los adoquines se convirtió en un ritual diario hasta el punto de que su mamá se dio cuenta de que Lucía era una apasionada de la pelota y empezó a buscar escolitas de fútbol que aceptaran niñas. Lucía se acuerda de cómo ella le pedía a su mamá para jugar y ella le respondía, “*pero no consigo para vos*”. Su mamá iba de club en club preguntando si Lucía podría inscribirse y en todos le respondían que no, hasta que llegó a un club en San Antonio de Padua, una localidad cercana a Merlo, y el técnico le dijo que “*no había problema, que venga*”. En Estudiantes de Padua, Lucía comenzó a los siete años como la única niña en un equipo de niños, hasta unos años después cuando se sumó otra jugadora que compite en el torneo femenino de la AFA en el club San Lorenzo.

La gran parte de las escolitas de fútbol, sobre todo las que no pertenecen a clubes de la primera división, cobran una cuota mínima para cubrir los gastos implicados por la práctica, como los sueldos de los profesores y los técnicos, los costos del uso de las canchas y la indumentaria entre otras cosas. De la misma manera, cuando yo comencé a jugar en los torneos

recreativos y formativos en Estados Unidos, en los que participé hasta los once años, también se pagaba una cuota para poder jugar. A diferencia de la mamá de Lucía, sin embargo, mis padres no experimentaron ninguna dificultad en la hora de buscar un equipo. Era cuestión de presentarse en la liga infantil de la ciudad que tenía su sede en unas canchas municipales, entregar mis datos para ver de qué categoría era según la edad y a partir de ahí, la liga se encargaba de distribuir las jugadoras en una cantidad de equipos determinada por el número de niñas inscriptas. La cuota cubría el costo de la inscripción, los materiales y el uniforme –mi primer equipo usaba camiseta, pantalón y medias de un color púrpura fuerte y nos llamábamos los “Purple People Eaters” por la película de ciencia ficción de 1988 del mismo nombre–. Entrenábamos dos días por semana a la tarde en la cancha de un colegio primario cerca de mi barrio. Los entrenamientos estaban dirigidos ad honorem por el padre de una compañera. Los entrenamientos se enfocaban en desarrollar la técnica básica del deporte con un énfasis lúdico. La cancha era de césped natural, pero de tamaño reducido, como también la pelota era un talle más chico que la oficial para las categorías más jóvenes en Estados Unidos, y mi equipo se componía de no más de doce jugadoras. Para evitar conflictos con las temporadas de otros deportes, también de nivel recreativo, como el básquet en el invierno y el béisbol en la primavera, la temporada solamente se jugaba durante el otoño y duraba tres meses –de agosto a octubre–. Hasta los once años cuando comencé con las categorías más competitivas que entrenaban y competían durante casi todo el año escolar, jugué de esa manera, tres meses por año de manera organizada junto con días de fútbol en mis clases de educación física en el colegio que eran mixtas: las niñas y los niños jugábamos juntos.

Esta primera etapa de formación a través de entrenamientos dirigidos por un profesor o técnico no es universal entre las Guerreras, sin embargo, y entre otros equipos del torneo femenino de la AFA es aún menos común. Muchas jugadoras argentinas comienzan a jugar –por lo menos de forma organizada– después de los 16 años, como era el caso de Malvina. No es un dato menor destacar que estas tres jugadoras –Beatriz, Liliana y Lucía–, junto con algunas Guerreras más, que también se formaron en escuelitas de fútbol, forman parte del seleccionado mayor del país. A diferencia de los varones, que llegan a las categorías más altas de las inferiores y que empezaron todos a jugar en un club entre los cuatro y siete años, una minoría de jugadoras argentinas cuentan con esta etapa de formación inicial a una edad temprana. Es notable la diferencia entre las jugadoras que aprenden a partir de la adolescencia las bases del deporte como la técnica correcta de pegar a la pelota, cómo cabecear, cómo dar y recibir un pase, cómo moverse y ubicarse en la cancha, cómo defender. Si bien estos conceptos se pueden aprender de grande, es más difícil que los movimientos corporales se naturalicen o que se

incorporen al punto que la jugadora no tenga que pensar activamente en lo que hace cuando tiene la pelota en los pies. En cambio, las Guerreras que comenzaron antes de los diez años en una escuelita son las que manejan la pelota con más comodidad, que más fuerza le dan a la pegada y que se encuentran entre las más dotadas del equipo.

Sin embargo, estas “*afortunadas*”, como se autodenominan, que tuvieron la oportunidad de formarse en una escuelita, luego se encontraron con una barrera infranqueable. Tanto para Beatriz como para Liliana y Lucía, a los trece o catorce años tuvieron que dejar sus clubes porque a partir de esa edad solamente se aceptaban varones:

Liliana: *En ese club estuve desde los 4 o 5 hasta los 13 cuando me dijeron que no podía más, había un reglamento. [Después de los 13] no pude jugar en ninguno de los dos equipos porque el reglamento era para las dos ligas, no aceptaban más mujeres. Así que estuve casi dos años sin jugar al fútbol hasta que se formó un equipo de fútbol femenino.*

Beatriz: *Jugué con varones hasta que ellos pasaron a una categoría puntuable, que ahí la liga no me dejó jugar más. Entonces pasé a otra categoría menor que era del '89 que, también, un año más jugué y después a los 14 años más o menos tuve que jugar con mujeres en equipos que se armaban y se desarmaban.*

Lucía: *En Estudiantes de Padua estuve hasta los 10 años más o menos, y ahí empecé con los [campeonatos] bonaerenses. [...] Entrenábamos poco, solo antes de las competencias, y clasificamos para los Juegos Evita en Mar del Plata. Jugábamos con Ituzaingó, Morón, con distintas zonas de Buenos Aires, yo representaba a la municipalidad de Merlo. [...] No se jugaba todos los fines de semana, por ahí jugábamos en octubre una clasificación a Mar del Plata que jugabas tres o cuatro partidos con otras localidades, y después un fin de semana en Mar del Plata donde jugábamos con otras provincias.*

En las trayectorias de estas tres jugadoras, el despido de sus primeros equipos por ser mujeres marca un quiebre. Algunas, como Beatriz y Lucía, pudieron encontrar equipos femeninos para seguir jugando, pero otras, como Liliana, se vieron obligadas a dejar de jugar de forma organizada por una ausencia total de fútbol femenino en sus barrios o pueblos. Sin embargo, las tres experimentaron un cambio brusco en cuanto a la continuidad de los entrenamientos y la competencia. Mientras jugaban en equipos varoniles, ellas entrenaban de manera fija mínimamente dos veces por semana, algunas más seguido, y jugaban por lo menos un partido por fin de semana contra equipos de otras escuelas de fútbol. Además, jugaban con niños de más o menos la misma edad. Una vez que dejaron esos equipos y se sumaron, o no, a un equipo de mujeres esa continuidad se perdió. Por una falta de categorías y de equipos femeninos en general, las adolescentes también jugaban con mujeres de hasta unos 40 años; no era inaudito encontrar madres e hijas jugando en un mismo equipo. Esta brecha etaria conllevaba una serie de diferencias clave como las motivaciones por jugar y también la disponibilidad horaria —la mayoría trabajaba y algunas tenían sus propias familias y responsabilidades domésticas lo cual dificultaba la posibilidad de entrenar los días de semana—. Para las jugadoras más grandes, jugar al fútbol representaba una forma de recreación, una

manera de escaparse de las responsabilidades cotidianas, aunque sea por la hora que duraban los partidos, una oportunidad de socializar con otras mujeres. Mis compañeras se acuerdan de que era común juntarse después de los partidos para tomar alcohol y luego posiblemente salir a bailar, una realidad que viví en primera persona jugando con un club de Córdoba en la Córdoba Cup en 2017<sup>95</sup>.

La cuestión de las motivaciones de las jugadoras juveniles es un punto donde se puede notar una divergencia muy marcada entre el fútbol masculino y el femenino. Tanto Bertrand (2012) como Czesli y Murzi (2018) en sus respectivos trabajos sobre la formación de jugadores de fútbol en Francia y Argentina observaron que los jóvenes podrían tener una variedad de metas económicas, pero todos compartían el mismo objetivo de llegar a la primera división y vivir del fútbol. Sin embargo, este tipo de meta era raro entre las jugadoras juveniles ya que hasta 2019 no existía una liga profesional dentro del país para mujeres, y aunque el torneo de la AFA esté recibiendo cada vez más reconocimiento en los medios, todavía no es tan conocida a nivel nacional. Por lo tanto, para muchas niñas que comienzan jugando en los clubes de sus barrios y luego siguen en equipos femeninos locales, no tienen una motivación a largo plazo para entrenar y jugar de manera competitiva, sino que terminan jugando con una finalidad lúdica. Liliana, actual capitana de las Guerreras y de la selección mayor femenina, en una entrevista me contó de cuando tuvo su primer contacto con la selección femenina:

*Bueno, yo había cumplido los 15 ya, porque eso pasó en agosto cuando yo jugué un torneo en Córdoba, y la selección fue a ese torneo a buscar jugadoras por el interior [...] El equipo femenino en que yo había empezado a jugar hacía poquito viajó y jugamos ese torneo. A todo esto, yo no estaba enterada de que existía la selección argentina de fútbol femenino. Me enteré en ese viaje que decían que iba a ir la selección, qué sé yo. “Mirá”, decía yo, “la selección”. Ni enterada. Cosa que cuando las vi entrar en calor, para mí fue un sueño.*

Más allá de su falta de conocimiento sobre la existencia de la selección femenina –y, como me comentó en la misma entrevista, del torneo femenino de la AFA–, Liliana al enterarse que había un nivel más alto de competencia dijo que para ella “*fue un sueño*”. De manera

---

<sup>95</sup> Una ex-compañera mía de UAI Urquiza, Diana, estaba jugando en un club de Córdoba y me invitó a atajar por su equipo en la Córdoba Cup, un torneo que se organiza todos los años en diciembre durante un fin de semana largo. Yo conocía el campeonato por haber escuchado a mis compañeras hablar de ello, y por lo que comentaban, yo entendía que el nivel de la competencia era alto. Si bien era cierto que el nivel futbolístico de los equipos era parecido al de la Primera B del Torneo Femenino de la AFA, me sorprendí al final del primer día del torneo cuando después de terminar nuestro segundo partido los entrenadores –el director técnico y el preparador físico– se quedaron en el predio viendo un partido entre dos equipos cordobeses y sacaron una heladera llena de cervezas. No sé si vieron mi expresión de asombro, pero me ofrecieron una lata para tomar con ellos y con algunas jugadoras más que ya habían abierto sus propias cervezas. Yo venía con la idea de jugar en la universidad y en UAI Urquiza donde el consumo de alcohol para los deportistas durante una competencia es tabú y puede llegar a tener consecuencias como quedarse afuera del equipo. Pero cuando observé a los demás equipos que se habían quedado, vi que era una escena parecida: una heladera con cerveza para compartir entre cuerpo técnico, jugadoras, familiares y amigos. Volveré sobre el tema del alcohol más adelante.

parecida, otras Guerreras me comentaron, durante entrevistas y conversaciones informales, que sintieron algo similar al enterarse de una oportunidad de jugar al fútbol de manera competitiva, de jugar en un club grande y posiblemente tener la chance de “*representar al país*”, de usar “*la camiseta más linda del mundo*”. Si bien en sus comienzos las Guerreras jugaban “*por jugar*” entre amigos o en un club de barrio, como una forma de diversión y para algunas además como vía de socialización, al ser presentadas con la oportunidad de jugar a un nivel más competitivo, sus motivaciones pasan por un proceso de transformación y se despliegan nuevas metas futbolísticas.

El “azar” o la “suerte”, aquí el segundo término resulta más apropiado, no son conceptos extraños al mundo deportivo, sino que para varios estudiosos del deporte son constitutivos del espectáculo. En la discusión sobre la mercantilización y espectacularización del deporte, pero sobre todo del fútbol en particular, Alabarces (1998) clasifica al azar inherente al juego como un componente fundamental y una variable “pertinente y no expulsable” de una lógica que choca contra la del espectáculo masmediático donde rige la planificación y la regulación. Tanto para Alabarces (ibíd) como para Luis Antezana (2003), el azar forma parte del significado fundamental del fútbol espectáculo, junto con la incertidumbre y la competencia. Pero el concepto del azar o, mejor dicho, la suerte no se limita al juego, sino que también influye en las trayectorias futbolísticas de los jugadores. Aquí tomamos la definición de suerte de Nicholas Rescher (1989): “La suerte es cuestión de que se afecte nuestra condición, por bien o mal, por acontecimientos que no son ni intencionales ni anticipados, pero que quedan considerablemente fuera del dominio de nuestro control” (p. 7). En el contexto de la carrera futbolística de los varones, la suerte se manifiesta como el estar en el lugar “*justo*” en el momento “*oportuno*”, que el jugador tenga un “*buen día*” durante una prueba y llama la atención de un entrenador de algún club importante (Roderick, 2003; Murzi & Czesli, 2016). De manera similar, durante varias entrevistas y conversaciones con mis compañeras la suerte o el azar surge como esencial a su llegada al torneo femenino de la AFA y para algunas al seleccionado nacional.

Esta diferencia entre la prominencia de la suerte en los relatos de las jugadoras en comparación con los varones se puede atribuir a la desigualdad en cuanto a la infraestructura de las categorías juveniles e infantiles ya establecida para los varones y la ausencia casi total de estas mismas para niñas. Es cierto que los jugadores también viven situaciones de duda sobre su futuro y es común que a lo largo de su formación pasen por una variedad de clubes, pero siempre existe la posibilidad de seguir compitiendo en la siguiente categoría, según su edad, aunque este paso puede involucrar un cambio hacia un club o una división de menos prestigio. La falta de continuidad entre categorías, sobre todo en la transición a la adolescencia, como ya

vimos en los relatos de Beatriz, Liliana y Lucía, genera un elemento significativo de incertidumbre en el momento de encontrar un espacio donde las jugadoras puedan seguir jugando, y más aún si desean hacerlo a los niveles más competitivos.

Si bien la suerte aparece en casi todas las narrativas sobre las trayectorias futbolísticas de mis compañeras, hay dos relatos en particular en los cuales la suerte se vuelve casi protagonista. Las experiencias de Vanesa y Liliana pueden resultar hasta cómicas si uno no considera que, sin una confusión, un malentendido, dos jugadoras talentosas capaz ni hubieran tenido la oportunidad de jugar más allá del barrio. Vanesa se crio jugando en las calles de su barrio, que ella describe como “*humilde*”, en las afueras de Buenos Aires. Era la única nena que se sumaba a los picados de los pibes<sup>96</sup> y cuenta que “*iban a mi casa a buscarme para jugar*”. De chica, iba siempre a ver los partidos de su hermano mayor que jugaba en las divisiones inferiores de un club de primera en Buenos Aires. Un día, durante el entretiempo, ella se metió a la cancha para “*hacer jueguitos*”<sup>97</sup> con un primo. Mientras jugaban, un señor los observaba, y cuando ya estaba por comenzar el segundo tiempo, se les acercó, pero se dirigió hacia el padre de Vanesa: “*Che, juega bien tu hijo, ¿no se quiere venir a probar en Boca? ¿Cuántos años tiene? ¿12, 13? Yo tengo conocidos ahí que le pueden conseguir una prueba*”. El padre le respondió que no era un “*pibe*”, sino una “*piba*”, y después de que pasó de su asombro, el extraño le contó que había un equipo femenino en el club y que seguramente la tomarían.

Entonces, Vanesa, fanática obsesiva del club Boca Juniors –me mostró durante la entrevista varias referencias del club que tiene tatuadas en su cuerpo–, a la semana fue al club para probarse. A pesar de tener 13 años, el cuerpo técnico le dijo que podría entrenar con el equipo y cuando cumpliera los 14 años, la ficharían. Ella reconoce que ese tiempo fue clave en su formación porque pudo entrenar al lado de jugadoras con experiencia internacional –en ese momento, principios de los 2000, la mayoría de la selección estaba compuesta de jugadoras de Boca–. Sin embargo, las boquenses no eran necesariamente tan acogedoras con las novatas. Vanesa se acuerda de cómo cuando llegó la dejaban sola en los entrenamientos, nadie se le acercaba para hablar en un principio, y tuvo que aprender a “*pelearla*”, a “*creérsela*” y a “*ser fuerte*”, “*acá [en el fútbol] nadie te regala nada, menos en el femenino*”. Estar rodeada por

---

<sup>96</sup> Como vimos en los Capítulos 1 y 2, según Archetti (1995, 1999) la noción del “pibe”, el joven picarón, es una parte central del imaginario futbolero del país junto con el concepto del potrero como espacio libre de supervisión adulta y de reglas. Aquí los picados, partidos informales, que jugaba Vanesa con sus compañeros del barrio en la calle evocan a esos partidos espontáneos de los pibes en los potreros que cada vez son menos comunes entre los jóvenes que entran a las divisiones infantiles e inferiores de los clubes con la meta de convertirse en jugador profesional (Csezli y Murzi 2018).

<sup>97</sup> “*Hacer jueguitos*” en el mundo del fútbol es cuando uno hace malabarismos con una pelota para mantenerla en el aire usando cualquier parte del cuerpo menos las manos.

mujeres “*fuertes*” y “*duras*”, como las describía Vanesa, no solo influyó en su carrera futbolística, ya que llegaría a formar parte de las selecciones juveniles del país, ganaría varios campeonatos locales y participaría de tres Copas Libertadores, pero también en otros aspectos de su vida. Como las Guerreras más veteranas transmiten los valores del sacrificio, la auto-superación, la perseverancia y la importancia de la educación a las más jóvenes, Vanesa también se acuerda de aprender de las boquenses más veteranas que se formaron en un ambiente aún más inhóspito para las jugadoras de fútbol que ahora, en un club donde a pesar de sus logros, no eran queridas, que sufrían discriminación por jugar a un deporte “de hombres”, que estaban acostumbradas a escuchar insultos como “*marimacho*” o “*andá a lavar los platos*”: “*Aprendí a hacer lo que me gustaba sin importar lo que digan los demás*”. A los 28 años, después de varias operaciones de rodilla y cambios de club –pasó por Boca, River y Huracán hasta llegar a UAI Urquiza en 2015–, Vanesa vive totalmente independiente de su familia y sigue jugando mientras trabaja en limpieza para CBA y estudia educación física en la UAI.

En el caso de Liliana, la oportunidad llegó a través de una invitación, una citación y un malentendido. Poco después de comenzar a jugar con un equipo de mujeres de todas las edades, Liliana fue con sus compañeras a jugar un torneo en Córdoba que sirvió como su primer contacto con la selección femenina –el equipo nacional había viajado por dos motivos principales: para buscar jugadoras en el interior del país y ganar “*roce*” en preparación para alguna competencia internacional venidera–. Después de unos partidos entre los equipos que habían viajado, el DT de la selección, Carlos Borrello, armó un seleccionado de las jugadoras locales para enfrentarse a la tarde con la selección nacional. Entre esas jugadoras, se encontraba Liliana: “*De ahí de mi equipo salimos 4, yo y 3 compañeras más. Y nada, feliz yo. Me hicieron rellenar una ficha por si después nos seleccionaban*”. A pesar de que la selección nacional les “*pegó un baile mal*”<sup>98</sup> –según Liliana el seleccionado local recibió “*qué sé yo, 30 goles*”–, ella le llamó la atención al DT y al mes recibiría una llamada suya para viajar a Buenos Aires para una prueba junto a otras jugadoras elegidas en el predio de la AFA ubicado en el partido de Ezeiza durante una semana. A pesar de ser una de las más nuevas y, con sus 15 años, de las más jóvenes, Liliana fue la única seleccionada de su equipo.

Al mes siguiente, Liliana viaja a Buenos Aires, acompañada por su padre, para una semana de prueba con la selección. Siendo “*re chica y del interior*”, “*media como cortado verde*”, se sentía fuera de lugar y perdida entre las otras seleccionadas con más experiencia. Si bien no pudo participar del primer día de entrenamiento de la semana, y tampoco de la primera

---

<sup>98</sup> “*Pegarse un baile*” o “*darse un baile*” es un término nativo que se refiere a perder o ganar, respectivamente, por una gran diferencia de goles.

mitad de la segunda sesión, porque el cuerpo médico de AFA le tenía que hacer una revisión médica<sup>99</sup>, ella se acuerda de sus primeros momentos entrenando en el predio. El DT había organizado un partido entre las jugadoras de prueba y las jugadoras que ya estaban en la selección. Las nuevas tenían que ubicarse en el puesto donde jugaban siempre en sus clubes, y Liliana se encontraba con muchas otras delanteras, así que decidió meterse más atrás y jugar como enganche<sup>100</sup> donde hizo un gol. Al rato la llamó Carlos y le dijo que jugara de volante por izquierda, un puesto donde nunca había jugado: “yo, *re contra derecha, nunca la tocaba con la zurda. ‘Este viejo que me pone por izquierda, ¿quiere ver jugadoras o no?’ decía yo en mi cabeza. ¡Y vuelvo hacer otro gol!*”. Su alegría sin embargo duró poco, esa noche su padre se volvió a Córdoba y al otro día antes del último entrenamiento su familia le avisó que había fallecido su abuela, “Dije, no, bueno, ya está. Igual fui a entrenar el último día, no me acuerdo qué hicimos, pero el segundo sí me acuerdo mal.”

Cuando cerró la semana, Carlos las reunió a todas y dijo que iba a estar llamando a las que tenían que volver a la otra semana. Aquí es donde aparecen los malentendidos, la confusión, la suerte y la razón por la cual, según Liliana, ella sigue en la selección:

*Yo no entendí nada, pensando que él quería que nos volviéramos las que ya nos había llamado. Llego a casa y le digo a mi papá, “Papi, si tengo que volver la semana que viene”. Me dice mi papá, “Uy, ¡qué bueno!”*

*Yo vuelvo la semana próxima, caigo al hotel y me preguntan, “¿Tu apellido?” Les digo, y me dicen, “No está acá en la lista”. Yo pensé, “Qué raro”, pero igual me dieron una habitación. Voy a entrenar el primer día y [el ayudante de campo] las nombre a todas, y a mí no me nombran. No había cazado una.*

Luego de tomar la lista, el entrenador se acercó a Liliana y le preguntó el apellido, ella le dijo y agregó que estuvo la semana anterior. También se acercó el preparador de arqueras y le preguntó, “¿Qué hacés acá?” Ahí Liliana comenzó a entender que se había equivocado, que ella no había quedado en la lista final, pero el entrenador le dijo que se quedara a entrenar igual:

*Justo hicimos esa semana un amistoso con la UBA. Fuimos a entrenar a la UBA. Me vuelven a poner de volante por izquierda y ahí no estaba más Carlos en las pruebas, la primera semana era la prueba y la segunda eran las que ya quedaban y se entrenaban para seguir [...] A todo esto, me vuelve a poner de volante por izquierda, pero estaba de suplente, nada*

---

<sup>99</sup>Para poder entrenar en la AFA, es obligatoria realizarse una revisión médica que incluye varias pruebas del corazón y de sangre para poder determinar si la jugadora está apta para hacer deporte de alto rendimiento. Para Liliana, y muchas otras jugadoras amateurs, los estudios médicos en AFA le resultaban extraños porque jamás se habían sometido a ese tipo de revisión para poder jugar al fútbol. Hoy en el torneo femenino de la AFA, antes de cada campeonato las jugadoras de cada club deben realizarse la misma serie de estudios requeridos para los jugadores masculinos que compiten en las competencias oficiales de la asociación. Sin embargo, en el interior no existe la misma exigencia y dentro de los mismos clubes de la AFA no todos cumplen con este requerimiento por cuestiones relacionadas a la falta de recursos, falta de interés por parte del club en el fútbol femenino y/o los altos costos impuestos por las clínicas que realizan los estudios.

<sup>100</sup>La enganche se ubica detrás de las delanteras y adelante del mediocampo. Generalmente, este puesto es ocupado por jugadoras caracterizadas por su creatividad, su manejo de la pelota y su capacidad para generar oportunidades de gol involucrándose con las delanteras y otras atacantes.

*que ver porque el equipo ya estaba armado, ¿entendés? Ahí ya conozco a toda la sub-17, o sea las de mi categoría. Las chicas jugaban, en el segundo tiempo me ponen a mí.*

*No tenía botines. Usaba zapatillas de babi. Entonces me acuerdo que me cagaron a pedos, “Tenés que venir con botines”. Y yo les dije que no tenía. Me dejaron entrenar igual, jugamos ese partido amistoso e hice un gol. Yo pensé, “bueno, ya está, esta semana que viene no me llaman más.” Me voy a casa, me pagaron el boleto esa vez, y empecé a recibir los mail que sí estaba citada, citada. ¡Mirá si no venía! ¿Me hubiesen llamado o no?*

A diferencia del sistema de búsqueda de talentos utilizado para los varones que incluye una red de *scout* o de cazatalentos que viajan por el país y ven videos de partidos y entrenamientos de las diferentes ligas de las divisiones de inferiores, todavía no existe una red tan extensa para “buscar” futbolistas tanto para la selección como para los clubes de primera. Debido a esta falta de posibilidades, en gran parte por su condición de mujer, surgen este tipo de historias como la de Liliana. Pero, aunque es innegable que la suerte, o alguna fuerza externa, influye en la llegada de muchas jugadoras a los niveles más altos del fútbol femenino en Argentina, también hay que reconocer que sus habilidades futbolísticas, su rendimiento en la cancha, su dedicación a la práctica y el sacrificio –dejar la familia, la casa y la vida social entre otras cosas–, es lo que les permite quedarse y mantenerse en los mejores equipos del país.

#### **4.2 Entrenamiento y competencia: el sacrificio y la identidad de la futbolista**

En la discusión sobre la profesionalización del fútbol femenino en Argentina previo a 2019 surge una comparación inevitable, al parecer, con el fútbol masculino. Aún en la época del amateurismo, muchas jugadoras, y algunos entrenadores y dirigentes, soslayan que el nivel de compromiso de las futbolistas, sobre todo en los clubes más competitivos, es igual al de los hombres en cuanto al tiempo y el esfuerzo dedicados a su práctica. Puede ser válido o no este argumento, pero es cierto que aún antes de la profesionalización del fútbol femenino, las jugadoras de UAI Urquiza dedicaban casi la misma cantidad de horas y se exigían físicamente de igual manera que sus contrapartes varoniles, pero con la diferencia de que los varones recibían un sueldo por jugar. Si bien en general esta distinción estaba naturalizada, o, mejor dicho, internalizada como la norma, la discusión sobre la profesionalización del fútbol femenino es una que se daba con frecuencia entre las Guerreras. Aun así, la mayoría opinaba que era una meta a largo plazo, pero mientras tanto, la responsabilidad caía sobre las jugadoras (nosotras) para justificar su (nuestra) demanda por remuneración económica.

Esta responsabilidad consistía en hacer que la disciplina se asemejara lo más posible al “profesionalismo”. Pero ¿qué significa el profesionalismo, más allá de recibir un sueldo por jugar? Para las Guerreras, tanto antes como después de la profesionalización, el profesionalismo conlleva un significado más relacionado a una actitud y un estilo de vida en particular que a

una compensación económica. A lo largo de mi trabajo de campo, observé que este concepto de profesionalismo influía en todos los aspectos de la vida de mis compañeras, especialmente entre aquellas que ya habían vestido la celeste y blanca con la selección y también entre las que tenían aspiraciones de representar a su país. Ser “*profesional*” significaba, entre otras cosas, entrenar fuerte, mantener una “*buena imagen*”, cuidar el cuerpo “*afuera de la cancha*” y tratar con respeto a las compañeras y a las autoridades de la institución –por lo menos en público y mientras representan a esa institución–.

Como en la mayoría de las prácticas deportivas, el entrenamiento demanda significativamente más tiempo de las jugadoras que la competencia. En el torneo femenino de la AFA, UAI Urquiza se encuentra entre los equipos que más horas entrena. Desde la renuncia obligada de Flores en 2011, las Guerreras han mantenido la misma carga de entrenamiento: cuatro días por semana a la tarde, con un día libre –lunes o miércoles según si el partido anterior se jugó el sábado o el domingo–. Los entrenamientos varían en duración y en intensidad, pero una práctica dura mínimamente una hora y media, aunque hay días en que los entrenamientos se pueden extender hasta tres horas. Las sesiones más intensas y físicamente exigentes generalmente se planifican para los primeros días de la semana para evitar que cualquier tipo de dolor o fatiga acumulada de la práctica afecte de manera negativa al rendimiento de las jugadoras en el partido del fin de semana.

Un día de entrenamiento típico consiste de cuatro etapas. La primera, segunda y la cuarta están a cargo del profesor, o “*profe*” –el preparador físico–. Primero, el equipo realiza una entrada en calor inicial con movimientos y estiramientos musculares dinámicos, conducido por el profe para preparar el cuerpo de las jugadoras para los trabajos que siguen y así disminuir el riesgo de lesiones durante el resto del entrenamiento cuando la exigencia es mayor. En el segundo bloque, el profe dirige algún ejercicio “*físico*” que trabaja uno o varios aspectos del rendimiento de las jugadoras: fuerza, potencia, resistencia, coordinación, velocidad, por ejemplo. En la tercera etapa, el profe “*cede*” a las jugadoras al director técnico y su ayudante de campo que entonces llevan a cabo trabajos específicos futbolísticos que pueden ser más técnicos –por ejemplo, el manejo de la pelota con práctica de recepción y pases con movimientos sin la pelota– o tácticos –enfocados en el posicionamiento y la estrategia general del equipo como la organización de la defensa, por ejemplo–. Sin embargo, hay días en que la segunda y la tercera etapa se invierten, sobre todo cuando el trabajo futbolístico va a ser muy exigente o si el trabajo físico es más de resistencia, como por ejemplo hacer pasadas<sup>101</sup>.

---

<sup>101</sup> Las pasadas son un trabajo físico en que el deportista corre a una velocidad exigida durante una distancia (100, 200, 300 metros, por ejemplo) varias veces en un tiempo determinado.

Finalmente, el entrenamiento cierra con un trabajo de elongación muscular a veces individual pero habitualmente en pareja. Esta última fase, junto con la entrada en calor, es más relajada que las demás y es sobre todo cuando las jugadoras se hablan y se burlan entre ellas y con el cuerpo técnico –siempre y cuando cumplan con los ejercicios estipulados por el profe–. Si hay algún tipo de restricción del tiempo o el espacio para entrenar, la sesión se puede limitar a solo tres etapas –se deja afuera el bloque físico o el bloque de trabajos específicos de fútbol– pero nunca se elimina la entrada en calor ni la fase de elongación final.

Con algunas excepciones, como por ejemplo Mailen o María que son más dotadas aeróbicamente o, mejor dicho, disfrutan de correr y “*no lo sufren tanto como las demás*”, la mayoría de las Guerreras “*odia*” los entrenamientos organizados en torno a la preparación física. Esta aversión surge por dos motivos centrales: primero, estos ejercicios típicamente implican períodos de esfuerzo largos e intensos –muchas veces en forma de carrera– lo cual implica un tipo de sufrimiento y dolor corporal, y segundo, generalmente la pelota, el elemento más importante de nuestro deporte, no está involucrada. Las nociones del sufrimiento y el dolor en el contexto del deporte de alto rendimiento se naturalizan como una parte integral de la práctica deportiva (Jirásek & Hurych, 2012; Rodríguez, 2010 & 2013; Wacquant, 2004). Si bien hay varias maneras de categorizar el dolor, aquí quiero hacer una distinción entre el dolor asociado a una lesión<sup>102</sup> y el dolor no relacionado con una lesión, sino al esfuerzo físico en los entrenamientos o en competencia. Sin embargo, aquí nos interesa lo que William Francis Bridel (2010) en su trabajo sobre deportistas Ironman denomina como “dolor positivo”, éste no se asocia a las lesiones, que Bridel categoriza como “dolor negativo”, sino que surge del esfuerzo y la exigencia del cuerpo hasta sus límites. La idea de que el sufrimiento y el dolor son esenciales para la producción de un cuerpo deportivo no se limita a las carreras Ironman, sino que también se observa en otras disciplinas deportivas como el boxeo (Wacquant, 2004), el fisiculturismo (Rodríguez, 2010 & 2013) y el fútbol –tanto de varones (Roderick, 2003) como de mujeres–.

A pesar del disgusto por los días dedicados al “*físico*” justamente por el sufrimiento, fatiga y dolor corporal que generan, las jugadoras entienden que este tipo de entrenamiento es

---

<sup>102</sup> En ciertas situaciones deportivas, sobre todo en las disciplinas donde el choque o el contacto violento entre rivales es integral al juego, se valora que un atleta juegue o compita con una lesión. El jugar lesionado se interpreta como una muestra de fuerza o de valentía y, a la vez, el deportista que decide para o quedarse afuera de la competencia por una “molestia” o una lesión menor es visto como débil o afeminado. Esta presión por competir con una lesión o con dolor se relaciona a una construcción de masculinidad hegemónica en la cual el varón debe superar el dolor corporal, disfrutar del choque físico o de generar dolor en el rival. Para más sobre la relación entre la masculinidad y el dolor y las lesiones en el deporte véase: Messner (1990); Young, White y McTeer (1994); y Theberge (1997).

necesario para lograr un mejor rendimiento en los partidos. Esta comprensión de las jugadoras, sobre todo de las más experimentadas, entra en el discurso de la preparación física dentro del fútbol de alto rendimiento en el cual se supone que el adiestramiento y condicionamiento del cuerpo a través de este tipo de ejercicios resulta en un mayor rendimiento en la competencia. Aquí tomamos al discurso en el sentido foucaultiano como un sistema social construido en un contexto histórico que produce conocimiento y sentido, como una manera de organizar el saber que estructura la formación de las relaciones sociales a través de la comprensión colectiva de la lógica discursiva y la aceptación de ésta como un hecho (Foucault, 1972). Las jugadoras, y también los jugadores, aceptan como verdad el discurso futbolístico según el cual entrenar de manera disciplinada, siguiendo las indicaciones del preparador físico o el director técnico, aun cuando el ejercicio es exigente y produce dolor o malestar físico es un aspecto esencial al éxito en la competencia: sacrificar en el entrenamiento para luego disfrutar en el partido.

En la consideración de la formación de futbolistas de alto rendimiento, sirven las ideas de Foucault (1995) para pensar el uso de las tecnologías de la disciplina en la producción de lo que él denomina cuerpos “dóciles” o “sumisos”. Una de estas tecnologías es el “arte de las distribuciones” –la distribución de los individuos en el espacio–, o el control de los espacios físicos (Foucault, 1995: p. 141). En el fútbol, como en la gran mayoría de los deportes, el control o la organización del espacio es un aspecto clave de la competencia, la definición de los lugares permitidos para cada participante: en el fútbol, la delineación de los límites de la cancha con pintura blanca; los tres palos y el piso para demarcar el arco con medidas específicas; o el uso de varios materiales como conos o sogas para indicar la distribución de los individuos para los ejercicios en los entrenamientos, por ejemplo.

Otra tecnología descrita por Foucault (1995) es el “control de la actividad” que incluye tanto un horario estricto como el manejo de los tiempos de las acciones exigidas y la correlación entre el cuerpo y el gesto (p. 149-152). En el fútbol, los tiempos se manejan con precisión, como por ejemplo en la programación de los partidos oficiales que detallan los tiempos de cada etapa del encuentro: el uso del vestuario, la entrada en calor, la vuelta al vestuario para ponerse las camisetas de juego, la salida a la cancha, el primer tiempo, el entretiempo, el segundo tiempo. De la misma manera, en los equipos más competitivos, los entrenamientos se organizan con los tiempos de cada ejercicio y cada trabajo precisamente calculados, pero estos tiempos no siempre se respetan. Hay momentos en que el entrenador alarga la extensión de algún ejercicio por varios motivos como cuando les resulta complicado a sus jugadoras y tardan en incorporarlo e implementarlo de la forma que él desee o si el ejercicio les sale muy bien y no quiere cortar la fluidez del trabajo.

Aunque cada ejercicio y cada tecnología de disciplina implementada tiene una meta particular en la formación de las jugadoras –perfeccionar la técnica del pase y de la recepción de la pelota, internalizar los movimientos tácticos de cada puesto, mejorar la velocidad de la carrera, aumentar la resistencia aeróbica, establecer un horario de trabajo respetado por el equipo– el objetivo general del conjunto de estos mecanismos es moldear cuerpos altamente entrenados, cuerpos “dóciles”. A diferencia del poder casi absoluto que ejecutan las tecnologías de disciplina en la obra de Foucault, en el deporte, los que implementan la disciplina son generalmente los integrantes de los cuerpos técnicos, cuyos puestos no son asegurados ni permanentes y cuya influencia depende de su relación con sus “sometidas”. Un entrenador que no logra ganar la confianza de sus jugadoras se enfrenta con dificultades para transmitir su ideología de juego, conducir al equipo y/o establecerse como autoridad para exigirles mayor rendimiento, cumplimiento con los horarios y respeto por las normas del equipo.

Que las jugadoras tengan (o sean) cuerpos “dóciles” no implica que sean cuerpos “tontos”, completamente bajo el control de sus entrenadores poderosos, sin agencia o la capacidad de pensar por sí mismos. Al contrario, la “analítica represiva del poder” es difícil de aplicar al deporte, y se podría decir que es más difícil aún en el fútbol argentino donde todavía se valora el concepto del “pibe” rebelde o la creatividad del “potrero” (Archetti, 1995). Si bien los entrenadores no son “dueños” del poder, su meta es producir habilidad y conocimiento en sus deportistas, al mismo tiempo existe una resistencia por parte de los deportistas hacia las intervenciones excesivas de disciplina (Shogan, 1999: p. 70). El cuerpo técnico de UAI Urquiza elige un modo de conducción que tiende hacia una democracia en que se escucha la voz de la jugadora en la toma de decisiones. Sin embargo, este estilo de dirigir también puede generar conflictos y malentendidos si las normas no están bien definidas, como veremos más adelante. Más allá del tema de la conducción, quiero volver el enfoque hacia las jugadoras, quienes se someten de manera voluntaria<sup>103</sup>, por elección propia, a ser entrenadas y disciplinadas.

Si bien los cuerpos de las jugadoras son “dóciles”, o algo pasivos, durante la adquisición de las técnicas y los conocimientos del fútbol, en la práctica del deporte los cuerpos se vuelven más bien “productivos” y activos en el sentido de sus movimientos y los entrenamientos físicos que ellas deben realizar para lograr un mejor rendimiento, sacando provecho de su potencial deportivo. En un análisis foucaultiano del deporte de alto rendimiento, Debra Shogan (1999) afirma que las limitaciones que constituyen la disciplina deportiva siempre conllevan la

---

<sup>103</sup> Esta naturaleza “voluntaria” de la participación deportiva también contribuye a las limitaciones del poder de los cuerpos técnicos ya que el deportista siempre tiene la opción de dejar el deporte, en muchos casos de cambiar de equipo o en algunos casos de armar una movida entre sus compañeros para reemplazar al entrenador.

contradicción aparente entre la sumisión y el empoderamiento del cuerpo, por lo tanto, un deportista disciplinado se define como:

[...] alguien que se somete al poder de una manera particular de saber/actuar para poder así participar de ese mismo poder, volviéndose más efectivo en su aplicación para luego lograr la satisfacción y las recompensas ofrecidas por éste. (p. 14)

Si bien, en teoría, las Guerreras entienden y reconocen la importancia de ser disciplinadas, entrenar fuerte y aprender de los entrenadores para poder explotar su potencial futbolístico y así lograr objetivos como ser titular, ganar el campeonato, clasificar a la Copa Libertadores o llegar a la Selección, en la práctica, a veces se observa y se viven actitudes de resistencia a las exigencias de los entrenadores –sobre todo a las del preparador físico–.

En las horas previas a un entrenamiento dedicado a “*pasadas*” o “*intermitentes*”<sup>104</sup> era común escuchar quejas de las jugadoras –yo también participé de varias sesiones de este tipo de “lamento” pre-físico– desde la mañana en el grupo de WhatsApp más informal del equipo, en el comedor de la UAI durante el almuerzo, en el transporte (colectivo del club o transporte público según donde se entrena) en camino a la cancha y hasta en el vestuario mientras nos cambiamos. Las quejas pre-entrenamiento eran más de un estilo hipotético ya que nadie sabía exactamente lo que tenía planificado el profe, aunque no impedía que él fuera el objeto sin saber de una serie de maldiciones. Una vez que ya estábamos en la cancha haciendo los trabajos, las quejas no paraban necesariamente, sino que cambiaban de naturaleza. Algunos reclamos se dirigían hacia otras compañeras por “*correr demasiado rápido*” o “*exigirse demasiado*” y hacer que las demás “*queden mal*” ante la mirada del cuerpo técnico mientras que otros seguían destinados al profe, pero de una manera menos agresiva con un tono más humorístico y más parecida a un pedido de piedad, manifestada en una reducción de la cantidad de repeticiones y/o un aumento del tiempo de descanso.

A pesar de este tipo de actitudes resistentes, después de un entrenamiento duro yo siempre sentía una sensación de orgullo o de autosatisfacción por el esfuerzo, y este sentimiento se compartía en el grupo junto a felicitaciones mutuas por haber superado un día exigente. Sin extenderme sobre la exigencia personal de cada jugadora en los ejercicios físicos –que es fuera del alcance de este trabajo–, lo que sí podía observar y experimentar era una sensación de que, en el fondo, este tipo de entrenamiento duro generaba además de dolor físico, un estilo de placer para las Guerreras. Este placer surge de un reconocimiento del esfuerzo como una inversión en el rendimiento deportivo. Cuanto más entrenadas estábamos, más posibilidades teníamos de

---

<sup>104</sup> Las pasadas y los trabajos intermitentes son dos tipos de entrenamiento de resistencia aeróbica que involucran carrera de velocidades medianas y altas con distancias y tiempos de descanso variados.

desplegar nuestras habilidades en la cancha, o, en otras palabras, “sufrimos en las pasadas” para que después “nos sobre el aire” en el partido para poder llevar la pelota, gambetear, dar un pase, hacer un gol. Este orgullo o autosatisfacción post-esfuerzo también servía como fuente de unión del equipo según un ideal común a muchos deportes: la “superación”. Este concepto se trata de prosperar bajo circunstancias adversas y es una parte esencial del apodo “Guerreras” junto a las cualidades de la humildad, el compañerismo, y el sacrificio, entre otros.

Esta última cualidad, el sacrificio, sin embargo, ocupa un lugar central en la construcción de la identidad de las Guerreras. Si bien en un sentido se relaciona con la disciplina y el esfuerzo en la cancha, nos interesa además porque el fútbol requiere sacrificios en casi todos los aspectos de la vida de las jugadoras: desde lo económico (Hang, 2016), pasando por lo académico, lo familiar (Czesli & Murzi, 2016), lo corporal (Wacquant, 2004; Rodríguez, 2010 & 2013) y hasta lo social. En cuanto a lo económico, practicar al fútbol en UAI Urquiza demanda una gran inversión de tiempo y energías y, como ya vimos, estas demandas obstruyen y hasta imposibilitan mantener un trabajo de jornada completa. Por lo tanto, las Guerreras reconocen que, al jugar, sacrifican una (posible) mejor situación económica dejando de lado la oportunidad de un sueldo –para las que trabajan, un mayor sueldo– y sumando las expensas que implica su práctica como la compra de indumentaria –botines, corpiño deportivo, calzas deportivas–, los gastos en transporte público y, para las del interior, los servicios de la vivienda (gas, luz, cable) que el club no cubre. Estas mismas demandas de tiempo y energía también generan sacrificios en lo académico. Si bien hay algunas jugadoras que logran encontrar un equilibrio entre su práctica futbolística y sus estudios para rendir bien en ambos, otras prefieren sacrificar la posibilidad de una mejor nota para poder descansar o entrenar en vez de preparar un examen o un trabajo práctico, y algunas hasta eligen dejar totalmente el estudio, directamente abandonando la carrera.

Es cierto que los sacrificios del tipo económico y académico son reconocidos y discutidos entre las jugadoras, en mayor medida entre las más veteranas, pero tal vez la categoría que resulta más emotiva y motivadora para las Guerreras se relaciona a la familia. En los discursos previos a los partidos, tanto del entrenador como de las jugadoras mismas – generalmente las líderes del equipo como la capitana y las más experimentadas son las que se animaban a hablar ante el grupo–, se recurría al concepto del sacrificio familiar como fuente de fuerza y de motivación. Czesli y Murzi (2016) en su investigación sobre la formación de jugadores juveniles observaron dos elementos principales incluidos en el concepto del sacrificio en relación a la familia: “el dolor por el desarraigo y por no poder estar junto a la familia” y “los esfuerzos que realizaron sus familias para que ellos pudieran continuar con su carrera,

esfuerzos frente a los que ellos se sienten con la responsabilidad de retornar con trabajo y disciplina” –y potencialmente con dinero si cumplen la meta de llegar a firmar un contrato profesional (p. 74).

Para las Guerreras, el aspecto que más pesa es el dolor de estar lejos de la familia, de perder eventos y momentos familiares de importancia como cumpleaños, casamientos y fiestas religiosas, y también de no contar con el apoyo o la contención familiar. Aunque las jugadoras reconocen los sacrificios que hacen o hicieron sus padres para que ellas puedan seguir jugando –Liliana me cuenta sobre su padre: “*se levanta a las 5 de la mañana para laburar y termina a las 20 hs. Eso es sacrificio*”–, muchas ya se independizaron y tampoco cuentan con la posibilidad de devolver cualquier inversión económica de su familia a través de una carrera futbolística, aún después de la profesionalización. El sacrificio se vuelve sobre todo una acción y una decisión propia, dejar de lado disfrutar de momentos felices en casa o estar presente en tiempos difíciles, como la enfermedad o muerte de un familiar, para seguir sus sueños deportivos. Como me describe Beatriz:

*Sacrifiqué días de la madre lejos, cumpleaños, fechas importantes o los días que por ahí estás mal, estás lejos de la familia. Y hoy también vivís sacrificando porque pasás meses sin verlos, pasás lesiones lejos de ellos, pero para mí el sacrificio es toda la base de poder lograr cosas.*

En cuanto a los sacrificios corporales, se observan dos categorías principales: el esfuerzo/dolor tanto en el entrenamiento como en la competencia, que vimos arriba, y el cuidado del cuerpo a través de la prohibición de ciertos alimentos o prácticas. Hay algunos “sacrificios” que deben hacer todas las jugadoras que son casi indiscutibles y robustamente establecidos. Estos corresponden al mantenimiento de una imagen “profesional” y se consideran como “más allá de la cancha” aunque se creen directamente relacionados al rendimiento del equipo. Con una política parecida a la de los boxeadores de Wacquant (2004) que abstienen de las bebidas alcohólicas en los meses previos a una pelea, entre las Guerreras hay una tolerancia cero para el consumo de alcohol el día previo a un partido o un entrenamiento. Esta norma surge de la creencia de que el alcohol impide el rendimiento deportivo porque inhibe la recuperación del cuerpo, afecta el descanso –sobre todo si el consumo ocurre durante una salida nocturna– y hasta se considera como algo tóxico o una droga. Generalmente el consumo del alcohol se relaciona con las salidas “de joda”, y cuando hay un fin de semana sin partido o cuando el partido se juega el sábado y tienen el domingo libre, es común que salga a bailar la gran mayoría del equipo en conjunto como una actividad grupal.

Por lo tanto, renunciar el consumo alcohólico es un sacrificio tanto social como corporal para las Guerreras. En el vestuario los últimos días de entrenamiento de la semana, se escuchan

comentarios como “*qué ganas de tomarme una cerveza*”, “*qué ganas que tengo de bailar*”, “*¿por qué siempre tenemos que jugar los domingos?*” Otras compañeras también expresan su simpatía con esos comentarios, pero la conversación suele terminar con alguna que nos recuerda la razón detrás de la prohibición: “*pero hay que cuidarnos, tenemos que estar al 100% para el domingo, comiendo y descansando el viernes y el sábado como corresponde*”. Cuando alguna rompe esta regla implícita, o sale en un día cuando no salen todas, muchas veces no son “castigadas” o amonestadas por el cuerpo técnico ni la dirigencia sino por sus mismas compañeras. Las jugadoras son las que se encargan de reprochar a las Guerreras desviadas. Sus reproches generalmente incluyen alguna amenaza de notificar al cuerpo técnico en el caso que se vuelva a cometer la misma infracción, y si hay una tercera transgresión se involucra a la dirigencia.

Otro sacrificio indiscutible también se relaciona con el cuidado del cuerpo y además es controlado por el cuerpo técnico: el peso corporal. En 2016, el primer día de entrenamiento de la semana, antes del comienzo de la práctica, cada jugadora era pesada por la ayudante de campo que anotaba los pesos en una planilla para ver si hubo cambios significativos o si las que tendían al sobrepeso se acercaban o se alejaban de su peso ideal<sup>105</sup>. Si bien el cuerpo técnico llevaba a cabo el control concreto a través de la balanza, las mismas jugadoras se controlaban entre ellas en cuanto al consumo de alimentos a lo largo de la semana, si una jugadora comía “demasiado” o “demasiado poco”. Para algunas, el sacrificio para poder mantener un peso parece ser mayor que otras que tienen una composición genética delgada –ellas tienen dificultad para subir de peso, de masa muscular, sobre todo, pero el cuerpo técnico no pone el mismo énfasis en las que tendrían que subir de peso como a las que deberían que bajar–.

Las que según el cuerpo técnico debían bajar de peso se sentían obligadas a restringir la cantidad y controlar el tipo de comida que consumían. La idea general es que se debía evitar la comida “chatarra” –con altos contenidos de grasa, hidratos de carbono y sodio– y “el pan” –que además puede incluir otros alimentos que contienen harina–. Si bien a partir de la temporada de fines de 2017 y principios de 2018, la nutricionista comenzó a trabajar de forma regular con el equipo femenino realizando controles mensuales de peso y detallando la organización de las comidas, en mi tiempo de jugadora, previo a esto, las cuestiones de peso y alimentación eran manejadas por el director técnico y la ayudante de campo –de los cuales ninguno estaba

---

<sup>105</sup> El “peso ideal” de cada jugadora se determina por una nutricionista que lo calcula según la altura y la masa muscular. Teóricamente este es el peso que permite a la jugadora rendir a su máxima potencial en la cancha y al mismo tiempo reducir su riesgo de lesiones en las articulaciones del tren inferior como las rodillas y los tobillos, que se ponen en mayor riesgo con sobrepeso.

capacitado para llevar a cabo ese tipo de tareas<sup>106</sup>. Este tipo de vigilancia sobre el cuerpo de los deportistas profesionales o de alto rendimiento no es único a las experiencias de las Guerreras. En su estudio sobre la transición al profesionalismo de las futbolistas de la Women's Super League (WSL) en Inglaterra, Alex Culvin (2021) observó que las jugadoras se sentían altamente vigiladas, sobre todo con relación a sus cuerpos y la necesidad de “parecerse atlética” (p. 10). Los futbolistas varones también se someten a controles exigentes a través de mediciones, vigilancia y cuantificación de sus cuerpos (Roderick et al., 2017 en Culvin, 2021).

Volvemos nuevamente a este concepto del sacrificio, los boxeadores de Wacquant dejaban de lado los “placeres de la carne” porque creían que su rendimiento en el *ring* iba a sufrir si antes de pelear tenían relaciones con una mujer, comían alimentos con harinas y/o tomaban bebidas alcohólicas. Pero la cuestión del rendimiento no era el único motivo detrás de su estilo de vida ascético, sino también el mismo hecho de mantener un estilo de vida disciplinado y sacrificado propio al deporte de alto rendimiento, distinguidos (Bourdieu, 1984) de sus pares que deambulaban por el barrio sin un propósito definido y se dejaban llevar por los vicios como la droga, el alcohol y el delito. A través de una meta moral, un “modo de ser” (Foucault, 1990) que demanda que el sujeto actúe sobre sí mismo, monitoreándose, probándose, mejorándose y transformándose para así domar y superar los apetitos y placeres carnales con el fin de lograr una soberanía sobre su propio cuerpo, ellos se diferencian de los demás. En otras palabras, este ascetismo es un componente clave de la construcción de una identidad de deportista.

En el caso de las Guerreras, cuando les preguntaba directamente por qué se sacrificaban me decían que era por “*el amor al fútbol*” –y no dudo que ese amor no sea un motivo verdadero–, pero en el día a día también aparecía este aspecto de distinción de los demás. Para muchas, el fútbol, los sacrificios y la disciplina que demanda representan la oportunidad de construir una identidad diferenciada, de no ser “*una más*”. El “modo de ser” ascético de los boxeadores que menciono arriba entre las futbolistas de alto rendimiento se manifiesta a través del concepto del “*profesionalismo*” que las distingue tanto de sus pares que no juegan como de las demás jugadoras del torneo de la AFA y del interior. Mientras Liliana me contaba sobre su trayectoria,

---

<sup>106</sup> Este tipo de supervisión puede resultar problemático por varios motivos. Primero, el nivel de intervención de la nutricionista del club era casi nulo ya que su prioridad era la primera masculina –cuyos jugadores sí reciben un programa nutricional detallando las sugerencias de lo que deben y no deben comer como deportistas de elite y son sometidos a mediciones regulares de grasa corporal y masa muscular–, las jugadoras tenían la responsabilidad de contactarse con ella para pedir recomendaciones para sus dietas. Segundo, debido a esta falta de información alimenticia, las Guerreras generalmente organizaban sus dietas según el “sentido común” o un conocimiento obtenido a través de los medios o las redes sociales. Finalmente, si la discusión sobre el peso corporal de las jugadoras no se lleva a cabo de una manera sensible y con contención, la presión por bajar o mantener un peso puede ser un factor en el desarrollo de trastornos de la conducta alimentaria (TCA) (Dosil & Díaz, 2012)..

cómo quedó en la selección por un malentendido, hacía reflexiones como “*Mirá si no iba, ¿dónde estaría ahora?*” o “*¿En qué andaría?*” Se refería a una realidad alternativa que ella veía reflejada en las amigas que dejó atrás en su pueblo, que, si juegan al fútbol, lo hacen como un hobby, como una “*previa a la joda*” como lo que yo experimenté durante un fin de semana jugando con un equipo de Córdoba. Si bien no cobraban un sueldo por jugar, durante el amateurismo el profesionalismo –que incluye como principios centrales al sacrificio y la disciplina– era un componente clave de la identidad de las Guerreras, quienes se identificaban principalmente como jugadoras por sobre todo y se enorgullecían de decir que eran las que entrenaban con más intensidad y frecuencia que los demás clubes.

### **4.3 Faltar con excusa “legítima”: la variabilidad del compromiso**

“*¿Gabriela, qué hacés con ese buzo de Canadá?*” me pregunta la capitana mientras espera para tomar agua de uno de los dos bidones de 5 litros compartidos entre todo el equipo. Recién terminamos el trabajo físico con el profe y tenemos unos minutos de descanso e hidratación antes de comenzar la parte específica de fútbol con el DT. Yo aprovecho la pausa para “disfrazarme” de arquera, como me decía el técnico. Mi “disfraz” consiste en un pantalón largo y una remera de mangas largas que sirven de protección contra el piso duro y seco de la cancha en Rancho Taxco dónde entrenábamos ese día. Ese día mi remera era un buzo verde que me había dado una arquera canadiense en cambio por un buzo mío argentino durante los Juegos Panamericanos en 2015<sup>107</sup>. Lo utilizaba seguido para los entrenamientos a la mañana con los arqueros de las inferiores masculinas, sobre todo porque tenía un material acolchado en los codos y los hombros para amortiguar el golpe cuando me tiraba al piso para atajar alguna pelota. Cuando escuché mi nombre completo en vez de alguno de los apodos con que me nombraban mis compañeras –“Gaby”, “La Garton”, “Lagarto”–, me di cuenta que la pregunta de la capitana era más una acusación o un reto que una interrogación. Yo le respondí, defendiendo mi elección de indumentaria, “*No tengo buzo de mangas largas de la UAI*”. Su expresión no era una de satisfacción con mi respuesta, sino más bien de desagrado, pero de igual manera me dijo “*Te entiendo. Pero mejor ponete una [remera] térmica<sup>108</sup> abajo de la remera negra [de entrenamiento de la UAI]*”. A pesar del reto, yo seguía utilizando mi propia ropa para atajar, debido al calor estival. La capitana no me volvió a hacer otro comentario parecido, si bien me

---

<sup>107</sup> Mi primera competencia con la selección mayor femenina fue los Juegos Panamericanos que se organizaron en Toronto, Canadá en 2015.

<sup>108</sup> Las remeras térmicas, o “la térmica”, es una remera ajustada al cuerpo generalmente de mangas largas de una tela de secado rápido que se utiliza abajo de la remera de entrenamiento o la camiseta de juego en clima invernal como forma de abrigo contra el frío y que además acelera la evaporación de la transpiración.

miraba con una expresión fastidiosa, y cuando alguna otra compañera me comentaba la remera, Liliana les decía que era responsabilidad del club proveer ropa de arquera.

La cuestión de la ropa puede resultar trivial, pero tanto para Liliana como para otras Guerreras, forma parte del “*profesionalismo*”. Si bien tenemos un utilero a cargo de los materiales de trabajo y la indumentaria para los partidos, en el día a día, nosotras somos las responsables por el cuidado y uso adecuado de “*nuestra*”<sup>109</sup> ropa y también de las pecheras<sup>110</sup>. En cuanto a la decisión sobre qué color de remera de entrenamiento se usa cada día –blanco o negro–, se encargan tanto los líderes elegidos de forma oficial, como la capitana y sub-capitana, o las jugadoras que asumen una posición de liderazgo no oficial, generalmente las más experimentadas del equipo. Cada jugadora cuando se suma al equipo recibe un juego de ropa de entrenamiento: una camiseta, un short y un par de medias largas y ropa de salida para los días de partido y los viajes. La responsabilidad de lavar la ropa propia, junto con las pecheras, cae sobre las jugadoras. Cada noche después de entrenar, cada jugadora debe lavar la ropa utilizada ese día y dejarla a secar para utilizar al otro día. Las jugadoras con más antigüedad en el equipo suelen tener varios juegos de ropa de entrenamiento y salida que juntaron a lo largo de su tiempo en el club. Por lo tanto, éstas pueden evitar lavar ropa todos los días mientras que las más novatas se ven obligadas a utilizar siempre el mismo juego de ropa. De vez en cuando una jugadora no llega a lavar la ropa a tiempo, por olvidarse, por algún problema con el lavarropas o por una falta de tiempo, pero ninguna excusa puede evitar comentarios y chistes de compañeras junto con una reprimenda de los líderes del equipo: “*¿Cómo querés que nos tomen en serio cuando ni siquiera podemos usar todas la misma ropa para entrenar?*”

El concepto de comportarse de manera “*profesional*” para ser “*tomadas en serio*” –por dirigentes, la asociación, los medios, la sociedad– no se limita a las Guerreras, sino que es una idea bastante común en el fútbol femenino argentino, compartido entre jugadoras, entrenadores y algunos dirigentes. Esta lógica surge de una creencia que indica que, para lograr el crecimiento del fútbol femenino, la iniciativa debe venir de las jugadoras. Las futbolistas de la liga profesional femenina en Inglaterra, la WSL, sienten de manera similar la exigencia o la

---

<sup>109</sup> Es importante destacar que en la UAI la ropa de entrenar (remera, short y medias largas) y un juego de ropa de partido les pertenece a las jugadoras, una situación que no se da en muchos otros clubes de la AFA. En general, los clubes solamente prestan la ropa del club para jugar –algunos también para entrenar como cuando yo jugaba en River, pero después de cada entrenamiento la utilera juntaba la ropa y se la usaba año tras año–, y las jugadoras tienen que entrenar con su propia ropa. El tema de la indumentaria propia o prestada se relaciona también con una cuestión de pertenencia a la institución. Al usar la misma ropa prestada temporada tras temporada, usada por otras jugadoras, a veces usado previamente por varones, la jugadora no se siente tan parte del club, está viviendo tiempo prestado. La ropa representa una inversión en el equipo y en las jugadoras individuales, un compromiso por parte de la institución hacia el fútbol femenino.

<sup>110</sup> Unas remeras musculosas, sin mangas, de varios colores que se usan arriba de la remera o el top deportivo –si hace calor– para diferenciar entre equipos o grupos durante el entrenamiento.

expectativa de que se deben comportar como “buenas profesionales” aun cuando el club no les otorga la posibilidad de desarrollar su práctica en ámbitos no adecuados ni tampoco dignos de ser considerados como profesionales (Culvin, 2021: p. 8). Tanto las futbolistas argentinas como las inglesas se ven obligadas a aceptar sus condiciones de trabajo mientras despliegan una actitud y un comportamiento profesional (*ibíd.*) para así crear un mejor producto comercial que atrae más hinchas, mayor cobertura en los medios y más inversión por parte de patrocinadores u otros inversores (Woodhouse et al., 2019). De manera parecida, Adele Pavlidis (2020) observa que las jugadoras de la flamante liga profesional de fútbol australiano (AFLW) entran al nexo medio-deportivo como productoras y que la responsabilidad cae sobre ellas, “como individuos en tiempos neoliberales, producir la mercancía que generará ganancias en el futuro” (p. 4). No solo que son responsables por la producción de la mercancía, sino que lo deben hacer con felicidad y optimismo a pesar de las condiciones adversas –sueldos mínimos, un torneo de corta duración, pocos días de entrenamiento, recursos limitados– para merecer pertenecer al mundo de negocios del fútbol australiano (AFL), aunque sea de manera precaria.

Según algunos, como en el caso del ex-presidente de la comisión de fútbol femenino de la AFA, Salvador Stumbo, las jugadoras deben primero tener éxito para luego *merecer* más apoyo institucional. En una reunión con jugadoras de la selección femenina durante los Juegos Panamericanos en 2015, Stumbo expresó explícitamente esta lógica en respuesta a las demandas de las jugadoras. Nosotras explicamos que, para lograr mejores resultados en las competencias internacionales, necesitábamos más apoyo de la asociación en la forma de continuidad en el entrenamiento, partidos amistosos frente a otras selecciones nacionales en preparación para torneos importantes, convocatorias con más frecuencia y un aumento en el viático para cubrir los costos de dejar de trabajar para entrenar o jugar. Stumbo respondió que para que la asociación nos “de” más, “*ustedes tienen que ganar algo de verdad*”.<sup>111</sup> Este tipo de pensamiento se relaciona a la noción neoliberal de la meritocracia y en realidad resulta restrictivo para la disciplina porque supone que, para poder pedir apoyo, uno debe demostrar que la actividad “merece” inversión. El concepto de meritocracia niega la importancia del posicionamiento o la estructura social, asigna toda responsabilidad de ascenso social al mérito y esfuerzo del individuo y considera a la jerarquía social como natural y esencial (Littler, 2013).

---

<sup>111</sup> Este comentario fue una respuesta directa y una afrenta indirecta a la medalla de oro que había ganado la selección femenina en los Juegos Odesur en 2014. Después de ese logro, el equipo no recibió ningún premio ni apoyo de la AFA. Stumbo insinuó que ese torneo no era lo suficientemente importante para justificar una mejora en las condiciones de las selecciones femeninas. Basta decir que las jugadoras que participaron en ese triunfo histórico se enfurecieron al escuchar el comentario de Stumbo y salieron de la reunión frustradas y enojadas con el hombre cuyo papel oficial era representar al fútbol femenino ante las autoridades máximas de la AFA.

Así como existen los argumentos afirmando que el mercado no justifica una inversión en el fútbol femenino –sin tener en cuenta el efecto de las fallas del mismo sistema o la marginalización histórica de las mujeres en el nexo deportivo (Travers, 2008)–, también existen argumentos justificando la falta de apoyo a las futbolistas que se basan en el concepto del mérito, como el de Stumbo con las jugadoras de la selección. En el caso de UAI Urquiza, mientras se desarrollaba la disciplina, el club comenzó a aumentar el apoyo hacia las jugadoras y a mejorar la infraestructura del fútbol femenino, y mientras el apoyo de la institución aumentaba, el equipo comenzó a tomar cada vez más en serio su práctica del deporte, dedicándose a ella y comportándose de la manera más “profesional” posible.

Para algunas Guerreras, comportarse con “*profesionalismo*” para ser “*tomadas en serio*” implica priorizar el fútbol ante (casi) cualquier otra cosa. Sin embargo, esta actitud puede generar conflictos entre el equipo ya que las jugadoras tienen opiniones variadas sobre el orden de prioridades en sus vidas y también sobre qué representa una excusa válida para faltar al entrenamiento. Esta tensión se profundiza aún más por una falta de reglas y consecuencias bien definidas establecidas por el cuerpo técnico y/o la dirigencia. Cuando una jugadora falta a algún entrenamiento o compromiso oficial del equipo, primero notifica al DT y luego la mayoría manda un mensaje de texto al grupo (semi-serio) de WhatsApp del equipo para explicar su ausencia.

En 2016, fui una de las jugadoras que tuvo que faltar con más frecuencia debido a un conflicto de horario con mis cursos de posgrado que se dictaban en Microcentro a partir de las 18:00. Para llegar desde el entrenamiento, tenía una hora en transporte público de Villa Lynch y de Rancho Taxco era imposible llegar sin un vehículo particular, que no tenía. Para poder recuperar los entrenamientos a los que faltaba, entrenaba a la mañana con los arqueros de las categorías inferiores –el más joven tenía 17 años– y a veces con los arqueros de la reserva y la primera masculina. Viajaba junto a los varones en el colectivo provisto por el club que nos llevaba y traía entre la UAI en el centro y Rancho Taxco. Si bien técnicamente recuperaba los entrenamientos, me di cuenta que mi ausencia frecuente en los entrenamientos del equipo resultaba perjudicial para mis chances de estar entre las once titulares de los partidos. En general, sentía el apoyo y la comprensión de mis compañeras en cuanto a mi compromiso académico, que entendían la dificultad que implicaba estudiar en una universidad que no fuera la UAI y reconocían la importancia de mis cursos respecto a mi carrera profesional, no futbolística. Al mismo tiempo, sentía que otras compañeras no compartían la misma actitud de comprensión, entre ellas, la capitana. En agosto de ese año, ese sentimiento de desagrado se

manifestó claramente en un mensaje general al grupo de WhatsApp del equipo como una respuesta a mi aviso que no iba a poder asistir al entrenamiento de esa tarde:

*Bueno, de eso quería decirles a TODAS. Yo entiendo que todas tenemos cosas por hacer, vida aparte. Pero creo que no nos damos cuenta en dónde estamos paradas y que no podemos regalar más nada. No podemos faltar más, ¡te lo digo a vos, Gaby, se lo digo a todas! Basta por favor, basta de faltar y terminemos los entrenamientos chicas. Ya se habló mucho de esto, se había puesto las pilas, intentamos seguir haciéndolo. Estamos en una etapa muy linda y tenemos que estar al 100% y llegar bien todas. ¡Si faltamos a entrenar no sirve! Necesitamos estar todas.*

Sin embargo, el mensaje de la capitana no recibió una respuesta inmediata, en realidad varias compañeras se acercaron para decirme que no estaban de acuerdo con el mensaje y que me apoyaban y entendían mi situación. Más allá de un mensaje de aliento para una compañera, la respuesta, o el silencio, de mis compañeras representaba una idea general de que la frustración de la capitana estaba mal direccionada ya que, para la mayoría, las clases y la educación, junto con responsabilidades laborales, son motivos justificados para faltar, sobre todo cuando una jugadora recibe “poco” del club –en mi caso, no tenía una beca de la UAI, tampoco vivía en un departamento del club, ni tenía un puesto de trabajo con Vaneduc, por ejemplo–. En general, mis compañeras entendieron la frustración de la capitana como una incapacidad de empatizar con mi situación ya que ella recibía “todo” del club (vivienda, trabajo, uno de los viáticos más altos y apoyo para terminar la secundaria).

La semana siguiente, sin embargo, cuando otra compañera mandó un mensaje al grupo avisando que al otro día no iba a entrenar porque su madre festejaba su cumpleaños, el equipo no le ofreció el mismo apoyo, sino que expresaron un punto de vista parecido al de la capitana:

*Jugadora 1: Yo tengo que viajar a mi casa y sin embargo voy a entrenar y después me voy, Lucía. No es motivo para faltar. [...] También tengo el cumpleaños de mi sobrino, tengo que manejar cinco horas de noche.*

*Jugadora 2: No es la primera vez, Lucía. Todas resignamos cosas, pero lo elegimos. Al menos vos podés ver a tu mamá el resto del día. Faltá, pero te hacés cargo de las consecuencias y de que muchas pueden no coincidir con vos. Cada una es grande, sabe lo que hace, no somos pendejas.*

*Jugadora 3: Lucía, entiendo que sea el cumpleaños y sea un día especial, pero creo que sabés que todas dejamos mucho por ir a entrenar y las chicas del interior ni las ven por foto a sus madres ni a ningún familiar en su cumpleaños. Creo que tenés todo el fin de semana para pasar al lado de tu mamá y que va a entender que tenés responsabilidades. [...] Las prioridades de cada uno son distintas, igual. Porque en mi caso, cuando mi abuelo falleció, jamás dejé de ir a algún entrenamiento.*

A través de esta discusión, o disputa, las diferencias entre las prioridades, o la variabilidad del compromiso de cada una se despliegan. El nivel de compromiso de cada jugadora varía según dos variables principales: las responsabilidades personales (trabajo, estudio, familia, salud, etc.) y el nivel de inversión del club en esa jugadora. La primera variable es altamente

subjetiva y hasta dependiente de la segunda variable, que es más bien “independiente” y medible en cuanto a que la inversión del club se puede determinar observando cuáles “beneficios” cada jugadora en particular recibe (o no) de la institución (vivienda, viático, beca y/o trabajo). Mientras más beneficios recibe una jugadora, más expectativas se tiene respecto a su asistencia y compromiso con el equipo. Es decir, en general, existe una relación directa entre el nivel de compromiso de una jugadora y el nivel de inversión del club en ella. Por otro lado, el nivel de compromiso de una jugadora que únicamente recibe un viático, junto con el almuerzo los días de entrenamiento, puede o no sentir el mismo nivel de obligación al club que aquellas que además reciben becas, empleo y/o vivienda. Por ejemplo, las excusas “legítimas” para faltar de una jugadora que vive en un departamento del club, que estudia en la UAI y que trabaja en Vaneduc son muy limitadas: una emergencia familiar, una enfermedad o lesión –que debe ser lo suficientemente grave como para impedir que ella entrene– o por exámenes parciales o finales.

Aun así, la “obligación” percibida por las jugadoras que más reciben del club no es necesariamente una respuesta a mayor exigencia del club, sino que tiene que ver con lo que algunas describen como una reacción “natural”, o lo que otras sienten como presión social, o del equipo:

*Malvina: Me siento muy identificada con el club. Con el equipo y con el club también. A mí me dio mucho. Tengo muchas cosas contra Pinela, muchas diferencias, pero me dieron mucho.*

*Yo: ¿O sea un poco te sentís obligada, como que debés algo al club?*

*M: Sí, claro. Me siento siempre en deuda, y eso me hace sacrificarme mucho más. Pero en el buen sentido.*

En vez de que sea la institución que imponga mayores expectativas en las jugadoras, existe un estilo de presión grupal en el equipo, parecida a la presión de estudiar para un mejor futuro, que establece una conexión entre el nivel de compromiso esperado de una jugadora y el nivel de inversión del club en ella. Cuando le pregunté a Malvina si percibía que el club pretendía mayor rendimiento futbolístico de las jugadoras que reciben vivienda, trabajo y/o beca, me respondió que la institución nunca le hizo sentir de esa manera. Sin embargo, me explicó que su sensación de obligación al club no es un sentimiento necesariamente compartido entre las Guerreras más nuevas que “*tienen todo servido*” mientras que antes era “*más sacrificado todo*”, “*todo más a pulmón*”. Ella y otras jugadoras más veteranas sienten que llevan la responsabilidad de transmitir el sentimiento de pertenencia al club a las más nuevas. Hay otras, como la capitana, que sienten que la inversión de la institución es grupal, no se invierte en jugadoras individuales. Por lo tanto, las de esta opinión creen que todas deben ubicar al fútbol entre sus mayores prioridades. Debido en gran parte a la ambigüedad y falta de transparencia

respecto a las expectativas institucionales para el compromiso de las jugadoras, junto a la naturaleza subjetiva de la priorización de las responsabilidades personales, la disputa descrita arriba nunca se llegó a resolver de manera definitiva. Este tipo de incertidumbre surge, directa o indirectamente, de la ambigüedad propia al amateurismo de la práctica.

#### **4.4 Aceptar y conformarse: la reciprocidad desigual entre dirigentes y jugadoras**

Sin embargo, el compromiso al club no siempre se siente de manera positiva. En septiembre 2017, el seleccionado femenino de fútbol decidió ir de paro en protesta a las pésimas condiciones que soportaba en la nueva “AFA de la igualdad de género” –falta de viáticos, vestuarios inadecuados, obligadas a usar la cancha de césped sintético<sup>112</sup>. Las Guerreras citadas a la selección en ese momento se encontraron en una situación compleja: enfrentarse con la AFA implicaba enfrentarse con Ricardo Pinela, nuevo presidente de la comisión de fútbol femenino de la asociación y vicepresidente de la UAI, y por ende arriesgaban un enfrentamiento con la misma institución que para muchas representaba su sustento, su trabajo, su vivienda. Si bien las Guerreras de la selección se adhirieron al paro, y ninguna perdió su trabajo, se sentían obligadas a cuidar lo que expresaban en las redes sociales y en los medios. A la vez, en modo de apoyo, varias Guerreras no seleccionadas publicaron opiniones en sus redes sociales, como Twitter, Facebook e Instagram, sobre el paro y críticas no sólo de la AFA, sino también de los clubes y sus dirigentes, en general. Pero, un “tweet” en particular del 26 de septiembre generó más disgusto entre la dirigencia de la UAI que los demás. Este “tweet” era una serie de imágenes de una nota privada escrita por Malvina, aunque fue otra compañera, Cecilia, que hizo público los sentimientos –compartidos por la mayoría de las Guerreras–. Aquí destaco algunas partes:

El problema en el fútbol femenino es el pensamiento de los dirigentes: “Te doy esto que es una poronga, CONFORMATE porque antes no la tenías”. Y cuando las jugadoras dicen NO QUIERO ESA CAGADA QUE ME ESTÁS DANDO, AH NO, NO ESTÁN ABIERTAS AL DIÁLOGO, HACEN QUILOMBO.

Te hacen una inauguración con bombos y platillos, cámaras, dirigentes, banderas, papel picado y globos. Te hablan de la igualdad de género. Te hablan de la profesionalización, del proyecto, de la federalización y de la concha de la lora. Pero vas a jugar un partido y no hay ambulancia. Los vestuarios no tienen duchas. Hay clubes que no tienen materiales. Hay clubes juntando plata para pagar las operaciones de las lesionadas y me vienen a hablar de profesionalización. Los “clubes” son las CHICAS, JUGADORAS juntando plata. Porque los CLUBES brillan por su ausencia.

Te boludean, te ningunean, se cagan en vos y tu esfuerzo; y ENCIMA pretenden que calladita no te quejes. Que respetes a los dirigentes. Querés salir con una bandera en apoyo a la Selección Argentina y parece que estás cometiendo un delito. Claro, ¿cómo se va a enterar todo el mundo que les quieren pagar 150 pesos (CIENTO CINCUENTA PESOS) de viáticos? NO. Shhh,

---

<sup>112</sup> Los motivos del paro están descriptos en la carta abierta dirigida al presidente de la comisión de fútbol femenino de la AFA. Esta carta se puede ver en su forma original en el Anexo A.

calladitas. 80 mil canchas de césped natural. Tomá, te doy esta de sintético. Conformate porque antes ni entrenabas acá. (Mayúsculas del texto original)

Cuando Pinela se enteró del “tweet” a través de Romina Sacher, la jefa del departamento de prensa del club, se generó un estilo de grieta entre la dirigencia y las jugadoras, un clima de tensión y de desconfianza. Algunas, como Liliana, Beatriz y Malvina, que tenían una buena relación con un diálogo abierto con Pinela, sintieron más este distanciamiento, vieron un giro de 180 grados en su trato con el vicepresidente. Ninguna perdió su trabajo, si bien temían que podría ser una posibilidad, pero Pinela se distanció del equipo, y en algunos casos directamente dejó de hablar con ciertas jugadoras, como ocurrió en el caso de la autora del texto, Malvina.

El hecho también de que fue Romina quién mostró el “tweet” a Pinela, generó una profunda desconfianza por parte de las jugadoras con “los de prensa”. Si bien previo a este incidente ya existía tensión entre las Guerreras y Sacher por otras disputas con la dirigencia en que las jugadoras sintieron que la periodista no las apoyó, sino que abiertamente se ubicó del lado dirigenal, este incidente terminó de consolidar la distancia entre jugadoras y prensa. En una entrevista conmigo, Sacher justificó su decisión cuando le pregunté sobre el conflicto con Malvina:

*Las noto hasta cansadas con el club. Está bien, yo reconozco que siempre hay algo para mejorar. Las críticas cuando son constructivas siempre son bien recibidas porque significa que vos estás pensando en mejorar no sólo tu situación, sino también la del club que te aloja. [...] como lo que pasó con Malvina que se enojó conmigo porque yo leí los tweets y me pareció una vergüenza lo que estaba haciendo porque, a final, parece que estás jugando para un equipo que no te da pelota–, más allá de que el reclamo [que] ella hizo puede ser o no algo que suceda para el fútbol femenino a nivel selección. A mí lo que me chocó, primero fue, ella puede decir lo que quiera, es su Twitter y me parece perfecto que lo haga, pero el reclamo y el tono hacía quedar como que a la UAI le faltaba todo eso también, y es todo lo contrario. Nosotros podemos tener muchas falencias, pero a nivel hospitalidad para las jugadoras, me parece que es uno de los más completos de todos. Pueden estudiar, pueden trabajar, tienen viático, tienen micro para entrenar, si faltás no pasa nada –porque no pasa nada–, tienen médico, tienen kinesiólogo, tienen hospital para hacerse estudios si les pasa algo, tienen departamento. Me parece que, como que pasó tanto tiempo, las chicas tienen como esta cuestión de pensar que es merecido [...] como que eso es el piso, y de ahí todo tienen que ser para arriba.*

Con el uso de “nosotros”, Romina se incluye como parte de la dirigencia del club, y, por lo tanto, dado su relación cercana con Pinela, podemos inferir que él compartía la mayoría de estos sentimientos –además, en otras instancias el vicepresidente nos comunicó ideas similares en reuniones con el equipo–. En estas dos citas, se puede observar una diferencia clave entre cómo cada parte percibe o valora lo que ofrece el otro. Volviendo a Mauss (1966), el acto de dar y luego de recibir forma un tipo de contrato implícito entre donante y receptor, pero también el que recibe puede sentirse obligado a ofrecer un contradon que, a su vez, espera reciprocidad por parte del nuevo receptor, se observa un estilo de inversión de la relación. Un elemento

esencial de este proceso, sin embargo, es el acto de reconocimiento. ¿Qué pasa cuando una parte no reconoce el don del otro?

Según el esquema planteado por Sarah Ashwin, Irina Tartakovskaya, Marina Ilyina y Tatyana Lytkina (2013), el ciclo del don tiene cuatro puntos centrales: “dar, (no) reconocer, (no) reciprocitar y la respuesta a la (no) reciprocidad” (p. 400; traducción propia del inglés original). En su investigación enfocada en el ciclo de dones de trabajo en un contexto familiar, las autoras encontraron que, en cada punto, el género puede interrumpir o alterar el ciclo del don, debido a las diferencias de las percepciones entre los varones y las mujeres sobre el nivel adecuado de entrega y de reciprocidad. Esta diferencia perceptiva se traduce en una tendencia de las mujeres de aceptar la subvaloración de su esfuerzo y de convertirse en “prisioneras de amor” en cuanto que siguen dando sin esperar nada a cambio ya que sus acciones surgen de un “sentido de obligación y enredo emocional” que vuelve invisible su trabajo (Ashwin et. al, 2013: pp. 414-415). Si un trabajo, o un don, no es reconocido como tal, la reciprocidad también se disimula.

En el caso de las Guerreras y el club, se puede observar una alteración en el ciclo del don que genera un conflicto profundo entre ellas y la dirigencia. Si establecemos que el ciclo comienza con el “regalo” por parte de la institución hacia las jugadoras en la forma no sólo de becas, vivienda, viático y empleo, sino también de la misma oportunidad de tener un espacio para jugar en un club, las jugadoras al aceptar estos dones, en varias medidas, entran en un contrato implícito. Pasando al segundo punto del ciclo, las jugadoras en su gran mayoría reconocen la “generosidad” del club y siguen al tercer punto del ciclo respondiendo con su compromiso y esfuerzo en la cancha y en sus varias responsabilidades en la institución. Sin embargo, al parecer, la ruptura ocurre en el momento que la institución debe reconocer la reciprocidad de las jugadoras. En vez de considerar el esfuerzo de las jugadoras como una entrega o un acto de reciprocidad, el club considera su respuesta como el cumplimiento con una obligación motivada sobre todo por la pasión por el fútbol y por las mismas ganas de jugar en el club que surgen del sentido de pertenencia generado por estos “dones” institucionales. Acá vemos que la dirigencia utiliza la noción de la pasión como motivación pura como un tipo de reivindicación del amateurismo en el fútbol femenino: las “*chicas*” juegan por amor, no por una recompensa económica. Si bien podemos ver que cuando la institución comenzó a “dar” más a las jugadoras cuando en un principio no tenían “nada” –ni espacio para entrenar en el club–, su respuesta inicial era de agradecimiento y de mayor compromiso, dejando de lado otras responsabilidades o reorganizando sus horarios para faltar lo menos posible a los entrenamientos y partidos.

El esfuerzo y el compromiso de las Guerreras se vuelve cada vez mayor, muchas se identifican primero como futbolista de UAI Urquiza, y luego como estudiantes, trabajadoras, hijas, hermanas, tías. Por ende, con este giro en cuanto al peso del fútbol en sus vidas, sus expectativas de la institución también aumentan. Entonces, cuando la institución no reconoce la reciprocidad de las jugadoras que viene en auge durante varios años, esta falta de valoración de su esfuerzo prolongado se puede traducir en frustración y en demostraciones de disconformidad con el club. En la liga profesional de Inglaterra, considerada entre los mejores torneos femeninos a nivel mundial, las expectativas sobre las futbolistas no siempre son acompañadas por operaciones en el club de un nivel suficientemente “profesional” (Culvin, 2021). Aún así, como en Argentina, desde la institución se espera que las jugadoras no solo rindan en la cancha bajo estas condiciones inadecuadas, sino que además se sientan agradecidas por tener la posibilidad de hacerlo (*ibíd.*). La dirigencia interpreta estas manifestaciones de quejas o de protestas de las jugadoras, como las de Malvina, como inaceptable porque para el club, al recibir de la institución, ellas tendrían que cuidar la imagen de la institución y defenderla. Salir del discurso de la felicidad y el optimismo (Ahmed, 2010), haciendo demandas o expresando sentimientos negativos, es también salir del discurso neoliberal de la responsabilidad individual y la noción de aceptar la situación y condiciones de cada una como una realidad y comenzar a dirigir la mirada hacia la institución y sus responsabilidades para con las jugadoras (Pavlidis, 2020). Este giro afectivo representa un riesgo para las jugadoras porque genera tensión entre ellas y la institución, para algunas podría significar perder su lugar en el club –como le pasó a Malvina en enero del 2019–. Sin embargo, Mientras que la institución las considera como “*desagradecidas*” o inconscientes de la realidad del fútbol femenino en el país, las jugadoras sienten que lo que ya ofrece el club es lo básico, lo mínimo necesario para poder llevar a cabo su práctica y que el crecimiento de la actividad requiere más apoyo y más inversión. Lo que las jugadoras entienden al decir que UAI Urquiza es el club con mayor hospitalidad es en realidad: “*lo mejor de lo peor*”, en un torneo donde hay equipos que ni cuentan con los elementos básicos para jugar.

#### **4.5 Guerreras campeonas, pero sin cancha**

El sentimiento de recibir “*lo mejor de lo peor*” se ve particularmente en la lucha constante por un espacio estable en el club. En UAI Urquiza este conflicto en particular se ha manifestado específicamente entre la dirigencia y el equipo de fútbol femenino junto al cuerpo técnico –DT, preparador físico y ayudante de campo– a partir de la ambigüedad que venimos

observando en el fútbol femenino que surge de la línea borrosa separando el amateurismo del profesionalismo. Aunque la lucha siempre esté presente, la intensidad del conflicto varía según el contexto, el motivo y el momento, aquí vamos a analizar un episodio en particular en la cual la tensión se manifestó claramente a partir de una falta de lugar para entrenar, una falta de espacio propio en el club.

Desde el momento que Carlos Borrello asumió como DT de UAI Urquiza en agosto 2015, el club otorga la cancha principal en el estadio en Villa Lynch al equipo femenino para utilizar tres de los cuatro días de entrenamiento de la semana y un día provee un micro escolar que lleva a las jugadoras desde la sede de la UAI en la Avenida San Juan en el barrio de Constitución hasta Rancho Taxco, en Tristán Suárez. Poco después de su llegada al club, Carlos comenzó a exigir que los dirigentes nos permitieran entrenar en Lynch dado que él consideraba que las canchas de Rancho no eran adecuadas para un entrenamiento de un equipo de alta competencia<sup>113</sup>. Sostenía que una buena cancha era necesaria para poder implementar su sistema de juego –que implicaba un alto nivel técnico de las jugadoras, pero también un espacio donde ellas se podían enfocar en el juego y no en los obstáculos del piso que hacían picar la pelota de una forma impredecible complicando el control y la precisión de los pases–. Antes de viajar a Medellín, Colombia para la Copa Libertadores Femenina a fines de octubre 2015, utilizando la necesidad de una buena preparación para el torneo internacional como la base de su argumentación, Carlos logró que los dirigentes nos cedieran el uso casi libre de la cancha de Lynch, un acuerdo que continuó vigente a lo largo del torneo local de 2016. Sin embargo, hubo días en que nos habilitaban un sólo sector de la cancha para dejar “*descansar*” partes del césped que se “*rompían*” con el uso, sobre todo después de los partidos, nuestros o de la primera masculina.

Sin embargo, cuando terminó el campeonato de AFA en julio, luego de que las Guerreras volvieron a salir campeonas, durante los dos meses de la pretemporada (agosto-septiembre) el club nos restringió el uso de la cancha de Lynch por razones de mantenimiento y cuidado del césped para cumplir con los reglamentos de AFA en cuanto a la condición de la cancha (Art. 121° y Art. 162°) sobre todo para la primera masculina. Esta restricción variaba desde ofrecernos media cancha hasta dejarnos sólo una parte de pasto (o más bien de tierra) de unos diez por cincuenta metros detrás de un arco y un costado entre el límite lateral de la cancha

---

<sup>113</sup> Una cancha se considera “buena” o “mala” por ciertas características del pasto y del suelo que influyen en el juego sobre todo en el movimiento de la pelota. Por ejemplo, una buena cancha tiene césped blando y relativamente corto para que no inhiba la trayectoria de la pelota en los pases “al ras del piso” y también está bien nivelado, sin pozos o desniveles que además de afectar la pelota pueden llegar a causar lesiones a los jugadores.

y de la tribuna, un espacio largo, de unos cien metros, pero angosto, de unos cinco metros, dependiendo tanto del clima como de las tareas de cuidado que tienen que cumplir los “*cancheros*”<sup>114</sup> ese día. En los primeros días de la pretemporada estas limitaciones no afectaron mucho a la planificación de los entrenamientos dado que Carlos había reservado tres días de entrenamiento para que trabajáramos con el profe para mejorar nuestro estado físico, y un sólo día para “*hacer fútbol*”, es decir, hacer ejercicios específicamente futbolísticos con la pelota y con movimientos tácticos. A diferencia de lo que observa Culvin (2021) en los clubes ingleses, en esta instancia ni siquiera el éxito deportivo llevó a que las futbolistas fueran más incorporadas al club en cuanto al uso de las mismas instalaciones que los varones. Aún después de haber salido nuevamente campeonas, seguíamos entrenando en condiciones precarias.

En cuanto se nos acercaba la fecha del comienzo del torneo, el DT comenzó a frustrarse con la falta de lugar para llevar a cabo los entrenamientos que había planificado y preparado. Su frustración se manifestaba en casi todas las charlas técnicas antes y durante los entrenamientos y hasta en sus conversaciones individuales con jugadoras: “*Así no se puede laburar*”, “*Necesito una cancha como la gente*”, “*Hoy tenía un trabajo muy bueno planificado, pero ahora tengo que dejarlo para otro día*”. Y este sentimiento se compartía con nosotras que también nos cansábamos de los ejercicios físicos del profe y anhelábamos usar una pelota. Ese anhelo se intensificaba al ver la cancha de césped verde, liso y parejo mientras al lado corríamos y nos esforzábamos sobre un piso de tierra dura que se convertía en barro resbaloso en los días de lluvia. Hasta las jugadoras de mejor estado físico se quejaban de los trabajos del profe, como María que me comentaba: “*Lo que daría por jugar en este momento, por tocar una pelota*” o “*Gaby, vos sabés que me gusta correr, pero llega un punto que ya no quiero saber más nada y quiero jugar*”.

Algunas jugadoras expresaban su frustración directamente a Carlos en sus charlas técnicas en el vestuario antes de los entrenamientos, que se daban en general una o dos veces por semana. Después de un análisis del DT, en el fondo negativo, de un amistoso jugado frente a una categoría juvenil masculina del mismo club el día anterior, una arquera, Leila, le contestó que “*Nos falta juego. Carlos, queremos tocar una pelota. No somos un equipo de atletismo. Necesitamos hacer más trabajos con pelota. Si no, directamente dejamos los botines en casa y venimos en zapatillas nomás*”. Como respuesta a esta expresión de frustración, Carlos volvió a expresar su propio fastidio con la dirigencia aclarando que él ya se había cansado de pedir una

---

<sup>114</sup> Los “*cancheros*” son los trabajadores contratados por el club que realizan tareas de mantenimiento de la cancha y también las instalaciones del estadio, como los vestuarios y los baños, por ejemplo.

cancha a los dirigentes, de tener que explicarse ante ellos, justificando nuestra necesidad de un espacio decente para entrenar, pero que por ahora no encontraban una solución.

Después de varias semanas de estas frustraciones, en una charla particular, a principios de septiembre, Carlos nos juntó en el vestuario antes de entrenar –debido al tiempo tormentoso, íbamos a entrenar adentro del vestuario con unos ejercicios de fuerza con pesas–. Él se puso al lado del pizarrón mientras nosotras nos sentamos en los bancos de metal que quedan al lado de las paredes del vestuario –los cuales utilizamos para apoyar las mochilas, la ropa, y los botines entre otras cosas mientras nos cambiamos y después para relajarnos y hablar un rato antes de salir a la cancha para entrenar–. Luego de hablar de algunos temas tácticos, sobre todo movimientos defensivos y algunas opciones de estrategias de ataque para llegar al arco contrario y producir oportunidades de gol, Carlos una vez más volvió al tema de la falta de espacio para entrenar. Cuando algunas jugadoras comenzaron a decir que preferirían entrenar en las canchas duras y feas de Rancho ante tener que quedarnos corriendo al costado de la cancha en Lynch, él nos explicó que no era tan simple como parecía.

El club no quería poner otro micro para llevarnos al predio debido a que cada viaje de ida y vuelta a Rancho en ese momento representaba un costo de 2000 pesos, entre el salario del chofer, los peajes y la nafta entre otras cosas, por lo tanto, los dirigentes sólo estaban dispuestos a ofrecernos un micro por semana para entrenar en el predio. En cambio, entrenando en Lynch, los gastos de transporte son responsabilidad de las jugadoras ya que viajamos en transporte público mientras que el predio se encuentra en un lugar inaccesible sin vehículo particular. Como son pocas las jugadoras con auto, y aún menos las que tienen los recursos económicos para no preocuparse por los costos de la nafta de un viaje de unos 35 kilómetros ida y vuelta y con varios peajes, tres o cuatro veces por semana, la opción de ir por nuestra cuenta no era viable.

Acá surge otro punto constante de conflicto, el tema de los gastos del club y la falta de producción económica por parte del fútbol femenino. Este conflicto surge no sólo de temas como la falta de espacio, sino también de cualquier tipo de demanda que hace el equipo de fútbol femenino que involucra un costo monetario, por ejemplo un pedido por más ropa de entrenamiento, un aumento del viático, la oportunidad de jugar un amistoso preparativo en una ciudad lejana que requiere gastos de transporte y de estadía o una propuesta para hacer una semana de pretemporada intensiva en otra ciudad –como suelen hacer la primera masculina, ese año, 2016, los varones fueron diez días de pretemporada en Olavarría en la Provincia de Buenos Aires.

Si bien la práctica de los varones implica costos mucho más altos, por los sueldos –tanto de los jugadores como de los miembros del cuerpo técnico–, la cobertura médica, las becas, el hospedaje en un hotel para la concentración previa a los partidos y la indumentaria, por ejemplo, el club considera a esos costos en términos de inversión. El club “invierte” en los varones con la esperanza de cumplir con el proyecto a largo plazo de ascender a la primera división de AFA y a corto plazo de poder vender jugadores a otros clubes para generar ganancias, además de los ingresos de los contratos lucrativos de los derechos de transmisión de los partidos. Sin embargo, para los dirigentes, el fútbol femenino no ofrece las mismas oportunidades de ganancias económicas al club, por lo tanto, los costos son gastos en vez de inversiones. A pesar de esto, como se ve a través de los varios beneficios ofrecidos a las jugadoras, pareciera que la UAI sí ve en el fútbol femenino la posibilidad de ganancias no económicas en cuanto a capital simbólico a través de renombre y reconocimiento en el campo del fútbol argentino. Por ejemplo, en la (poca) cobertura mediática de los encuentros –y sobre todo las victorias– frente a los clubes más grandes del país y también en los torneos internacionales como la Copa Libertadores, competencias que se mantienen cerrados para un equipo de la tercera división masculina como es UAI Urquiza. Aun así, siempre se mantiene el paradigma de la jerarquización del fútbol masculino, sobre todo de la primera y reserva, por encima del equipo femenino que se resalta en ciertas situaciones, como en la disputa por un lugar propio en el club.

De esta manera, a través de este episodio de la falta de espacio para entrenar, vemos también como el nexo deportivo perpetúa la injusticia de género a través de la desvalorización material y cultural de las futbolistas (Travers, 2008). Se normaliza el concepto de que en el deporte los varones son “ciudadanos de primera”, reforzando la masculinidad y utilizando argumentos pseudo-económicos para justificar la noción de la supremacía masculina (blanca y heterosexual) mientras que las mujeres tienen que conformarse con una ciudadanía de “segunda clase” (*ibíd.*, p. 81; Connell, 1987). Se crea un estilo círculo vicioso en que se sostiene que los deportes de mujeres no generan ingresos sino únicamente gastos y al mismo tiempo se sostiene, en gran parte por las representaciones en los medios (Cooky et al., 2015; Messner et al. 2000), que su práctica es inferior a la versión masculina, naturalizando los supuestos sobre la inferioridad del sexo femenino, que a la vez influye en las posibilidades económicas de las deportistas y premia a los deportistas varones con mejores estructuras de oportunidad y mayores posibilidades de remuneración (Travers, 2008; Theberge, 2000). Romper con este ciclo de injusticia implica la necesidad de cambios de dos dimensiones: el reconocimiento y la redistribución, como plantea Nancy Fraser (1998). Ella propone que categoría de género lleva

dos facetas, una económica y otra cultural, y cada una se relaciona a una de las dimensiones, aunque las dos están entrelazadas. En el fútbol, para que las jugadoras puedan ser ciudadanas de “primera clase”, hace falta realizar cambios en estas dos dimensiones, rectificando la falta de reconocimiento, a través de mayor visibilidad en los medios, por ejemplo, y también con una redistribución más equitativa de los recursos materiales y económicos para intentar reparar un siglo de negligencia y androcentrismo. Si bien las futbolistas juegan un papel clave en la lucha por sus derechos y mejores condiciones, las instituciones también llevan una gran parte de responsabilidad para el crecimiento del fútbol femenino, su participación en el proceso es necesario y esencial para generar y sostener cambios a largo plazo.

# **CAPÍTULO 5 | “TOPO GIGIO”, CONSCIENTIZACIÓN Y LA (SEMI-)PROFESIONALIZACIÓN: La lucha colectiva de las jugadoras y la manutención del orden**

## **5.1 Auto-etnografía, reflexividad y posicionalidad**

En el pre-dictamen de la defensa de mi tesis de maestría, un miembro del jurado, luego de aprobar mi trabajo para pasar a la instancia de la defensa oral, recomendó que debía “ajustar el análisis teórico/metodológico sobre el problema de la auto-etnografía dentro de la etnografía: cuánto de extrañamiento hay, y cómo ha practicado la distancia de su objeto, siendo nativa y, al mismo tiempo, investigadora”. Me acuerdo haber pasado unas cuantas horas, y hasta días, reflexionando sobre esta recomendación. Me preguntaba si mi investigación había sido una auto-etnografía. No es que antes no había considerado mi lugar en el campo, sino que lo pensaba como parte de la reflexividad. Entendía mi posición según la idea de la antropóloga Rosana Guber (2004): “El antropólogo y la población provienen de dos universos de significación, de dos mundos sociales diferentes. Esto sucede, aun cuando el investigador pertenece al mismo grupo o sector que sus informantes” (p. 50). Todavía comparto esa idea, pero la sugerencia del miembro del jurado me generó curiosidad sobre la auto-etnografía y sus posibilidades en los estudios sociales del deporte. Suponía que, para poder llegar a una respuesta, hacía falta primero poder definir lo que es la auto-etnografía. La búsqueda de una definición de este tipo de etnografía me llevó a indagar en lectura tras lectura, y si bien estos textos me brindaron algunas respuestas, sobre todo me generaron aún más preguntas. ¿Será que soy nativa? ¿Soy realmente parte del campo estudiado? ¿Se puede ser investigadora nativa o el solo hecho de investigar me vuelve *outsider* o no nativa?

No existe una sola definición de la auto-etnografía, ni una sola forma de entenderla. Desde las primeras veces en que el término fue utilizado por el antropólogo David Hayano –en su trabajo sobre jugadores semiprofesionales de póker en 1979– hasta hoy, el concepto ha evolucionado y se ha desarrollado en dos enfoques principales: la auto-etnografía evocativa y la analítica (Anderson & Austin, 2012). Si bien hay una divergencia en las formas auto-etnográficas más utilizadas, concuerdan en que el “auto” de la auto-etnografía se refiere a la investigadora<sup>115</sup> misma en vez de a los sujetos investigados como en la tradición etnográfica.

---

<sup>115</sup> Si bien tengo en cuenta la discusión del lenguaje inclusivo, en este capítulo opté por hacer uso del femenino ya que soy mujer. Además, debido a que en espacios como la ciencia y el fútbol tradicionalmente se utiliza el

Hayano (1979) la define como un método según el cual “las antropólogas conducen y escriben etnografías de su ‘propia gente’” (p. 99; citado en Crawley, 2012)<sup>116</sup>. Según esta definición, se vuelve central el estatus *insider* de la investigadora que, a la vez, es nativa. Sin embargo, no me enfocaré en la diferenciación mencionada arriba entre las ramas principales de la auto-etnografía –si bien seguiré más la rama analítica–, sino que la pensaré desde este concepto de la investigadora como *insider* o nativa, o sea, a partir de la posicionalidad.

Leon Anderson (2006) define una serie de requisitos para clasificar a una investigación como auto-etnográfica: la investigadora debe ser miembro total de la comunidad estudiada; el texto debe incluir la reflexividad analítica que expone la influencia recíproca entre etnógrafos y sus entornos e informantes; tiene que haber visibilidad de la investigadora misma en la narración; y la investigación debe incluir diálogo con informantes más allá de quien investigue. Pero, Anderson (*ibíd.*), tomando los aportes de Clifford Geertz (1988) y Charlotte Davies (1999), también advierte sobre el peligro de abusar de la experiencia subjetiva que puede llevar a un “texto saturado de la autora” o a un estilo de ensimismamiento, advertencia también anunciada por Paul Atkinson (1997). Por lo tanto, Anderson (2006) agrega, además, un último requisito para distinguir a la auto-etnografía analítica de las otras formas, principalmente de la evocativa: utilizar la evidencia empírica para llegar a algún conocimiento que trasciende ese mundo a través de una generalización más amplia. Esta meta es compartida por la etnografía analítica, y también es una meta a la que aspira mi investigación; en otras palabras, la meta de hacer dialogar los datos empíricos con la teoría y con problemáticas más amplias.

Quiero enfocarme en los primeros dos requisitos que propone Anderson para que una investigación sea clasificada como auto-etnográfica: el estatus de la investigadora como “nativa” y la reflexividad analítica. Sobre el concepto de la investigadora miembro total (IMT) o *complete member researcher*, Anderson (2006) utiliza la propuesta de Patricia Adler y Peter Adler (1987), quienes distinguen entre una IMT “oportunista” y una “conversa”: la primera pertenece al grupo estudiado antes de tomar la decisión de investigarlo, mientras que el segundo, como indica el nombre, se refiere a las investigadoras que comienzan con un interés meramente científico pero se “convierten” en miembro a través de la inmersión total, logrando pertenecer al grupo a lo largo de la investigación. Como se podría imaginar, ambas categorías tienen sus complejidades y no hay un consenso total sobre esta distinción. Sarah Crawley (2012)

---

masculino, decidí utilizar el femenino para generar una ruptura y una distancia con las formas tradicionales del habla con la intención de alentar a la reflexión sobre los usos del lenguaje y sus efectos reales en las desigualdades de género que todavía existen en la actualidad.

<sup>116</sup> Traducción propia del inglés original. Ver nota anterior sobre el uso del femenino ya que no existe un género neutro como sí existe en el inglés (*researcher*; *ethnographer*).

insiste en que no puede existir la segunda categoría. Su posición parte de la teoría feminista del punto de vista (*standpoint theory*), en gran parte desarrollada por Dorothy Smith (1992) quien propone comenzar la indagación científica social donde el sujeto conocedor se encuentra en la actualidad, previo al giro cartesiano en el cual se olvida el cuerpo y antes de la diferenciación entre la subjetividad y la objetividad. Según Crawley (2012) y otras pensadoras de la rama de la teoría del punto de vista, para escribir auto-etnografía, el punto de partida debe ser propio porque, de otra manera, la investigadora “arriesga colonizar las voces de los marginados” (p. 14), sobre todo en estudios sobre las desigualdades estructurales. Sin embargo, para algunas investigaciones, como por ejemplo las que indagan actividades de ocio o deportes, hacer una auto-etnografía en un espacio no propio puede ser útil justamente por la reflexión sobre el proceso de “volverse nativa”.

Pero no es solo la segunda categoría la que resulta problemática, sino el concepto en sí de poder ser miembro total de una comunidad estudiada como investigadora. Tanto Marilyn Strathern (1987) como Guber (2004) destacan la distancia entre investigadora y población por el interés mismo de la etnógrafa y su pertenencia a otro mundo social: la comunidad científica social. Es justamente esta distancia la que permite la generación de perplejidades o malentendidos por parte de la investigadora sobre conductas o verbalizaciones de los sujetos del grupo estudiado que pueden luego dar frutos en la recolección de datos (Guber, 2001). En relación con esto, Rebecca Olive y Holly Thorpe (2011) destacan cómo su movimiento entre y dentro de los campos académicos y de investigación, o sea entre “teoría, práctica y cultura”, les ayudó a desarrollar una posición de “pertenencia diferencial” para generar la distancia necesaria para hacer nuevas preguntas sobre algunas reglas, normas y prácticas de género en los campos –tradicionalmente masculinos– de los deportes extremos que no habían cuestionado anteriormente. Si bien este movimiento les generó tensiones incómodas mientras intentaban “(des)aprender” las estrategias de ambos campos, también les resultó fructífero en la generación de nuevas discusiones y posibles espacios de transformación.

Esta relación dinámica y dialéctica entre etnógrafa y campo nos lleva al concepto central de la reflexividad. En otro texto, Atkinson (2006) destaca –de forma astuta– que la etnografía siempre es, hasta cierto punto, auto-etnográfica en tanto la investigadora está implicada en el proceso, como por ejemplo en los trabajos de Loïc Wacquant sobre boxeo en un gimnasio de Chicago (2004), y en Argentina Verónica Moreira (2006) y José Garriga Zucal (2007) sobre las hinchadas en los clubes de fútbol, y, finalmente, Julia Hang (2015) sobre un equipo de natación *masters* en La Plata. Como explica Atkinson, este aspecto auto-etnográfico de la etnografía se ve más fuerte en la tradición interaccionista de Chicago, pero, desde hace mucho, la identidad

de la investigadora y su elección del tema de investigación se encuentran implicados el uno en el otro. Aquí volvemos al concepto de la reflexividad, que no es la capacidad de reflexión, sino reconocer que la etnógrafa está altamente implicada en lo que registra o investiga (Atkinson, 2006; Hammersley & Atkinson, 1994). No existe la observación objetiva y distante donde la presencia de la etnógrafa no influye. Volviendo al trabajo de Olive y Thorpe (2011), las autoras hacen explícitas las dificultades que ellas encuentran en el campo como feministas y etnógrafas, y su proceso de conversión en etnógrafas feministas. Como jóvenes investigadoras, se encontraban con situaciones complejas en relación con lo metodológico, lo ético y lo político sobre todo cuando observaban acciones o verbalizaciones sexistas, racistas y/o homofóbicas por parte de sus sujetos de investigación. ¿Se puede intervenir o hay que mantenerse en silencio para buscar la “objetividad” y así poder recolectar datos significativos? Si intervenimos, ¿cuáles pueden ser las consecuencias, no solo para la investigación, sino también para nosotras o nuestras informantes?

En este tipo de situación, la auto-etnografía puede ser una herramienta útil para intentar responder a cuestiones o dilemas éticos en el transcurso de la investigación, permitiéndonos más posibilidades de reflexión sobre nuestro papel y lugar en el campo. Sarah Wall (2006), en un texto donde elabora sobre su propia exploración de la auto-etnografía, resume las posibilidades más importantes brindadas por este método:

Ésta es la puerta abierta filosófica por donde trepa la auto-etnografía. El cuestionamiento del paradigma científico dominante, la apertura hacia otras formas de conocer y el énfasis creciente en el poder de la investigación para cambiar el mundo crean un espacio para compartir historias únicas, subjetivas y evocativas de experiencia que contribuyen a nuestra comprensión del mundo social y nos permiten reflexionar sobre lo que podría ser diferente dado lo que aprendimos. (p. 148, traducción propia)

De esta manera, la auto-etnografía no parece para nada incompatible con las metas analíticas de la etnografía, sino que, más bien, puede ser complementaria o una continuación de la reflexividad tan central a las investigaciones etnográficas. Como confirma Atkinson (2006), todo trabajo etnográfico implica, por lo menos, algo de compromiso personal con el campo y los datos, pero lo que destaca a la auto-etnografía es precisamente su enfoque en estos aspectos autobiográficos y personales. Sin embargo, es justamente esta mirada hacia adentro, a la vida personal de la investigadora como eje central de la escritura, que me hacía dudar de llamar a mi trabajo una auto-etnografía. Si bien mi voz y mis experiencias en el campo están presentes en el trabajo, no son el enfoque, sino que dialogan con las narrativas de mis informantes, de mis compañeras de cancha y de vestuario. Por lo tanto, considero que la pregunta más interesante no es tanto si mi trabajo es auto-etnográfico, sino aquella que explora

la naturaleza fluida de mi posicionalidad (Merriam *et al.*, 2001) y la reflexividad como futbolista-investigadora (o investigadora-futbolista).

Durante mis primeros años jugando en Argentina, incluyendo mi paso por la UAI Urquiza, sentía más fuertemente mi doble o triple pertenencia. En realidad, mi participación se podría clasificar como “casi” nativa por un par de motivos: una diferencia profunda en mi formación futbolística y mi carrera académica. Digo triple pertenencia por mi lugar como jugadora argentina, académica/investigadora y mis orígenes estadounidenses. Al haber nacido y vivido en los Estados Unidos hasta los 22 años y también al haberme formado como futbolista en ese país, me separaba, de forma definitiva, de mis compañeras de equipo, quienes se habían enfrentado a un panorama completamente distinto. Además, mi lugar como investigadora y socióloga diferenciaba y complejizaba mi experiencia y mi mirada. Es cierto que hay ciertas cosas que se comparten entre futbolistas en todo el mundo –conocimientos corporales, técnicas de juego, emociones relacionadas al deporte como alegría en una victoria, tristeza después de una derrota–, pero también existen sentidos y significados propios de cada contexto futbolístico, algunos que se comparten en el mismo país o región, y otros que pueden ser únicos a un equipo o un club.

No obstante, esta sensación de extrañeza o de *outsider* era más en mi interior, aunque en los primeros años mis compañeras también me consideraban una “distinta”. Algunos de los momentos cuando más observaban mi supuesta diferencia era a partir de mi acento o, simplemente, cuando no entendían alguna frase que utilizaba. Si bien soy bilingüe, mi lengua materna es el inglés, y hay ciertas palabras o instancias en que se puede advertir más fácilmente que no soy del todo argentina. Mis compañeras remarcaban que hablaba más lento que ellas, o tardaba más en responder mientras pensaba lo que iba a decir, pero también porque mi acento no es de ningún lado en particular ya que es una mezcla de varias provincias argentinas, por las influencias de mis abuelos porteños, mis compañeras oriundas de Capital Federal, Santa Fe, Córdoba, Misiones, y de mi marido nacido en Mendoza y criado en el sur argentino por padres mendocinos. Pero ya en 2016, la novedad de mi acento extraño, y de las burlas que podría inspirar, comenzó a desvanecerse –un proceso que se aceleró con la llegada de otra compañera nacida en EE.UU. de padres argentinos, a quien se le complicaba más el idioma que a mí–.

Si bien mis compañeras estaban enteradas de mi rol de investigadora –una vez que les conté sobre la beca y ya iniciada mi investigación–, me veían principalmente como jugadora, como compañera de equipo, con las mismas responsabilidades de entrenamiento y rendimiento en la cancha que el resto del plantel. Pero, a pesar de que ellas me veían así, mis conocimientos teóricos y tareas investigativas, combinadas con mi formación futbolística estadounidense, me

pesaban y generaban una distancia clave para la reflexión. Esto ocurría mayormente con la relación entre las jugadoras y las autoridades del club –tanto cuerpo técnico como la dirigencia–, y se manifestaba de su forma más plena en las situaciones de maltrato. Este tipo de situación iba desde el retraso de pagos de viáticos o la falta de espacio para entrenar, hasta el acoso sexual o abuso verbal<sup>117</sup>. En ambos extremos, me acuerdo haberme sentido sorprendida y hasta desilusionada, no solo por las acciones de los dirigentes y/o entrenadores, sino también por la reacción –o falta de reacción– de mis compañeras.

Sin embargo, luego de pasar más tiempo en el campo pude conocer mejor las trayectorias y las historias de vida de mis compañeras, en conversaciones con algunas y entrevistas con otras. Comencé a entender cómo, a lo largo de sus vidas, el solo hecho de ser jugadora representaba una lucha, para algunas una lucha contra sus familias, para otras una lucha económica, pero para todas, una lucha constante contra una cultura que todavía no aceptaba, ni apoyaba la idea que las mujeres también podían jugar al fútbol, y menos en alto rendimiento. Su lugar en el mundo del fútbol era precario, prestado, y las que levantaban la voz o trataban de organizarse contra la desigualdad o situaciones injustas eran “desagradecidas”, “quilomberas” o “rompehuevos”<sup>118</sup>. La que levantaba la cabeza ponía en riesgo su lugar en el equipo o hasta la posibilidad de seguir compitiendo en alto rendimiento. En un principio, no entendía cómo podían mantenerse calladas frente a los maltratos, las injusticias y las negligencias, por parte de instituciones que, supuestamente, debían cuidarlas. A veces manifestaba mi frustración y algunas respondían, “Gaby, esto no es Estados Unidos”, y se reían.

Estos diálogos y narrativas sobre sus experiencias como futbolistas mujeres en Argentina fueron, en gran parte, la forma en la cual también se comenzó a modificar mi mentalidad –algo ingenua– sobre la posibilidad de cambio en el fútbol femenino argentino. Aunque mi meta siempre fue conocer los motivos detrás de la desigualdad entre el fútbol masculino y femenino, al principio creía que se necesitaba alguien del extranjero para poder revolucionar a la cultura machista del país y hacer que el fútbol sea un espacio donde las mujeres puedan ser bienvenidas. Pero, en cuanto más tiempo pasaba en el campo, estas situaciones de maltrato y negligencia me generaban cada vez menos sorpresa y menos desilusión. Me di cuenta de que, a pesar de mi lugar de investigadora, yo también había comenzado a naturalizar este aspecto de ser jugadora, comenzando por tolerar tratos injustos, callarme frente a autoridades

---

<sup>117</sup> Algunas de estas situaciones se describen y se discuten en el Capítulo 3.

<sup>118</sup> Estos adjetivos los escuché de primera o segunda mano de figuras de autoridad –tanto de clubes como por parte de la AFA– para referirse a las futbolistas de esas instituciones que se quejaban por alguna injusticia o maltrato o demandaban mejores condiciones.

machistas, tratar de ser optimista en situaciones adversas, no porque me resultaban normales ni justas, sino como una estrategia de supervivencia en un espacio mayormente inhóspito para las mujeres (Pavlidis, 2020). Experimentaba algo como lo que Olive y Thorpe (2011) clasifican como *feminist failures* o “fallos feministas”, donde, en vez de entrar en conversaciones críticas desafiando estos sentidos nativos sexistas o violentos, se desvía el diálogo o, simplemente, nos quedamos calladas por temor a las consecuencias que podría generar –para mí o para mis compañeras– nuestra voz disonante. En estos momentos, sentía angustia por el choque de mis roles múltiples y sus respectivas responsabilidades y valores, aunque, al mismo tiempo, notaba que mi lugar en el campo había cambiado. Es cierto que no iba (ni voy a llegar) a ser una *insider-nativa*<sup>119</sup>, según los criterios de Merriam *et al.* (2001), pero sí comencé a sentirme cada vez más parte del campo, cada vez más cerca de mis compañeras nativas, a tomar sus formas de entender el mundo, a ser como una *insider-adoptada*, una “falsa yanqui”, como dirían algunas de mis compañeras de club y de selección.

## 5.2 Volverme nativa: la “falsa yanqui”

En un viaje con la selección, previo al Mundial de 2019, una compañera me dio el apodo de la “falsa yanqui”, y explicó que, para ella, ya no era estadounidense. Además de estar sorprendida por este nuevo sobrenombre me acuerdo que en vez de sentirme ofendida, me sentí casi orgullosa. Para mí, ser la “falsa yanqui” era la manifestación o la confirmación de mi adopción como *insider* o nativa. Fue una de las primeras veces que me sentí realmente aceptada como una jugadora más en Argentina –aunque todavía tenía presente las distancias entre las demás en términos de mi formación privilegiada en EE.UU. como futbolista mujer, además de mi trayectoria académica–. Este cambio en cómo me veían mis compañeras, en mi posicionalidad en el campo, fue parte de un proceso de transformación propia, de la adopción de sentidos y significados, pero también de compartir experiencias fuertes con ellas, tanto positivas como adversas.

Con el club, estas experiencias incluían ganar una medalla de bronce en la Copa Libertadores de Sudamérica en 2015 y ser eliminadas en la fase de grupos de la misma competencia en 2016. Además de momentos extraordinarios como las competencias internacionales mencionadas arriba, también era compartir el día a día, viajar juntas en

---

<sup>119</sup> Una etnógrafa o investigadora *insider-nativa* aprueba y apoya los valores, perspectivas, comportamientos, creencias y conocimientos de su comunidad nativa (Merriam *et al.*, 2001).

transporte público, tomando el subte con combinación entre distintas líneas y luego el tren para ir a entrenar después de haber almorzado juntas en el club; soportar semana tras semana de entrenamientos puramente físicos donde solo corríamos y hacíamos trabajos de resistencia y fuerza con pesas debido a que no teníamos espacio para poder hacer fútbol; bañarnos todas juntas luego de haber entrenado en lluvia y barro y después tomar unos mates en el colectivo a la vuelta del predio del club. Estos momentos fueron los más ricos de mi investigación, tanto en mi participación en ellos como en la observación. Al compartir estos triunfos, derrotas y cotidianidades, “trabajaba el guión”, como Michelle Fine (1994) define el lugar en que se juntan Yo-Otras en la política de lo cotidiano; un guión que separa y combina las identidades personales con nuestras invenciones de las Otras. En los trabajos de investigación sobre poblaciones que históricamente han sido marginadas, como es el caso de las jugadoras de fútbol en Argentina –un deporte cuya versión femenina desde hace más de cien años apenas existía en la sombra de la práctica masculina<sup>120</sup> (Elsey & Nadel, 2019)- existe el peligro de “negar el guión” si solo escribimos sobre las personas que han sido marginadas, ocultando nuestro lugar en el campo y, a la vez, protegiendo el privilegio, asegurando la distancia y laminando las contradicciones (Fine, 1994).

Sin embargo, como propone Fine (*ibíd.*), la posibilidad de “trabajar el guión” surge cuando, como investigadoras, optamos por “participar en las luchas sociales *con* aquellas personas que han sido explotadas y subyugadas”, lo cual nos permite revelar más, no solo sobre nosotras sino también sobre las estructuras de marginación. Si bien durante la investigación participé de las luchas diarias que implica ser jugadora de fútbol en un equipo del Torneo Femenino de la AFA, una de las primeras veces –y de las más notables– que realmente sentí que luchaba “codo a codo” *con* mis compañeras fue con la selección durante la Copa América 2018 en Chile durante el mes de abril. En lo que ya era una competencia de alta presión deportiva, representaba nuestra única posibilidad de clasificar al Mundial de la FIFA en 2019, a los Juegos Olímpicos de Tokio en 2020 (postergados hasta 2021) y/o a los Juegos Panamericanos de Lima en 2019. Pero, había mucho más en juego que la oportunidad de participar en competencias internacionales –aunque no nos daríamos cuenta hasta meses después de la competencia–. Llegamos a la Copa con poco tiempo de preparación como equipo,

---

<sup>120</sup> No obstante, en Argentina durante los últimos años se está observando un auge en el estudio de las mujeres en el fútbol y también de su historia a través de proyectos de investigación tanto académicos como los de Martín Álvarez Litke y Mariana Ibarra (2017), quienes estudian el fútbol feminista y el fútbol en el interior del país, respectivamente, como periodísticos como el trabajo de Ayelén Pujol quien, además de haber escrito un libro y varios artículos sobre el fútbol femenino, también comenzó a dar un curso sobre la historia de las mujeres futbolistas en 2020.

un par de meses de entrenamiento a fines de 2017 –que se interrumpieron por el primer paro organizado por las jugadoras de la selección<sup>121</sup>.

Viajamos a Chile sin que Argentina se enterara, salvo aquellas personas con un interés particular en el fútbol femenino, sin periodista oficial de AFA, algo que nunca sucede en el fútbol masculino, y con poca expectativa teniendo en cuenta que nuestros rivales principales – Brasil, Chile, Colombia y Venezuela– contaban con varios años de preparación, entrenamientos y partidos amistosos. Pero, a diferencia de competencias anteriores, casi la mitad del plantel se encontraba jugando en el exterior del país en alguna liga profesional: algunas en España, otras en Colombia y Brasil, una en EE.UU. y otra en China. Ya no era la única que había experimentado jugar en mejores condiciones –por mi carrera deportiva universitaria– en equipos donde la institución valora a sus jugadoras –aunque no necesariamente tanto como a sus jugadores–, brindándoles condiciones correspondientes a un ámbito profesional: por ejemplo, un espacio propio para entrenar y jugar, indumentaria adecuada, atención médica, apoyo nutricional y compensación económica. La exposición a otras realidades fue parte de la “conscientización” (*conscientização*) de las futbolistas, según la noción desarrollada por el pedagogo brasileño Paulo Freire (2017), que describe la idea de “aprender a percibir contradicciones sociales, políticas y económicas y actuar contra los elementos opresivos de la realidad” (p. 9). Al ver de primera mano que existen otras posibilidades de vivir el fútbol como jugadora, las líderes del plantel pudieron comenzar a reconocer que no vivían en un “mundo cerrado” sin salida, sino en una situación límite que podría ser transformada (Freire, *ibíd*; Knijnik, 2013). Este proceso interno también fue acompañado por el auge de los movimientos feministas en Argentina, y también en toda América Latina, particularmente el movimiento “Ni Una Menos” desde 2015 en contra de la violencia de género junto con las movilizaciones a favor de la legalización del aborto desde 2018.

Más allá de los resultados favorables que pudimos lograr en los partidos en ese campeonato, lo más memorable fue lo que vivimos afuera de la cancha, en las habitaciones del hotel en La Serena (Chile) los días previos a los partidos, reuniones que resultarían clave para llevar a cabo una protesta que se volvería icónica en la historia del fútbol femenino argentino. No quiero enfocarme tanto en los hechos ni las discusiones puntuales de las reuniones, pero esta decisión nace de mi doble rol en el campo y las responsabilidades que conlleva cada uno. Como investigadora, podría ser fructífero exponer y analizar las conversaciones íntimas de un

---

<sup>121</sup> Yo me sumé al plantel a partir de febrero 2018, pero estuve en contacto con varias compañeras del equipo durante las negociaciones con la dirigencia de la AFA y el paro. Para más sobre el paro de 2017, véase el capítulo 4.

plantel que llevan a una manifestación “revolucionaria”, como fue la fotografía que nos sacamos como plantel completo con una mano detrás de la oreja previo al partido con Colombia que nos daría la posibilidad de clasificar al Mundial de 2019 en Francia. El gesto fue una referencia al festejo de gol “Topo Gigio” del exjugador de Boca Juniors, Juan Román Riquelme, como forma de manifestar su disgusto con la dirigencia del club durante las negociaciones por la renovación de su contrato. Pero a diferencia de Riquelme, cuya protesta fue transmitida a millones a través de los medios masivos, fuimos nosotras mismas las que comenzamos la difusión de la imagen, cada jugadora del plantel la subió a sus redes sociales con el lema “Queremos ser escuchadas”, que luego llegó a tener repercusiones en medios nacionales e internacionales<sup>122</sup>. Pero como futbolista también me encuentro bajo un acuerdo implícito de “lo que pasa en el vestuario queda en el vestuario” –aunque estas reuniones no tuvieran lugar literalmente en un vestuario–, ocurren en espacios íntimos donde se espera confidencialidad, más aún después cuando todas, de repente, estamos bajo el foco de los medios masivos.

Por lo tanto, en vez de romper con esta confidencialidad que podría, además, dañar mi relación con mis compañeras y la posibilidad de futuras investigaciones o entrevistas en profundidad con ellas, elijo compartir mis sensaciones de participar de esas reuniones antes que los detalles de la discusión, tratando de mantener el anonimato de las demás jugadoras en lo posible:

Nos encontramos en la habitación de [jugadora]<sup>123</sup>, varias sentadas en las camas, otras, como yo, en el piso, y algunas paradas o apoyadas contra los muebles o la pared. [...] Sentí que estaba viviendo un momento crucial en el fútbol femenino argentino, un momento no sé si de revolución, pero sí de cambio, de transición. Ya no nos quedamos calladas –se terminó el silencio, la tolerancia al trato desigual e injusto, a la falta de respeto por nuestra actividad. Las jugadoras están dispuestas a sacrificar su futuro con el albiceleste<sup>124</sup> para luchar por más derechos, por mejores condiciones. Cuando una por una dijimos que estábamos dispuestas a luchar, se me puso la piel de gallina. Desde que juego en Argentina, nunca había sentido tanta resolución por generar cambios sin temor a las repercusiones posibles. (Registro de campo, 2 abril 2018)

En esa reunión, mis compañeras me trataron como una más, y yo me sentí así también. Mi formación como joven futbolista en EE.UU. y mi rol de investigadora solo fomentaron mi apoyo por la decisión de reclamar y de luchar por mejores condiciones. Sentí que se alineaban mis varias facetas por primera vez, aunque sí entraba en jaque esa noción de etnógrafa observadora, no necesariamente objetiva ya que, como afirma Atkinson (2006), la reflexividad de las investigadoras en el campo existe desde hace varias generaciones. Reconocía que la

---

<sup>122</sup> Ver [https://www.clarin.com/deportes/seleccion-nacional/queremos-escuchadas-reclamo-seleccion-busca-mundialista\\_0\\_Syz9\\_JOEQ.html](https://www.clarin.com/deportes/seleccion-nacional/queremos-escuchadas-reclamo-seleccion-busca-mundialista_0_Syz9_JOEQ.html).

<sup>123</sup> No incluyo el nombre para mantener el anonimato.

<sup>124</sup> El apodo a la selección argentina como referencia a los colores de su bandera y camiseta de juego.

relación entre el campo y la etnografía es recíproca, pero no tenía claro hasta dónde llegaba ese involucramiento. ¿Hasta dónde podía influir en el campo? Si bien en ese encuentro inicial fue más una decisión de sumarme a lo que ya se estaba armando desde un grupo de líderes dentro del plantel, en una de las próximas reuniones un par de semanas después, mi rol cambió:

Otra reunión con Pinela<sup>125</sup>, y otra vez nos íbamos a quedar sin nada resuelto. Si bien en la última reunión parecía que nos había escuchado y que realmente le interesaba acompañarnos en nuestra lucha dentro de la AFA, en esta reunión dejó en claro de qué lado cae. De nuevo le explicamos qué buscábamos, intentamos negociar la posibilidad de cobrar un premio según nuestro rendimiento, pero se terminó dando vuelta la conversación. Nos explicó que primero tenía que llevar lo que nosotras pedíamos a sus superiores, que él no tenía poder en la toma de decisiones sobre presupuesto, premios, indumentaria. Pero fue más allá y comenzó a “ubicarnos”, reafirmando que nosotras somos jugadoras y nuestras responsabilidades se limitan a la cancha, que deberíamos dejar la dirigencia a él porque es dirigente y él sabe sobre cómo manejarse y nosotras no.

Acá mi bronca me superó y levanté la voz, le dije que nos estaba faltando el respeto y nos subestimaba, le dije que no hablábamos sin saber, que éramos sociólogas, kinesiólogas, médicas, profesoras de educación física, jugadoras con trayectorias largas en el fútbol no solo argentino, sino internacional. No le gustó nada mi respuesta y se puso más defensivo y despectivo. Cuando se terminó la reunión, dejamos que saliera Ricardo [Pinela] del salón y nos quedamos nosotras. Yo no era la única que se había molestado por lo que había dicho Pinela y también por la falta de respuestas desde la AFA con respecto a nuestras demandas. Para colmo, la AFA no había enviado el dinero correspondiente al viático para la segunda mitad de la Copa, que recién íbamos a cobrar cuando volvíamos a Argentina. Nosotras entendimos el mensaje: desde la AFA ya nos esperaban en casa, no pensaban que íbamos a pasar a la fase final.

Ahí comenzamos un estilo de lluvia de ideas, todas sentimos que teníamos que hacer algo, yo tiré algo como tapar los escudos de la AFA ya que sentíamos que, si bien representábamos al país, no nos sentíamos representadas por la AFA. No sé si como investigadora correspondía que yo aportara a la discusión o que incitara a la lucha, pero me salió como resultado de la bronca acumulada de sufrir al lado de mis compañeras. Como ellas, ya no me podía quedar callada. Al final optamos por el Topo Gigio que era menos riesgoso para nosotras porque la Conmebol nos podría castigar o sacar puntos si tocábamos algo de la ropa. Decidimos bien porque la foto llegó a todos lados. No me voy a olvidar nunca de esa reunión ni de la sensación de pararnos todas juntas en la cancha con la mano detrás de la oreja<sup>126</sup>. Acá estamos, y no nos vamos más. (Registro de campo, 17 abril 2018)

Estas instancias me llevaron a comenzar a pensar una parte de mi investigación como auto-etnográfica, lo que me brindaba otra estrategia metodológica para conocer no solo el mundo del fútbol femenino de alto rendimiento, sino también los procesos de cambio social. Esta transición se pudo dar justamente por la fluidez de mi posicionalidad en el campo. Sigo reconociendo que nunca podré ser totalmente nativa, pero al haber adoptado ciertas perspectivas y significados, compartiendo y experimentando situaciones de discriminación, de negligencia, de maltrato durante varios años al lado de mis compañeras, conversando con ellas sobre sus trayectorias en el fútbol, de alguna manera “trabajaba el guión” (Fine, 1994).

---

<sup>125</sup> Ricardo Pinela fue presidente de la Comisión de Fútbol Femenino entre 2017 y 2019, también es vicepresidente de Club Deportivo UAI Urquiza desde 2009.

<sup>126</sup> Ver foto de la selección haciendo el “Topo Gigio” en el “Anexo fotográfico” al final de esta tesis.

Como explican Olive y Thorpe (2011), ser investigadora feminista y, al mismo tiempo, participante del campo estudiado implica una negociación constante entre nuestras varias subjetividades y las diferentes fuerzas de poder que actúan sobre nuestros cuerpos y los de las demás en el campo –de juego–. En este último caso, mi pertenencia a ambos campos no me permitía mantenerme en silencio, sino que me obligaba desafiar al dirigente que una vez más intentaba mantenernos en una posición de impotencia, de establecer el límite de nuestra resistencia, con frases como la siguiente: “*Dejen que me preocupe yo por las cuestiones de dirigencia y ustedes preocupense por la pelotita*”. En retrospectiva, mi intervención fue mínima, la mayor parte de la discusión fue liderada por otras compañeras, pero en ese momento se manifestaron las relaciones de poder que yo había observado semana tras semana durante mi trabajo de campo en el club y fue una de las pocas oportunidades que tuve para accionar, derribando ese estigma de la futbolista pasiva, incapaz de reflexionar o de resistir.

De alguna manera, en el proceso de trabajar el guión, o volverme casi nativa, también comencé a compartir la sensación de impotencia que sentían mis compañeras en cuanto a la posibilidad de ver cambios en el fútbol femenino, de pensar en tener una liga profesional en el país, de ver los partidos transmitidos por la televisión, de entrenar en condiciones iguales a los varones. Es decir, inicialmente la distancia entre mis experiencias como futbolista en EE.UU. y la realidad de mis compañeras como jugadoras en Argentina me generaba una imagen de una situación diferente posible. Paulo Freire (2017) utiliza la noción del “*inédito viable*” para describir esta realidad alternativa posible, esta esperanza de algo mejor, que queda más allá de las situaciones que limitan a los grupos oprimidos. Pero, en cuanto más me acercaba al campo del fútbol femenino en Argentina y más me volvía parte del campo, me resultaba cada vez más difícil imaginar que el cambio era una posibilidad, es decir, los límites de la situación me resultaban tan insuperables que no lograba pensar en el inédito viable.

Entre 2013 y 2015 mantuve un *blog* donde escribía sobre mis experiencias viviendo y jugando en Argentina. En una de las entradas<sup>127</sup>, describí un encuentro y una conversación que tuve con una jugadora experimentada de la selección de Trinidad y Tobago mientras estábamos en Toronto, Canadá, para los Juegos Panamericanos en 2015. Le conté sobre nuestra situación en ese momento, que durante los Panamericanos cobrábamos el equivalente a aproximadamente 9 dólares al día, que no habíamos tenido partidos amistosos oficiales previos a la competencia, que todas éramos amateurs. Me acuerdo de su expresión de asombro, no solo por las malas condiciones o la negligencia de la asociación para con nosotras, sino porque nosotras lo

---

<sup>127</sup> <http://gabrielaarton.blogspot.com/2015/08/juegos-panamericanos-toronto-2015.html>.

aceptábamos. Me dijo que nadie de su selección hubiese viajado por tan poco dinero y explicó que –ante una situación parecida– ellas se habían organizado e hicieron paro, negándose a subir al avión para viajar a la competencia hasta llegar a un acuerdo que les resultara satisfactorio. Poco antes de los Panamericanos, en River habíamos estado en discusiones con la dirigencia porque amenazaba con sacarnos la cobertura médica si nos lesionábamos representando a la institución como una estrategia de reducir gastos en el club. Entre el plantel surgió la idea de hacer paro, pero al final decidimos que podría resultar en que eliminaran directamente la disciplina en vez de responder a nuestra demanda, y temíamos algo parecido con la AFA cuando pensábamos organizarnos para pedir mejores condiciones y continuidad en la forma de amistosos cuando no había competencias oficiales.

Sin embargo, lo que pude experimentar en Chile y luego a lo largo de 2018, y hasta el Mundial de Francia en 2019, fue la importancia de lo colectivo; de alguna manera, volví a pasar por un proceso de “conscientización”, pero una conscientización colectiva liderada por mis compañeras. La Copa América no fue la primera vez que futbolistas argentinas intentaron manifestarse, luchar y negociar con los organismos que gobiernan el fútbol argentino. Los temores que describí en la narración de mis experiencias en los Panamericanos no eran sin fundamentos. Mis compañeras y jugadoras de generaciones anteriores sabían que generalmente la “quilombero” que incentivaba a la acción colectiva terminaba siendo apartada del plantel por la dirigencia y/o por el cuerpo técnico y sus reclamos quedaban sin respuesta. Pero, 2018 –junto con el paro a fines de 2017– marcó la primera vez que la acción fuera de todo el plantel completo, y el contexto del auge de los movimientos feministas también acompañó nuestras demandas, haciéndolas visibles en los medios nacionales e internacionales, exponiendo las injusticias sufridas por las futbolistas argentinas tanto a nivel selección como en los torneos locales. Estas acciones por parte de las jugadoras, junto al apoyo de grupos feministas y de los medios nacionales e internacionales, fueron parte de un proceso que llevó a un avance histórico en 2019: la profesionalización del torneo argentino femenino.

### **5.3 La profesionalización – una respuesta institucional**

El año 2019 marcó un momento clave en la historia del fútbol femenino por un par de motivos, primero por el Mundial Femenino en Francia. Luego de 12 años sin clasificar, Argentina logró su mejor actuación, sacando dos puntos en la fase de grupos a través de dos empates. Pero el Mundial no solo fue significativo por los logros deportivos de la selección en Francia, sino también por las repercusiones que tuvo en Argentina a través de las transmisiones

de los partidos en la televisión pública, generando un seguimiento del fútbol femenino jamás visto en el país (Álvarez Litke & Moreira, 2019; Moreira & Garton, 2021). Segundo, fue el año en que se “profesionalizó” el fútbol femenino en el país. Sin embargo, la profesionalización –o la semi-profesionalización, como afirman algunas periodistas y jugadoras críticas del torneo porque no todas las jugadoras cuentan con un contrato profesional– merece una mirada más profunda. Proponemos analizar este evento a través de un análisis del discurso del presidente de la AFA, Tapia, durante el anuncio de la profesionalización del fútbol femenino en Argentina.

Consideramos a la profesionalización como una política social de la AFA –una decisión analítica que se justificará en los siguientes párrafos–. No vamos a analizar la política en sí, es decir, los detalles de los contratos, los montos de los sueldos, la implementación, sino que vamos a seguir lo que sugiere Fraser (1989) y analizar el “discurso de las necesidades”. Fraser indica que a través de los discursos podemos ver las interpretaciones de las autoridades sobre las necesidades, desde lo que se puede definir como necesidad legítima hasta quiénes pueden ser definidos como necesitados legítimos. De esta manera, “Los grupos dominantes articulan sus interpretaciones de la necesidad con la intención de excluir, desarmar y/o cooptar las conainterpretaciones” (*ibíd.*, p. 167). Este análisis se complementa con mi trabajo de campo que me permite hacer un estilo de comparación entre el discurso de Tapia y la realidad de las jugadoras.

El anuncio de la profesionalización del fútbol femenino en marzo del 2019 viene casi un siglo después de que se profesionalizara su versión masculina en 1931. La comparación entre los dos momentos de profesionalización sirve sobre todo para destacar una diferencia marcada entre las fuerzas que promovían la transición del amateurismo al profesionalismo. En el momento del paro de los jugadores de la década del '30, el fútbol ya estaba en plena etapa de popularización y en proceso de convertirse en un espectáculo de consumo masivo. Para los clubes, sobre todo los grandes, la profesionalización era un paso inevitable que no sólo serviría para “blanquear” los manejos dudosos del marronismo<sup>128</sup>, sino que también abriría la puerta a las inversiones de “capitalistas” en los clubes y la posibilidad de generar ganancias económicas “excepcionales” (Frydenberg, 1999). Es importante notar que la AFA como la conocemos hoy todavía no existía, sino que en la disputa por la profesionalización estaba dividida en dos: la Asociación Amateur Argentina de Football (AAAF) –la liga oficial reconocida por la FIFA– y la Liga Argentina de Fútbol –la primera liga de fútbol profesional formada mayormente por los

---

<sup>128</sup> Un espacio borroso entre el amateurismo y el profesionalismo donde los o las deportistas logran vivir de su práctica deportiva, pero sin el reconocimiento oficial de un contrato. Este concepto se desarrolla más en profundidad en el Capítulo 3.

clubes más grandes pero que no contaba con el reconocimiento de la FIFA– (*ibíd.*). Luego estas dos instituciones se fusionaron para formar la Asociación de Football Amateurs y Profesionales que en 1934 se convertiría en la AFA.

Al mismo tiempo que el fútbol masculino se volvió cada vez más profesional, impulsado por “las fuerzas del mercado” –un mercado en gran parte generado por los medios deportivos y masivos (Gil, 2000 y 2003; Hijós, 2013)–, el fútbol de mujeres se mantuvo invisible y fue dejado atrás hasta los últimos años. De hecho, es interesante notar que, como hemos visto, uno de los principales argumentos en contra de la inversión o el apoyo económico al fútbol femenino es la falta de un mercado, tanto en Argentina como en el resto del mundo, aunque esta hipótesis se vuelve cada vez más teórica que práctica con los aumentos reales en la cantidad de espectadores y de auspiciantes que se observan desde 2015 con el Mundial Femenino de Canadá, que luego fue superado por el Mundial Femenino de Francia en 2019<sup>129</sup>. Como en la profesionalización del fútbol masculino, en el anuncio del “primer torneo profesional del fútbol femenino” en Argentina también es clave considerar el contexto. Si bien se pueden observar algunas similitudes entre la situación de jugadoras del torneo femenino de la AFA en la época amateur y los jugadores que participaron en la huelga a principios del siglo XX en cuanto a la existencia de un “marronismo”, lo que más difiere es el papel de la asociación, no sólo por su involucramiento en la profesionalización, sino también por su autoridad y lugar como órgano rector de este deporte a nivel nacional, aunque su influencia también se extiende a nivel continental en la Conmebol y hasta global en la FIFA.

Este anuncio se realiza en un marco de niveles inéditos de atención mediática y cobertura del fútbol femenino y representa la primera vez que jugadoras de fútbol serán reconocidas como trabajadoras por su práctica en Argentina. Es sólo el segundo país Sudamericano en dar este paso después de Colombia, un dato recalcado repetidamente por Sergio Marchi, secretario general de Futbolistas Argentinos Agremiados, y Tapia durante sus discursos. Sin embargo, como ya vimos, hasta hace menos de dos años antes del anuncio, la Selección Argentina femenina llevaba casi dos años sin entrenador, sin convocatorias, sin partidos y sin ranking entre los equipos mundiales por falta de competencia –la última había sido los Juegos Panamericanos de Toronto en 2015–. A nivel nacional, hasta 2016 el torneo femenino de la AFA se veía estancado con una pobre organización, varios intentos fracasados

---

<sup>129</sup> Según un informe preparado por la Federación del Fútbol Francés (FFF), el Mundial Femenino del 2019 generó un ingreso bruto de 284 millones de euros al PBI de Francia con una ganancia neta de 108 millones gracias a los 1,2 millones de espectadores que vieron los partidos en los estadios y los más de mil millones de espectadores televisivos a lo largo del torneo (FFF, 2020).

de transmitir los partidos por televisión y clubes que se sumaban y se bajaban cada año. Parecía que el profesionalismo todavía quedaba lejos. Entonces, ¿qué generó este gran giro por parte de la AFA?

Entonces, si el mercado no impulsa al fútbol femenino, esto nos permite pensar en la profesionalización de este deporte de otra manera, como si fuera una política social de la AFA, que se podría considerar como el Estado del fútbol argentino. A diferencia de la profesionalización del fútbol masculino, cuando eran mayormente los clubes que promovían un torneo profesional mientras que la asociación intentaba mantener el amateurismo, en el torneo femenino el proceso se realizó al revés. La AFA, junto con Agremiados, impulsa –o hasta impone– y además financia la implementación de los primeros contratos profesionales. Sin embargo, nos interesa analizar este interés reciente por el fútbol femenino por parte de una asociación que históricamente había desatendido y hasta ignorado las necesidades y las demandas de las futbolistas.

Sería tentador hacer un paralelo entre el paro que dio lugar a la profesionalización en 1931 y el paro de las jugadoras de la selección en 2017, pero más allá de que los adherentes en ambos momentos eran futbolistas, las diferencias son más que las similitudes. Mientras que los jugadores que participaron eran del torneo local que pedían el pase libre, en 2017 solamente las jugadoras de la selección mayor femenina se adhirieron y ellas pedían condiciones básicas para poder competir a nivel internacional –si bien hubo una discusión por el monto y el pago del viático, no hubo una demanda por un sueldo o un contrato–. No obstante, entre el paro de septiembre de 2017 y el anuncio de la profesionalización en marzo 2019, hubo tres hechos clave que no se pueden disociar de la decisión de Tapia y el comité ejecutivo en relación al torneo femenino: la foto del “Topo Gigio” de la Selección femenina en la Copa América, el partido del repechaje para el Mundial en el estadio del Club Arsenal de Sarandí y la acción legal de Macarena “Maca” Sánchez Jeanney contra UAI Urquiza que implicaba además a la AFA. Durante el anuncio de la profesionalización en marzo 2019, mientras respondía a varias preguntas de periodistas, Tapia hizo referencia a estos tres sucesos, con tres estrategias diferentes, pero con la misma meta de subrayar la bondad de su gestión y minimizar el reclamo de las jugadoras, aunque volveremos sobre esto más adelante.

Antes de entrar en el análisis, hace falta primero problematizar el concepto de política social cuya definición varía según el contexto y la perspectiva desde la cual se la intenta abordar. Titmuss (1974) intenta definir la política social comenzando con una definición del término “política” como los principios que gobiernan una acción hacia un fin en particular que por lo tanto implica la intención de generar algún cambio. Por lo tanto, las políticas solamente tienen

sentido si existe la posibilidad de generar un cambio. Lo complejo surge con lo que conlleva el término “social” y la dificultad de definir lo que entra y no en esa categoría. De Sena y Mona (2014) proponen la definición de Ramacciotti (2010) que describe a las políticas sociales como “un conjunto de concepciones ideológicas que se plasman en diseños normativos e institucionales que buscan limitar las consecuencias sociales producidas por el libre juego de las fuerzas del mercado; concepciones que, al mismo tiempo, son útiles para construir legitimidad política” (De Sena & Mona, 2014: 11). Portes y Landolt (2000) destacan cómo el avance del neoliberalismo a través de la eliminación de las protecciones estatales dejó lugar a que las fuerzas descontroladas del mercado produjeran mayor desigualdad de ingresos y una estructura social cada vez más fragmentada por la falta de controles normativos. Por lo tanto, las políticas sociales son un intento de conciliar los ideales de libertad e igualdad, sobre los cuales fue fundado el Estado Moderno, a través de la identificación de fallas o problemas generados por el Mercado y luego la formación de estrategias para mitigar o eliminar esas deficiencias, así al mismo tiempo se reafirma la legitimidad del Estado. Sin embargo, como advierte Faleiros (2000), es imprescindible tener en cuenta el contexto de la estructura capitalista y sus transformaciones a lo largo de la historia para entender a las medidas de políticas sociales.

En Argentina, desde la década de los años 80 cada vez más hay una tendencia hacia la focalización de las políticas sociales para satisfacer las necesidades de los sectores vulnerables en vez de una provisión universal estatal de los derechos básicos de los ciudadanos. Bajo el concepto de la universalidad, el Estado tiene el deber de garantizar los derechos básicos –como, por ejemplo, la educación y la salud– con una distribución entre todos los ciudadanos de los recursos disponibles, un modelo más asociado al “Estado de bienestar” (De Sena, 2011). Según De Sena (*ibíd.*), a partir de los años 80 se comienza a ver un giro de enfoque en las “síntomas” en vez de las “causas” y el Estado se enfoca en “combatir” la pobreza a través de políticas sociales que combinan lo público y lo privado. Al mismo tiempo que el Estado gira su mirada sobre la pobreza, se observa una privatización de servicios de bienestar que previamente se consideraban derechos sociales y se crea el individuo “solo y responsable en el mercado y con el consiguiente menosprecio al principio de solidaridad del financiamiento” (*ibíd.*, 45). Para De Sena y Cena (2014) según la lógica de la focalización, promovida por los organismos multilaterales de crédito internacionales, la política social se ocupa de “concentrar los beneficios en los segmentos de la población que ‘más lo necesitan’” (24). Pero, este proceso de focalización conlleva una serie de problemáticas.

Este proceso de concentración implica una identificación de sectores “problemáticos” o “necesitados” y por lo tanto puede contribuir a la estructuración social, produciendo y reproduciendo condiciones de vida. De esta manera “El Estado se construye en un actor (y en un ámbito), en la producción y reproducción de los problemas sociales, en la delimitación de sus responsabilidades, en la definición de los sujetos merecedores de sus intervenciones y de las condiciones para dicho merecimiento” (De Sena y Mona, 2014: 11). Para Faleiros (2000), esta identificación resulta problemática en el contexto capitalista porque en el intento de reintegrar a los “desviados sociales”, la propia existencia de esa política social marca a éstos en relación al desvío (47). En particular, las mujeres se encuentran muy frecuentemente entre las poblaciones construidas como “discretas, problemáticas y destinadas a la intervención del Estado”, tanto a nivel nacional como también en las agendas y programas de desarrollo de organismos internacionales como la Organización de Naciones Unidas (ONU) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (Del Río Fortuna, González Martín & País Andrade, 2013: 55). De Sena (2014) destaca cómo en Argentina las mujeres ocupan un rol central en las políticas sociales, pero esta centralidad si bien se piensa como una manera de atenuar las situaciones de pobreza puede resultar no solo en una sobrecarga de responsabilidades para las beneficiarias, sino también una forma de reafirmar y fortalecer la división sexual de trabajo en el hogar.

Esta tendencia hacia la feminización de las políticas también se observa en los programas de desarrollo social de organismos internacionales que tienen como objetivo explícito la igualdad de género. Sin embargo, en estos proyectos hay una falta de intenciones transformadoras que intentan derrocar y reconstituir las estructuras que sostienen la desigualdad mientras que existe una narrativa en la cual se prioriza el empoderamiento de las mujeres – como individuos en el sentido neoliberal– (Kabeer, 2005; Chant & Sweetman, 2012; Cornwall, 2014; Cornwall y Rivas, 2015; Oxford & Spaaij, 2019). Dentro de estos programas, se encuentran cada vez más los que proponen lograr el desarrollo social a través del deporte (deporte para el desarrollo) junto a los proyectos de desarrollo del deporte en sí (Coalter, 2007 y 2010; Giulianotti et. al., 2016). De la misma manera, las mujeres o las niñas se vuelven centrales en las intervenciones del deporte para el desarrollo en países del Sur Global a través de lo que Hayhurst (2011) denomina como el “Girl Effect” (“Efecto Niña”). Esta noción destaca el potencial de las mujeres jóvenes para liderar el cambio social y económico en sus comunidades como “solución a la pobreza” (*ibíd.*, 532). En el caso del fútbol, las mujeres aparecen siempre entre los grupos identificados por la FIFA como beneficiarios de sus programas de desarrollo que además incluye la promoción y el avance del fútbol femenino

dentro de sus prioridades como federación (FIFA, 2018). Si bien en este trabajo nos enfocamos en las políticas de desarrollo del deporte en una escala nacional, entenderlas en el contexto global permite pensar cómo el proyecto de la profesionalización del fútbol femenino en Argentina forma parte de una tendencia más amplia.

Teniendo en cuenta esta interpretación de las políticas sociales discutida arriba anteriormente, el proyecto de la profesionalización debe cumplir una doble función: abordar las deficiencias generadas por las fuerzas del mercado –aunque es importante notar que la misma identificación de estas deficiencias es una construcción y no se encuentra libre de las ideologías o presiones del contexto contemporáneo– y establecer la “legitimidad política” (De Sena & Mona, 2014). En otras palabras, la profesionalización aparece como un estilo de intervención para “equilibrar la balanza” del fútbol que siempre ha colocado a las mujeres en una posición marginal o subalterna respecto a los varones en lo que se relaciona con oportunidades de participación, visibilidad, cobertura en los medios y recursos económicos, por ejemplo. Al mismo tiempo, este intento de equilibrio también tiene una función de mantener el paradigma del poder en la relación entre las jugadoras y las instituciones.

#### **5.4 ¿Futbolistas profesionales o beneficiarias?**

En el anuncio de la profesionalización en marzo de 2019, el presidente Tapia se refiere en varias oportunidades –directa e indirectamente– al fútbol femenino argentino como subdesarrollado o necesitado. Por ejemplo, en el comienzo de su discurso afirma:

*Al inicio de esta gestión dijimos que íbamos a ser la gestión del fútbol inclusivo, de la igualdad de género, y vinimos demostrándolo. Esta asociación tiene un sólo compromiso: hacer un fútbol mejor. La AFA va a acompañar a cada una de las instituciones [de la Primera A] con 120 mil pesos, que son los ocho contratos de base para la duración de un año<sup>130</sup>, sin dudas vamos a seguir trabajando para seguir acompañándolo [...] para poder desarrollarlo en todas las provincias.*

A lo largo del discurso de Tapia, la palabra “desarrollo” aparece reiteradamente junto con las nociones de la igualdad de género y la inclusión en relación a la ideología y las políticas de su gestión para diferenciarse con lo que él mismo nombra como “la vieja AFA”. David Fairchild (1994) en un análisis de género en el deporte utilizando las fases interactivas de Peggy McIntosh presenta diferentes etapas del cambio hacia mayor inclusión en el deporte. La tercera fase es la de considerar a las mujeres como un problema o una rareza por su ausencia en el deporte, y el fútbol femenino argentino parece estar atravesando esta etapa en la cual se

---

<sup>130</sup> El monto ya es mayor a 120 mil pesos porque el sueldo mínimo por contrato subió de 15 mil a 20 mil pesos por mes según el acuerdo entre la AFA y Agremiados. Los sueldos básicos del torneo femenino corresponden a los montos de la Primera C masculina.

comienza a cuestionar a las fuerzas dominantes y a generar mayores oportunidades para las mujeres en el deporte. Pero, las mujeres siguen siendo tratadas como víctimas o versiones “deficientes” de sus contrapartes masculinas –sobre todo en la comparación de sus capacidades y logros deportivos– (*ibíd.*). De la misma manera, en la gestión de Tapia, las discusiones sobre género se refieren únicamente a las mujeres mientras que la igualdad aparece como una manera de acercar a las jugadoras desde su posición de subdesarrollo, o de deficiencia, a la altura de los varones. El proyecto de la AFA coloca a las jugadoras en una posición de dependencia respecto a la institución, ubicando a Tapia en un rol casi de “padrino” de la disciplina.

Luego, durante el segmento de preguntas de la prensa que siguió a los discursos de Marchi y Tapia, en su respuesta a una pregunta de una periodista de Telemundo Deportes sobre el origen de los fondos para financiar a la profesionalización, Tapia revela y destaca que la AFA es la fuente:

*FIFA no pone a ninguna federación plata para profesionalizar el fútbol, sí para condiciones profesionales, pero no para pagar sueldos ni para subsidiar instituciones. Sin duda que la AFA los recursos propios los tiene. Gracias a Dios, hoy no nos pasa lo que nos pasaba antes y podemos cumplir con todos los clubes [...] Son decisiones difíciles y si no tenés plata, mucho más.*

Al establecer a la AFA como el único financiador de los contratos, y al negar el involucramiento de la FIFA, Tapia nuevamente intenta distanciarse de “la vieja AFA”, que se puede suponer se refiere a la AFA manejado por Julio Grondona, y reforzar la política de inclusión y la autonomía de la asociación –sin dejar afuera a Agremiados– no sólo en la toma de esta decisión sino también en cuanto a su capacidad de gobernar el fútbol argentino en general. En las dos citas anteriores, podemos observar la doble función de la profesionalización. Si en la primera Tapia identifica el problema –el subdesarrollo y la desigualdad en el fútbol femenino–, en la segunda establece que tiene la legitimidad política y el poder –sobre todo económico– para resolver por voluntad propia lo que no pudo el mercado.

En otro momento del anuncio cuando Romina Sacher<sup>131</sup> de *El Femenino* pregunta sobre cómo se iba a sostener económicamente el profesionalismo a largo plazo, el Presidente de la AFA le responde haciendo referencia a la cercanía de Sacher con la selección: “*Por ahí queda medio mal que te responda de esta manera, pero fuiste parte de esta institución y sabés los compromisos y sabés cómo venimos trabajando en difusión mediática con la televisación porque fuiste parte del proyecto hasta hace muy poquito*”. Es interesante que antes de responder

---

<sup>131</sup> Sacher había trabajado de manera informal con la selección femenina cuando no contaba con nadie de la prensa oficial de la AFA, pero nunca fue contratada por la asociación. Viajó con el plantel –por sus propios medios– a la Copa América en Chile en 2018 y era la única periodista y fotógrafa que había viajado con la delegación argentina –una forma más de la precarización y ausencia de apoyo en su momento–.

a la pregunta, Tapia recalca el involucramiento previo de Sacher en la AFA, ubicándola casi como cómplice de su gestión. Se presenta como ofendido y sorprendido al ser cuestionado por alguien que fue testigo, alguien que fue “parte”, de su trabajo. Luego sigue: “*entonces, sin duda que son medidas en las cuales va a jerarquizar, va a ayudar a conseguir recursos, **sabés que no hay muchos que quieran poner recursos en el fútbol femenino** porque, como dije antes, estabas acá, pero nosotros hicimos un compromiso y lo vamos a llevar adelante*” (destacado propio). Con esta frase, Tapia destaca el lugar necesitado del fútbol femenino y la centralidad de la AFA en su “mercantilización”, en hacer el deporte más atractivo para posibles patrocinadores –que, según la misma lógica, sin el involucramiento y el apoyo de la AFA, estas empresas no estarían interesadas en invertir en el fútbol femenino–. Pero, al mismo tiempo, en su respuesta Tapia emplea una estrategia con la periodista que volverá a utilizar en varias ocasiones: que las acciones de su gestión para con las jugadoras y el deporte en sí invalidan cualquier tipo de cuestionamiento o crítica. En otras palabras, como la AFA desde 2017 llevó a cabo algunas políticas y algunos proyectos como la construcción de un vestuario para las jugadoras de las selecciones femeninas y luego el lanzamiento del torneo profesional, no se puede cuestionar su “compromiso” como la gestión de la igualdad de género.

Hay una tercera función de la profesionalización que no reconoce abiertamente ni el presidente de la AFA ni el Secretario General de Agremiados: la manutención del orden social (Faleiros, 2000). Respondiendo a una pregunta de una periodista de TyC Sports sobre los motivos del anuncio, Tapia nos permite vislumbrar esta función:

*Mirá, no he tenido ningún reclamo en mi gestión. [...] Cuando nosotros asumimos, hacía dos años que la selección mayor no tenía su cuerpo técnico conformado, no teníamos representatividad ni jugábamos en ningún lado porque no salían de acá. Logramos darles la posibilidad a nuestras jugadoras de poder recuperar el roce sudamericano, a nivel mundial.*

Según Faleiros (2000), bajo el modelo de Estado liberal-paternalista, las instituciones de política social responden a las presiones de reivindicaciones populares que pueden afectar o estructurar ciertas formas de política social en las cuales se combinan la promoción del mercado a través de mecanismos liberales con la distribución de ciertos beneficios por un poder público paternalista. Pero al mismo tiempo hay un intento de controlar e institucionalizar los conflictos “mediante la eliminación, desmovilización y despolitización de las fuerzas dominadas” para mantener el orden social (*ibíd.*: 68). En esta cita, Tapia niega cualquier tipo de movilización en su contra, se apropia de los logros de la selección femenina y se posiciona como aliado y defensor del fútbol femenino. No reconoce el paro del 2017 ni la poca preparación de la selección previo a la Copa América 2018. Se suman otros puntos de divergencia entre el relato de Tapia y las experiencias de las jugadoras.

A pesar del discurso igualitario de Tapia, desde su asunción en 2017 hubo varios momentos de cuestionamiento y resistencia por parte de las futbolistas. Luego del paro a fines de 2017, vino la imagen del “Topo Gigio” durante la Copa América 2018 en Chile cuando las jugadoras de la selección posamos para la foto previa al partido con Colombia en la segunda fase del campeonato todas juntas con una mano detrás de la oreja. Luego del “Topo Gigio”, el logro de un tercer puesto en la Copa abrió la posibilidad de clasificar al Mundial con un repechaje frente a un equipo de la Confederación de Fútbol de Norte y Centroamérica y el Caribe (Concacaf). El partido de ida se jugó en el Área Metropolitana de Buenos Aires frente a Panamá en la cancha de Arsenal Fútbol Club en Sarandí frente a más de 10 mil personas<sup>132</sup> —el tema del escenario del encuentro fue un debate aparte ya que en un principio hubo rumores que la dirigencia tenía dudas sobre la posibilidad de llenar un estadio para un partido de fútbol femenino<sup>133</sup>—.

El 31 de octubre se anunció la fecha, horario y lugar preciso del partido en las redes sociales y la página oficial de la AFA y al mismo tiempo se habilitó la reserva —no era una venta porque eran gratuitas— de entradas, las cuales se agotaron dentro de 12 horas. Durante el anuncio de la profesionalización, Tapia se apropia del partido local del repechaje, utilizando la primera persona plural cuando se refiere al encuentro —“*cuando jugamos y ganamos en la cancha de Arsenal*”—. Pero, para las jugadoras, esa victoria y la clasificación al Mundial representaba la culminación de nuestra —de las futbolistas de la selección, pero también de todo el país— lucha por mejores condiciones y más derechos. Al mismo tiempo, el hecho de llenar un estadio con una hinchada —pacífica<sup>134</sup> pero animada (Hang & Hijós, 2018)— para un partido de fútbol femenino no sólo era inédito en Argentina, sino que también comenzó a poner en duda los supuestos sobre la rentabilidad y la potencial mercantil del fútbol femenino.

Se puede decir que “la gota que rebalsó” el vaso fue el juicio de la jugadora Macarena “Maca” Sánchez Jeanney iniciado en enero del 2019 contra su ex-club UAI Urquiza para el

---

<sup>132</sup> Ver imagen del partido frente a Panamá en el “Anexo fotográfico”.

<sup>133</sup> Del momento en que la FIFA anunció las posibles fechas para el partido de repechaje, hubo rumores sobre la sede del encuentro. En un principio, se escuchaba —de fuentes del periodismo, desde adentro de la AFA, entre las jugadoras de la selección— que el partido se iba a jugar en la cancha de Vélez Sársfield, el Estadio José Amalfitani, en el barrio porteño de Liniers. Pero, se suponía que ese estadio resultaba demasiado grande con su capacidad de casi 50 mil personas, por lo tanto se propuso usar el Estadio Ciudad de Vicente López, donde Club Atlético Platense juega de local, con una capacidad de 32 mil personas. Unas semanas previo al partido, ya organizado para el 8 de noviembre del 2018, hubo otro cambio —por lo que nos enteramos las jugadoras, se debió a que la cancha de Platense no era un estadio avalado por la FIFA— y se determinó que el partido se jugaría en el Estadio Julio Humberto Grondona del Arsenal Fútbol Club en Sarandí de la zona sur del Área Metropolitana de Buenos Aires.

<sup>134</sup> Si bien algunas lógicas del fútbol masculino están presentes en el fútbol femenino, como la competencia y la fuerza, por ejemplo, otras como la lógica violenta del “aguante” de las hinchadas y las barras (Garriga Zucal y Moreira, 2006) todavía no fueron incorporadas, y hasta son abiertamente rechazadas por muchas jugadoras y periodistas feministas que cubren el torneo femenino y también por sectores de hinchas con perspectiva de género.

reconocimiento legal de su relación laboral con la institución como deportista profesional, a través del cual también implicó a la AFA por su inacción en el asunto. El juicio surgió luego del despido repentino de Sánchez de la UAI a mitad de torneo en un momento en el cual, por los reglamentos del pase, la jugadora no tenía la posibilidad de firmar con otro club por lo menos hasta después de seis meses cuando se volvía a abrir el libro de pases. Su equipo legal en un comunicado de prensa afirmó que las jugadoras de fútbol en Argentina eran “sistemáticamente vulneradas en sus derechos como trabajadoras, por la simple razón de ser mujeres” e hizo una comparación entre las prácticas del marronismo, “mecanismos fraudulentos”, y la situación de los jugadores previo a la profesionalización en 1931 (Frydenberg, 2011). La carta y la demanda de Sánchez Jeanney repercutió fuertemente en los medios y tuvo un respaldo robusto de agrupaciones feministas que reclamaban contra el machismo institucional y el modelo de poder patriarcal de la AFA. Menos de dos meses después, Tapia y Marchi anunciaron la pronta profesionalización de la primera división femenina.

Teniendo en cuenta estas situaciones, es difícil tomar el discurso del presidente de la AFA sin algún tipo de distanciamiento y análisis. Si bien el dirigente afirma la autonomía en la toma de decisiones a favor de la “igualdad de género”, sobre todo en la decisión de profesionalizar el fútbol femenino, los sucesos mencionados arriba permiten relativizar sus afirmaciones de apoyo a las jugadoras y su práctica. Existe evidencia de que había proyectos previos a la demanda de Sánchez Jeanney para un torneo profesional femenino –como afirman Tapia y Marchi en sus discursos durante el anuncio–, pero por el momento tan oportuno del anuncio, resulta imposible no cuestionar la influencia de la demanda, y toda la atención mediática que generó en ello. Esta duda no se limita a este trabajo, sin embargo, luego del discurso de Tapia, varias preguntas de los medios se refirieron justamente al momento del anuncio y el caso de Sánchez en relación a la profesionalización.

Volvemos a la respuesta de Tapia a la pregunta “*¿por qué ahora?*” de una periodista de TyC Sports: “*Mirá, la verdad, no he tenido ningún reclamo en mi gestión*”. Tapia ubica a la profesionalización dentro de lo que él y su administración –la “nueva AFA”– construye como proceso de inclusión. Como ya vimos, para la AFA, profesionalizar el fútbol femenino es una política social que cumple varias funciones como rectificar una falta del mercado, apoyar a una población necesitada (las futbolistas), brindar derechos laborales (con financiación desde la AFA) a trabajadoras previamente informales, pero, además, o capaz sobre todo, la profesionalización intenta mantener el orden social (Faleiros, 2000). El anuncio sirve como una respuesta “tiempista”, una solución apresurada a la amenaza al poder de la gestión actual que

representaban los reclamos desestabilizantes tanto del movimiento de las jugadoras como del movimiento más amplio de mujeres en Argentina.

Según la AFA, la profesionalización del fútbol femenino es un gran avance para la disciplina, una prueba concreta del compromiso de la gestión del actual presidente para con las futbolistas argentinas. Hay que reconocer que la implementación de los primeros contratos profesionales para jugadoras es un paso importante, que ellas ahora tengan derechos como trabajadoras, que puedan (sobre)vivir de su práctica deportiva con un sueldo oficial. Sin embargo, hay muchas cuestiones que ponen en duda esa afirmación más allá de las limitaciones del alcance de la profesionalización que no abarca a todas las jugadoras del torneo de la AFA, sino solamente a un mínimo de ocho jugadoras por equipo y únicamente entre los clubes de la Primera A<sup>135</sup>. Además, la mayoría de los clubes del torneo femenino no cuentan con las condiciones básicas –espacios para entrenar, materiales adecuados, cuidado médico, cuerpo técnico completo– para mantener un plantel profesional, ni tampoco con divisiones y torneos juveniles como para desarrollar el nivel futbolístico a largo plazo –aunque el 2019 marcó el primer año oficial del torneo femenino de reserva y todos los clubes de la primera A se veían obligados a presentar un equipo–. Los clubes que se encuentran mejor preparados son los que ya invertían más en la disciplina aún antes de la profesionalización, como la UAI Urquiza, Boca Juniors, River Plate y San Lorenzo. Si bien algunos clubes “grandes” del fútbol masculino están empezando a dedicar más recursos a su plantel femenino, los equipos de los clubes más “chicos”, pero de algunos “grandes” también, todavía no cuentan con los recursos que necesitan para una práctica profesional. El contexto de la decisión de profesionalizar la disciplina genera dudas en torno a los motivos de la gestión de Tapia en torno al fútbol femenino.

Si bien Tapia expresa abierta y reiteradamente su deseo de ser el “presidente de la igualdad de género”, no hay que dejar de pensar porqué. En este contexto de un país en el cual las mujeres están luchando colectivamente para cada vez más derechos y cada vez más están luchando para ocupar posiciones de poder, es claro que el proyecto de la profesionalización constituye parte de una disputa más amplia entre las futbolistas y las instituciones para mantener el poder y el orden en el fútbol argentino. Negar el lugar de Macarena Sánchez, de los reclamos de la selección, de las denuncias en los medios masivos de la negligencia histórica de la AFA y de los clubes para con las futbolistas en el anuncio del primer torneo femenino profesional en Argentina, es una maniobra que quita el protagonismo y la participación de las mujeres en este proceso de desarrollo del fútbol femenino, reemplazándolas con dirigentes varones que hasta

---

<sup>135</sup> Las categorías de la Primera B y C siguen siendo completamente amateurs.

hace menos de dos años desconocían casi por completo al fútbol femenino. Las políticas de “inclusión” y de “igualdad de género” de la gestión de Tapia, encarnadas aquí en la profesionalización, parecen apoyar y acompañar al desarrollo del fútbol femenino, pero en realidad vuelven a colocar a las mujeres en un lugar secundario en el mundo del fútbol. No solo se les niega el protagonismo en el camino hacia un momento trascendental en la historia de este deporte, sino que se les exige el reconocimiento de la bondad de los dirigentes y se les prohíbe el cuestionamiento de los mismos, manteniendo así la hegemonía masculina en un ámbito que se sostiene como uno de los más machistas de la Argentina.

### **5.5 Los mismos sueños, pero con nuevos caminos y nuevos derechos**

Tanto entre los jugadores de las categorías juveniles masculinas (Murzi, 2016; Czesli & Murzi, 2018) como entre las futbolistas de alto rendimiento, el deporte ocupa un lugar central en la vida de los deportistas. La diferencia más notable sin embargo es que históricamente las mujeres no tenían como objetivo jugar profesionalmente porque no existía la posibilidad mientras que los varones juveniles aspiran a llegar a la primera división y firmar un contrato profesional. Como hemos visto a lo largo de esta tesis, para sostener su práctica, muchas jugadoras la complementan con el estudio y/o el trabajo, y estas tres actividades se relacionan de diferentes maneras según las situaciones de cada jugadora dependiendo en gran parte de los recursos económicos y las situaciones de sus familias. Las futbolistas provenientes de sectores medios y altos –aunque estas últimas representan la minoría entre las jugadoras del torneo femenino de la AFA– tienden más a un equilibrio entre el estudio y el deporte mientras que aquellas provenientes de sectores más bajos se ven obligadas a trabajar para sostenerse, aunque algunas pocas logran combinar las tres actividades. Sin embargo, con el anuncio de la creación del primer campeonato profesional de fútbol femenino en la Argentina en marzo del 2019, por primera vez, las mujeres podrán oficialmente “vivir del fútbol”. Esta idea apareció reiteradamente en las redes sociales acompañando las publicaciones de las jugadoras que subían una fotografía firmando su primer contrato profesional con un club. Es importante notar que, para las jugadoras en Argentina, vivir del fútbol no implica una vida de lujos, sino poder cubrir sus costos de vida únicamente con su sueldo de futbolista. Para algunas con contrato mínimo, todavía deben vivir con familiares o en la vivienda provista por el club porque no les alcanza el sueldo para pagar un alquiler en Buenos Aires. A pesar de esta profesionalización inicial, todavía quedan rasgos de la época amateur en la cual las jugadoras experimentan marginalización y discriminación por ser mujeres en un espacio estructurado y pensado para

varones. Además, dentro del campeonato femenino se puede observar una heterogeneidad estructural donde las realidades de las jugadoras varían significativamente, no solo según el club al cual pertenece, sino también según sus orígenes socioeconómicos.

Al mismo tiempo, a nivel mundial se está volviendo un tema altamente debatido la profesionalización del deporte y el reconocimiento de los deportistas como trabajadores, en gran parte por el peso económico de la industria del deporte que representa un mercado valorado a más de 500 mil millones de dólares con la expectativa de que siga expandiendo en los próximos años (Business Research Company, 2019). Dentro de este contexto, se encuentran los deportistas que, a pesar de constituir una parte clave de la industria, muchas veces tienen que realizar su práctica en situaciones de precariedad, de explotación y/o de informalidad, sin ningún contrato que les brinda el reconocimiento de trabajadores y los derechos que esa categoría implica. Este debate ha llegado hasta la Organización Internacional del Trabajo (OIT) que en enero del 2020 organizó el Foro de Diálogo Mundial sobre el Trabajo Decente en el Mundo del Deporte, la primera vez que se pensaba al deportista como trabajador en esa institución. La OIT propone definir al deportista profesional como una persona que “devenga ingresos por participar en deportes de competición que se practican bajo el control de una organización deportiva como un club o una federación” (OIT, 2019: 1)<sup>136</sup>. Sin embargo, hay que reconocer la heterogeneidad dentro de la categoría de deportista profesional como las desigualdades que existen entre las futbolistas y sus contrapartes masculinas. Estas disparidades incluyen diferencias en términos de remuneración económica pero también en las condiciones de trabajo como por ejemplo la falta de instalaciones deportivas adecuadas o de acceso a prestaciones médicas.

Entonces, estos debates y cambios nos abren la posibilidad de analizar el nuevo lugar del fútbol femenino como trabajo, pero teniendo en cuenta las particularidades del deporte. Debido a las exigencias físicas de la práctica deportiva, las futbolistas tienen una vida “productiva” limitada por edad –pocas jugadoras llegan a seguir compitiendo en alto rendimiento pasados los 30 años—. Más allá de las particularidades físicas del fútbol, en el fútbol femenino también hay otros motivos detrás de un retiro temprano del deporte que se relacionan más con las dificultades de mantener su práctica y sobrellevar las transiciones a la vida adulta. FIFPRO (2017), el sindicato mundial de futbolistas, observó que el 60% de jugadoras de alto rendimiento tiene entre 18 y 23 años, el 90% consideraría el retiro temprano, el 46% combina

---

<sup>136</sup> Esta definición incluye no solo a los deportistas que se dedican exclusivamente al deporte como actividad laboral con un contrato de una institución deportiva, sino también a aquellos que tienen otros empleos o fuentes de ingreso pero que dedican tiempos significativos al entrenamiento y la competencia (OIT, 2019).

el fútbol con el estudio y el 30% tiene otro trabajo. Si bien el estudio de FIFPRO se realizó en base a una encuesta a nivel mundial y habría que estudiar el caso particular de Argentina, estas estadísticas indican varios puntos clave para pensar el fútbol femenino en el contexto local. La edad de las jugadoras en combinación con otras actividades educativas y/o laborales, junto a la tendencia hacia el retiro temprano, aluden a la precariedad propia de la carrera de futbolista.

La profesionalización reciente del fútbol femenino en Argentina agrega una nueva dimensión del deporte que en los primeros años del trabajo de campo se discutía en las entrevistas tan solo como una posibilidad lejana al menos que las jugadoras tuviesen la oportunidad de jugar en el exterior. Este acontecimiento reciente permite la comparación con la época amateur en cuanto al lugar del fútbol en las vidas de las jóvenes jugadoras –en su mayoría con menos de 30 años de edad– junto a las otras actividades en sus vidas como la educación y/o el trabajo. Las categorías creadas para considerar las trayectorias de las jóvenes jugadoras son: i) la dedicación completa al fútbol y ii) la combinación de fútbol con estudio y/o trabajo. Además, dentro de estas categorías hay tres subcategorías de jugadoras que en gran parte se relacionan con el sector social de origen: i) las que ven al fútbol como una posibilidad de ascenso social (mayormente de un sector social bajo de origen), ii) las que lo ven como una pasión que les puede brindar oportunidades únicas de auto-superación y de distinción social pero reconocen que tiene un límite de edad (mayormente de un sector medio o alto de origen) y iii) las que no se preocupan por la vida después del fútbol (generalmente son las más jóvenes, con menos de 25 años y varias no han terminado la educación secundaria). Nos enfocamos en las primeras dos sub-categorías principalmente porque las futbolistas que están en la tercera categoría muchas veces tienden a pasar a la primera sub-categoría luego de experimentar un “turning point”, un momento de ruptura que modifica un camino recorrido (Miranda, 2016). Para estas jugadoras un “turning point” puede ser cuando comienzan a sentirse cerca a la edad del retiro del deporte o cuando sufren alguna lesión que amenaza su futuro como futbolista.

Entre las jugadoras estudiadas, la mayoría de las que se dedican exclusivamente al fútbol se encuentra en la selección nacional femenina –entre las que han sido citadas con más frecuencia durante 2018 y 2019–. En el plantel de UAI Urquiza, hay solamente tres jugadoras no seleccionadas en esta categoría y las tres son incorporaciones recientes al club. El caso de Emilia es bastante particular porque es la única madre en el equipo. Tiene un hijo de 9 años y vive en el conurbano bonaerense con su pareja que mantiene a la familia con su sueldo de obrero metalúrgico. Antes de llegar a UAI Urquiza con 29 años, ella jugaba en un equipo de la segunda división de la AFA y pensaba el fútbol más como una actividad de diversión o un *hobby*. Pero luego de varios meses en su nuevo club, comenzó a considerar las posibilidades que le podría

ofrecer la UAI. Por ejemplo, en un viaje al entrenamiento, me comentó que si bien no consideraba que tenía chances de firmar un contrato profesional con el club, quería aprovechar de las becas ofrecidas por la institución a los deportistas para estudiar alguna carrera terciaria o universitaria –aunque todavía no había decidido cuál en particular–. Es la única jugadora que no estudia ni trabaja –más allá de sus responsabilidades o tareas domésticas como madre– además de jugar y al mismo tiempo no tiene proyecciones de jugar en la selección o en el exterior.

Las demás que juegan como su principal dedicación tienen en común el deseo de mejorar futbolísticamente y llegar al nivel más alto posible, en Argentina o en el exterior: se enfocan en el fútbol y su desempeño en ello. Como ya se afirmó, la mayoría de las jugadoras que se dedican de manera exclusiva al fútbol forman parte de la selección nacional lo cual implica que ellas se destacan en su práctica respecto a las demás jugadoras argentinas. La condición de seleccionada las ubica en una posición favorable en el momento de buscar ofertas de contratos en Argentina –muchas firmaron contratos por montos mayores al sueldo mínimo<sup>137</sup>–, pero también la exposición que reciben al competir a un nivel internacional abre la posibilidad de jugar profesionalmente en el exterior. Casi la mitad de las seleccionadas compite en el exterior, la mayoría en España, aunque hay varias distribuidas por el mundo en otros países de Europa, Asia y Norteamérica. La oportunidad de competir en el exterior para algunas, sobre todo las de un sector medio o alto de origen, aparece como una posibilidad de cumplir el deseo de jugar a un nivel más competitivo y medirse contra futbolistas de otros países. Para estas futbolistas lo económico no es lo más importante, aunque no les viene mal de paso recibir un sueldo por jugar encima de los otros beneficios incluidos en el contrato como la provisión de la vivienda y muchas veces de la alimentación y el transporte.

En el caso de Abril, de 27 años, tanto jugar en la selección como irse a jugar a España implicó una disminución en sus ingresos ya que es licenciada en kinesiología desde 2016 y trabajaba en ese rubro en Córdoba. Debido a los diversos viajes con la selección durante 2018, ella se vio obligada a renunciar a su trabajo en una clínica y además perdió muchos pacientes particulares por la imposibilidad de mantener la continuidad de los tratamientos. Sin embargo, cuando hablamos del tema, ella decía que estaba dispuesta a hacer ese sacrificio económico: *“No sé cuándo voy a volver a tener la oportunidad de representar a mi país. Ya sé que cuando me retiro voy a tener la posibilidad de trabajar todo lo que quiera, pero no voy a poder jugar*

---

<sup>137</sup> Según el Convenio Colectivo de Trabajo N°557/09 entre Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA) y la AFA, el contrato mínimo de una jugadora de la primera división corresponde al contrato mínimo de la Primera C masculina (la cuarta división del fútbol argentino masculino) que en 2019/2020 era de 20 mil pesos argentinos mensuales. La duración mínima del contrato era de un año y la mayoría firmó contratos de esa duración.

*para siempre*”. A pesar de que se sigue formando y manteniéndose al día en su área de kinesiología –me contó que estaba en el proceso de homologar su título para poder trabajar en Europa y posiblemente realizar un posgrado o especialización–, Abril en este momento de su vida prioriza el fútbol: *“no me vuelvo loca, ya le dedicaré más tiempo a seguir formándome. Ahora quiero estar al máximo en lo deportivo y futbolístico*”. Al ya tener el título universitario junto a varios años de experiencia laboral, Abril no se preocupa por la dificultad de reinserirse como profesional una vez que se retira del fútbol. Por la situación económica de sus padres, al año siguiente de terminar la secundaria pudo irse de su provincia a estudiar a la Universidad Nacional de Córdoba y jugar en un club de esa ciudad, dedicándose a sus estudios y el deporte sin la necesidad de generar un sostén económico por su cuenta hasta recibirse.

Otra es la situación de Laura, 31 años, que proviene de una familia del sector bajo en una provincia del litoral argentino. Pasó por varios clubes argentinos, incluyendo Boca Juniors y River Plate, y mientras estuvo en Buenos Aires, vivía con familiares en la zona sur del conurbano antes de aceptar una oferta para jugar en Brasil en 2015 luego de destacarse en la Copa Libertadores del 2014 en ese mismo país. Se fue de Argentina sin los estudios secundarios completos. Ella, como varias jugadoras oriundas del interior argentino que han pasado por las selecciones juveniles, abandonó la escuela por la cantidad de faltas que implicó el compromiso de representar el seleccionado y viajar todas las semanas desde su pueblo hasta la capital para entrenar. Su carrera deportiva tomó precedencia sobre su formación académica. Sin embargo, a diferencia de varias de sus colegas argentinas, pudo terminar la secundaria *“gracias a la ayuda del club”* durante su tiempo con un club en Brasil, que tiene un programa de acompañamiento escolar para sus futbolistas y un instituto propio donde los deportistas puedan realizar sus estudios.

En Argentina, excepto UAI Urquiza y Estudiantes de La Plata<sup>138</sup>, en general las instituciones no se preocupan por la formación educativa de sus deportistas. Al mismo tiempo, el sistema educativo también se encuentra endeudado con los deportistas de alto rendimiento en la falta de posibilidades de realizar una “doble carrera”, muchos se enfrentan con la misma situación que Laura y tienen que elegir una cosa o la otra. Sin embargo, cada vez más instituciones educativas están estableciendo políticas para facilitar la convivencia del deporte con la educación, pero es bastante novedoso. Uno de los líderes de esta movida es la Federación del Deporte Universitario Argentino (FEDUA) que además de organizar los Juegos Universitarios Argentinos regionales y nacionales, en conjunto con sus miembros –

---

<sup>138</sup> La escuela en el club Estudiantes de La Plata: <https://ar.marca.com/claro/futbol/estudiantes-la-plata/2019/03/24/5c97942146163f85588b4593.html>.

universidades e institutos terciarios públicos y privados– y las federaciones nacionales de varios deportes, promueve la incorporación de programas de “doble carrera”. Por ejemplo, la Universidad de Buenos Aires (UBA) anunció en noviembre del 2019 que a partir del 2020 se establecerá el “Programa de Alto Rendimiento” a través del cual los estudiantes-deportistas que compitan en “delegaciones y federaciones” podrán acomodar su cursada para poder seguir su carrera académica sin sacrificar su carrera deportiva <sup>139</sup>.

Luego de destacarse en Brasil como goleadora del torneo paulista, en principios del 2018 Laura aceptó una oferta de jugar en Asia y en 2019 formó parte de uno de los equipos femeninos más exitosos de Europa, antes de volver nuevamente a su club en Brasil después de representar a Argentina en el Mundial Femenino ese mismo año. Su carrera es algo excepcional entre las jugadoras argentinas ya que su desempeño futbolístico le ha brindado la posibilidad de convertir el deporte de una actividad de ocio (Miranda y Corica, 2016) en un trabajo productivo. Gracias a sus habilidades deportivas, firmó contratos lo suficientemente lucrativos para poder “*hacerle la casa*” a su familia, un deseo más asociado a los relatos de los jugadores masculinos de las inferiores (Murzi, 2016), y también hacer su propia casa. En un viaje con la selección, me mostró fotos de la casa que se “*estaba haciendo*” para su pareja y el hijo (por parte de la pareja) en Brasil. Orgullosa, me contaba que con lo que había ganado en un año en Asia pudo ahorrar lo suficiente para construir un departamento propio, y se acordaba de cuando comenzó jugando en las calles de su pueblo. Laura “*jugaba en pata en el barrio*” para que su madre no la retara por romper las zapatillas “*porque eran las únicas que tenía*”. Cuando volvió de jugar en Europa, le pregunté si le había gustado jugar en Asia y me dijo que era complicado por la distancia, las diferencias culturales y el idioma, aunque sus compañeras eran simpáticas. Ella decía que su casa era Brasil pero que quería volver a Asia por lo económico, sobre todo para “*ganar y ahorrar todo lo que puedo antes de retirarme*”. A pesar de no tener ninguna formación educativa más allá del título secundario ni tampoco experiencia laboral fuera del fútbol, ella pudo generar los suficientes ingresos para terminar de construir la casa de sus padres, quienes no lo pudieron hacer con sus propios ingresos, y además lograr comprarse un hogar propio –un sueño cada vez más difícil de cumplir para los jóvenes argentinos–.

No obstante, el caso de Laura no es lo más común y la mayoría de las futbolistas en Argentina, sobre todo las que no forman parte de la selección nacional, no pueden dedicarse exclusivamente al fútbol, el sueldo casi no les alcanza para cubrir sus costos de vida. Muchas estudian o trabajan además de jugar mientras que unas pocas logran combinar las tres

---

<sup>139</sup> <http://www.uba.ar/noticia/19697>.

actividades, aunque casi siempre por la cantidad de horas y el esfuerzo requerido por las tres obligaciones terminan dejando una de las otras actividades. Luego de la profesionalización, sin embargo, varias jugadoras que antes se encontraban en una situación aparentemente sin solución –más allá de dejar el fútbol o el estudio para poder seguir sosteniéndose económicamente– ahora al firmar un contrato profesional pueden seguir jugando y además realizar una carrera terciaria o universitaria. Así es el caso de Isabel, que, con solo 19 años, oriunda del conurbano bonaerense de una familia de un sector social bajo, está realizando la carrera de contador público en la UAI. Ya formaba parte del equipo femenino de UAI Urquiza por más de un año cuando en julio del 2019 firmó un contrato con el club por dos años. Los ingresos del contrato y la beca otorgada por el club le permitirían seguir jugando en alto rendimiento, brindándole la posibilidad de desarrollarse en lo futbolístico y lo profesional sin ser “una carga” a la familia que de otra manera no podría sostenerla. Sin embargo, Isabel todavía es joven y queda ver si ella seguirá en Argentina hasta completar su carrera universitaria o seguirá el camino de varias compañeras que aprovecharon oportunidades en el exterior dejando sus estudios incompletos.

Aunque actualmente con 30 años se dedica exclusivamente al fútbol como jugadora profesional del torneo argentino y de la selección, Mónica también tuvo la posibilidad de hacer una carrera universitaria como futbolista de la UAI en la época amateur<sup>140</sup>. En 2018 se recibió de médica, completando la carrera sin deber ni una materia y luego formó parte del plantel que representara a Argentina por primera vez en 12 años en el Mundial Femenino de Francia en 2019. Después del Mundial, Mónica decidió pausar su carrera médica y dedicarse exclusivamente al fútbol por un tiempo indeterminado. Gracias a los ingresos correspondientes a su contrato profesional en un club de primera división junto a oportunidades de patrocinio de algunas marcas que han empezado a invertir en el fútbol femenino<sup>141</sup>, ella logra vivir como futbolista. El Mundial sirvió como un estilo de vidriera enorme para las seleccionadas que recibieron niveles de atención y cobertura mediática inéditos que les sirvió como una manera de ganar capital social que para algunas se pudo convertir luego en capital económico a través de patrocinios. Si bien actualmente no está ni estudiando ni trabajando mientras se enfoca en el fútbol, ella se encuentra en un estilo de “turning point” en el cual tiene que elegir entre seguir con su carrera médica, realizando la residencia y haciendo una especialidad, o postergarla para

---

<sup>140</sup> La trayectoria de Mónica, desde sus orígenes en una pequeña ciudad del sur hasta llegar a la UAI para jugar y estudiar, se discute más en profundidad en el Capítulo 4.

<sup>141</sup> Un ejemplo es la empresa de desodorantes corporales Rexona, perteneciente a la empresa multinacional Unilever que se encuentra invirtiendo en el fútbol femenino a nivel global, que además fue el patrocinador principal del torneo inaugural del profesionalismo que se tituló el Torneo Rexona de Fútbol Femenino.

aprovechar de los años y el físico que le quedan para apostar a seguir compitiendo a nivel internacional para su país.

A partir de los relatos de jugadoras sobre la organización de las actividades principales de sus vidas durante las transiciones hacia la autonomía económica y de vivienda en relación con su sector social de origen, podemos observar los obstáculos y oportunidades que ellas encuentran en su camino como futbolista en relación no solo con el trabajo y el estudio sino también para conseguir una mejor situación económica o sumar capital social y cultural. Contemplamos los recorridos educativos, las motivaciones detrás de las decisiones tomadas y los recursos con los que cuenta cada jugadora que limita o facilita el camino hacia sus proyectos de vida –tanto futbolísticos como académicos y/o laborales–. Además de considerar las metas cumplidas, también consideramos los planes a futuro y las expectativas sin cumplir de las jugadoras para pensar no solo en sus deseos y horizontes en relación al deporte, la educación y el trabajo, pero también en sus posibilidades de realizarlos. Teniendo en cuenta las desigualdades y obstáculos estructurales que enfrentan las mujeres como jugadoras de un deporte “de varones”, consideramos su agencia en cuánto a qué hacen ellas con su práctica y cómo el fútbol femenino –marginal en relación con su versión hípercomercializada masculina– puede (o no) generar otras posibilidades de movilidad social o trayectorias de vida más allá de los horizontes asociados con su sector social de origen. A través de las historias personales de varias jugadoras, se puede ver que el deporte ofrece la posibilidad abrir caminos alternativos para algunas mujeres jóvenes, sobre todo para las que vienen de sectores sociales más marginados.

Sin embargo, las oportunidades que se presentan a las mujeres en el fútbol varían mucho a las ofrecidas a los varones y esta segmentación por género se observa también en términos materiales. Más allá de la desigualdad en términos de posibilidades de jugar para niñas jóvenes en comparación con sus compañeros varones y ahora con las diferencias significativas en cuanto a la remuneración de las jugadoras en la primera división y sus colegas masculinas, las futbolistas en gran parte tienen que buscar estrategias alternativas para sostener su práctica mientras pasan por la transición hacia la adultez. Esta precariedad no se limita al fútbol femenino, sino que también se extiende al empleo de las mujeres en general. Más allá de la grieta de salarios, según el cual las mujeres cobran menos que los hombres para un mismo trabajo, y de los déficits en cuanto a la cantidad de mujeres en posiciones de autoridad en empresas, también se observa un proceso de “feminización” de la fuerza laboral, donde el término “feminización” se refiere tanto a un aumento en el empleo de mujeres como a un deterioro en las condiciones laborales en trabajos tradicionalmente de hombres. Además, las

mujeres tienen más posibilidad de ser empleadas en trabajos part-time con horarios atípicos y menos beneficios que los puestos de jornada completa y empleos informales u otras categorías de trabajo vulnerable, como el trabajo doméstico (International Labor Association, 2017).

Otra diferencia con el fútbol masculino, que mereció una enmienda al convenio colectivo de trabajo entre Futbolistas Argentinos Agremiados y la AFA, es la maternidad. Como notan varios trabajos (Fraser, 2016; Arancibia y Miranda, 2017; Miranda y Arancibia, 2017), por la naturalización de los roles sexuales en torno al cuidado, sin hablar del hecho del embarazo y los efectos que tiene en el cuerpo femenino, muchas mujeres se enfrentan con la situación de tener que elegir entre sus carreras profesionales y tener una familia. Según el estudio de FIFPRO (2017), el 47% de jugadoras respondieron que una razón por la cual considerarían dejar al fútbol temprano es la posibilidad de tener una familia y solo el 2% tienen hijos. El fútbol tampoco ha encontrado la solución a la “crisis del cuidado” (Fraser, 2016) y la distribución más justa de las tareas productivas y reproductivas, de hecho, entre todos los equipos del torneo femenino argentino, son una gran minoría las jugadoras que también son madres por las dificultades que ambos compromisos implican. La cuestión de la maternidad entre las deportistas es una que requiere de un análisis más profundo, pero que puede además servir en el desarrollo de políticas públicas en torno a la reproducción social y la protección de jóvenes en un mercado de trabajo altamente cambiante y precario.

## CONCLUSIONES

*El fútbol es todo para mí, para muchas de nosotras. Lo tomamos como hobby, pero nos hace mierda o nos hace feliz.*

**-Diana. 28 años. Mediocampista**

Faltando dos minutos en el partido para el tercer puesto de la Copa Libertadores Femenina 2015, la árbitra cobra un penal a favor del último campeón de la Copa, San José de Brasil, contra UAI Urquiza. A lo largo del encuentro, ninguno de los dos equipos pudo abrir el marcador, y parecía que era inevitable ir a penales después del tiempo reglamentario para determinar qué cuadro ganará la medalla de bronce. Entonces cuando la árbitra juzgó que la defensora de UAI Urquiza chocó de manera ilegal dentro de su propia área faltando tan poco tiempo del final del partido, parecía que se desvanecían las chances del equipo argentino de ganar una medalla en su primer Copa Libertadores. El equipo brasilero convirtió el penal cobrado, y fui a buscar la pelota de la red, lanzándola hacia mediocampo para buscar el empate en los pocos minutos que restaban. Mientras festejaban las brasileras, la árbitra las apuraba para retomar el juego. Cuando sonó el silbato, nuestra capitana tocó la pelota hacia otra mediocampista que rápidamente se la devolvió, iniciando una serie de pases habilidosos que dejaron a Liliana mano a mano con la arquera rival a quien evadió con un amague antes de colocar el balón dentro del arco brasilero. Aunque me encontraba del lado opuesto de la cancha de donde ocurría la acción, podría sentir los gritos de alegría de mis compañeras en el banco y las defensoras se juntaron conmigo para festejar. Unos momentos después del gol sonó el silbato final, íbamos a penales.

Ambos equipos convirtieron sus primeros cinco penales, pero cuando la sexta brasilera pateó hacia mi izquierda, me tiré con toda mi fuerza, estirando lo más posible el brazo izquierdo y desvié la pelota afuera del palo. Mis compañeras y el cuerpo técnico festejaban desde donde esperaban en el mediocampo y en el banco, pero su festejo era medido ya que todavía tenía que patear una Guerrera más, Vanesa. Ella ubicó el balón para el lado derecho de la arquera que se había tirado para su izquierda. Vanesa cayó arrodillada sin poder creer lo que había hecho. Yo grité de la alegría y levanté los brazos hacia el cielo. El equipo entero corrió hacia nuestra dirección, gritando y alentando, juntándose en un abrazo gigantesco de felicidad descontrolada. Comenzamos a cantar los cánticos del club, varias lloraban de la emoción mientras nos abrazábamos una por una, felicitándonos entre nosotras y el cuerpo técnico. La hinchada, sin embargo, seguía en silencio. En el estadio más importante de Medellín, el Atanasio Girardot, las tribunas estaban vacías, solo estaban las jugadoras de los equipos esperando para jugar la

final luego de nuestro partido, junto a algunos pocos hinchas desparramados por la platea. Aun así, a las Guerreras, no nos molestó. Estábamos demasiado ocupadas con nuestro propio festejo para darnos cuenta. Tampoco nos importó que el partido no había sido transmitido por la televisión. Ya nos habíamos acostumbrado a ganar de manera desapercibida. El triunfo era nuestro, era de las Guerreras, un premio por años de trabajo, disciplina y sacrificio. Con ese tercer puesto, UAI Urquiza igualaba el mejor puesto logrado por un equipo argentino en la Copa Libertadores Femenina desde su inauguración en 2009<sup>142</sup>.

A lo largo de mi trabajo de campo con UAI Urquiza, cuando surgía el tema de la motivación, el denominador común era el concepto del “amor”, el amor al fútbol, a la pelota, al triunfo, al equipo. Observé que el ideal central del amateurismo, la misma raíz de la palabra, era el motivo principal por la participación y la perseverancia de mis compañeras en los entrenamientos y los partidos. También noté que este “amor” en sí no bastaba para poder mantener el nivel de compromiso necesario para competir de una manera constante en alto rendimiento: La vida resulta un impedimento: la necesidad de estudiar, de trabajar, de llevar a cabo las responsabilidades familiares sobrepasan al fútbol, que al fin y al cabo era “sólo un hobby”. Sin embargo, cuando el club ofrecía apoyo con esas responsabilidades, las jugadoras se sentían obligadas a reciprocarse, a devolver, lo que les daba la institución a través de la asistencia perfecta, o casi perfecta, a los entrenamientos y partidos junto a una decisión de seguir un estilo de vida diaria disciplinado y profesional —en su alimentación, descanso y hábitos sociales, por ejemplo—. A través de la provisión de vivienda, educación y trabajo a sus jugadoras, UAI Urquiza logró generar un tipo de ambiente “pseudo-profesional” para las Guerreras ya que ellas esencialmente vivían (o sobrevivían), aunque no directamente con un contrato por jugar, del fútbol. En una escala más amplia, a lo largo de la historia de las Guerreras de UAI Urquiza, mientras más invertía y apoyaba al fútbol femenino, más lograba el equipo, pasando de estar entre los últimos clubes de la tabla a constantemente estar entre los primeros puestos, ganando el torneo cuatro veces y clasificando a la Copa Libertadores tres veces entre 2012 y 2018.

A pesar del progreso y de los resultados logrados por las Guerreras, el amateurismo oficial del fútbol femenino generaba ambigüedades que generalmente se manejaban a favor de las instituciones, tanto a nivel de los clubes como de la asociación. Las jugadoras casi no contaban con recursos ni tampoco con apoyo cuando les tocaba luchar por mejores condiciones y también cuando toman decisiones sobre su futuro en el deporte, si deseaban quedarse o irse

---

<sup>142</sup> Ver imágenes del partido y festejo en Anexo Fotográfico.

del club frecuentemente quedaba en manos del cuerpo técnico o la dirigencia. Para aquellas cuyo sustento dependía del fútbol, si bien de forma indirecta, ser despedida de manera repentina podía generar una crisis que se extiende más allá de su carrera deportiva y afecta su situación de vivienda, ingresos económicos y acceso a una educación terciaria o universitaria. La falta de contratos y el uso de un mercado de pases controlado por los clubes generaban un ámbito de “trabajo” precario en el cual las jugadoras quedaban desprotegidas cuando su entrenador ya no precisaba sus “servicios” deportivos o si se encontraban en una situación de acoso o abuso sexual por una figura de autoridad de la institución. Esta precariedad todavía existe, aunque la existencia de contratos por lo menos establece unas normas legales y protecciones a las futbolistas como trabajadoras que deben ser respetadas.

Aún con la falta de transparencia en las normas de la AFA y un sistema de pases anticuado que beneficiaban a las instituciones, las jugadoras no se quedaban sin agencia. Previo a su pase a UAI Urquiza, las jugadoras más habilidosas negociaban los términos de su transferencia en cuando a sus demandas de viático, vivienda, educación y/o trabajo a través de la institución. El hecho que su práctica era oficialmente amateur no implicaba que las jugadoras practicasen al fútbol como un “hobby” o un pasatiempo, sino que en el amateurismo ellas ya seguían un estilo de vida de profesionalismo y se vigilaban entre ellas, en vez de depender de las autoridades del club. También pedían que el club les proporcionara condiciones profesionales como el acceso a una buena cancha para entrenar e indumentaria de entrenamiento, partido y viaje al principio de cada temporada, frecuentemente el cuerpo técnico apoyaba este tipo de demanda. Sus demandas por mejoras muchas veces se encontraban en un principio con barreras y el rechazo por parte de la dirigencia, sobre todo si tenían un costo económico. Debido al lugar amateur del fútbol femenino, para el club, estas demandas representaban nuevos gastos y no oportunidades de inversión ya que parecía no haber una posibilidad de generar ganancias o por lo menos los ingresos necesarios para cubrir las expensas contraídas. Sin embargo, como demuestra la historia del equipo, a través de la perseverancia y los buenos resultados en la cancha, la dirigencia muchas veces terminaba cediendo ante las demandas, aunque no siempre en el tiempo ni en la manera esperada o deseada por las jugadoras. Por ejemplo, cuando las jugadoras solicitaban un trabajo, frecuentemente tenían que esperar un tiempo significativo hasta que abriera un puesto.

Si bien el modelo pseudo-profesional implementado por UAI Urquiza para las Guerreras las llevó a niveles de éxito deportivo inesperados por un club tan “chico”, era un modelo difícil de reproducir para otros equipos. Gracias a la estructura económica y educativa única de la institución, UAI Urquiza tenía, y tiene, la posibilidad de ofrecer los beneficios que

otorga a sus jugadoras. Sin embargo, la mayoría de los clubes no se encuentran en una posición similar. No pueden ofrecer becas a una universidad privada, ni tampoco les pueden conseguir trabajos con horarios que se pueden ajustar según los entrenamientos y partidos. Algunos clubes hasta cobraban una cuota a sus jugadoras para cubrir los gastos generados por la disciplina, y estos clubes continuamente se encontraban entre los últimos de la tabla de posiciones.

No resulta sorprendente que en cuanto van formando jugadoras de mejor nivel, ellas luego buscan irse a los clubes más grandes tanto a nivel nacional como también en el exterior, atraídas no sólo por la oportunidad de gloria futbolística, sino también de mayores beneficios como mejor contrato, vivienda, cobertura médica, viático y/o beca de estudio, dejando sus equipos que luego tienen que comenzar a buscar otras jugadoras y armarse de nuevo. Así se va agrandando la grieta que existe entre los mejores equipos y los demás, tanto en el amateurismo como en el profesionalismo. La falta casi completa de categorías infantiles y juveniles para mujeres es otra problemática que también debe ser abordada para que la disciplina crezca en una escala más amplia, aunque la instauración del torneo de reserva en 2019 es un paso importante. Históricamente la inexistencia relativa de la cobertura mediática del fútbol de mujeres comparada con la versión masculina hegemónica, junto a la falta percibida de un potencial para generar ganancias, hacía que la disciplina resulte poca atractiva a los clubes para invertir. Pero con la nueva iniciativa de la transmisión de todos los partidos del torneo profesional en la televisión pública a partir del 2021, habrá que ver cómo influye esta nueva visibilidad en la realidad económica del deporte.

Desde el inicio hasta los últimos años de la investigación y la redacción de esta tesis, sin embargo, el panorama del fútbol femenino ha cambiado de forma importante. No solo se profesionalizó la disciplina mucho antes de lo esperado, sino que también se volvió significativamente más visible a nivel nacional. Comenzando con el paro de las jugadoras de la selección argentina a fines del 2017 y la imagen del “Topo Gigio” durante la Copa América en 2018 hasta la clasificación y la actuación del seleccionado en el Mundial del 2019 –junto a la transmisión de sus partidos por la televisión pública–, el fútbol femenino llegó a recibir niveles de cobertura inéditos en los medios hegemónicos de Argentina. Pero estos cambios no surgen del vacío, ocurren en el contexto del auge del movimiento de mujeres y de las agrupaciones feministas en el país y la región a partir de la marcha masiva #NiUnaMenos en 2015 luchando contra la violencia de género y demandando una sociedad más igualitaria. Dentro de los espacios a ser conquistados se encuentra al fútbol, una de las últimas bastiones de la cultura masculina, de los “machos”, donde se construye una masculinidad hegemónica y nacional.

Este contexto de lucha feminista acompañó a los a las jugadoras en su lucha por mejores condiciones y generó un clima social dispuesto a escuchar y responder a las demandas de las futbolistas que en años anteriores habían sido ignoradas y hasta silenciadas. Si bien siguen existiendo maniobras o intentos de silenciamiento de jugadoras –un mecanismo utilizado frecuentemente es dejar a jugadoras fuera de un plantel–, ellas se sienten cada vez más empoderadas y dispuestas a levantar la voz tanto contra la negligencia institucional como contra entrenadores o dirigentes violentos. Los reclamos de la selección argentina abrieron camino a que futbolistas del torneo local también pudieran comenzar a pelear por mejores condiciones, y en mayo 2021, con el apoyo de FIFPRO, un grupo de jugadoras (de forma anónima) denunció ante la FIFA a un entrenador empleado por la AFA por acoso y abuso sexual. Aunque se sigue esperando la decisión final del Comité de la Ética de la FIFA, esta denuncia colectiva es una de las primeras y de las más visibles en el país contra un entrenador en un puesto de tanto prestigio. Cuando se hizo público la denuncia, varias jugadoras tanto de la selección como del torneo local salieron a apoyar a las jugadoras en las redes sociales, acompañando sus publicaciones con el lema “No nos callamos más”. Esta frase, aquí empleada en el contexto de una denuncia de acoso y abuso sexual, también se extiende a un giro en el posicionamiento de las jugadoras argentinas en torno a su práctica, ya no tolerarán la negligencia, el maltrato y la invisibilidad de años anteriores. Las futbolistas encontraron su voz y, si bien no todas tienen las mismas condiciones o posibilidades de hacerse escuchar, reconocieron el poder del colectivo para generar cambios en un espacio social que históricamente las mantuvo marginadas.

No obstante, el avance del fútbol femenino no ha sido uno de progreso continuo, sino que la llegada de la pandemia a Argentina en marzo del 2020 frenó el ímpetu del Mundial y de la profesionalización, volviendo a agrandar la grieta entre el fútbol femenino y su versión masculina. Con esto no quiero decir que el fútbol masculino no se vio afectado por la pandemia, claramente el párate del campeonato y la falta de público influyó en los ingresos de los clubes, pero la existencia de su disciplina nunca estuvo en duda, sino que era cuestión de resolver cómo y cuándo volver a la competencia. En cambio, la condición precaria de las futbolistas se volvió a manifestar en mayo del 2020 cuando aparecieron rumores sobre la posibilidad de que los contratos que vencían en los siguientes meses no se iban a renovar hasta que el torneo se recomenzara, y todavía no se había confirmado cuándo se podría reanudar la competencia. Las jugadoras se organizaron, sin embargo, y a través de la agrupación Futbolistas Unidas Argentinas (FUA), formada en 2019 por jugadoras del torneo femenino de AFA, comunicaron sus preocupaciones con la AFA y Agremiados pidiendo una extensión de los contratos y también una comunicación clara entre estas instituciones y las futbolistas en cuanto al futuro de

la liga profesional. Para muchas, su contrato en el club representaba su único sustento económico frente a un estado de incertidumbre global generado por la pandemia. Finalmente, se resolvió extender los contratos hasta la reanudación del torneo, pero la competencia no se retomó hasta el 28 de noviembre del 2020 luego de casi 9 meses sin partidos desde marzo. Si bien la versión masculina arrancó el 30 de octubre, los equipos masculinos llevaban meses entrenando en los clubes mientras las jugadoras se veían restringidas a entrenar a distancia y aisladas por una falta de recursos para implementar un protocolo para el COVID y de poder garantizar su salud. A nivel selección, las jugadoras tuvieron varios partidos postergados o suspendidos por motivos de la pandemia mientras que los varones viajaban por Sudamérica para jugar las clasificatorias al Mundial del 2022.

Entonces, aunque es importante destacar los avances del fútbol femenino, también es clave entender que todavía queda mucho territorio a conquistar no solo adentro de la cancha, sino también en los otros espacios del fútbol como las comisiones directivas de las instituciones deportivas y los cuerpos técnicos y médicos. La profesionalización fue un gran paso para las futbolistas que hoy cuentan con contratos que les brindan derechos de trabajadoras que no tenían en la época amateur, pero como hemos visto, la profesionalización va más allá de un contrato. Se trata también de contar con las condiciones adecuadas para una práctica profesional y recibir el respeto y el apoyo que merecen las futbolistas para poder realizar su trabajo sin tener que preocuparse por luchar por cosas básicas como indumentaria propia o una cancha para entrenar. Hasta que ese sea el caso, las futbolistas argentinas tendrán que continuar siendo “guerreras” tanto adentro como afuera de la cancha, luchando constantemente para pertenecer y también apropiarse de un espacio del cual habían sido excluidas durante más de un siglo. FUA en su cuenta de Instagram se describe como un “Colectivo de futbolistas argentinas que luchamos por un fútbol feminista, disidente, federal y profesional”. Luchar por el derecho de jugar al fútbol como mujeres no es solo luchar por la posibilidad de entrar al mundo del fútbol masculino, sino también luchar por la posibilidad de transformarlo, de hacer un fútbol propio, de cuestionar las normas violentas establecidas durante décadas como parte de la cultura del aguante, de construir un fútbol inclusivo, de deconstruir maneras abusivas de formar jóvenes jugadores y jugadoras y de disfrutar de una pasión nacional.

Esta imagen de una fiesta inclusiva, libre de violencias, se vivió durante el partido de repechaje de la selección que se jugó en la cancha de Arsenal en noviembre 2018. Fue un contraste total con aquel partido de tercer puesto en Medellín tan solo tres años antes. Nunca pensé que iba a vivir algo así, de entrar a un estadio lleno y decorado con banderas y camisetas albicelestes, cantar el himno abrazada a mis compañeras mientras que desde las tribunas los

hinchas nos acompañaban con su voz, escuchar los cantos de apoyo de la hinchada mientras buscábamos el triunfo, sentir el desahogo y festejo colectivo después de cada gol argentino y luego del pitazo señalando el final del partido y sellando nuestra victoria. Que ese partido sea el primero de muchos así en Argentina y que las nenas que vieron a esta selección luchar no tengan que volver a pasar por lo mismo. Se dice que ese partido marcó un antes y un después en el fútbol femenino, pero para llegar a ese “después”, todavía queda un largo camino por delante, y si bien las autoridades serán en gran parte responsables de conducir el deporte, las futbolistas también deben ser centrales en decidir hacia dónde quieren ir.

Esta tesis, a través de una etnografía enfocada en las experiencias de las futbolistas argentinas de alto rendimiento, intenta hacer un aporte a la teoría de género en Argentina en dos sentidos. Primero, propone una unión de los espacios de los feminismos y las teorías de género con el deporte, que en décadas anteriores no se consideraba una preocupación central (Hargreaves, 1994). Sin embargo, las luchas de las jugadoras por mejores condiciones y por la igualdad dentro de un espacio históricamente masculino han llamado la atención tanto de agrupaciones feministas como de académicas feministas como una lucha que también forma parte de una batalla más amplia contra el patriarcado y el machismo en la sociedad argentina. Si bien no todas las jugadoras piensan su práctica como un acto político o feminista, el acompañamiento de los feminismos en Argentina y el resto del continente a las luchas de las futbolistas fue clave en los cambios logrados en el deporte a nivel selección y a nivel local a través de la creación del torneo (semi-)profesional. Segundo, este trabajo utiliza otro enfoque para los estudios de género que va más allá del eje de la subordinación, como propone Laura Masson (2019). Si bien la investigación confirma la estructura desigual en la cual se encuentran las mujeres futbolistas y su condición de subordinación, indaga en profundidad cómo ellas negocian su papel dentro de este contexto, a veces resistiendo y otras veces siendo cómplices. Esta tesis también desea servir como punto de partida para futuras investigaciones sobre el deporte practicada por mujeres, un campo donde todavía queda mucho por recorrer. Unas posibles líneas de investigación incluyen pensar la maternidad en el deporte; el deporte como trabajo o una carrera profesional viable para las mujeres; la sexualidad en el deporte; y el fútbol como nuevo espacio de sociabilidad entre las mujeres.

# ANEXOS

## Anexo A: Carta abierta de la selección argentina femenina

Buenos Aires, 20 de Septiembre de 2017.

Al Presidente de la Comisión de Fútbol Femenino  
de la Asociación del Fútbol Argentino  
SR. Ricardo Pinela  
S...../.....D

Nos dirigimos a usted en nuestro carácter de jugadoras del Seleccionado Mayor de Fútbol Femenino, porque como protagonistas de este deporte entendemos que para su desarrollo en este momento es necesario contar con apoyo y luchar por nuestros derechos.

Desde este Seleccionado Mayor comprendemos las dificultades que implica haber asumido recientemente la responsabilidad de hacerse cargo del fútbol femenino en Argentina, y es por ello que decidimos manifestar de esta manera algunas inquietudes y observaciones a los efectos de que pueda entendernos y ayudarnos.

Nuestra disciplina aún arrastra problemas estructurales de larga data: no se puede practicar un deporte cuando no se cuentan con recursos básicos. Luego de dos años de inactividad, nos urge la pasión de vestir, defender y dejar esta camiseta en lo más alto. Sin embargo, desde el comienzo del ciclo de entrenamiento, en agosto del corriente año, nos hemos encontrado con demasiados obstáculos que nos desvían inevitablemente de nuestro objetivo:

En primer lugar destacamos que el viático correspondiente a las jugadoras que integran la lista presentada por el Sr. Carlos Borrello para conformar la pre-selección en vistas a la Copa América no ha sido entregado. Esta situación ha sido llevada por nosotras de la mejor manera y con la mayor predisposición posible, estando desde el comienzo abiertas al diálogo y concurriendo a los correspondientes entrenamientos, pero no hemos recibido el mismo trato por lo cual nos vimos obligadas a dejar de concurrir a las prácticas. Dicho viático, que en los ciclos anteriores ha sido entregado regularmente en tiempo y forma, constituye un derecho adquirido por nuestro trabajo y rendimiento. Es la única contribución con la que contamos para afrontar los gastos que devienen de asistir cotidianamente a los entrenamientos y convocatorias en el predio que la Asociación del Fútbol Argentino tienen en la localidad de Ezeiza. Al ser esta una disciplina amateur, quienes tienen obligaciones laborales afrontan en muchos casos, además, la pérdida de presentismo, puntualidad y otros componentes del salario que tienen que resignar para asistir a los partidos amistosos y/o torneos internacionales programados. De la misma forma, nos vemos obligadas a solicitar que el correspondiente viático sea un monto acorde a nuestras necesidades ya nombradas anteriormente. Los 150 pesos por cada entrenamiento que nos han sido ofrecidos no cubren los gastos ya mencionados y creemos merece una actualización que sea coincidente con la situación económica que afrontamos en el país.

Asimismo, es indispensable mejorar la coordinación operativa de esos y otros eventos en los que participamos para evitar inconvenientes cuyo impacto negativo en el desempeño del equipo atenta contra los objetivos de la Asociación y quienes la conformamos. Ninguna epopeya deportiva puede llevarse a cabo cuando quienes le prestan el cuerpo deben viajar el mismo día de la competencia entre las 4 y las 9 AM, y dormir en un micro hasta la hora del encuentro; tal como sucedió el 30 de agosto en ocasión del partido amistoso jugado en la ciudad de Montevideo.

También exigimos que se adecue el uso de las instalaciones para estar a la altura que el entrenamiento que una selección mayor requiere: necesitamos vestuarios acordes a la cantidad de jugadoras que formamos el plantel, así como una cancha de césped natural para el desarrollo de las prácticas.

En función de los perjuicios que derivan de las situaciones que detallamos en la presente, y hasta tanto la AFA arbitre los medios que permitan subsanarlas de manera conducente, manifestamos nuestra decisión de NO presentarnos a las convocatorias realizadas por dicha entidad.

Las integrantes de la Selección Femenina de Fútbol hacemos hincapié en buscar de manera conjunta las soluciones que mejoren nuestras condiciones en el presente y poder construir a partir de ahí nuestro futuro. Es por eso que reiteramos nuestra vocación de diálogo y quedamos a disposición, con el único objetivo de llevar nuestro fútbol femenino al nivel que se merece.

Sin otro particular, nuestros saludos cordiales.

Selección Mayor de Fútbol Femenino.

## ANEXO FOTOGRÁFICO

### Las Instalaciones del Club: Rancho Taxco y Villa Lynch



Partido oficial de local en Rancho Taxco.



Partido de local en Villa Lynch con vista a la tribuna. [www.uaiurquiza.com](http://www.uaiurquiza.com)



Una cancha de entrenamiento de la primera masculina y femenina en Rancho Taxco.



Las arqueras luego de entrenar en Rancho Taxco. (Yo soy la que tiene el buzo verde)



El vestuario local en Villa Lynch. Las jugadoras se preparan para entrenar.



Las paredes que rodean el Monumental de Villa Lynch

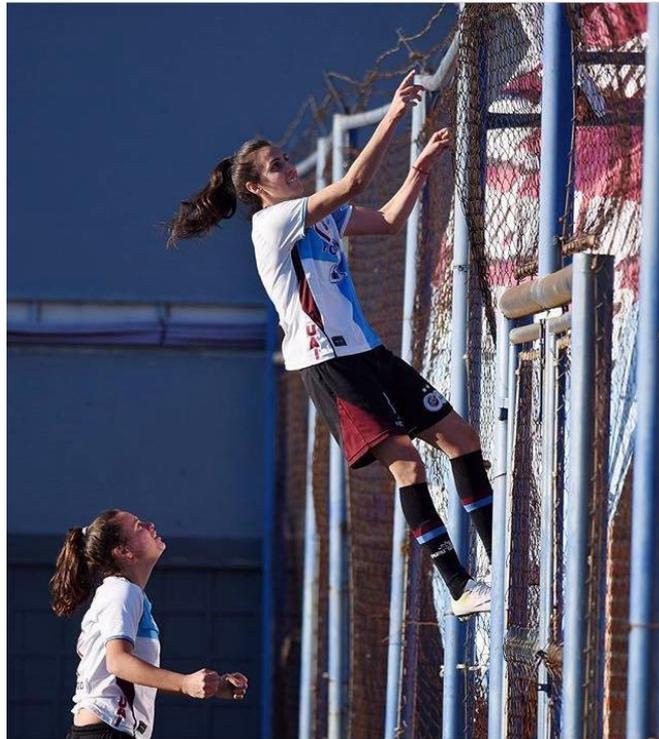
## Partidos de visitante y la Copa Libertadores



Reunión motivadora previa a un partido con Boca Juniors de visitante en Casa Amarilla.



Sacando de volea contra Boca Juniors. Fotografía cortesía de Guillermo Larroquette.



Festejo de gol contra Boca Juniors de visitante. [www.uaiurquiza.com](http://www.uaiurquiza.com)



Festejando el tercer puesto en la Copa Libertadores Femenina 2015 en Medellín, Colombia. [www.uaiurquiza.com](http://www.uaiurquiza.com)



El último penal contra San José de Brasil en el partido de tercer puesto en la Libertadores 2015.

[www.uaiurquiza.com](http://www.uaiurquiza.com)



Antes de salir para la cancha en la Copa Libertadores 2016 en Montevideo, Uruguay. [www.uaiurquiza.com](http://www.uaiurquiza.com)

### La Selección Argentina entre 2018 y 2019



El “Topo Gigio” de la selección argentina antes del partido frente a Colombia en la Copa América 2018.  
Fotografía cortesía de *El Femenino*.



Festejos del seleccionado ante la tribuna luego del triunfo frente a Panamá en el Estadio Julio Humberto Grondona de Arsenal de Sarandí.



Jugadoras suplentes abrazadas durante el himno argentino previo al partido con Japón en el Mundial de Francia 2019. Fotografía cortesía de Santiago Joel Abdala.



Las arqueras del seleccionado luego del partido con Inglaterra. Yo soy la número 12.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abdullah-Khan, N. (2008). *Male Rape: The Emergence of a Social and Legal Issue*. New York: Palgrave Macmillan.
- Acker, J. (1992). From Sex Roles to Gendered Institutions. *Contemporary Sociology*, 21 (5), 565-569.
- Adler, P. A., and P. Adler. 1987. *Membership roles in field research*. Newbury Park, CA: Sage.
- Ahmed, S. (2010). Killing joy: feminism and the history of happiness. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 21(2), 25-42.
- Aisenstein, A. M., & Feiguin, M.A. (2012). Identidades y valores en tensión: los inicios del hockey sobre césped en Argentina. *Lúdica Pedagógica*, 2(17), 9-18.
- Alabarces, P. (1998). ¿De qué hablamos cuando hablamos de deporte? *Nueva Sociedad*, 154, 74-86.
- (2008). *Fútbol y patria: el fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2009). El deporte en América Latina. *Razón y Palabra*, 69.
- (2014). *Héroes, machos y patriotas: El fútbol entre la violencia y los medios*. Buenos Aires: Aguilar.
- Alabarces, P. (Comp.). (2003). *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Alabarces, P., Conde, M., Dodaro, C., Fernández, F., Ferreira, J. P., Galvani, M., Garriga Zucal, J., Moreira, M. V., Palma, J., & Salerno, D. (2005). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Alabarces, P., & Garriga Zucal, J. (2008). El ‘aguante’: una identidad corporal y popular. *Intersecciones en Antropología*, 9, 275-289.
- Allison, R. (2014). *Gender and the Organization of Women’s Professional Soccer* (Tesis de doctorado). University of Illinois at Chicago.
- (2015). Business or Cause? Gendered Institutional Logics in Women’s Professional Soccer. *Journal of Sport & Social Issues*, noviembre, 40(3), 237-262.

- Álvarez Litke, M. & Moreira, M.V. (2019). Un análisis de las representaciones mediáticas y las desigualdades estructurales en el fútbol de mujeres en Argentina. *FuLiA/UFMG*, 4(1), 98-116.
- Amossy, R. (2010). *La présentation de soi. Ethos et identité verbale*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Anderson, L. (2006). Analytic Autoethnography. En *Journal of Contemporary Ethnography*. 35(4), agosto, 373-395.
- Anderson, L. & Austin, M. (2012). Auto-ethnography in leisure studies. En *Leisure Studies*, 31(2), 131-146.
- Anker, R. (1998). *Gender and jobs: Sex segregation of occupations in the workplace*. Geneva: ILO.
- Antezana J., L. H. (2003). Fútbol: espectáculo e identidad. En P. Alabarces (Comp.) *Futbologías: fútbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Arancibia M. y Miranda, A. (2017): Modelos normativos, empleo y cuidados: las trayectorias de las mujeres jóvenes en el Gran Buenos Aires. En Beretta et al. (comp.): *Estudios sobre juventudes en Argentina V: juventudes en disputa: permeabilidad y tensiones entre investigaciones y políticas*. Rosario.
- Archetti, E. (1985). Fútbol y ethos. *Monografías e informes de investigación*, 7.
- (1994). Masculinity and football: The formation of national identity in Argentina. En R. Giulianotti & J. Williams (Eds.), *Game without Frontiers: Football, Identity and Modernity* (225-243). Aldershot: Arena.
- (1995). Estilo y virtudes masculinas en El Gráfico: la creación del imaginario del fútbol argentino. *Desarrollo Económico*, 35, (139), 419-442.
- (1999). *Masculinities: Football, Polo, and the Tango in Argentina*. Oxford: Berg.
- Asociación del Fútbol Argentino. (2013, 2 octubre). *Boletín Especial N° 4824. Reglamento de los campeonatos del Fútbol Femenino Temporada 2013/2014*. Recuperado de [http://www.afa.org.ar/upload/reglamento/Reglamento\\_Campeonato\\_Fútbol\\_Femenino\\_2013-2014.pdf](http://www.afa.org.ar/upload/reglamento/Reglamento_Campeonato_Fútbol_Femenino_2013-2014.pdf).
- (2016, 20 octubre). *Boletín Especial N° 5250. Reglamento de los campeonatos del Fútbol Femenino Temporada 2016/2017*. Recuperado de

<http://www.afa.org.ar/upload/reglamento/5250%20-%20REGLAMENTO%20%20FÚTBOL%20FEMENINO%202016-17.pdf>.

——— (2017, 13 marzo). *Estatuto*. Recuperado de

<http://www.afa.org.ar/upload/reglamento/Estatuto%20AFA%20-%20Desde%2024.02.2017.pdf>.

——— (2017, 8 agosto): *Boletín Especial N° 5377. Reglamento de los campeonatos del Fútbol Femenino Temporada 2017/2018*. Recuperado de <http://www.afa.org.ar/upload/reglamento/5377-%20Femenino.pdf>.

Atkinson, P. (1997). Narrative turn or blind alley? *Qualitative Health Research*, 7, 325-344.

Badaró, M. (2014). “One of the Guys”: Military Women, Paradoxical Individuality, and the Transformation of the Argentine Army. *American Anthropologist*, 117, 86-99.

Balibar, E. (2020). Absolute Capitalism. En Callison, W. & Manfredi, Z. (Ed.) *Mutant Neoliberalism: Market Rule and Political Rupture*. New York: Fordham University Press.

Bertrand, J. (2012). *La fabrique des footballeurs*. Paris: La Dispute.

Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 5(8), 5-31.

Bourdieu, P. (1984). *Distinction. A Social Critique of the Judgement of Taste* (R. Nice, Trad.). Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

——— (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social* (I. Jiménez, Trad.). México D.F.: Siglo XXI.

Brake, D. L. (2010). *Getting in the Game*. New York: NYU Press.

Branz, J. (2008). Las mujeres, el fútbol y el deseo de la disputa: cuando lo deportivo debe volverse político. *Educación Física y Ciencia*, 10, 45-57.

——— (2013). Rugby y masculinidad: Dos caras de una misma moneda... sólo para hombres. En J. Branz, J. Garriga Zucal & V. Moreira (Comp.), *Deporte y ciencias sociales: claves para pensar las sociedades contemporáneas* (71-104). La Plata: EDULP.

——— (2015). “El rugby es una escuela de vida”. Etnografía sobre la construcción social del privilegio en la ciudad de La Plata. *Razón y Palabra*, 90, 172-190.

- Branz, J., Czesli, F., & Murzi, D. (2018, 28 marzo). El drama en Independiente y la promoción de un mundo precario para los jóvenes futbolistas. *Télam*. Recuperado de <http://www.telam.com.ar/notas/201803/264948-el-drama-en-independiente-y-la-promocion-de-un-mundo-precario-para-los-jovenes-futbolistas.html>.
- Bridel, W. F. (2010). “*Finish... Whatever it Takes*”. *Considering Pain and Pleasure in the Ironman Triathlon: A Socio-Cultural Analysis* (Tesis de doctorado). Queen’s University, Kingston, Canada.
- Britton, D. M. (2000). The Epistemology of the Gendered Organization. *Gender and Society*, 14(3), 418-434.
- Bundio, J. S. (2013). El hinchismo como ideología radical. *Kula. Antropólogos del Atlántico Sur*, 8, 60-68.
- Burrow, S. (2016). Trampled Autonomy: Women, Athleticism, and Health. *International Journal of Feminist Approaches to Bioethics*, 9(2), 67-91.
- Business Research Company. (2019). *Sports Global Market Opportunities and Strategies to 2022*. Mayo. <https://www.thebusinessresearchcompany.com/report/sports-market>.
- Cahn, S. K. (2015). *Coming on Strong: Gender and Sexuality in Twentieth-Century Women’s Sport*. Urbana, Illinois: University of Illinois Press.
- Canessa, A. (2008). El sexo y el ciudadano: Barbies y reinas de belleza en la era de Evo Morales. En P. Wade, F.U. Giraldo & M. Viveros Vigoya (Eds.), *Raza, etnicidad y sexualidades. Ciudadanía y multiculturalismo en América Latina* (69-105). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia – CES.
- Carballo, C. (2010). Algunas tensiones en el campo de la Educación Física en la Argentina. En Cachorro, G. y Salazar, C. (coordinadores) *Educación Física Argenmex: temas y posiciones*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- Carty, V. (2005). Textual Portrayals of Female Athletes: Liberation or Nuanced Forms of Patriarchy. *Frontiers: A Journal of Women Studies*, 26(2), 132-155.
- Cauldwell, J. (2002). Women’s Experiences of Sexuality Within Football Contexts: A Particular and Located Footballing Epistemology. *Football Studies*, 5, (1), 24-45.

- (2003). Sporting Gender: Women's Footballing Bodies as Sites/Sights for the (Re) Articulation of Sex, Gender, and Desire. *Sociology of Sport Journal*, 20, 371-386.
- Cense, M. & Brackenridge, C. (2001). Temporal and developmental risk factors for sexual harassment and abuse in sport. *European Physical Education Review*, 7(1): 61-79.
- Chant, S. & Sweetman, C. (2012). Fixing women or fixing the world? 'Smart economics', efficiency approaches, and gender equality in development. *Gender & Development*, 20(3), 517-529.
- Charró, M. (2016). *Deporte profesional y educación en Argentina: el caso del Club Deportivo UAI Urquiza* (Tesis de licenciatura). Universidad de San Andrés, Buenos Aires, Argentina.
- Cibotti, E. (2000). Del habitante al ciudadano. La condición del inmigrante. En M. Z. Lobato (Ed.), *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)* (365-408). Buenos Aires: Sudamericana.
- Clarín*. (2016, 16 agosto). Havelange, el padrino de Grondona y enemigo de Maradona. Recuperado de [https://www.clarin.com/deportes/futbol-internacional/Havelange-padrino-Grondona-enemigo-Maradona\\_0\\_B1AJQhg5.html](https://www.clarin.com/deportes/futbol-internacional/Havelange-padrino-Grondona-enemigo-Maradona_0_B1AJQhg5.html).
- Coalter, F. (2007). Sports Clubs, Social Capital and Social Regeneration: 'ill defined interventions with hard to follow outcomes'? *Sport in Society*, 10(4), 537-559.
- (2010). The politics of sport- for-development: Limited focus programmes and broad gauge problems? *International Review for the Sociology of Sport*, 45(3), 295-314.
- Cooky, C., Messner, M., & Musto, M. (2015). "It's Dude Time!": A Quarter Century of Excluding Women's Sports in Televised News and Highlight Shows. *Communication and Sport*, 3, 261-287.
- Conde, M. (2008). El poder de la razón: las mujeres en el fútbol. *Nueva Sociedad*, 218, 122-130.
- Conde, M. & Rodríguez, M. G. (2002). Mujeres en el fútbol argentino: sobre prácticas y representaciones. *Alteridades*, 12(23), 93-106.
- Connell, R.W. (1987). *Gender and Power: Society, the Person and Sexual Politics*. Cambridge: Polity Press.

- (1995). *Masculinities*. Berkeley: University of California Press.
- Coraggio, J. & Vispo, A. (2001). *Contribuciones al Estudio del Sistema Universitario Argentino*. Buenos Aires: Miño y Dávila y CIN.
- Coremberg, A. (2015) La contribución del Fútbol a la Economía Argentina. Asociación del Fútbol Argentino – Facultad de Ciencias Económicas UBA. Buenos Aires, marzo.
- Cornwall, A. (2014). Taking off International Development’s Straightjacket of Gender. *Brown Journal of World Affairs*, 21(1), 127-139.
- Cornwall, A. & Rivas, A. M. (2015). From ‘gender equality’ and ‘women’s empowerment’ to global justice: reclaiming a transformative agenda for gender and development. *Third World Quarterly*, 36(2), 396-415.
- Cranmer, G.A., Brann, M. y Bowman, N.D. (2014). Male Athletes, Female Aesthetics: The Continued Ambivalence Toward Female Athletes in ESPN’s *The Body Issue*. *International Journal of Sport Communication*, 7(2),145-165.
- Crawley, S. L. (2012). Autoethnography as Feminist Self-Interview. En: J.F. Gubrium et al. (Eds.), *The SAGE Handbook of Interview Research: The Complexity of the Craft*. Thousand Oaks, SAGE Publications.
- Culvin, A. (2021). “Football as work: the lived realities of profesional women footballers in England”. *Managing Sport and Leisure*, 1-15.
- Czesli, F. & Murzi, D. (2018). Humildes, trabajadores y sacrificados. Treinta años de desplazamientos en las representaciones de ser futbolista en Argentina. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 30, 65-84.
- Daskal, R. & Moreira, V. (2017). *Clubes argentinos. Debates sobre un modelo*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Davies, C. A. 1999. *Reflexive ethnography: A guide to researching selves and others*. London: Routledge.
- Degele, N. (2012). The future is female – or feminine? *Heinrich Böll Stiftung, Gunda Werner Institute of Feminism and Gender Democracy*. Recuperado de <https://www.gwi-boell.de/en/2012/01/06/future-female—or-feminine>.

- Del Río Fortuna, C., González Martín, M. & País Andrade, M. (2013). Políticas y género en Argentina. Aportes desde la antropología y el feminismo. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 5, 54-65.
- De Sena, A. (2011). Promoción de microemprendimientos y políticas sociales: ¿Universalidad, focalización o masividad? Una discusión no acabada. *Pensamiento Plural*, 8, 5-36.
- De Sena, A. & Cena, R. (2014). ¿Qué son las políticas sociales? Esbozos de respuestas. En A. De Sena (ed.), *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción. Lecturas sociológicas de las políticas sociales*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora, 19-50.
- De Sena, A. & Mona, A. (2014). A modo de introducción: la cuestión social, las políticas sociales y las emociones. En De Sena, A. (ed.), *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción. Lecturas sociológicas de las políticas sociales*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora, 9-18.
- Dosil, J. & Díaz, I. (2012). *Trastornos de alimentación en deportistas de alto rendimiento*. Madrid: Consejo Superior de Deportes.
- Dubal, S. (2010). The neoliberalization of football: Rethinking neoliberalism through the commercialization of the beautiful game. *International Review for the Sociology of Sport*, 45(2), 123-146.
- Ducrot, O. (1984). *El decir y lo dicho*. Buenos Aires: Hachette.
- Dure, B. (2011, 25 junio). Blatter focuses on soccer milestones, not scandals. *ESPNW*. Recuperado de <http://www.espn.com/espnw/news/article/6700980/women-world-cup-fifa-president-sepp-blatter-talks-women-soccer-not-recent-scandals>.
- Dussel, I. (2004). *Desigualdades sociales y desigualdades escolares en la Argentina de hoy. Algunas reflexiones y propuestas*. Buenos Aires: FLACSO.
- El Gráfico*. (2010, 8 agosto). Juntaron Fuerzas. Recuperado de <http://www.elgrafico.com.ar/2010/08/11/C-3002-juntaron-fuerzas.php>.
- (2016, 26 diciembre). 150 millones de pesos y la creación de la Superliga, el ofrecimiento del gobierno. Recuperado de , <http://www.elgrafico.com.ar/2016/12/26/C-17973-150-millones-de-pesos-y-la-creacion-de-la-superliga-el-ofrecimiento-del-gobierno.php>.

- Elder, G. (1985). Perspectives on the life course. En G. Elder (Ed.), *Life Course Dynamics. Trajectories and Transitions, 1968-1980*. Ithaca (Nueva York): Cornell University Press.
- (1991). Lives and social change. En W. Heinz (Ed.), *Theoretical Advances in Life Course Research. Status Passages and the Life Course*, vol. I. Weinheim: Deutscher Studien Verlag.
- Elias, N. & Dunning, E. (1986). *Quest for Excitement: Sport and leisure in the civilizing process*. Oxford: Blackwell.
- Else, B. (2011). *Citizens and Sportsmen: Fútbol and politics in 20th-century Chile*. Austin, Texas: University of Texas Press.
- Else, B. y Nadel, J. (2019): *Futbolera. A history of women and sports in Latin America*. Austin: University of Texas Press.
- Faleiros, V. P. (2000). Las funciones de la política social en el capitalismo. En Borgianni, E. & Montaña, C. (orgs.), *La política social hoy*. San Pablo: Cortez Editora, 43-70.
- Fairchild, D. L. (1994). From the Mountains to the Valleys: Theorizing Gender in Sport Through McIntosh's Interactive Phases. *Quest*, 46(4), 369-384.
- Feldfeber, M. & Gluz, N. (2011). Políticas educativas en Argentina: herencias de los '90, contradicciones y tendencias de "nuevo signo". *Educação & Sociedade*, 32(115), 339-356.
- Fernández Fuks, A. (2018, 16 enero). Sin lugar para el fútbol femenino en la Sociedad Hebrea Argentina. *Latfem*. Recuperado de <http://latfem.org/sin-lugar-para-el-futbol-femenino-en-la-sociedad-hebraica-argentina/>.
- Fédération Internationale de Football Association. (2017). FIFA Full Programme: Conference for Equality and Inclusion 2017. Zurich: FIFA. Recuperado de <https://resources.fifa.com/image/upload/full-programme-fifa-conference-for-equality-and-inclusion-2017-2868790.pdf?cloudid=ujnv6gmix4snmhku3kmy>.
- FFF. (2020). Étude sur l'impact environnemental et socio-économique de la Coupe du Monde Féminine de la FIFA France 2019. Paris: Comité Local d'Organisation, Fédération Française de Football. Recuperado de: [https://admin.fff.fr/static/uploads/media/cms\\_pdf/0003/78/b29f6d39e5c4c0f8695d915dc71a9a9a5a14ba03.pdf](https://admin.fff.fr/static/uploads/media/cms_pdf/0003/78/b29f6d39e5c4c0f8695d915dc71a9a9a5a14ba03.pdf)

- FIFPRO. (2012). *Black Book. Eastern Europe*. Hoofddorp, Países Bajos.
- (2017). *2017 FIFPRO Global Employment Report. Working Conditions in Professional Women's Football*. Hoofddorp, Países Bajos.
- Fine, M. (1994). Working the Hyphens. Reinventing Self and Other in Qualitative Research. N. K. Denzin & Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research*. Sage Publications, Inc.
- Fitoussi, J. P. & Rosanvallon, P. (1997). *La nueva era de las desigualdades*. Buenos Aires: Manantial.
- Fondas, N. (2001). Feminization at Work: Career Implications. En M.B. Arthur y D.M. Rousseau (Eds.), *The Boundaryless Career: A New Employment Principle for a New Organizational Era* (282-293). Oxford: Oxford University Press.
- Forgrave, R. (2017, 13 octubre). NCAA's 'student-athlete' hypocrisy comes full circle with North Carolina verdict. *CBS Sports*. Recuperado de <https://www.cbssports.com/college-basketball/news/unc-verdict-ncaa-ruling-sanctions-student-athlete-amateurism-fbi-probe/>.
- Foucault, M. (1971). *The Archaeology of Knowledge and The Discourse on Language* (A. M. Sheridan Smith, Trad.). New York: Pantheon Books.
- (1990). *The Use of Pleasure. Volume 2 of The History of Sexuality* (R. Hurley, Trad.). New York: Vintage Books.
- (1995). *Discipline and Punish. The Birth of the Prison* (A. Sheridan, Trad.). New York: Vintage Books.
- Fraser, N. (1989). *Unruly Practices: Women, Welfare, and the Politics of Need Interpretation*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- (1998). Social justice in the age of identity politics: redistribution, recognition, participation. *WZB Discussion Paper*, No. FS I 98-108, Wissenschaftszentrum Berlin für Sozialforschung (WZB), Berlin.
- (2016). Contradictions of Capital and Care. *New Left Review*, (100), jul-ago, 99-117.
- Frydenberg, J. (1999). El nacimiento del fútbol profesional argentino: resultado inesperado de una huelga de jugadores. *Educación Física y Deportes. Revista Digital*, 4(17). Recuperado de <http://www.efdeportes.com/efd17/futpro.htm>.

- (2011). *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Fuentes, S. G. (2012). Los jóvenes y la ‘guita’: tensiones en torno a la profesionalización del rugby masculino en Buenos Aires. *Esporte e Sociedade*, 7(20), 23-49.
- (2018). Rugby, educación solidaria y riqueza en las elites de Buenos Aires: la construcción de una clase moral. *Etnográfica*, 22(1), 53-73.
- (2020). Demandas sociales en la Educación Superior: Del cursismo a la vinculación estatal y empresarial de la extensión universitaria en Buenos Aires. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales- UNJu*, 57, 241-270.
- Furia, S. (2010). Navigating the Boundaries: Army Women in Training. En C. L. Williams & K. Dellinger (Eds.), *Gender and Sexuality in the Workplace: (Research in the Sociology of Work Vol. 20)* (107-126). Yorkshire: Emerald Group Publishing Limited.
- Gago, V. (2017). *Neoliberalism from Below: Popular Pragmatics and Baroque Economies*. Durham: Duke University Press.
- Garriga Zucal, J. (2005). “Amigos y no tan amigos”. Los integrantes de una hinchada de fútbol y sus relaciones personales. *Cuadernos del IDES*, 7, 1-33.
- (2006/2007). Entre “machos” y “putos”: estilos masculinos y prácticas violentas de una hinchada del fútbol. *Esporte e Sociedade*, 4. Recuperado de <http://www.uff.br/esportesociedade/pdf/es403.pdf>.
- (2007). *Haciendo Amigos a las Piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada del fútbol*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Garriga Zucal, J. (Comp.). (2015). *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Garton, G. (2017). “Fit girls”: Corporalidad, identidad y género en las representaciones de mujeres futbolistas. *Bajo Palabra*, II(16), 39-49.
- Garton, G. & Hijós, M. N. (2018). “La deportista moderna”: género clase y consumo en el fútbol, running y hockey argentinos. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 30, 23-42.
- Geertz, C. (1988). *Works and lives: The anthropologist as author*. Stanford, CA: Stanford University Press.

- Gil, G. J. (2000). Monopolio televisivo y “gerenciamiento”: el fútbol como mercancía. *Revista Digital Educación Física y Deportes*, 5 (26).
- (2003): “La modernización imaginada del fútbol argentino”, *Civitas – Revista de Ciências Sociais*, vol. 3, no. 2, julio– diciembre.
- Gill, R. & Orgad, S. (2018). The Amazing Bounce-Backable Woman: Resilience and the Psychological Turn in Neoliberalism. *Sociological Research Online*, 23(2), 477-495.
- Giulianotti, R., Hognestad, H. & R. Spaaij (2016). Sport for Development and Peace: Power, Politics, and Patronage. *Journal of Global Sport Management*, 1(3-4), 129-141.
- Goellner, S. V. (2005). Mulheres e futebol no Brasil: entre sombras e visibilidades. *Revista Brasileira de Educação Física e Esporte*, 19(2), 143-151.
- Gorbán, D. & Tizziani, A. (2018). Comparative Perspectives on Domestic Work in Latin America (Argentina and Brazil). *Journal of Latino/Latin-American Studies*, 9(1), 4-18.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Guber, R. (2004). *Salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Paidós.
- Guttmann, A. (2002). *The Olympics: A History of the Modern Games*. Champaign, Illinois: University of Illinois Press.
- Haley, W. (1976). Amateurism. *The American Scholar*, 45(2), 253-259.
- Halperin Donghi, T. (1987). *El Espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Hammersley, M. & Atkinson, P. (1994). *Etnografía*. Barcelona: Paidós.
- Hang, J. (2015). “Igual soy malísima, no esperes mucho de mí”. Reflexiones sobre la práctica etnográfica en torno al deporte. *Ímpetu*, 9(1), pp. 31-36.
- (2016). Los sentidos del sacrificio en un equipo de nadadores master de la ciudad de La Plata. En V. Moreira & A. Levoratti (Comp.), *Deporte, cultura y sociedad: estudios socio-antropológicos en Argentina* (83-102). Buenos Aires: Teseo.
- (2020). Feministas y triperas. Mujeres y política en el área de género del club Gimnasia y Esgrima La Plata. *Debates en Sociología*, (50), 67-90.

- Hang, J. & Hijós, M. N. (noviembre, 2018). Ese juego que las hace felices. *Revista Anfibia*. <http://revistaanfibia.com/ensayo/juego-que-las-hace-felices/>.
- Hargreaves, J. (1994). *Sporting Females: Critical issues in the history and sociology of women's sports*. London: Routledge.
- Hartmann, H. (1976). Capitalism, Patriarchy, and Job Segregation by Sex. *Signs*, 1(3), 137-169.
- Hayano, D. (1979). Auto-ethnography: Paradigms, problems, and prospects. *Human Organization*, 38, 99-104.
- Hayhurst, L. (2011). Corporatising Sport, Gender and Development: postcolonial IR feminisms, transnational private governance and global corporate social engagement. *Third World Quarterly*, 32(3), 531-549.
- Herbella, J. M. (2017). Aspectos socio-culturales y deportivos en la educación y deserción escolar de jóvenes futbolistas. *Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital*, 21(225).
- Hijós, M. N. (2013). *El deporte como mercancía: Un estudio sobre la dimensión económica y las múltiples lógicas en el Club Atlético Boca Juniors* (Tesis de licenciatura). Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Hollows, J. (2000). *Feminism, femininity, and popular culture*. Manchester: Manchester University Press.
- Infobae*. (2017, 2 marzo). Fútbol a la deriva: los jugadores decidieron continuar con el paro. Recuperado de <https://www.infobae.com/deportes-2/2017/03/02/reunion-capitanes-agremiados-futbol-argentino-empieza-torneo/>.
- International Labor Association. (2017). Women: Trends for women 2017. *World Employment Social Outlook*. Geneva: ILO.
- Janson, A. (2008). *Se acabó este juego que te hacía feliz: nuestro fútbol femenino (desde su ingreso a la AFA en 1990 hasta el Mundial de Estados Unidos en 2003)*. Buenos Aires: Aurelia Rivera.
- Jirásek, I. & Hurych, E. (2012). Pain and Suffering in Sport. *Human Movement*, 13 (2), 185-189.
- Kabeer, N. (2005) Gender equality and women's empowerment: A critical analysis of the third millennium development goal 1. *Gender and Development*, 13(1), 13-24.

- Knijnik, J. (2013). Visions of Gender Justice: Untested Feasibility on the Football Fields of Brazil. *Journal of Sport & Social Issues*, 37(1), 8-30.
- Koira, R. (2014, 22 noviembre). Lo más importante es integrar a la educación con el deporte. *Télam*. Recuperado de <http://www.telam.com.ar/notas/201411/86296-lo-mas-importante-es-integrar-a-la-educacion-con-el-deporte.html>.
- Lamphere, L. (1993). The Domestic Sphere of Women and the Public World of Men: The Strengths and Limitations of an Anthropological Dichotomy. En C. Bretell & C. Sargent (Eds.), *Gender in Cross-Cultural Perspective*. New Jersey: Prentice Hall.
- La Nación*. (2009, 14 febrero). Diferencias entre las uniones por la profesionalización del rugby argentino. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/1099774-diferencias-entre-las-uniones-por-la-profesionalizacion-del-rugby-argentino>.
- Lema, G.J. (2017). Sociedades anónimas deportivas: ¿tapones altos o tapones bajos? Buenos Aires: CECE. Recuperado de: [http://fcece.org.ar/wp-content/uploads/informes/sociedades\\_anonimas\\_deportivas.pdf](http://fcece.org.ar/wp-content/uploads/informes/sociedades_anonimas_deportivas.pdf).
- Littler, J. (2017). *Against Meritocracy: Culture, Power and Myths of Mobility*. London: Routledge.
- Llewellyn, M. & Gleaves, J. (2014). A Universal Dilemma: The British *Sporting Life* and the Complex, Contested, and Contradictory State of Amateurism. *Journal of Sport History*, 41(1), 95-116.
- Lvovich, D. & Bohoslavsky, E. (2009). Elitismo, violencia y degeneración física en los diagnósticos de las derechas argentina y chilena (1880-1945). En *Nuevo Mundo*, Historizar los cuerpos y las violencias. América Latina, siglos XVII-XXI.
- Masson, L. (2017). Women in the Military in Argentina: Nationalism, Gender, and Ethnicity. En V. Demos & M. Segal (Eds.), *Gender Panic, Gender Policy*. Bingley, Reino Unido: Emerald Group.
- (2019) Aportes de la teoría feminista y de género al conocimiento etnográfico y a las políticas públicas. *Sudamérica: Revista de Ciencias Sociales*, (11): 36-52.
- Mauss, M. (1966). *The Gift. Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies* (I. Cunnison, Trad.). London: Cohen & West Ltd.

- McClearen, J. (2017). "We Are All Fighters": Transmedia Marketing of Difference in the Ultimate Fighting Championship (UFC). *International Journal of Communication*, 11, 3224-3241.
- McCormick, A. C. & McCormick, R. A. (2008). The Emperor's New Clothes: Lifting the NCAA's Veil of Amateurism. *San Diego Law Review*, 45, 495-546.
- Merriam, S. B. (1998). Qualitative research and case study applications in education. Jossey-Bass.
- Merriam, S. B., Johnson-Bailey, J., Lee M.Y., Kee, Y., Ntseane, G., & Muhamad, M. (2001). Power and positionality: negotiating insider/outsider status within and across cultures. En *International Journal of Lifelong Education*, 20(5), 405-416.
- Messner, M. (1990). When bodies are weapons: Masculinity and violence in Sport. *International Review for the Sociology of Sport*, 25(3), 203-220.
- Miller, P. (2016, 16 marzo). Are amateurism rules corrupting college athletes? *The Washington Post*. Recuperado de [https://www.washingtonpost.com/news/in-theory/wp/2016/03/16/are-amateurism-rules-corrupting-college-athletes/?noredirect=on&utm\\_term=.1dbc490f907f](https://www.washingtonpost.com/news/in-theory/wp/2016/03/16/are-amateurism-rules-corrupting-college-athletes/?noredirect=on&utm_term=.1dbc490f907f).
- Miranda, A. (2016). Transiciones juveniles, generaciones sociales y procesos de inclusión social en Argentina post-neoliberal. *Linhas Críticas*, 22(47), ene-abr, 130-149.
- Miranda, A. y Arancibia, M. (2017). Repensar el vínculo entre la educación y el mundo del trabajo desde la perspectiva de género: reflexiones a partir de un estudio longitudinal en el Gran Buenos Aires. *Archivos Analíticos de Políticas Educativas*, 25(74).
- Moreira, M.V. (2001). Aguante y honor: la visión nativa. *Educación Física y Deportes. Revista Digital*, 7 (36).
- (2005). Trofeos de guerra y hombres de honor. En P. Alabarces (Comp.), *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo.
- (2005). *Los modos de ser hincha. Participación social y proceso político en un club social y deportivo*. Tesis de Maestría en Antropología Social. Buenos Aires: IDES/IDAES - Universidad Nacional de General San Martín.
- Moreira, M.V. & Garton, G. (2021). Fútbol, nación y mujeres en Argentina: Redefiniendo el campo del poder. *Movimento*, 27.

- Morini, D. (2013, 28 julio). El ejemplo de UAI Urquiza: un equipo que asciende en la vida. *La Nación*. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/16052757-el-ejemplo-de-uai-urquiza-un-equipo-que-asciende-en-la-vida>.
- Murphy, A. J. (2005). Life Stories of Black Male and Female Professionals: An Inquiry into the Salience of Race and Sports. *The Journal of Men's Studies*, 13(3), 313-325.
- Murzi, D. (2016). La plata y la pasión. Representaciones sobre el dinero en el proceso formativo de futbolistas en Argentina y en Francia. Ponencia presentada en las IX Jornadas de Sociología de la UNLP, Ensenada, Argentina, 5 al 7 de diciembre de 2016.
- Murzi, D. & Czesli, F. (2016). *De aprendices a profesionales. Un análisis comparativo de la formación de futbolistas en Europa y América Latina* (Manuscrito inédito). João Havelange Research Scholarship, CIES-FIFA.
- Nosiglia, M.C. & Zaba, S.M. (2006). La conformación y regulación histórica de las universidades privadas en la Argentina, Ponencia presentada en las XIV Jornadas Argentinas de Historia de la Educación de la UNLP, La Plata, Argentina, 9 al 11 de agosto de 2006.
- Olive, R. & Thorpe, H. (2011). Negotiating the “F-Word” in the Field: Doing Feminist Ethnography in Action Sport Cultures. En *Sociology of Sport Journal*, 28, 421-440.
- Organización Internacional del Trabajo. (2019). “El trabajo decente en el mundo del deporte, Documento temático para el debate en el Foro de diálogo mundial sobre el trabajo decente en el mundo del deporte” Departamento de Políticas Sectoriales, Ginebra, OIT, enero 20-22. [https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed\\_dialogue/---sector/documents/meetingdocument/wcms\\_728123.pdf](https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed_dialogue/---sector/documents/meetingdocument/wcms_728123.pdf)
- Ortner, S.B. (2006). *Anthropology and Social Theory. Culture, Power, and the Acting Subject*. Durham, North Carolina: Duke University Press.
- Oxford, S. & Spaaij, R. (2019). Gender Relations and Sport for Development in Colombia: A Decolonial Feminist Analysis. *Leisure Sciences*, 41(1-2), 54-71.
- PaloAschieri. (2017, 10 diciembre). “Equipo chico le cantaron a @BocaFutFemenino. A las más campeonas del fútbol femenino argentino. Por favor. Las pelotudeces que hay que escuchar” [Tweet]. Recuperado de <https://twitter.com/paloaschieri/status/939880649409875968>.

- Pang, B. (2019). Ethnographic Method. In P. Liampatting (Ed.), *Handbook of research methods in Health Social Sciences* (pp. 443-456). Springer.
- Pavlidis, A. (2020). Being grateful: Materialising “success” in women’s contact sport. En *Emotion, Space and Society*, 35.
- Peterson, S. V. (2010). Gendered Identities, Ideologies, and Practices in the Context of War and Militarism. En L. Sjoberg & S. Via (Eds.), *Gender, War, and Militarism. Feminist Perspectives*. Santa Barbara, California, Praeger.
- Pfister, G. (1990). The Medical Discourse on Female Physical Culture in Germany in the 19th and Early 20th Centuries. *Journal of Sport History*, 17(2), 183-198.
- Pinegar-Abbey, E. (2010). The Need for a Global Amateurism Standard: International Student Issues and Controversies. *Indiana Journal of Global Legal Studies*, 17(2), 341-365.
- Poli, R. (2010). Understanding globalization through football: The new international division of labour, migratory channels and transnational trade circuits. *International Review for the Sociology of Sport*, 45(4): 491-506.
- Portes, A. & P. Landolt (2000). Social Capital: Promise and Pitfalls of its Role in Development. *Journal of Latin American Studies*, 32, 529-547.
- Raiño, W. D. (2010, 14 octubre). Rugby: duro cruce entre dirigentes y jugadores por la profesionalización. *Clarín*. Recuperado de [https://www.clarin.com/deportes/Rugby-cruce-dirigentes-jugadores-profesionalizacion\\_0\\_rJ-7TiTDQg.html](https://www.clarin.com/deportes/Rugby-cruce-dirigentes-jugadores-profesionalizacion_0_rJ-7TiTDQg.html).
- Ramacciotti, K. (2010). Reflexiones en torno a cómo pensar las intervenciones del Estado. *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 3(3), 193-93.
- Real, M. R. (1996). The (Post)modern Olympics: Technology and the Commodification of the Olympic Movement. Ponencia presentada en el Congreso Científico Pre-Olímpico en Dallas, Texas, julio.
- Rein, R. (2015). Uso y abuso del deporte en la década peronista. En R. Rein (Comp.), *La cancha peronista. Fútbol y política (1946-1955)* (21-46). Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Rescher, N. (1990). Luck. *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, 64(3), 5-19.
- Rial, C. (2013). El invisible (y victorioso) fútbol practicado por mujeres en Brasil. *Nueva Sociedad*, 248, 114-126.

- Roderick, M. (2003). *Work, self and the transformation of identity. A sociological study of the careers of professional footballers* (Tesis de doctorado). University of Leicester, Leicester, Inglaterra.
- Roderick, M., Smith, A., y Potrac, P. (2017). The sociology of sports work, emotions and mental health: Scoping the field and future directions. *Sociology of Sport Journal*, 34(2), 99-107.
- Rodríguez, A. D. (2010). “*Callate y entrena. Sin dolor no hay ganancia*”: Corporalidad y prácticas ascéticas entre fisicoculturistas amateurs. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. 2(3), 51-60.
- (2013). *Haciendo fierros en el Boulevard: una aproximación etnográfica al interior de los gimnasios porteños* (Tesis de maestría). Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.
- Rodríguez, M. G. y M. Conde (2002). Intersectando prácticas y representaciones: mujeres en el fútbol argentino. *Documentos de Jóvenes Investigadores*, 1.
- Romero, G. (2014). *Los Clubes del Fútbol Argentino Tomo I*. Buenos Aires: Editorial Dunken.
- Sacher, R. (conductora y productora). (2017, 21 abril). Programa 68 con Ricardo Pinela [Transmisión de Radio]. *El Femenino Radio*, Buenos Aires: Conexión Abierta.
- Sarlo, B. (1998). *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires: Ariel.
- Scharagrodsky, P. (2004a). El padre de la Educación Física Argentina: fabricando una política corporal generizada (1900-1940). *Perspectiva*, 22, 83-119.
- (2004b). La educación física escolar argentina (1940-1990). De la fraternidad a la complementariedad. *Antropológica*, 22(22), 63-92.
- (2009). La educación del cuerpo de las niñas en el marco del Sistema Argentino de Educación Física en las primeras décadas del siglo XX. Ponencia presentada en I Jornadas del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género, Octubre 29-30, La Plata Argentina, publicado en *Memoria Académica*.
- Schippers, M. (2007). Recovering the Feminine Other: Masculinity, Femininity, and Gender Hegemony. *Theory and Society*, 36(1), 85-102.

- Schultz, J. (2014). *Qualifying Times. Points of Change in U.S. Women's Sport*. Urbana, Illinois: University of Illinois Press.
- Scraton, S. (1995). *Educación física de las niñas: un enfoque feminista*. Madrid: Morata.
- Segato, R. (2007). *La nación y sus otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Buenos Aires: Prometeo Libros
- Shogan, D. (1999). *The Making of High-Performance Athletes: Discipline, Diversity and Ethics*. Toronto: University of Toronto Press.
- Smith, D. E. (1992). Sociology from Women's Experience: A Reaffirmation. En *Sociological Theory*, 10(1), 88-98.
- Spencer, L. y Pahl, R. (2006). *Rethinking friendship: Hidden solidarities today*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Strathern, M. 1987. The limits of auto-anthropology. En *Anthropology at home*, A. Jackson (ed.), 16-37. London: Tavistock.
- Terán, O. (1987). *Positivismo y nación en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Theberge, N. (1997). "It's Part of the Game": Physicality and the Production of Gender in Women's Hockey. *Gender and Society*, 11(1), 69-87.
- (2000). *Higher Goals: Women's Ice Hockey and the Politics of Gender*. Albany, New York: SUNY Press.
- Themen, K. y van Hooff, J. (2017). Kicking against tradition: women's football, negotiating friendships and social spaces. *Leisure Studies*, 36(4), 542-552.
- Titmuss, R. M. (1974). What is Social Policy? En B. Abel-Smith & K. Titmuss (eds.), *Social Policy: An Introduction*. Cap. 2. New York: Pantheon Books, 23-32.
- Travers, A. (2008). The Sport Nexus and Gender Injustice. *Studies in Social Justice*: 2(1), 79-101.
- Uliana, S. (2013). El hockey femenino y Las Leonas. Identidades cruzadas, entre nación, clase social y género. En J. Branz, J. Garriga Zucal & V. Moreira (Comps.), *Deporte y ciencias sociales: claves para pensar las sociedades contemporáneas* (129-168). La Plata: EDULP.
- Vela Delfa, C. & Cantamutto, L. (2016). De participante a observador: el método etnográfico en el análisis de las interacciones digitales de WhatsApp. *Tonos Digital*, 31, 1-22.

- Viola, D. (2017, 6 febrero). El estatuto de AFA: de la estupidez a la ética. *ElCronista*. Recuperado de <https://www.cronista.com/columnistas/El-estatuto-de-AFA-de-la-estupidez-a-la-etica-20170206-0021.html>.
- Vior, S. E. & Rodríguez, L. R. (2012). La privatización de la educación argentina: un largo proceso de expansión y naturalización. *Pro-Posições, Campinas*, 23(2), 91-104.
- Visacovsky, S. E. (2012). Experiencias de descenso social, percepción de fronteras sociales e identidad de clase media en la Argentina post-crisis. *Revista Pensamiento Iberoamericano*, 10, 133-168.
- Wacquant, L. (2004). *Body and Soul: Notebooks of an Apprentice Boxer*. Oxford: Oxford University Press.
- Wall, S. (2006). An Autoethnography on Learning About Autoethnography. En *International Journal of Qualitative Methods*, 5(2), 146-160.
- Watson, N., Weir, S., & Friend, S. (2005). The Development of Muscular Christianity in Victorian Britain and Beyond. *Journal of Religion and Society*, 7. Recuperado de [https://www.veritesport.org/downloads/The\\_Development\\_of\\_Muscular\\_Christianity\\_in\\_Victorian\\_Britain\\_and\\_Beyond.pdf](https://www.veritesport.org/downloads/The_Development_of_Muscular_Christianity_in_Victorian_Britain_and_Beyond.pdf).
- Weeks, J., Donovan, C. y Heaphy, B. (2001). *Same sex intimacies: Families of choice and other life experiments*. London: Routledge.
- Woodhouse, D., Fielding-Lloyd, B. y Sequerra, R. (2019). Big brother's little sister: The ideological construction of women's super league. *Sport in Society*, 22(12), 2006-2023.
- Williams, J. (2007). *A Beautiful Game. International Perspectives on Women's Football*. Oxford: Berg.
- Young, K., White, P., & McTeer, W. (1994). Body Talk: Male Athletes Reflect on Sport, Injury, and Pain. *Sociology of Sport Journal*, 11, 175-194.